Biblioteca de Patrística

AMBROSIO DE MILÁN

sobre la fe



Ciudad Nueva

Ambrosio de Milán
SOBRE LA FE

San Ambrosio es uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia Occidental, juntamente con san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio Magno. Nació hacia el año 339 en Tréveris, donde su padre era prefecto de las Galias. Por circunstancias familiares el joven Ambrosio se trasladó a Roma, donde recibió una formación esmerada; llegó a ser jurista y ejerció la abogacía. Hacia 370 fue nombrado gobernador de las provincias de Liguria y Emilia, con residencia en Milán. En diciembre de 374 –tras la muerte de Auxencio, obispo arriano de Milán–, fue elegido por el pueblo para ocupar la sede episcopal milanesa, en la que permaneció hasta su muerte, acaecida en 397.

El tratado que presentamos en este volumen –*De fide ad Gratianum*– es una de las obras propiamente dogmáticas de san Ambrosio. Fue escrito por el obispo de Milán en respuesta a la petición del emperador Graciano, que deseaba ser instruido en la fe. Está compuesto por cinco libros en los cuales Ambrosio expone y defiende la fe del Concilio de Nicea y rebate la doctrina arriana.
Ambrosio no hace una exposición sistemática, sino que expresa llanamente la doctrina sobre la fe con argumentos basados en las Sagradas Escrituras.

La presente traducción es la primera edición íntegra que se publica en lengua castellana.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

77

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Ambrosio de Milán

SOBRE LA FE

Introducción, traducción y notas de
Secundino García







José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-166-5
Depósito Legal: M-19605-2009

Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos. Madrid
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

1. Ambrosio y su época

Cuando Ambrosio accede a la sede episcopal de Milán a finales del 374, el Imperio se encuentra gobernado por tres emperadores: Valentiniano I, su hermano Valente, a quien confió el Oriente, y su hijo mayor Graciano, gobernador de las Galias, la Bretaña y España. Valentiniano tiene de su segunda esposa, Justina, otro hijo, el futuro Valentiniano II. Al año siguiente (375), Valentiniano I muere de repente de un ataque de apoplejía y su círculo de conocidos intenta hacer aclamar por el ejército al pequeño Valentiniano como emperador, sin escuchar la opinión de Graciano. Éste acepta el hecho consumado pero guarda para sí a partir de entonces el mando sobre todo el Occidente. Graciano, que residía normalmente en Trèves, hace poco después, en 376, un viaje a Roma, pasando probablemente por Milán, pero no tenemos noticia de que entonces se encontrara con Ambrosio, obispo de la ciudad.

La historia nos relata los siguientes acontecimientos: Los godos, a quienes Valente había permitido establecerse en Tracia, se revelan contra el Imperio y el emperador Valente tiene que enfrentarse a ellos. Solicita ayuda a Graciano, que abandona Trèves a comienzos de 378, pero que se retarda en Alsacia por un ataque de los alanos, venidos desde las orillas del lago Constanza. Después de hacerlos retroceder, desciende por el Danubio hasta llegar a Sirmio a co-

mienzos del mes de julio, donde permanece cuatro días, y continúa su camino hacia la Tracia. Por su parte, Valente comete la imprudencia de iniciar la batalla contra los godos sin esperar la llegada de su sobrino, y su ejército es derrotado frente a Adrianópolis, el 9 de agosto de 378, y él mismo muere en la batalla[1]. Los godos se aprovechan de la victoria y se extienden hacia el oeste, en dirección a Italia. Graciano, replegado en Sirmio, hace venir desde España a un general de reconocido prestigio, Teodosio, y el 19 de enero de 379 le hace proclamar por el ejército emperador para suceder a Valente. Todos estos acontecimientos hacen que la corte imperial se traslade desde Sirmio hasta Milán, donde gozará de una mayor paz, alejada de las incursiones de los godos.

Como hemos indicado el obispo de la ciudad de Milán es Ambrosio[2], elegido y consagrado en 374 para suceder a un obispo homeo, Auxencio, que había gobernado la diócesis milanesa durante diecinueve años, siendo fiel a las definiciones del concilio de Rímini (359), donde, de manera fraudulenta, los partidarios del arrianismo habían conseguido un consenso respecto a una definición muy desdibujada sobre la naturaleza del Hijo respecto del Padre. Únicamente una iota, pero importante por su sentido y consecuencias, separaba a los arrianos homeos de los católicos orto-

1. A los ojos de Ambrosio, y de todos los ortodoxos, esta muerte era el justo castigo de sus culpables simpatías hacia los arrianos y concretamente hacia los homeos, es decir, los que afirmaban que Cristo era semejante en todo al Padre menos en la sustancia; cf. AMBROSIO, *De fide*, II, 16, 136-143; J. R. PALANQUE, *Saint Ambroise et l'Empire romain*, Paris 1933, pp. 49-50 y 56-57; F. H. DUDDEN, *The life and times of St. Ambrose*, vol. 1, Oxford 1935, pp. 160-176.

2. Para los distintos pormenores biográficos puede consultarse con provecho las diversas introduciones a los volúmenes 21, 41, 65 y 66, que en esta misma colección se han publicado sobre distintas obras de san Ambrosio.

doxos: se trataba de saber si el Hijo de Dios era «consubstancial» al Padre (*homooúsios)* como había definido el concilio de Nicea (325), o si, por el contrario, el Hijo de Dios era «de una naturaleza semejante» al Padre (*homoioúsios*), pero no del todo igual. Se trataba, en efecto, de una forma moderada, pero nítida de un subordinacionismo que rechazaba la doctrina proclamada en Nicea[3].

Hacia el año 376, Ambrosio no duda en abandonar Milán e ir precisamente a Sirmio para apoyar, en una elección episcopal, al católico Anemio frente al candidato arriano apoyado por la viuda del emperador Valentiniano. Ambrosio sale victorioso y da también un duro golpe a la herejía en su plaza más fuerte, como nos cuenta su más antiguo biógrafo[4].

Así pues, hacia el año 378 hay que situar el encuentro de Ambrosio con el emperador Graciano en Sirmio, y poco después hay que datar la petición del emperador, que desea ser instruido con profundidad en la fe de Ambrosio[5]. Esta petición da pie al obispo de Milán para influir en Graciano, que se encontraba muy ocupado en diversas cuestiones del Imperio; así, por ejemplo, dedicaba su mayor atención a las guerras del Danubio y el acercamiento de los godos, como queda reflejado en el tratado de Ambrosio[6].

El obispo de Milán observa la importancia de fomentar el entendimiento con el emperador Graciano. Conoce per-

3. Más adelante haremos mención de otras corrientes teológicas contemporáneas a Ambrosio.

4. Cf. PAULINO, *Vida de Ambrosio*, 11, 1. Para una perspectiva más amplia sobre la actitud de Ambrosio respecto al arrianismo, cf. M. SIMONETTI, «La politica antiarriana di Ambrogio», en G. LAZZATI (dir.), *Ambrosius Episcopus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976, pp. 266-285.

5. Cf. *De fide*, I, prol., 1.

6. Cf. Ibid., I, prol., 3.

fectamente que los soldados de la Dalmacia, que luchaban al lado del emperador, eran arrianos, y el emperador pagano, aunque Ambrosio escriba en la dedicatoria de su tratado: «Vas a aprender la fe que desde la más tierna infancia has guardado con piadoso afecto»[7]. De igual manera, muchas de las personas que frecuentaban la corte imperial profesaban la fe promulgada en Rímini. Así pues, fue en la ciudad de Sirmio donde Ambrosio se encontró por primera vez con el emperador, que se encontraba en dicha ciudad por ser la base de operaciones desde la que Graciano se enfrentaba contra la invasión de los godos[8].

Ambrosio y Graciano debieron encontrarse personalmente en alguna ocasión más, pero no muchas, pues el emperador estaba en campaña con relativa frecuencia. Una de esas citas ocasionales fue la que sirvió a Graciano para solicitar la continuación de los dos primeros libros *Sobre la fe*, cuando Ambrosio estaba ocupado en el tratado *Sobre el Espíritu Santo*.

Muere Graciano asesinado en 383 y el nuevo emperador Teodosio, envuelto en guerras y venganzas, no siempre se encuentra satisfecho con Ambrosio. Estas circunstancias hacen que el obispo se aleje de la corte, y dedique los últimos años de su vida al apostolado y a recorrer las distintas diócesis sufragáneas de Milán. Es el momento en que debió tener un contacto más intenso con sus fieles y se hace más notoria la fama alcanzada fuera de su diócesis[9]. Fomenta las ceremonias sagradas, el canto y compone distintos himnos para la liturgia.

Durante los tres últimos años se dedicó plenamente al cometido de su trabajo pastoral, viajando constantemente y

7. Ibid., I, prol., 2.
8. Cf. Ibid., II, 16, 136.
9. Cf. L. GARCÍA, «Contra Prisciliano», en *I Concilio de Toledo. Historia*, Madrid 2000, p. 72.

acudiendo a la ordenación de obispos. Al regreso de uno de esos viajes desde Pavía, cae enfermo y muere el cuatro de diciembre de 397.

2. Las fuentes del tratado *Sobre la fe*

El siglo IV está lleno de acontecimientos transcendentales en la historia de la Iglesia. Los cristianos pasan de una época de persecución y de opresión a poder disfrutar de libertad dentro de la sociedad, gracias al emperador Constantino, hasta el punto de que el cristianismo llega a ser la religión oficial en tiempos de Teodosio a finales de siglo. Florecen las escuelas de Alejandría y Antioquía como consecuencia del proceso comenzado con Orígenes en Alejandría o Luciano en Antioquía. Los autores cristianos asimilan las ciencias y las letras de la cultura antigua.

Es cierto que las escuelas habían ido corrigiendo errores que venían de antiguo, pero no acaban de abandonar un racionalismo que conducía a sus seguidores a eliminar de la doctrina cristiana el elemento del misterio, surgiendo de este modo una interpretación contraria al sentir tradicional cristiano. En este ambiente, y sobre todo en la escuela de Alejandría, nacen los errores doctrinales de Arrio, quien no constituye más que un pequeño exponente –aunque el más renombrado y de quien toma nombre la herejía– de los muchos autores que defendieron esa doctrina.

a. El arrianismo

Arrio nace hacia 260 en Libia y tiene su momento de mayor actividad entre 315 y 323. Sacerdote bajo el episcopado de Alejandro de Alejandría, comenzó a difundir su doctrina en esos años, suscitando entusiasmos y críticas vio-

lentas desde los primeros momentos. El obispo Alejandro, ante la situación creada por la predicación de Arrio y la reacción de sus oponentes, convoca una reunión en la que el presbítero Arrio expone de modo inaceptable las tendencias subordinacionistas de su doctrina. Los obispos africanos reunidos en 318 condenan a Arrio y le solicitan que renuncie a las ideas que predica, no conformes con la tradición ortodoxa[10]. La condena infligida a Arrio no pone fin a la controversia, sino que la alienta mucho más. Entonces Arrio es invitado a abandonar Alejandría, lo que le sirvió para encontrar rápidamente discípulos e influyentes defensores de su doctrina.

La doctrina de Arrio, que Ambrosio tiene presente en su tratado, ha llegado hasta nosotros en dos cartas y en un fragmento del *Banquete (Thalia)*, que nos ha conservado Atanasio. De la carta que Arrio escribió al obispo Eusebio de Nicomedia conservamos el siguiente pasaje: «Arrio injustamente perseguido por el obispo Alejandro (de Alejandría) a causa de aquella verdad, victoriosa en todos los respectos, que tú mismo profesas, envía sus saludos en el Señor a su queridísimo señor, hombre de Dios, fiel y ortodoxo Eusebio»[11]. Termina con las siguientes palabras: «Nos persiguen porque decimos que el Hijo tiene comienzo, pero que Dios es sin comienzo. Por eso nos persiguen; y, asimismo, porque decimos que es de la nada. Y esto lo decimos porque él no es ni parte de Dios, ni (está hecho) de otra materia subyacente. Por eso nos persiguen. Lo demás ya lo sabes. Adiós». Y también: «El obispo nos maltrata y persigue muy severamente y nos causa mucho dolor, nos ha arrojado de la ciudad como a ateos, por no estar de acuerdo con él en lo que públicamente predica»[12].

10. Cf. EPIFANIO, *Panarion*, 69, 1-10.

11. ATANASIO, *De synodis*, 17.

12. Ibid.

También Atanasio nos ha conservado el siguiente fragmento del *Banquete*, escrito por Arrio: «Solo él, Dios, no tiene a nadie que le sea igual, parecido, o de igual gloria. Le llamamos el ingénito a causa de aquel que es engendrado por naturaleza. Le ensalzamos como quien no tiene origen y le ensalzamos como eterno en razón de aquel que comenzó a existir en el tiempo. El que no tiene comienzo hizo al Hijo comienzo de las cosas creadas y se lo ofreció a sí mismo como hijo y lo adoptó. Nada tiene propio de Dios según su subsistencia, ya que no es igual ni consustancial con él... Hay pues una trinidad, pero no son glorias iguales»[13].

El núcleo de la doctrina de Arrio es, a grandes rasgos, la siguiente: parte de un principio que condicionó en Arrio las relaciones entre Dios Padre y Dios Hijo. Este principio afirma que la divinidad tiene que ser necesariamente increada e ingénita; de aquí que el Hijo de Dios no podía ser verdadero Dios. El Hijo es la primera de las criaturas, y como todas las demás, creada de la nada y no de una sustancia divina. Es un Dios de segundo orden. Hubo un tiempo en que no existió el Hijo de Dios. Y fue Hijo no en sentido metafísico sino moral, y se le llama Dios impropiamente, porque el Padre le adoptó en previsión de sus méritos. Por lo tanto no tiene las cualidades características de la divinidad: semejanza, origen, eternidad y conocimiento. Dios le creó para que fuera el instrumento de la creación, en una situación intermedia entre Dios y el universo.

Arrio parte en su doctrina de una premisa básica en todo su sistema doctrinal: la afirmación de la absoluta unicidad y trascendencia de Dios, que es «principio sin principio» *(agénnetos arché)* de toda la realidad. La profesión de fe arriana es bien precisa: «Reconocemos un solo Dios, el único no engendrado (*agénneton*, es decir, autoexistente), el único eterno,

13. Ibid., 14.

el único sin principio *(ánarchon)*, el único verdadero, el único que posee la inmortalidad, el único sabio, el único bueno, el único soberano, etc.». Puesto que es el único trascendente e indivisible, el ser o esencia *(ousía)* de la Divinidad no se puede dividir o comunicar. Así, Arrio entiende que Dios, para ser Dios, no puede comunicar su sustancia a ningún otro ser, pues de lo contrario resultaría una dualidad de seres divinos, mientras que la Divinidad es una por definición.

Conforme a esta premisa, la doctrina de Arrio se puede resumir en cuatro puntos centrales: El Hijo es una criatura *(ktísma* o *poíema)* que el Padre ha formado de la nada. En este sentido el término «engendrar» es sinónimo de «hacer». En segundo lugar, el Hijo, como criatura que es, ha tenido un principio; con otras palabras, hubo un tiempo en el que el Hijo no existía. En tercer lugar, aunque el Hijo sea la Palabra y la Sabiduría de Dios, en realidad es distinto de esa Palabra y Sabiduría, que pertenecen a la esencia de Dios; el Hijo es sencillamente una criatura que recibe esos títulos porque participa de la Palabra y de la Sabiduría esenciales. Pero en realidad es como las demás criaturas: «extraño y desemejante en todo a la esencia y al ser individual del Padre»[14]. Finalmente, el Hijo está sujeto a cambio, incluso al pecado *(treptós)*, pero Dios en su providencia había previsto que no tendría pecado en virtud de una determinación divina, y que por eso Dios le había concedido como un anticipo de su gracia divina. El resultado de esta enseñanza era que el Hijo estaba reducido a una especie de semidiós, que trascendía a todas las demás criaturas, pero que no era sino una criatura respecto del Padre.

Ambrosio matizará estas afirmaciones constantemente en su tratado *Sobre la fe*, aludiendo en general a los arrianos o a Arrio. No obstante, el obispo milanés afirmará que Cristo es la sabiduría, el poder, la divinidad eterna, la cien-

14. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 6.

cia de Dios, el único Dios verdadero, el Hijo de Dios con las mismas características divinas que el Padre, etc.

Por otra parte, la doctrina de Arrio atenta contra los principios de la doctrina católica, al atribuir la redención a un Dios que no era verdadero Dios y por lo tanto, incapaz de redimir a la humanidad. En efecto, defendía que el Logos divino se había unido, en el Cristo encarnado, a la carne privada de alma humana, y de esta manera podía explicar y relacionar con el Logos encarnado todas las pasiones a las que Cristo estuvo sometido, según los relatos evangélicos. Era lógico dudar, según la doctrina arriana, que Cristo fuera verdadero Dios, ya que estuvo sometido a tantas pasiones y cambios. Pero si Cristo no es verdadero Dios, dice la doctrina auténtica de la Iglesia, entonces no hay verdadera redención. Ésta era la profunda dificultad de la doctrina arriana.

Arrio, una vez condenada su doctrina por el Concilio de Nicea (325), es enviado al destierro; vuelve del destierro por orden del emperador y el día antes de que fuera rehabilitado por el obispo de Constantinopla, muere en el baño. Ambrosio nos transmite una descripción muy dura de la muerte de Arrio, comparándola con la de Judas, según el testimonio de Pedro el apóstol, para concluir diciendo: «Las vísceras de Arrio fueron esparcidas –vergüenza me da decir dónde–, y reventó por medio, tendido boca abajo, manchados aquellos sucios labios con los que había negado a Cristo»[15]. Este suceso parece que tuvo lugar el año 336.

b. La doctrina del Concilio de Nicea

Como era de esperar, Alejandro, obispo de Arrio en Alejandría, corrigió inmediatamente las desviaciones doctrina-

15. *De fide*, I, 19, 124.

les de Arrio y lo depuso de su trabajo ministerial después de una investigación pública. Pero Arrio tenía amigos muy influyentes y era un gran demagogo. Es entonces cuando el emperador Constantino toma parte en la polémica, y escribe una carta a ambos contendientes incitándoles a la reconciliación con argumentos políticos que ni Arrio ni el obispo Alejandro tienen en cuenta. Pero el emperador, decidido a restablecer la unidad doctrinal de la Iglesia, convoca el Concilio de Nicea (325).

Las ideas arrianas fueron oficialmente condenadas en dicho Concilio, mediante la promulgación de un Credo que todos los obispos presentes firmaron. En lo más fundamental la fórmula emanada del Concilio afirma: «Creemos en un solo Dios,... y en un solo Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito nacido del Padre, es decir, de la sustancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza *(homooúsion)* que el Padre; por quien todo fue hecho, etc.»[16].

La teología que se desprende de la fórmula de fe conciliar es nítida: Quien afirme que el Padre preexistía antes que el Hijo o que el Hijo es una criatura que ha venido de la nada y que está sujeto a cambio o evolución moral, es definido como hereje. Será Atanasio quien concretará la condena del arrianismo, basada en la fe viva y en la experiencia de la Iglesia. Así, Atanasio, el más firme defensor de la doctrina de Nicea, dirá que el arrianismo cuestionaba todo lo que la doctrina cristiana tradicional enseñaba respecto de Dios, negando la eternidad de la Trinidad divina e introduciendo un cierto politeísmo[17]. En segundo lugar hacía inútil y estéril el uso, litúrgicamente establecido, de bautizar en

16. E. DENZINGER: *El magisterio de la Iglesia*, ed. Herder, Barcelona 1963, pp. 23-24.

17. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 17ss.; I, 20; III, 15ss.

el nombre del Hijo, además del Padre, y de dirigir oraciones al Hijo[18]. Finalmente, y sin duda era la consideración más importante, según Atanasio Arrio negaba la idea cristiana de la redención en Cristo, ya que únicamente si el mediador es Dios el hombre puede esperar el restablecimiento de la comunión con Dios.

c. *La teología de san Atanasio*

Ciertamente Ambrosio tiene como punto de mira en su tratado la doctrina arriana y para combatirla tiene como modelo la mayor autoridad al respecto, como era Atanasio de Alejandría. Ambrosio no cita explícitamente en su tratado *Sobre la fe* al obispo alejandrino, como tampoco cita a otros autores griegos que sin duda conocía. Su forma de citar pasa casi desapercibida, como, por ejemplo, cuando expresamente dice: «Los códices griegos»[19]...; y también: «Muchos códices sostienen»[20]... Alude también en otros pasajes a las doctrinas filosóficas, sin citar autores.

Atanasio es la figura cumbre del Concilio Ecuménico de Nicea, donde había acudido acompañando a su obispo Alejandro, a quien sucedería muy poco tiempo después en la sede alejandrina. Atanasio dirige toda su actividad a luchar contra los arrianos, lo que le atrae grandes enemistades y le ocasiona cinco destierros. Cuando regresa de esos confinamientos, de nuevo emprende la lucha contra los arrianos de distintos matices con el mismo tesón y fuerza, sin guardar rencor y siempre conciliador.

En sus escritos sigue a su maestro Orígenes, pero apoyándose en los textos bíblicos, método que sin duda Am-

18. Cf. Ibid., II, 41s.
19. *De fide*, V, 16, 193.
20. Ibid., IV, 1, 14.

brosio imitó.de Atanasio. No obstante, podemos pensar que Ambrosio conocía muy bien la doctrina teológica de Atanasio, y con la mentalidad que había entonces del plagio, no hay que extrañarse de que no encontremos citas con el nombre de Atanasio, pero sí expresiones y hasta pasajes enteros provenientes de otras tantas obras del obispo de Alejandría. En este punto hay que tener en cuenta que Ambrosio mismo no se preciaba de originalidad, pues apenas hace juicio literario alguno de su obra, y en el tratado *Sobre la fe*, solamente en una ocasión, en el libro cuarto dice que ha tenido que poner fin al libro anterior y que nadie piense que lo ha hecho por otro motivo que por no hacer excesivamente largo el libro, pero que ahora lo continuará, tratando de nuevo el mismo tema de un modo más extenso y cuidado, incluso en cuanto al lenguaje[21].

La teología de Atanasio se centraba directamente en el núcleo del error arriano. El Hijo es coeterno con el Padre, proclamará Atanasio frente a la temporalidad del Hijo postulada por los arrianos. Aunque el Hijo es engendrado desde el principio por el Padre, hay que entender el «principio» no en sentido cronológico, como preferían los arrianos, sino ontológicamente. No hubo, pues, un tiempo en el que el Hijo no existiera, ya que Él es el creador del tiempo mismo.

La teología de Atanasio, fuente primordial de Ambrosio en su tratado, representa la parte ortodoxa frente al arrianismo. Éstos, los arrianos, profundamente racionalistas partían de ideas apriorísticas sobre la trascendencia divina y la creación. El Verbo, según ellos, no podía ser Dios porque tenía su origen en Dios. En la visión de Atanasio las consideraciones filosóficas y cosmológicas desempeñaban un papel secundario, por eso afirmará que efectivamente Dios se sirvió del Verbo en la creación, pero suponer que Dios

21. Cf. Ibid., III, 1, 2.

necesitaba de un intermediario era absurdo[22]. Además, mediante su comunión con Cristo el hombre podía llegar a ser hijo de Dios. Así pues, el Verbo mismo debía ser intrínsicamente divino, pues de lo contrario no podría dar la vida divina a los hombres. Ésta es su doctrina clara: «El Verbo no habría podido divinizarnos jamás si fuera divino sólo por participación y no hubiese sido Él mismo la divinidad esencial, auténtica imagen de Dios»[23].

En el pensamiento de Atanasio Dios no se ha privado nunca de su Verbo, lo mismo que la luz no puede dejar de dar esplendor ni la fuente dejar de manar agua. Por eso el Hijo ha existido desde siempre junto al Padre. La explicación que aporta el obispo alejandrino es sencilla: la generación divina es un proceso eterno. La generación del Hijo no implica, como en la generación humana, que el Hijo venga a la existencia después del Padre. La doctrina de Atanasio contiene, en definitiva, dos aspectos que deben mantenerse en tensión: piensa, como Arrio, que la Divinidad es una sola e indivisible, y constituye un solo principio; pero a la vez defiende con firmeza la distinción existente entre el Padre y el Hijo. En definitiva, Atanasio afirma que no es posible al ser humano explicar la analogía que hay entre la generación divina y la humana, hasta el punto de afirmar que el Hijo sea, por así decir, una porción de la sustancia divina del Padre; esto es imposible, concluye el Alejandrino, porque la naturaleza divina es inmaterial e indivisible[24]. Por otra parte, tampoco se puede decir, como pretendían los arrianos, que la generación del Hijo sea el resultado de un acto definitivo de la voluntad del Padre, reduciendo la posición del Hijo a la de una criatura[25].

22. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 24-26.
23. ID., *De synod.*, 51.
24. Cf. ATANASIO, *De decret.*, 11.
25. Cf. ID., *Contra Arianos*, III, 59-66.

Como es sabido Atanasio fue el principal defensor del *homooúsios* niceno: El Hijo es de la misma sustancia que el Padre; lo mismo que en el mundo humano, el ser engendrado resulta de la misma naturaleza que tiene el ser que engendra. En este sentido puede hablarse de identidad de naturaleza o identidad de sustancia, como prefiere decir Atanasio. Términos lingüísticos que también serán preferidos por Ambrosio en su tratado y que no entrañan a primera vista diferencia alguna entre ellos.

Cosa distinta aparece con la utilización de *prósopon* e *hypóstasis* (persona), propios para significar la distinción de las tres Personas en el contexto trinitario. Sin embargo, Atanasio intencionadamente procura utilizarlos mínimamente, con el objeto de no dar ninguna concesión a sus controversistas arrianos[26]. Como se podrá ver, Ambrosio no tiene en cuenta estas preocupaciones y utilizará ambos términos con mucha más profusión que Atanasio.

Estas diferencias terminológicas entre Atanasio y Ambrosio encierran una nueva cuestión: ¿El arrianismo al que se enfrenta Atanasio es el mismo que combate Ambrosio? Los estudios que se han llevado a cabo al respecto concluyen de manera nítida que el arrianismo occidental no fue de matiz homeo tan importante como se pensaba en un principio, sino que fue de una tendencia más radical como era el arrianismo anomeo[27]. Además, Ambrosio no pudo o no quiso hacer distinciones entre las diversas corrientes arrianas. Su intención primera no era elaborar

26. Al respecto, cf. M. SIMONETTI, *La crisis ariana en IV secolo*, Roma 1975, p. 276ss.

27. Cf. R. CANTALAMESSA, «Sant'Ambrogio di fronte ai grandi dibattiti teologici del suo secolo», en *Ambrosius Episcopus.* Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione di sant'Ambrosio alla catedra episcopale, Studia Patristica Mediolanensia, 6, Milano 1976, p. 497.

una historia del arrianismo, sino defender la doctrina ortodoxa.

d. La teología trinitaria en Occidente

Desde la misma perspectiva doctrinal hay que considerar otras fuentes que aparecen discretamente en las páginas del tratado *Sobre la fe* de Ambrosio y que sirvieron para desarrollar distintas corrientes dentro del arrianismo. Nos referimos precisamente al documento arriano emanado del sínodo de Rímini del 359[28]. Este acontecimiento testimonia la influencia de los obispos arrianos de la corte, Ursacio y Valente, que con el apoyo del emperador Constancio II obligaron a todos los demás obispos a aceptar una fórmula de fe arriana: «El Hijo es semejante al Padre en todo, pero no en la naturaleza».

La explicación de dicha fórmula se diferenciaba de la doctrina de Arrio: en primer lugar introduce una distinción entre la esencia divina, indivisible e incomunicable y la actividad divina o energía *(enérgeia)* que podía ser comunicada. Los partidarios de la nueva fórmula estaban dispuestos a admitir que el Hijo había recibido la divinidad en el momento de la generación, en el sentido de que le fue permitido condividir la actividad y el poder creador del Padre.

Hubo obispos que no claudicaron ante la presión de los obispos arrianos y les costó el destierro. Entre éstos se encontraba Hilario de Poitiers[29]. Ambrosio haciendo alusión

28. Para la cronología, sesiones y documentos de este sínodo, cf. Y.-M. DUVAL, «La manoeuvre frauduleuse de Rimini. A la recherche du *Liber aduersus Ursacium et Valentem*», en ID., *L'extirpation de l'Arianisme en Italie du Nord et en Occident*, Norfolk, Great Britain 1998, pp. 51-103.

29. Sobre la actividad de Hilario de Poitiers en Italia, cf. Y.-M. DUVAL, «Vrais et Faux problè-

a este hecho, escribe: «Los que fueron obligados a romper el sello, después condenados a engaño, lo sellaron; quienes no osaron violarlo acabaron confesores y mártires»[30]. Prácticamente tuvieron que acatar un credo arriano frente al de Nicea.

El pensamiento trinitario de Hilario puede resumirse en una de sus fórmulas características: «El Padre Dios y el Hijo Dios son absolutamente uno solo, no por la unicidad (*unione*) de la persona, sino por la unidad (*unitate*) de la sustancia»[31]. Hilario proclama repetidamente en su obra la distinción entre *unio*, que indica unicidad de persona, y *unitas*, que se refiere a la unidad de naturaleza entre el Padre y el Hijo.

Las páginas en las que Ambrosio se ve obligado no sólo a confesar la fe en la divinidad del Hijo, sino también a precisar por qué ésta no significa admitir dos dioses, ni tampoco negar al Verbo la subsistencia personal, provienen de la doctrina de Hilario, cuya clave doctrinal se encuentra en el término «generación»: si el Padre engendra al Hijo, éste es una persona, Dios como Él, pero no un segundo Dios. Éstas son las verdades que Hilario defiende y Ambrosio desea mantener.

Como hemos indicado más arriba, la llegada y estancia del Graciano en Sirmio y luego en Milán cambia la atmósfera doctrinal. El emperador, hasta entonces indiferente a las

mes concernant le retour d'exil d'Hilaire de Poitiers et son action en Italie en 360-363», en ID., *L'extirpation de l'Arianisme en Italie du Nord et en Occident*, Norfolk, Great Britain 1998, pp. 251-275.

30. Ibid., III, 15, 128. Ambrosio conocía perfectamente también las obras de Hilario, aunque en opinión de O. FALLER (ed.), *De Fide*, Corpus Scriptorum Ecclesasticorum Vindobonense, vol. 78/8, Vindobonae 1962, hay que pensar que en la duda sobre a cuál de los dos padres, Atanasio o Hilario, hace referencia Ambrosio, hay que inclinarse por Atanasio.

31. HILARIO DE POITIERS, *De Trinit.*, IV, 42.

cuestiones religiosas y cerrado a las posibles influencias en las cuestiones dogmáticas, se vuelve hacia Ambrosio y acepta gustoso sus directrices. Precisamente ése es el objetivo marcado en el tratado ambrosiano *Sobre la fe.*

3. Estructura y contenido del Tratado

Se abre este tratado con una dedicatoria a Graciano, que será el interlocutor ficticio a lo largo de toda la obra. A continuación dice: «ésta es la afirmación de nuestra fe»[32] y expone la fe del concilio de Nicea; pero no lo hace transcribiendo el credo, sino rebatiendo ya la doctrina de Arrio y Sabelio: «El Padre y el Hijo son una misma cosa... por la unidad de la naturaleza. Así pues, decimos que hay un solo Dios, no dos o tres dioses»[33], y atribuye a Dios sus particularidades propias: la bondad, la eternidad, que es perfecto, verdadero, omnipotente; atributos que son aplicados igualmente al Hijo y, por lo mismo, también la igualdad de naturaleza divina con el Padre. Dice Ambrosio, que él no va a hacer uso de los argumentos de la razón, sino de los testimonios de la Escritura, que sin duda los interpretará según Atanasio. Ya desde el comienzo de su obra, el obispo de Milán hace una clara distinción: No separamos al Hijo del Padre como hacen los gentiles; en segundo lugar: No confundimos al Padre con el Verbo como hace Sabelio; y finalmente: No decimos que el Hijo haya tenido comienzo de la Virgen como dice Fotino, ni afirmamos que el Padre y el Hijo sean de distinta naturaleza como asevera Arrio[34].

Un poco más adelante[35] resume la doctrina de Arrio: el Hijo es de distinta naturaleza que el Padre; ha tenido co-

32. *De fide.*, I, 1, 6.
33. Ibid., I, 1, 9-10.
34. Cf. Ibid., I, 1, 6.
35. Cf. Ibid., 1, 5, 34ss.

mienzo en el tiempo; y ha sido creado; por todo ello no es verdadero Hijo de Dios, ni omnipotente. A continuación argumentará ampliamente, pero sirviéndose, al igual que su oponente, de textos de la Sagrada Escritura. La generación del Hijo[36] está fuera del tiempo; la generación del Hijo no tiene semejanza con la humana. En este punto nuestro Autor muestra un interés especial en declarar finalmente que en la generación divina y en la encarnación del Hijo no hay ninguna semejanza posible con la generación de los hombres, ni con la creación[37].

Después de tratar sobre la generación del Hijo en los capítulos 14 y 15, en el 16 pregunta a los arrianos si piensan que ser engendrado y ser creado son la misma cosa. A continuación explica la generación del Hijo de Dios, algo que no le resultaba fácil y que, sin duda, habría consultado en las obras de Atanasio –también este autor griego encontraba dificultad en desentrañar el significado de los términos *génetos* y *génnetos,* dificultad que no se daba en latín al existir dos términos: *creatus* y *generatus*–. Pero, parece que pierde la paciencia contra Arrio al final del libro primero, en los capítulos 16 y 17, y un poco por sorpresa interrumpe los argumentos contra los arrianos e introduce en el capítulo siguiente la doctrina de Nicea: «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero...». Concluye ese primer libro con una plegaria para tener purificados sus labios en las polémicas contra los arrianos, y para que Graciano quede «embriagado» de la fe de Nicea[38].

El libro segundo comienza con un amplio prólogo en el que se exponen las cualidades específicas del Hijo de Dios, reunidas en cuatro grupos de tres apartados, haciendo una

36. Cf. Ibid., I, 8, 54ss.
37. Cf. Ibid., I, 12, 74ss.
38. Sobre el Credo de Nicea cf. E. DENZINGER: *El magisterio de la Iglesia*, ed. Herder, Barcelona 1963, pp. 23-24.

amplia exégesis escriturística, como era frecuente en aquella época. Comienza diciendo: «Nadie es bueno, excepto Dios»[39], afirman los arrianos. Y si Dios es bueno y el Hijo es Dios, también tiene que ser bueno. Por tanto, Ambrosio intenta mostrar que el Hijo es Dios. Al decir que Dios es bueno y que el Hijo es de la misma naturaleza de Dios, también afirma que el Hijo de Dios es bueno[40]. Además, ¿cómo puede ser malo el que hizo tantos favores? La voluntad del Padre y la del Hijo son la misma, luego el Hijo desea las mismas cosas que el Padre. Estas proposiciones las prueba el obispo de Milán con textos sacados de la Escritura. El Hijo de Dios es Señor de la Majestad divina, pero se puede decir que es menor que Dios en cuanto a la naturaleza humana; y por eso mismo se puede hacer una separación según el modo de hablar del hombre, pero en cuanto a la naturaleza divina no hay separación, ni grados ni distinción entre el Padre y el Hijo.

Los arrianos objetan que el Hijo de Dios no es verdadero Dios y para ello citarán cualquier frase de la Escritura que pueda expresar debilidad o impotencia en el Hijo. Frente al argumento arriano, Ambrosio tratará de formular claramente la distinción de las dos naturalezas en Cristo, y afirmará su libre voluntad, que coincide con la voluntad del Padre[41]. En el análisis de otras prerrogativas del Hijo, nuestro Autor tendrá un cuidado especial en resaltar lo que pertenece a la naturaleza divina y lo que es consecuencia del misterio de la encarnación. El Hijo de Dios es Señor de la majestad, pero menor que el Padre, y aclara enseguida, menor en cuanto hombre.

En los últimos capítulos de este segundo libro Ambrosio pasa a la consideración de otros aspectos de tipo moral.

39. *De fide*, II, 1, 16.
40. Cf. Ibid., II, 1, 17.
41. Cf. Ibid., II, 5 y 6.

Así dice en el capítulo noveno: «Acállense, pues, las cuestiones fútiles sobre las palabras, porque el reino de Dios... no está en el convencimiento de la palabra»[42]. También afirmará: «Obremos también nosotros honestamente»[43] y de esta manera pasa a la consideración de aspectos humanos, a la atención del Hijo de Dios hecho hombre, encarnado y débil.

El Padre ha concedido al Hijo el privilegio de juzgar y así presenta nuestro autor una especie de diálogo con el juez: por una parte el cristiano y por otra el arriano, ambos delante del juez. Concluye con una exhortación a Graciano, pidiéndole que guarde y proteja la fe, a la vez que le alienta en la confianza de triunfar frente a los godos, contra los cuales está a punto de emprender la marcha.

El libro tercero comienza con una introducción que revela la indecisión en que se halla Ambrosio de seguir escribiendo, y como si se hubiera encontrado de nuevo con Graciano, quien le anima a continuar el trabajo emprendido. También parece que algunos «inclinados a suscitar disputas»[44], han escrito contra sus anteriores libros. Con estas páginas comienza, por así decirlo, una segunda parte del tratado formado por éste y los dos libros siguientes.

Después del prólogo, dirigido también al emperador Graciano, emprende una defensa de la doctrina de Nicea, pero de un modo no muy sistemático, sino tal como le van viniendo a la memoria los temas, tratando de destacar la importancia de la encarnación del Hijo de Dios, y el poder de Cristo. Así dice: «Como altísimo da, como hombre suplica; lo uno es propio del Creador, lo otro del Redentor». Y enseguida dejará muy claro que cuando la Escritura nombra a Dios sin añadir Padre o Hijo, a veces viene indicado el Hijo, y por ello vemos que no admite separación entre

42. Ibid., II, 9, 77.
43. Ibid., II, 11, 89.
44. Ibid., III, 1, 2.

esas dos Personas[45]; así, cuando afirma que el Hijo «fue creado», deja bien claro que se refiere a la encarnación.

Ahora, sobre la base de los pasajes de las Escrituras: «Que el Hijo fue hecho», no supone ninguna separación del Padre y el Hijo, sino que se debe entender en cuanto a la encarnación, pues no se dice de una verdadera creación; por lo tanto, hay que entenderlo de modo metafórico, y así lo refiere el pasaje, afirmando que se ha de entender dicho del Hijo, en cuanto acepta, por la salvación del pueblo, la pasión, ya que no se precisa el término «creación», sino que se dice que «ha sido hecho para mí un refugio y se ha hecho mi salvación»[46].

Vemos en este libro, y también en los dos siguientes, que se hace constante en nuestro Autor la clarificación acudiendo a numerosos textos de la Escritura. Así afirma: Entre los más graves sacrilegios, el peor es referir las cosas que son propias de la carne a la divinidad, y trata de interpretar el pasaje de Jn 1, 30: *Detrás de mí viene*[47]... referido siempre a la encarnación, y sigue del mismo modo rebatiendo a los arrianos, en la interpretación de pasajes de la Sagrada Escritura: *Todo reino dividido*[48]...; pregunta, de qué modo está dividido: ¿Es que se trata de dos reinos, como afirman los arrianos? Ambrosio responderá: «El reino del Hijo es el mismo que el del Padre»[49] y así refuta a los arrianos, afirmando la unidad del reino y aseverando al mismo tiempo la unidad de la divinidad y la unidad de la sustancia; los arrianos afirmaban que el término «sustancia» no se encontraba en la Escritura, pero Ambrosio constata: «Ya he demostrado que el término sustancia se lee en las Escrituras»[50]. Termina este libro haciendo una referencia al concilio de Rímini.

45. Cf. Ibid., III, 3, 15.
46. Ibid., III, 5, 35.
47. Ibid., III, 10, 63.
48. Cf. Ibid., III, 12, 92.
49. Cf. Ibid., III, 13, 97.
50. Ibid., III, 14, 111.

El libro cuarto comienza suscitando una gran expectativa por lo que se va a decir: «Cuando yo considero, noble Emperador, por qué razón el género humano se ha equivocado hasta tal punto que, ¡ay de mí!, la mayor parte de los hombres siguen doctrinas diferentes acerca del Hijo de Dios»...[51], pero a partir de esas palabras introductorias, en los dos primeros capítulos, no dice más que argumentos repetidos.

En el capítulo tercero de este libro hace intervenir de nuevo a los arrianos pidiendo que interpreten el pasaje 1 Co 11, 3[52]. A la objeción que ponen en este pasaje y en otros, respecto a la unidad del Padre y el Hijo, Ambrosio acabará diciendo que el Padre y el Hijo son uno por naturaleza, no como el hombre y la mujer, ni como la Iglesia y Cristo. A continuación afirma que los arrianos objetan que el poder del Hijo no es el mismo que el del Padre, porque el Hijo no hace más que lo que ve hacer al Padre (Jn 5, 19)[53]. Argumentará ampliamente, dando razones que muestran que el Hijo ha obrado sin modelo previo y con el mismo poder que el Padre, porque el Padre aprueba lo que hace el Hijo. Los arrianos se basan en el pasaje escriturístico, pero el obispo de Milán responde: Si el Hijo, que hizo el mundo, vio al Padre hacerlo, entonces habría otros mundos como el nuestro. En el Hijo no hay debilidad, ni falta de poder en el obrar, sino que obra así porque sólo hace lo que agrada al Padre y el Padre lo aprueba[54]. El obrar del Hijo es resultado de la estrecha relación entre el Padre y el Hijo. ¿Cómo no va a ser impío quien piensa que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, cuando por la unidad de la sustancia en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo se da el mismo querer, el mismo no querer y el mismo poder?

51. Ibid., IV, 1, 1.
52. Cf. Ibid., IV, 3, 27.
53. Cf. Ibid., IV, 4, 38.
54. Cf. Ibid., IV, 5, 62; 6, 63.

En los siguientes capítulos continúa trayendo a discusión los razonamientos de los arrianos. Dicen ellos: Hubo un tiempo en que el Hijo no existía[55]. A lo que responde Ambrosio que la generación del Hijo es anterior al tiempo, y por lo tanto no se puede pensar en términos temporales respecto a la generación del Hijo. Todo el capítulo noveno de este libro trata de rechazar las pruebas de los arrianos, respecto a la temporalidad del Hijo. El cuerpo doctrinal de estas páginas se encuentra también en otros autores como Hilario de Poitiers[56].

A continuación se detiene en rebatir la objeción de los arrianos referente al texto de Jn 6, 57: *Como el Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre*[57]... ¿De qué modo es igual el Hijo al Padre?, objetan los arrianos. Ambrosio responde: ¿Cómo no va a tener la vida el que es la vida misma?[58]. Y trae a discusión el pasaje de 1 Co 8, 6, afirmando que es ridículo que algunos, partiendo de las palabras del Apóstol, hagan la distinción de poder entre el Padre y el Hijo; por ello concluye que no hay diferencia de naturaleza entre el Padre y el Hijo.

El libro termina haciendo la exégesis del pasaje de la Escritura que dice: *Yo soy la vid verdadera y mi Padre el labrador*[59]. Los arrianos afirman que dicha expresión implica que el Hijo es de naturaleza distinta del Padre, mientras que Ambrosio contesta afirmando que esa humillación del Hijo está referida a su encarnación[60].

El quinto libro comienza con un prólogo acerca de su cometido como obispo: «¿Qué haremos nosotros constituidos como labradores en medio de la nueva cizaña de la mies

55. Cf. Ibid., IV, 9, 96.

56. Por ejemplo: Hilario de Poitiers, *De trinit.*, VII, 11-21; IX, 43-50; etc.

57. Cf. *De fide,* IV, 10, 117.

58. Cf. Lc 14, 6.

59. Jn 15, 1.

60. Cf. *De fide*, IV, 12, 157-168.

antigua? Si callamos, parecerá que cedemos»[61]. Las páginas de este libro discurren sobre aquellos aspectos referentes a la incomparable divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo[62].

También este quinto libro está escrito teniendo como base algunos textos de la Escritura, al igual que había hecho en los anteriores. Los textos que le sirven de inspiración literaria no son los mismos, aunque la argumentación es idéntica: rechazar las opiniones de los arrianos, que es el objetivo fundamental de nuestro Autor.

Para que te conozcan a ti solo y verdadero Dios y al que enviaste Jesucristo[63]: *A ti solo y verdadero Dios,* insisten los arrianos. Ambrosio tiene puesta su atención en aquellos pasajes que, según la interpretación de los arrianos, indican que el Hijo no es verdadero Dios. Así, por ejemplo: «Que no hace nada más que lo que ve hacer al Padre», por lo tanto, no tiene todo el poder; tampoco tiene poder para «poner a su izquierda o a su derecha a quien quiera, sino a quien el Padre ha determinado» y «el que cree en mí no cree en mí sino en el que me ha enviado». En sentido contrario a la interpretación arriana, esos mismos pasajes neotestamentarios le servirán a Ambrosio para confirmar la doctrina ortodoxa. Cuando los arrianos afirman que la sustancia del Padre y el Hijo es diferente[64], ellos son los que manifiestan que hay dos dioses; en cambio nosotros decimos –testifica Ambrosio– que no hay más que una sola divinidad, porque no hay diferencia de voluntad ni de operación.

Sobre el texto: *Mi copa sí la beberéis*[65]... Ambrosio se detiene en consideraciones sobre la madre de los Zebedeos. Trata

61. Ibid., V, prol., 5.

62. La divinidad del Espíritu Santo aparece reiteradamente en este tratado *Sobre la Fe*, lo cual indica que Ambrosio tenía su otro tratado *Sobre el Espíritu Santo* en la mesa de trabajo.

63. Jn 17, 3.

64. Cf. *De fide*, V, 3, 42.

65. Mt 20, 23.

de justificar y considerar el amor de los padres a los hijos, pero la dificultad está en que los arrianos discuten de la debilidad del Hijo, cuando dice, que no puede conceder el puesto a su derecha o a su izquierda. El obispo de Milán habla como si se tratara de dos pasajes, cuando estaba la madre presente y cuando estaba ausente. En primer lugar presenta las palabras: *No es de mi incumbencia concederlo, sino para quien lo tiene preparado mi Padre*, pero *el Padre ha concedido todo juicio al Hijo* y Jesús dirá a continuación: *Cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre yo lo haré.* Sin embargo, estaba claro que la madre pedía una cosa imposible para el hombre, y Cristo estaba hablando según la carne, puesto que concedía a los discípulos en ese pasaje el beber el cáliz[66].

También nuestro Autor plantea otras cuestiones, como la de aquellos que, deseando negar la unidad de la divina sustancia, se esfuerzan en disminuir el amor del Padre y el Hijo, diciendo, en alusión a Jn 17, 23, que el amor del Padre al Hijo es como el del Padre a los hombres, con lo que igualan al Hijo con los hombres. Los arrianos tratan de ver una disminución en la persona de Cristo, al igualarlo a los hombres, como si el Padre amara igual a su Hijo predilecto que a los hombres. Ambrosio se extiende y rebate toda esta doctrina arriana. Así afirma: «Una cosa es nombrar al Hijo según la sustancia divina, y otra según la asunción de la carne»[67]. Es Señor según la una y siervo según la otra. Sigue Ambrosio explayándose en consideraciones sobre la interpretación de pasajes como Mt 28, 19; Jn 12, 44; 1 Co 15, 28. Esta última cita paulina es donde principalmente repite y se extiende bastante para llegar a la conclusión ya esperada: la sumisión del Hijo es la sumisión de la carne.

Finalmente, en lo que se refiere a la interpretación que hacen los arrianos de las palabras: *Nadie conoce el día ni la*

66. Cf. *De fide*, V, 5, 55ss.

67. Ibid., V, 8, 107.

hora[68], suponiendo una carencia en el Hijo de Dios, el obispo milanés lo resolverá diciendo que el Hijo, antes de la pasión, en cuanto hombre, podría ignorar cualquier cosa. De esta manera concluye el libro con una plegaria a Dios, sin olvidarse hasta el final de rechazar cualquier disminución de los arrianos, respecto a la igualdad del Padre y el Hijo.

4. La teología de san Ambrosio

¿Cuál es el contenido real de la teología y el pensamiento de Ambrosio? Pensamos que este escrito del obispo de Milán no tiene como objetivo fundamental una exposición sistemática de su pensamiento doctrinal. No sabemos si a la petición recibida por parte de Graciano se añade la complacencia del Autor por exponer su doctrina teológica sobre la fe, aunque como suele suceder en estas circunstancias, debió trabajar con mucha ilusión, pues se detecta no pocas veces el gusto en insistir en algunos aspectos doctrinales y sobre todo en refutar los argumentos arrianos.

Como decimos, el Autor no hace una exposición metódica y calculada. Trata de expresar llanamente la doctrina sobre la fe en base a la interpretación de los pasajes de las Escrituras, como pudo haberlo leído en Atanasio y en Hilario de Poitiers. En esta exposición se nota con bastante frecuencia el método propio de una predicación, lo que hace suponer que Ambrosio traslada parte de sus homilías a esta exposición *Sobre la fe*.

En cuanto a la doctrina trinitaria de Ambrosio hay que decir que no presenta una construcción especulativa; más bien se trata de una consecuencia de sus reflexiones sobre algunos textos de la Escritura, como se puede comprobar

68. Mt 24, 36.

sobre todo en el libro tercero. Principalmente son textos bíblicos que los arrianos aducían para apoyar sus tesis.

El objetivo de este tratado era en primer lugar explicar y defender la doctrina del Concilio de Nicea, sobre todo en los dos primeros libros, si bien en todo momento Ambrosio trata de rebatir la doctrina arriana, que trataba constantemente de separar y de romper la unidad del Padre y el Hijo. «La naturaleza divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es una sola»[69], afirmará con fuerza nuestro Autor.

En la primera mitad del siglo cuarto se imponen en occidente los autores galos e hispanos en la lucha contra los arrianos[70], y hacia el año 380 es Ambrosio quien retomará la iniciativa. En la doctrina del obispo milanés destaca sobremanera la defensa que hace de la unidad del Padre y el Hijo[71], la omnipotencia, la majestad, el poder, la imagen; aunque las citas expresas de la palabra «Trinidad» no son muchas, la menciona bastantes veces a lo largo de todo el tratado, y la cita en frases como ésta: «Pero la unidad... es propia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque la divinidad de la Trinidad es una»; otras alusiones aparecen en distintos pasajes de su exposición[72]. En los dos últimos libros hay otros textos, de los que citaremos dos, que nos parecen paradigmáticos. En el primero nos da una defini-

69. *De fide*, II, 10, 86.

70. Sirvan como ejemplo los tratados de san Hilario de Poitiers y san Gregorio de Elvira.

71. En cuanto a la unidad del Padre y el Hijo conocía perfectamente los pasajes de Atanasio; por ejemplo: «El Hijo está en el Padre, en cuanto podemos comprenderlo, porque todo el ser del Hijo es cosa propia de la naturaleza del Padre, como el resplandor lo es de la luz y el arroyo de la fuente. Así, el que ve al Hijo ve lo que es propio del Padre y entiende que el ser del Hijo, proviniendo del Padre, está en el Padre» (ATANASIO, *Ad Serapionem*, I, 28: BPa 71, 117-119).

72. Cf. *De fide*, I, 8, 10.30; II, 12, 107; III, 16, 24.

ción de la Trinidad en Dios y en el segundo expone las propiedades de esa Trinidad. «La sustancia de la Trinidad es, por decirlo, indistinta de algún modo, pero a la vez distinta[73], incomprensible e inenarrable. Aceptamos la distinción *del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*[74], no la confusión; admitimos una distinción, no una separación; una distinción, no una pluralidad. Así pues, por un misterio divino y admirado aceptamos que el Padre permanece siempre, el Hijo permanece siempre y el Espíritu Santo permanece siempre. No son dos Padres, ni dos Hijos, ni dos Espíritus. Porque, "para nosotros no hay más que un solo Dios"»[75]. Y el otro pasaje, profundamente significativo, dice lo siguiente: «Ahora, Padre omnipotente, dirijo mis palabras a ti con lágrimas. Yo te proclamo ciertamente inaccesible, incomprensible e inestimable[76], pero no me atreveré a considerar inferior a tu Hijo. Efectivamente, he leído que Él es resplandor de la gloria y la imagen de tu sustancia[77], y temo, que al decir que es una imagen inferior de tu sustancia, parezca que estoy nombrando una sustancia inferior a la tuya, cuya imagen es el Hijo, puesto que la plenitud de tu divinidad está en el Hijo[78]. He leído con frecuencia y creo voluntariamente que tú, el Hijo y el Espíritu Santo, eres inmenso, incircunscrito, inestimable e indescriptible»[79].

Pero volviendo a las relaciones entre el Padre y el Hijo ya hemos dicho que es un tema constante; por otra parte,

73. En el sentido de que es igual para el conjunto de las tres Personas divinas, pero es distinta en cada una de ellas.

74. Mt 28, 19.

75. *De fide*, IV, 8, 91: 1 Co 8, 6.

76. Cf. 1 Tm 6, 16; Jr 32, 19; Jb 36, 26.

77. Cf. Hb 1, 3. El término «sustancia» representa en Dios la unidad, es decir, el punto de unidad de las tras Personas; la singularidad pertenece a la persona, la unidad a la naturaleza. El uso que hace Ambrosio de estos términos es bastante escaso.

78. Cf. Col 2, 9.

79. *De fide*, V, 19, 228.

es el más tratado por los arrianos. Cuando Ambrosio se encuentra ante cuestiones difíciles, como la generación eterna, afirma: «No es lícito indagar los misterios de arriba. Es lícito conocer que ha nacido, pero no es legítimo escudriñar cómo ha nacido. A mí no me está permitido negar aquello, y me da miedo preguntar esto»[80].

Respecto a la relación entre el Padre y el Hijo, aunque en los primeros libros nuestro Autor parece reiterativo, se reduce en general a proclamar al Hijo como *homooúsios* (consustancial): el Hijo es el Logos, el Verbo, la sabiduría de Dios, el poder, la imagen de Dios. Así como es característica del Padre engendrar, la del Hijo es ser engendrado, pero enseguida afirma que el modo de esta generación no está a nuestro alcance conocerlo[81]. No debemos escrutar los misterios insondables; cuando se nombra al Hijo se incluye el Padre; el Hijo existe siempre, y el Padre en su eternidad[82]. La generación del Hijo no es un acto de voluntad, pues, esto supondría un algo anterior al Hijo; el acto de la generación es algo que está en la naturaleza del Padre.

No se habla naturalmente de Cristología, ni menos en los términos de nuestros días, aunque la doctrina se encuentre en el tratado ambrosiano. En este sentido encontramos un texto significativo[83]. Mientras los arrianos tratan en todo momento de señalar las posibles debilidades de Cristo, basándose en textos evangélicos, Ambrosio les responde con los mismos textos, indicando que esas debilidades son consecuencia de la asunción del misterio de la encarnación. Cuando los arrianos insisten en el nacimiento, el dolor, la tristeza o la pasión de Cristo, Ambrosio fundamenta la encarnación del Verbo, que tiene lugar en Cristo,

80. Ibid., I, 10, 65; cf. IV, 8, 90.

81. Cf. Ibid., I , 10, 62ss.

82. Cf. Ibid., I, 14, 94.

83. Cf. Ibid., III, 2, 7.

y la presencia de las dos naturalezas, no perdiendo nada de lo que le era propio, sino asumiendo lo que no le era propio. Cristo se apropia del hombre total. La divinidad de Cristo es eterna; la misma Persona que es Dios se hace hombre y, en la naturaleza humana sufre la pasión[84]. A propósito del nacimiento, Ambrosio repite una y otra vez que Jesucristo no pierde la dignidad divina, y al mismo tiempo comprueba la verdad de la asunción de la carne. Nuestro Autor presenta al Hijo de Dios como sacerdote y víctima, a la vez que es salvador de todos los hombres.

Otro punto doctrinal que el obispo de Milán explica frente a los arrianos, viene expresado por la frase bíblica: *Que fue hecho.* Estas palabras hay que referirlas al hombre, afirma Ambrosio; pero insiste en la unidad de las dos naturalezas: «Pero las palabras que se han leído: *El Señor de la majestad ha sido crucificado*[85], no pensemos que [tienen el sentido de que] ha sido crucificado en su majestad, sino que, puesto que Él mismo es Dios y hombre –Dios por la naturaleza divina y por la asunción de la carne, Jesucristo–, se dice que el Señor de la majestad fue crucificado, porque participa de la una y la otra naturaleza, esto es: de la humana y de la divina; y en la naturaleza de hombre soportó la pasión, de modo que indistintamente se pueda decir también "que el Señor de la majestad" es el que ha padecido, y como está escrito, *el Hijo del hombre, el que descendió del cielo*»[86].

Los arrianos repiten insistentemente aquellos momentos de tedio, dolor y anonadamiento en Cristo, mientras Ambrosio afirma claramente que en ningún momento el Hijo es disminuido y que todos esos momentos se dicen de Él en cuanto que son consecuencia de la encarnación, con la consiguiente asunción del cuerpo humano en todas sus de-

84. Cf. Ibid., II, 7, 58; 9, 77.
85. 1 Co 2, 8.
86. *De fide*, II, 7, 58 : Jn 3, 13.

bilidades y por eso Cristo se presenta como hombre, como siervo. No cita el término «persona», sino que habla de sustancia, y tiene mucho cuidado en destacar que el Hijo de Dios es igual al Padre, pero que también se ha hecho igual al hombre, por el misterio de la encarnación.

Parece que en los tres últimos libros abandona un poco esta materia, lo cual puede ser debido a la influencia de la literatura homilética. Es posible que tuviera presente algunas respuestas a sus libros anteriores, o que intentara atender a los requerimientos de Graciano, si es que de verdad le solicitó también la segunda parte del tratado, lo cual, por otra parte, se debería a la fama y aceptación de las homilías de Ambrosio, cuyo eco habría llegado a oídos del emperador.

Además, pueden observarse otros aspectos doctrinales en el tratado ambrosiano, como referencias a la existencia de los ángeles, al sacramento de la Eucaristía, al método tipológico, y a la antropología, entre otros. Pero ciertamente es el misterio de la Trinidad lo que sobresale en la doctrina de esta obra del obispo de Milán.

5. Fecha de composición y pervivencia del Tratado

Hacia el año 383 un cierto Maximino, en una disertación sobre Ambrosio, nos proporciona la noticia de que un obispo arriano, Paladio, había escrito una invectiva contra el obispo de Milán, y de este hecho se encuentran indicios en alguna frase de nuestro Autor en el libro tercero. La invectiva debió ser escrita entre los años 379 al 383[87].

87. En efecto, parece que debió ser en el mes de septiembre de 378, cuando Ambrosio envía a Graciano los dos primeros libros del *De fide*, Cf. J.-R. Palanque, *Saint Ambroise et l'Empire romain*, Paris 1933, p. 55; H. Savon, *Ambroise de Milan (340-397)*,

Otro dato más concreto parece confirmar que los dos primeros libros fueron escritos, después de la batalla de Adrianópolis, que tuvo lugar el 9 de agosto de 378, según la frase de Ambrosio: «Yo no soy Salomón... ni tú eres emperador sólo de un pueblo, sino... de todo el mundo»[88], es decir, el período en que Graciano fue emperador único de Oriente y Occidente. Ahora bien, el 18 de enero del año 379 ya estaba Teodosio, como colega suyo, en el gobierno. Por lo tanto, si damos crédito a la afirmación de Ambrosio, podemos decir que al menos en ese espacio de tiempo del 378 al 379 ya tenía en proyecto este tratado, y debió tener muy adelantado el trabajo porque en el 383 muere Graciano en las Galias y no hay una sola referencia a ese acontecimiento, como hubiera sido normal; luego podemos pensar que este tratado estuvo concluido antes del 383. Barnes Timothy, que trata de cuadrar los viajes de Graciano entre el 375 al 383 y el de Ambrosio a Roma el 379, mantiene la datación para los dos primeros libros sin cambio, pero admite que en el 380 Ambrosio escribe el tratado *De Spiritu Sancto,* sin haber acabado los libros IV y V del *De fide*, justificando así las alusiones que hace al Espíritu Santo en el libro quinto[89].

Por su parte Faller[90] afirma que los libros I y II del *De fide* fueron reclamados a Ambrosio por Graciano a finales del mes de septiembre de 378, después del desastre de Adria-

Paris 1997, pp. 77-79, donde se demuestra que antes de 379, el *De uirginibus* y el *De paradiso* ya ponen de manifiesto la fuente del obispo de Milán, afirmando la fe de Nicea frente a la desviación arriana.

88. *De fide* I, prol., 1. Estas palabras han sido interpretadas como una hipérbole retórica por H. SAVON, «La chronologie des oeuvres de saint Ambroise», en *Studia Patristica,* X, TU 107, Berlin 1970, pp. 158ss.

89. Cf. T. D. BARNES, *Ambrose and Gratian,* en «Ant. Tar.», 7 (1997) pp. 165-174.

90. Cf. O. FALLER, *Prolegomena*, CSEL 78, pp. 5*-8*.

nópolis, que había tenido lugar el 9-10 de agosto, y que fueron redactados por el Obispo antes de acabar ese mismo año. Nautin[91], por su parte, ha precisado la cuestión cronológica de los dos primeros libros del *De fide* en un estudio bibliográfico que confirma, con otros argumentos el dato propuesto por Palanque y Faller: estos dos primeros libros han sido compuestos entre los meses de septiembre y diciembre de 378. También Dudden[92] data estos dos primeros libros entre agosto y septiembre de 378. En fin, Peredi habla igualmente de «los últimos meses del año 378»[93].

Por lo que se refiere al nombre, *De fide* aparece ya así en los principales manuscritos, mientras que *De fide ad Gratianum* se considera un añadido de los editores posteriores[94].

Respecto a la pervivencia del tratado, la escasez de versiones a las lenguas modernas podría hacernos pensar en la poca importancia dada a esta obra de Ambrosio. Ahora bien, la historia nos atestigua que en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Ambrosio ya existen dos datos que dan testimonio de la consideración en que se tuvo al autor y en concreto a este tratado *Sobre la fe*. Uno de esos

91. Cf. P. NAUTIN, «Les premières relations d'Ambroise avec l'empereur Gratien. Le *De fide* (livres I et II)», en Y.-M. DUVAL (éd.), *Ambroise de Milan. XVI centenaire de son élection episcopale*, Paris 1974, pp. 231-235.

92. Cf. F. H. DUDDEN, *The life and times of S. Ambrose*, vol. 1, Oxford 1935, p. 189, n. 23 y vol. 2, p. 698, n. 8.

93. Cf. A. PEREDI, Sant'Ambrogio e la sua età, Milan 1960, p. 253.

94. Para un estudio de las distintas «recensiones» del tratado ambrosiano, cf. G. BILLANOVICH - M. FERRARI, «La tradizione melanese delle opere di sant'Ambrogio», en G. LAZZATI (dir.), *Ambrosius Episcopus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976, pp. 5-102.

testimonios es precisamente la importancia atribuida a este tratado en los concilios posteriores de Éfeso, Calcedonia y segundo de Constantinopla, cuando ya el arrianismo había decaído. Es el único autor occidental que aparece mencionado en los concilios orientales que hemos citado.

Otro hecho que consideramos más significativo es la cantidad de manuscritos que se hicieron de este tratado, ya en los primeros momentos y que han llegado hasta nosotros[95]. Los monjes Maurinos aluden a muchos manuscritos, sin ser excesivamente precisos, y sobre todo mencionan manuscritos franceses, aunque tengamos que tomar esta noticia con algunas reservas.

A pesar de la excelencia de los manuscritos citados, la cantidad de variantes, de poca importancia en nuestra opinión, es enorme, lo cual puede ser una prueba de que quienes copiaban el tratado casi lo conocían y lo transcribían sin demasiada atención. El hecho de que las traducciones a las lenguas modernas sea muy escasa no nos debe impresionar excesivamente, porque no se trata de algo que se refiera a las obras de Ambrosio solamente, sino que queda mucho por investigar con otros tantos autores de la época.

Tenemos finalmente otro dato del aprecio en que se tuvieron las obras de Ambrosio, y concretamente este tratado. Nuestro Francisco de Quevedo, en *La primera persecución de los judíos contra Cristo y contra la Iglesia*, cita varias veces al obispo de Milán y en concreto este tratado, en aquel pasaje de la transfiguración, cuando Jesús reprende a los discípulos en presencia de Moisés y Elías[96].

95. Cf. O. FALLER, *Ambrosii Opera*, CSEL, vol. VIII, Viena 1962, p. 13*ss.

96. Cf. F. QUEVEDO, *Obras completas*, tomo I, ed. Aguilar, Madrid 1961, p. 1132 .

6. La presente edición

Hemos usado para la presente traducción la edición crítica del *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, realizada por O. Faller, de la que nos hemos servido en muchas variantes del texto latino.

También hemos tenido muy en cuenta la versión de la *Patrologia Latina* de Migne, que «todo el mundo critica, pero de la que se sirve todo el mundo»[97]. Las variantes entre ambos textos latinos y la posible razón de las mismas se ha tenido en cuenta en todo momento. En este sentido hemos añadido pocas notas y hemos tratado de que sean breves.

En cuanto a la traducción de los textos bíblicos, muy abundantes, no hemos seguido un texto de versión admitida porque, como dice O. Faller[98], no podemos saber cuál es la versión de la Biblia que utilizó Ambrosio. No obstante, hemos seguido la numeración de la Vulgata en lo referente al libro de los Salmos y otros, que tienen distintas numeraciones respecto a las Biblias modernas.

También hemos decidido reponer los títulos de los apartados, tomados de la edición de Faller, no sólo para aligerar la lectura, sino porque, aunque los monjes de san Mauro no los conservaron, según los manuscritos y conforme algunos autores, estos epígrafes pudieron muy bien ser originales de Ambrosio.

Debemos añadir también que hemos tenido a la vista la traducción italiana de C. Moreschini[99].

97. L. Helphen, *Initiatión aux etudes d'Histoire du moyen age*, Paris 1946, p. 35.

98. Cf. O. Faller, *o. c.*, p. 10*, 3, 1.

99. Cf. C. Moreschini (ed.), *Sant'Ambrogio. Opere dogmatiche I. La fede*, Città Nuova Editrice (Sancti Ambrosii Episcopi Mediolanensis Opera, 15), Roma 1984.

No podemos terminar estas líneas sin manifestar nuestro agradecimiento a Miguel García y a Ramón Pérez por la ayuda prestada en la revisión de la traducción del texto y las numerosas sugerencias que nos han hecho. Finalmente, en lo que concierne a la bibliografía, nos hemos limitado, por razones obvias, a citar aquellas obras que puedan servir de ayuda al lector en algunos aspectos doctrinales y literarios del trabajo que presentamos.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones*

FALLER, O., *Opera S. Ambrosii, pars VIII, De Fide*. Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, vol. VIII, Wien 1962.

MIGNE, J.-P., *Patrologiae Latinae cursus completus.* vol. 16, Paris 1844ss.

MORESCHINI C., (ed.), *Sant'Ambrogio. Opere dogmatiche I. La fede*, Città Nuova Editrice (Sancti Ambrosii Episcopi Mediolanensis Opera, 15), Roma 1984.

2. *Monografías y estudios*

BARNES T. D., *Ambrose and Gratian*, en «Antiquité Tardive», 7 (1997) pp. 165-174.

BILLANOVICH, G. - FERRARI, M., «La tradizione melanese delle opere di sant'Ambrogio», en G. LAZZATI (dir.), *Ambrosius Episcopus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976, pp. 5-102.

BOULORAND, E., *L'heresie de Arrius et le foi de Nicee*, Paris 1922.

CANTALAMESSA, R., «Sant'Ambrogio di fronte ai grandi dibattiti teologici del suo secolo», en *Ambrosius Episcopus.* Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione di sant'Ambrosio alla catedra episcopale, Studia Patristica Mediolanensia, 6, Milano 1976.

CORVELLINI, C., «Ambrogio e i barbari; giudizio o prejudizio?», en «Rivista di Storia della Chiesa», 31 (1977) 343-353.

DANIEL, H., *Ambrose of Milan and the end of the Nicene-Arian conflicts*, Oxford University Press 1995.

DUDDEN, F. H., *The life and times of St. Ambrose*, vols. 2, Oxford 1935.

DUVAL, Y.-M., *L'extirpation de l'Arianisme en Italie du Nord et en Occident: Rimini (359/60) et Aquilée (381), Hilaire de Poitiers (367/8) et Ambroise de Milan (397)*, Ashgate, 1998.

ID., «La manoeuvre frauduleuse de Rimini. A la recherche du *Liber aduersus Ursacium et Valentem*», en ID., *L'extirpation de l'Arianisme en Italie du Nord et en Occident*, Norfolk, Great Britain 1998, pp. 51-103.

ID., «Vrais et Faux problèmes concernant le retour d'exil d'Hilaire de Poitiers et son action en Italie en 360-363», en ID., *L'extirpation de l'Arianisme en Italie du Nord et en Occident*, Norfolk, Great Britain 1998, pp. 251-275.

GARCÍA, L., «Contra Prisciliano», en *I Concilio de Toledo. Historia*, Madrid 2000.

HELPHEN, L., *Initiatión aux etudes d'Histoire du moyen age*, Paris 1946.

LAZZATI, G. (dir.), *Ambrosius Episcopus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976.

MAES, B., *La loi naturele selon Ambrosio de Milan*, Analecta Gregoriana, Roma 1967.

MAIER HARRY, O., *Private space as the social contest of Arrianism in Ambrose's Milan*, en «Journal of Theological Studies N. S.» 45 (1994) 72ss.

MARKSCHIES, CH., *Ambrosius von Mailand und die Trinitätstheologie*, Tubinga 1995.

NAUTIN, P., «Les premières relations d'Ambroise avec l'empereur Gratien. Le *De fide* (livres I et II)», en Y.-M. DUVAL (éd.), *Ambroise de Milan. XVI centenaire de son élection episcopale*, Paris 1974, pp. 231-235.

OPITZ, H. G., *Urkunden zur Geschichte des arianischen Streites*, Berlin 1934.

PALANQUE, J.-R., *Saint Ambroise et l'Empire romain*, Paris 1933.

PAVAN, M., «Sant' Ambrogio e il problema dei barbari», en «Romanobarbarica» 8 (1978) 176-187.

PIZZOLATO, L. F., *La dottrina esegetica di Sant'Ambrogio*, Milano 1978.

QUEVEDO, F., *Obras completas*, tomo I, ed. Aguilar, Madrid 1961.

SAVON, H., *Ambroise de Milan (340-397)*, Paris 1997.

SIMONETTI, M., *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma 1975.

ID., «La politica antiariana di Ambrogio», en G. LAZZATI (dir.), *Ambrosius Episcopus*, Atti del Congresso internazionale di studi ambrosiani nel XVI centenario della elevazione de sant'Ambrogio alla cattedra episcopale, Milano 2-7 dicembre 1974, vol., 2, ed. Vita e Pensiero (Studia Patristica Mediolanensia, 6), Milano 1976, pp. 266-285.

SORDI, M., *L'impero romano-cristiano al tempo di Ambrogio*, Medusa 2000.

TOSCANI, G., *Teologia della Chiesa in Sant'Ambrogio*, Roma 1968.

WILLIAMS, D. H., *Ambrose of Milan, Polemics and politics in Ambrose of Milan's «De fide»*, en «Journal of Theological Studies N. S.» 46 (1995) 519-553.

Ambrosio de Milán

SOBRE LA FE

LIBRO PRIMERO

Prólogo

1. *La reina de Sabá vino a conocer la sabiduría de Salomón*[1], como leemos en el libro de los Reyes. El rey Jirán también envió mensajeros a Salomón, para conocerlo[2]. Así pues, tú también, noble emperador Graciano, imitador de la historia antigua, has querido escuchar mi fe. Pero yo no soy Salomón, del cual tú puedas admirar la sabiduría, ni tú eres emperador sólo de un pueblo, sino emperador Augusto de todo el mundo[3]; tú me has ordenado que te expusiera mi fe en un libro, no sólo para aprenderla sino para practicarla.

2. ¿Cómo, pues, noble emperador, vas a aprender la fe que desde la más tierna infancia has guardado con piadoso afecto? *Antes*, dice la Escritura, *de haberte formado yo en el seno materno te conocí, y antes de que salieras del vientre te consagré*[4]. Por lo tanto, la santificación no es transmitida, sino infundida. Así pues, guarda los dones divinos. Pues lo que nadie te enseñó, ciertamente te lo infundió Dios, que es el Autor.

1. Mt 12, 42 ; cf. 3 R 10, 1-13. Seguimos el orden de los libros establecido según la Vulgata.

2. Cf. 3 R 5, 15; Jirán era rey de Tiro.

3. En efecto, Graciano gobernaba todo el Imperio Romano desde 367.

4. Jr 1, 5.

3. Me pides, noble emperador, un libro sobre la fe, cuando estás a punto de salir al combate[5]. Sabes además, que la victoria suele obtenerse más por la fe del general, que por el valor de los soldados. En efecto, también Abrahán condujo a la guerra a trescientos dieciocho[6] y alcanzó el triunfo sobre innumerables enemigos, y sometió la fuerza de cinco reyes y de ejércitos victoriosos con el signo de la cruz y el nombre de Jesús; no sólo reivindicó a su pariente, sino que mereció un hijo y el triunfo[7]. Igualmente Josué, hijo de Nun, venció a los enemigos, que no podía dominar con la poderosa tropa de todo el ejército, con el sonido de siete trompetas de los sacerdotes, cuando reconoció al jefe de la milicia celestial[8]. Así pues, te preparas a vencer también tú, que adoras a Cristo; te preparas a vencer tú, que reivindicas la fe, sobre la que me has pedido este libro.

4. Yo preferiría ciertamente cumplir el deber de exhortar a la fe más que el de disputar sobre ella, porque en el primer caso habría un piadoso reconocimiento, mientras que en el otro, puede haber una incauta presunción. Pero ya que tú no necesitas de exhortación y yo no puedo aducir excusa alguna al tratarse del deber de afecto que tengo hacia ti, emprenderé esta atrevida tarea en una circunstancia favorable, de modo que discutiré poco acerca de la fe, con el fin de indagar más ampliamente sobre los testimonios[9].

5. Contra los godos, que poco antes habían desolado Roma, en la batalla de Adrianópolis.

6. 318 soldados, siervos de Abrahán, para rescatar a su hermano Lot (cf. Gn 14, 14) El número 318 contenía la T griega, signo de la Cruz; la I y la H (yota y eta, significan en griego los números diez y ocho respectivamente) son las dos primeras letras que aparecen en el nombre de Jesús. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, VI, 84, 1-4.

7. Cf. Gn 14, 14.

8. Cf. Jos 6, 6-21.

9. Estos testimonios son los distintos pasajes de la Escritura que Ambrosio comentará para defender la doctrina de Nicea.

5. Respecto a la doctrina de los concilios yo seguiré especialmente las enseñazas que mostraron aquellos trescientos dieciocho obispos, elegidos, por decirlo de algún modo, según el juicio de Abrahán, como un trofeo, una vez sometidos los herejes en todo el mundo, y que fueron vencedores por tener una virtud en consonancia a la fe. De manera que [este proceder] a mí me parece que es algo divino, pues tenemos una profesión de fe realizada en los concilios con idéntico número de personas al que poseemos en el relato de la Escritura como un ejemplo de religiosa piedad[10].

Exposición de la fe

1.6. Así pues, ésta es la afirmación de nuestra fe: decimos que hay un solo Dios, y no separamos [de Él] al Hijo, como hacen los gentiles, ni, como los judíos, negamos que ha nacido del Padre antes del tiempo, y que después ha sido engendrado de la Virgen, ni confundimos al Padre y al Verbo, como Sabelio[11], para afirmar que el Padre y el Hijo son uno mismo; tampoco sostenemos como Fotino[12], que el Hijo de Dios haya comenzado a existir de la Virgen; ni tampoco como Arrio[13], al creer que existen muchos y distintos

10. Parece claro que nuestro Autor alude al Concilio de Nicea de 325, en que el número de obispos participantes en aquel concilio fueron trescientos dieciocho, según la tradición. En este concilio estuvieron presentes los arrianos, aunque no nos consta su número.

11. De este autor africano sabemos que afirmaba que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son únicamente tres distintas denominaciones de una única Persona.

12. Obispo de Sirmio que defendía que el Hijo de Dios se encarnó en un hombre llamado Jesús e hijo de María.

13. Se trata del personaje que da nombre al arrianismo, herejía que trata de combatir nuestro Autor, y del que ya hemos hablado en la Introducción.

poderes, afirmando que hay muchos dioses, según el error pagano, porque fue escrito: *Escucha, Israel, el Señor Dios tuyo es el único Señor*[14].

7. Ciertamente, «Dios» y «Señor» son nombres que expresan magnificencia, nombres de potestad, como Él mismo dice: *Señor es mi nombre*[15]. Y así también, otro profeta afirma: *Señor omnipotente es su nombre*[16]. Por lo tanto, es Señor y Dios: bien porque domina todas las cosas, o bien porque las ve todas y es temido por todos.

8. Así pues, si Dios es uno solo y el nombre también es uno solo, la potestad de la Trinidad es una sola. Finalmente Él mismo dice: *Id, pues, y bautizad las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*[17]. *En el nombre* ciertamente, «no en los nombres». 9. También Él afirma: *Yo y el Padre somos uno*[18]. *Uno solo* –dijo–, para que no haya ninguna separación de potestad; y añadió *somos*, para que reconozcas al Padre y al Hijo, con el fin de creer que el Padre perfecto engendró al Hijo perfecto, y que el Padre y el Hijo son una misma cosa, no en aras de la confusión[19], sino por la unidad de la naturaleza.

Hay un solo Dios

10. Así pues, decimos que hay un solo Dios, no dos o tres dioses, como la impía herejía de los arrianos admite, al tiempo que [nos] calumnia. En efecto, quien separa la divi-

14. Dt 6, 4.
15. Is 42, 8.
16. Am 5, 27.
17. Mt 28, 19.
18. Jn 10, 30. Cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, III, 16, 116-117; ibid., *De inc.*, 7, 77.
19. Parece una alusión a la doctrina herética de Sabelio, quien afirmaba que el Padre, el Hijo y el Espíritu santo eran como el alma, el cuerpo y el espíritu en la misma persona del ser humano.

nidad en la Trinidad dice que existen tres dioses. mientras que cuando el Señor dice: *Id, pues, y bautizad a las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,* manifestó que la Trinidad tiene una sola potestad. Nosotros[20] confesamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de tal modo que en la Trinidad la plenitud de la divinidad y la unidad de la potestad son perfectas.

11. *Todo reino dividido contra sí mismo fácilmente será destruido*[21]; es lo que dice el Señor. No está, pues, dividido el reino de la Trinidad. Luego, si no está dividido, es uno; y a la inversa, lo que no es uno está dividido. Por tanto, ellos pretenden que el reino de la Trinidad sea de tal manera que por causa de su división sea fácil de destruir. Pero está claro que no está dividido, porque no puede ser destruido. Ciertamente, la unidad ni se rompe ni se divide y, por ello, tampoco está sometida a la corrupción ni al tiempo[22].

2.12. Dice la Escritura: *No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos*[23]. Por tanto, la fe no debe ser superficial, augusto Emperador, pues, está escrito: *Me devora el celo de tu casa*[24]. Así pues, invoquemos a Jesús, el Señor, con espíritu fiel y mente devota; creamos que es Dios, para que en su nombre alcancemos cuanto pedimos del Padre[25]. En efecto, el Padre quiere que se le pida por medio del Hijo, y el Hijo quiere que sea demandado el Padre. 13. La gratitud de la piedad permanece en consonancia y tampoco las obras del poder [divino] están en desacuerdo, *porque cualquier cosa que haya hecho el Padre, la hace también el Hijo de modo semejante*[26]. Y el Hijo, no sólo obra *de modo semejante*, sino que también hace las mis-

20. Es decir, los cristianos que profesan la misma fe de la Iglesia católica.

21. Mt 12, 25.

22. Cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, I, 5, 72.

23. Mt 7, 21.

24. Sal 68, 10; Jn 2, 17.

25. Cf. Jn 16, 23-24.

26. Jn 5, 19.

mas cosas, pero desea que el Padre sea demandado por aquellas cosas que Él va a hacer; de manera que no reconozcas en esto un indicio de incapacidad, sino de unidad de poder[27]. Con justicia, pues, debe ser adorado y venerado el Hijo de Dios, pues con su divinidad Él ha creado el mundo y con su piedad dispuso nuestro sentimiento.

14. Así pues, debemos creer que Dios es bueno, eterno, perfecto, omnipotente y verdadero, como leemos en la Ley, en los profetas y en el resto de las divinas Escrituras, pues sin todos estos atributos no puede ser Dios. En efecto, el que es Dios no puede no ser bueno, puesto que en la naturaleza de Dios reside la plenitud de la bondad. Y el que creó el tiempo no puede haber comenzado a existir con el tiempo[28]. Y Dios tampoco puede ser imperfecto; en verdad, el que es menor es imperfecto, porque le falta algo para poder igualarse al que es mayor[29]. Ésta es, pues, mi profesión de fe: Dios no es malo; para Dios nada hay imposible; Dios no es temporal; Dios no es inferior [a nada]. Si me equivoco, que me desmientan[30].

15. En consecuencia, puesto que Cristo es Dios, también es bueno, eterno, omnipotente, perfecto y verdadero. Ciertamente estas cualidades están contenidas en la naturaleza de la divinidad. Así pues, o los arrianos niegan la naturaleza divina en Cristo, o no pueden negar en Dios las propiedades de la naturaleza divina. 16. Evidentemente, para que uno no pueda equivocarse debe seguir a la Sagrada Es-

27. O. Faller: *pietatis,* los Maurinos: *potestatis,* ejemplo de variante bastante frecuente: piedad/poder; tomaremos una u otra, prefiriendo generalmente la propuesta por O. Faller.

28. Cf. *De fide*, IV, 9, 96-116.

29. Cf. Ibid., IV, 9, 104ss.

30. *Ex tempore, in tempore,* expresiones que aparecen frecuentemente en el tratado, como oposición a la idea de los arrianos, quienes afirmaban que hubo un tiempo –razonablemente– en el que el Hijo de Dios no existió.

critura en aquellos pasajes –en la medida que podamos entenderlos–, en los que se refiere al Hijo. Es nombrado *Verbo*[31], se le llama *Hijo*[32], es denominado *Poder de Dios*[33], y es designado *Hijo de Dios*[34], *Sabiduría de Dios*[35]. «Verbo», porque es inmaculado; «Poder», porque es perfecto; «Hijo», porque ha sido engendrado del Padre; «Sabiduría», porque es una sola cosa con el Padre[36]: uno en la eternidad y uno en la divinidad. No es, pues, el Padre el mismo que el Hijo, sino que entre el Padre y el Hijo hay una distinción manifiesta de generación; de modo que [el Hijo] es Dios de Dios, eterno de la eternidad y pleno de la plenitud [del Padre]. 17. Estos términos no son nombres vacíos, sino indicios del poder operativo. Ciertamente la plenitud de la divinidad[37] reside en el Padre, y la plenitud de la divinidad está en el Hijo; ahora bien, la divinidad no es distinta, sino una sola, no es algo confuso lo que es una sola cosa, ni es múltiple lo que es igual[38].

18. Así pues, *si los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma*[39], como está escrito–; si todo *el que se adhiere al Señor tiene un espíritu*[40], como dijo el Apóstol; si el marido y la esposa *forman una sola carne*[41]; si todos los hombres, en lo que a la naturaleza se refiere, tenemos una sola sustancia, y si la Escritura dice que los seres humanos formamos una sola cosa, que no pueden compararse en nada con las [Personas] divinas, ¿cuánto más el Padre y el Hijo son una misma cosa en la divinidad, donde no existe diferencia alguna ni en su sustancia ni en su voluntad? 19. De otra forma, ¿cómo podríamos decir que hay un solo Dios?

31. Jn 1, 1-14
32. Mt 11, 27; Jn 1, 18.
33. 1 Co 1, 24.
34. Mt 14, 33; 16, 16; etc.
35. 1 Co 1, 24.
36. Cf. Jn 10, 30.
37. Cf. Col 2, 9.
38. Cf. *De fide*, I, 1, 6.
39. Hch 4, 32.
40. 1 Co 6, 17.
41. Gn 2, 24; cf. 1 Co 6, 16; Ef 5, 31.

La diversidad es la que produce muchas cosas; la unidad de poder excluye la multiplicidad numérica, puesto que la unidad no es un número, sino que ella misma constituye el principio de todo.

3.20. Mas con cuánta insistencia las Sagradas Escrituras han revelado la unidad del Padre y el Hijo, según su naturaleza divina, lo atestiguan los oráculos del profeta. En efecto, *así dice el Señor Sabaoh*: *Ha trabajado Egipto y el mercado de los etíopes y Sebaín; hombres esbeltos vendrán a ti, serán siervos tuyos, te seguirán encadenados, te adorarán y te harán súplicas, porque en ti está Dios y no hay Dios fuera de ti. En verdad, tú eres Dios y lo ignorábamos, Dios de Israel*[42]. 21. Oye la voz del Profeta: *Solo en ti* –dice– *está Dios. No hay ningún otro Dios fuera de ti.* ¿Cómo se explica esta expresión según los arrianos? Es necesario que nieguen la divinidad, la del Padre o la del Hijo, si no admiten la unidad de la misma divinidad[43]. 22. *En ti* –dice– *está Dios* porque el Padre está en el Hijo. En realidad está escrito: *El Padre que permanece en mí es el que habla y las obras que yo hago, Él mismo las hace*[44]. Pero también en otro pasaje afirma: *Porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí*[45]. Que [los arrianos] separen, si pueden, esta propiedad de la naturaleza y la unidad en el obrar.

23. Así pues, Dios está en Dios, pero no son dos dioses, porque está escrito que *Dios es uno solo*[46]. También el Señor está en el Señor, pero no son dos señores, porque igualmente está escrito: *No servirás a dos señores*[47]. La ley afirma: *Escucha, Israel: el Señor Dios tuyo es el único*

42. Is 45, 14-15 .

43. Pasajes breves aparentemente intercalados en el texto, como este, procedían probablemente de algunas colecciones de textos bastante difundidos contra los arrianos; cf. C. MORESCHINI, *o. c.*, p. 65, nota 1.

44. Jn 14, 10.

45. Jn 14, 11.

46. Ef 4, 6.

47. Mt 6, 19.24.

Señor[48]. Y ciertamente en el mismo Testamento [se dice]: *El Señor hizo llover por parte del Señor*[49]. *El Señor hizo llover* –dice– *por parte del Señor.* Y también tienes en el Génesis: *Y dijo Dios, e hizo Dios*[50], y poco después: *También hizo Dios al hombre a imagen de Dios*[51]. Sin embargo, no se trata de dos dioses, sino que obró un solo Dios. Luego en ambas circunstancias se mantiene la unidad de la operación y del nombre. Ciertamente, cuando leemos «Dios de Dios»[52], no admitimos dos dioses.

24. Y además, encuentras en el salmo cuarenta y cuatro[53] que el Profeta llamó Dios al Padre y no negó que el Hijo fuera Dios, cuando dice: *Tu trono es, oh Dios, es para siempre jamás*[54], y más adelante: *Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría, más que a tus compañeros*[55]. Dios es el que unge, y Dios, *según la carne*[56], el que es ungido como Hijo de Dios. Finalmente, ¿a quiénes tiene Cristo como compañeros de su unción, si no a los que son partícipes en virtud de la carne? Observa, pues, que Dios es ungido por Dios. Ahora bien, el ungido al asumir la naturaleza humana es designado Hijo de Dios; y no se viola lo dispuesto por la Ley.

25. Por lo tanto, cuando se dice aquí: *El Señor hizo llover por parte del Señor,* tú debes reconocer la unidad de la divinidad. En efecto, la unidad de la operación excluye la pluralidad de la divinidad, como el mismo Señor manifiesta, al decir: *Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas*[57]. Y aquí advertimos que

48. Dt 6, 4.
49. Gn 19, 24.
50. Gn 1, 6-7.
51. Gn 1, 27.
52. Formulación transmitida por la fe del Concilio de Nicea.
53. Conforme a la numeración de la Vulgata.
54. Sal 44, 7.
55. Sal 44, 8. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 46.
56. Rm 1, 3.
57. Jn 14, 11.

ha designado la unidad de la divinidad por la igualdad de las obras.

26. Para probar que la unidad del Padre y del Hijo es una y uno solo el poder, no sea que incurramos en el error de impiedad de los gentiles o de los judíos[58], el Apóstol, con toda previsión, muestra la doctrina que debemos seguir cuando dice: *Un Dios Padre, del cual proceden todas las cosas y nosotros estamos en Él y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también por Él*[59]. Ciertamente, lo mismo que al decir que hay un solo Señor, Jesucristo, no negó que el Padre es Señor, así, al decir que Dios Padre, es uno solo, tampoco separó al Hijo de la verdadera divinidad. Por ello no expresa la pluralidad de la divinidad y la unidad de poder, pues la divinidad está en la dominación y el dominio en la divinidad, como fue escrito: *Sabed que el Señor es Dios, Él nos ha hecho y no nosotros mismos*[60].

27. Así pues, *en ti está Dios*, mediante la unidad de la naturaleza, *y no hay Dios fuera de ti*[61], por causa de la propiedad de la sustancia y al rechazo de la diferencia.

28. También en el libro de Jeremías la Escritura afirma que hay un solo Dios e incluso confiesa al Padre y al Hijo. Así puedes leer: *Éste es nuestro Dios y ningún otro es comparable a él. Él descubrió el camino entero de la ciencia y se la entregó a su siervo Jacob y a Israel, su amado. Después, apareció en la tierra y conversó con los hombres*[62]. 29. Se refiere al Hijo, que es quien *conversó con los hombres*. Y dice: *Éste es nuestro Dios y ningún otro es comparable a Él.* ¿Por qué discutimos acerca de Él, del cual el Profeta afirma que es santo y nadie se le puede comparar? ¿Qué otra estimación

58. Cf. Cf. *De fide*, I, 1, 6.
59. 1 Co 8, 6.
60. Sal 99, 3.
61. Is 45, 14.
62. Ba 3, 36-38. Este texto se refiere a la ley judía, pero los santos Padres, como en este caso Ambrosio, lo refieren frecuentemente a la encarnación del Hijo de Dios.

puede existir donde está la unidad de la divinidad? Creía esto el pueblo, cuando se encontraba en peligro[63]. No sabía promover cuestiones aquel pueblo que respetaba la religión.

30. Asiste, Espíritu Santo, a tus profetas, a quienes sueles prestar tu inspiración, y a los cuales creemos. Si no creemos a los profetas, ¿debo yo dar crédito a los sabios de este mundo[64]? Pero, *¿dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba?*[65]. Nuestro campesino, mientras cultivaba la higuera, halló lo que el filósofo ignoró[66]. En efecto, *Dio eligió las cosas que son necedad de este mundo para confundir a los que son fuertes*[67]. Creemos a los judíos, porque en un momento dado, Dios *se dio a conocer en Judea*[68]. Pero los judíos niegan esto precisamente; por ello nosotros creemos que *no han conocido al Padre*[69] quienes rechazaron al Hijo.

4.31. La naturaleza común[70] testifica que Dios es uno solo, porque el mundo es uno. La fe da a conocer un Dios único, porque la fe del Antiguo Testamento y del Nuevo es la misma. La gracia da testimonio de un solo Espíritu Santo, porque solo hay un bautismo en el nombre de la Trinidad. Los profetas señalan un solo Dios. Los apóstoles lo confiesan. Los Magos creyeron en un solo Dios y suplicantes, presentaron ante la cuna de Cristo, *oro, incienso y mirra*[71]; declarándole rey mediante el oro y adorándole como Dios con

63. Cf. Ba 1, 1ss. Alude a la situación en que se encontraban los judíos desterrados en Babilonia: *Todos lloraron , ayunaron y oraron delante de Señor* (Ba 1, 5).

64. Es éste uno de los argumentos más reiterativos de Ambrosio.

65. 1 Co 1, 20.

66. Se refiere aquí a Jeremías 24, 1, que contiene el relato de las cestas de higos hallados ante la puerta del templo. Otros autores piensan que se refiere a Am 7, 14 o bien a Gn 24, 1.

67. 1 Co 1, 27.

68. Sal 75, 2.

69. Jn 16, 3.

70. Reminiscencia estoica; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 5, 13; III, 7, 16; TERTULIANO, *Apolog.*, 17, 5-6; etc.

71. Mt 2, 11.

el incienso; pues el tesoro es propio de un reino, el sacrificio de un Dios y la mirra de una sepultura[72]. 32. ¿Y qué pretendieron en sí aquellos dones místicos, entre abandonados pesebres, sino que comprendiéramos la distinción que hay en Cristo entre la divinidad y la carne [humana]? Se le contempla como hombre y se le adora como Dios; está recostado en unos pañales[73], pero brilla entre las estrellas; las cunas señalan al niño que acaba de nacer, y las estrellas al que es dueño y señor; la carne es la que está envuelta en los pañales y la divinidad es a la que sirven los ángeles. Y, de este modo, no se pierde la dignidad de la majestad de su naturaleza, y reconoce la verdad de la carne.

33. Ésta es nuestra fe. Así es como Dios quiso ser conocido por los hombres; así lo creyeron los tres jóvenes judíos y no sintieron el fuego que los envolvía, en tanto que el fuego malvado abrasaba a los infieles[74], mientras a los fieles les rociaba una llama benévola: refrescaba a los que por virtud de su fe, el castigo había perdido su naturaleza. Estaba presente en apariencia de ángel[75], que exhortaba a que alabaran una sola potestad, manifestada en el número de la Trinidad. Dios era alabado, el Hijo de Dios era contemplado en el ángel y una santa y espiritual gracia del Espíritu hablaba por boca de los tres jóvenes.

Exposición de la doctrina arriana

5.34. Consideremos ahora cuáles son las cuestiones que plantean los arrianos acerca del Hijo de Dios[76]. 35. Dicen

72. Cf. AMBROSIO, *Exp. Ev. Luc.*, II, 44.
73. Cf. Lc 2, 12.
74. Cf. Dn 3, 23.48.50
75. Cf. Dn 3, 49-51.
76. Sobre la doctrina arrinana, cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 5-6.

que el Hijo de Dios no es semejante al Padre. Si esto se dijera a un hombre se consideraría una ofensa. 36. Afirman que el Hijo de Dios ha tenido comienzo en el tiempo, cuando Él mismo es el creador de los tiempos. Somos hombres y no queremos ser temporales; comenzamos a partir del tiempo y creemos que vamos a vivir siempre. Deseamos convertirnos en eternos, y ¿tratamos de negar que el Hijo de Dios sea eterno, cuya eternidad esta demostrada y manifiesta por su naturaleza, no por la gracia? 37. Dicen que fue creado. ¿Quién incluye al Autor entre las obras, hasta el punto de que parezca identificarse con lo que ha hecho? 38. Manifiestan que el Hijo de Dios no es bueno. Esta afirmación sacrílega se condena por sí misma, puesto que no puede esperar perdón. 39. Niegan que el Hijo de Dios sea verdadero[77] y omnipotente, mientras que reconocen que *todas las cosas han sido hechas a través del Hijo*[78] y que todas han sido creadas *por el poder de Dios*[79]. Ahora bien, ¿qué otra cosa es el poder, sino la naturaleza perfecta?

40. También niegan que sea uno solo con el Padre según la divinidad. Borren, pues, el Evangelio y silencien la voz de Cristo, ya que Él mismo dijo: *Yo y el Padre somos uno*[80]. Esto no lo digo yo, es Cristo quien lo dijo. ¿Acaso era un engañador para que mintiera? ¿Un impío para que usurpara lo que no le pertenecía? Pero cada uno de estos puntos los expondremos ampliamente en su lugar correspondiente. 41. Ahora, dado que el hereje dice que el Hijo es diferente y se esfuerza en demostrarlo con torcidos razonamientos[81], vamos nosotros a recordar lo que está escrito: *Mirad que*

77. Cf. Ibid., I, 15, 44.
78. Jn 1, 3; Col 1, 16.
79. 1 Co 1, 24.
80. Jn 10, 30.
81. La imprecisión de la referencia en este pasaje, encuentra respuesta en Hilario, Agustín y otros autores que recelan de los filósofos. El Card. Cusano cuenta de Ambrosio que había añadido en una letanía: «De los seguidores de Aristóteles, líbranos, Señor».

nadie os esclavice mediante la filosofía y una vana seducción según la tradición de los hombres y conforme a los elementos de este mundo y no según Cristo[82]. 42. Así, [los arrianos] ponen toda la fuerza de sus venenos en la discusión dialéctica, la cual, según la definición de los filósofos, no está en el mérito de construir, sino en el afán de destruir. Pero a Dios no le agradó salvar a su pueblo[83] mediante la dialéctica, porque el reino de Dios está en la simplicidad de la fe, no en la discusión acalorada[84].

No hay diferencia entre el Padre y el Hijo de Dios

6.43. Dicen, pues, que el Hijo no es semejante al Padre, y nosotros lo negamos; es más, nos horroriza esa expresión. Pero no pretendo que des crédito a mi razonamiento, noble Emperador, ni a mi argumentación. Preguntemos a las Escrituras, preguntemos a los apóstoles, preguntemos a los profetas, preguntemos a Cristo. ¿A quién más? Preguntemos al Padre, a quien dicen querer honrar, mientras el Hijo es considerado por ellos indigno[85]. Ahora bien, no puede haber honor para un buen padre, mientras haya ofensa del hijo. No puede agradar a un buen padre, que se crea que el hijo es inferior al padre, sino más bien que sea igualado al padre. 44. Disculpa, noble Emperador, si por un momento me dirijo a ellos. Pero ¿a quién elegiré en primer lugar, a Eunomio o a sus maestros Arrio y Aecio? Los nombres en verdad son muchos, pero la maldad es una sola, no porque sea disuene en cuanto a la impiedad, sino disconforme en la

82. Col 2, 8-9.
83. Cf. Mt 1, 21.
84. Cf. 1 Co 4, 20.
85. «Degener» es un término poco usado y del que se servían los herejes; puede proceder de los clásicos como TÁCITO, *Anales*, 12, 36.62; VIRGILIO, *Enéada*, 4, 13, aunque también lo había usado Hilario de Poitiers.

unidad; no porque sea desemejante en el deseo de engañar, sino porque rompe la unión. En efecto, no entiendo por qué no quieren ponerse de acuerdo entre ellos mismos[86].

45. Los arrianos rehuyen la persona de Eunomio, pero acatan su impiedad. Dicen que él había propagado profusamente lo que Arrio había escrito. ¡Gran derroche de ceguera! Aprueban al autor y rechazan al ejecutor. Así ahora se encuentran divididos en muchos grupos: unos siguen a Eunomio o a Aecio, otros a Paladio, a Demófilo y a Auxencio, o a los herederos de esa maldad: a otros [maestros] distintos. *¿Acaso está dividido Cristo?*[87]. Pero quienes intentan separarlo del Padre[88], se dividen también a sí mismo.

46. Así pues, ya que conspiraron contra la Iglesia de Dios conjuntamente, aunque entre ellos no estaban totalmente de acuerdo, denominaré con el nombre común de herejes, a todos los que me dispongo a replicar. Ciertamente, como cierta hidra de las fábulas, la herejía renació de sus propias heridas y, a pesar de ser cortada de nuevo varias veces, siguió multiplicándose, destinada al fuego y dispuesta a perecer en las llamas; o como cierta Escila, de aspecto monstruoso, que señala su maldad de formas muy diversas, así muestra elevado el nombre vacío de secta cristiana, pero a los miserables que halla en aquel mar de su impiedad, fluctuando en el naufragio de la fe, los destroza con el cruel diente de la malvada doctrina[89]. 47. Noble Emperador, de-

86. Alude, sin duda, al significado y fijación de la terminología de la doctrina arriana, cuyos seguidores se diferenciaban por la terminología que utilizaban, como era el caso de Eunomio y de Aecio.

87. 1 Co 1, 13.

88. Es decir, los arrianos; cf. *De fide*, I, 1, 6.

89. Alude en estos pasajes a conocidas fábulas de la literatura clásica. La hidra, serpiente de siete cabezas, cuando se las cortaban, de nuevo crecían esparciendo veneno y lanzando ladridos de perros, haciendo más frecuentes los naufragios de navegantes imprudentes.

bemos pasar de largo frente a su cueva con los oídos tapados, pues como dicen los navegantes, produce horror por sus oscuras profundidades y en todo su entorno, que resuena aterrador el ladrido de unos perros azulados entre las rocas de la herejía. Así está escrito: *Protege tus oídos*[90]; *y* en otro lugar: *¡Cuidado con los perros! ¡Cuidado con los malos obreros!*[91]. Y aún más: *Al hereje, después de la primera amonestación, rehúyelo, sabiendo que un hombre semejante es un perverso y peca, siendo condenado por su propio juicio*[92]. Por lo tanto, como buenos pilotos, para que podamos navegar con mayor seguridad, despleguemos la vela de la fe, y revisemos de nuevo el orden de las Escrituras.

7.48. El Apóstol dice que Cristo es la imagen del Padre. Y añade además, que Él es también *imagen del Dios invisible y primogénito de toda criatura*[93]. *Primogénito*, no creado en primer lugar[94], para que se crea que es «engendrado» en cuanto a la naturaleza, y el «primero» respecto a su existencia desde siempre. En otro lugar también el Apóstol afirmó que al mismo le constituyó *heredero de todo, por quien también hizo los siglos, y que es resplandor de su gloria e impronta de su sustancia*[95]. El Apóstol dice que es *imagen*, y ¿Arrio a su vez dice que no es semejante? ¿Cómo puede ser *imagen*, si no tiene semejanza? Los hombres en los retratos no quieren ser distintos y Arrio se empeña en hacer al Padre distinto del Hijo y quiere que el Padre haya engendrado algo distinto de sí mismo, como si fuese incapaz y no pudiese engendrarle semejante.

49. Los Profetas afirman: *En tu luz veremos la luz*[96]; y también afirman los Profetas: *Es un resplandor de la luz*

90. Si 28, 28 (Vulgata). Algunos códices añaden «con espinos».
91. Flp 3, 2.
92. Tt 3, 10-11.
93. Col 1, 15.
94. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 62ss.
95. Hb 1, 2-3.
96. Sal 35, 10.

eterna, un espejo sin mancha de la majestad de Dios, una imagen de su bondad[97]. Fíjate cuántas cosas dicen: *resplandor*, porque la claridad de la luz paterna está en el Hijo; *espejo sin mancha*, de modo que el Padre se contempla en el Hijo; *imagen de la bondad*, puesto que no se ve un cuerpo en otro cuerpo, sino que es todo el poder [del Padre] el que se ve en el Hijo. *Imagen* quiere decir que no es diferente; *carácter* significa que está manifiesto; *resplandor* indica que es eterno. Así pues, la *imagen* no es el aspecto corporal, ni compuesto con colores y ceras, sino simplemente que proviene de Dios, procedente del Padre[98], que brota de la fuente.

50. Por medio de esta imagen, el Señor manifestó el Padre a Felipe, cuando afirma: *Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices «muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*[99]. Contempla, pues, al Padre en imagen quien la ha visto en el Hijo[100]. ¿Te das cuenta a qué imagen se refiere? Esta imagen es *la verdad*[101], esta imagen es *la justicia*[102], *la fuerza de Dios*[103], y no es algo mudo, porque es Palabra [de Dios], ni insensible, porque es *Sabiduría*[104]; ni algo inconsistente, porque es poder[105]; ni vacío, porque es *Vida*[106]; ni algo muerto, porque es la *Resurrección*[107]. Ves, pues, que cuando se dice *imagen*, significa que existe el Padre, de quien el Hijo es la imagen, porque nadie puede ser imagen de sí mismo.

51. Muchas más cosas podría decir de los testimonios sobre el Hijo, pero, para que no se diga que el Hijo es de-

97. Sb 7, 26.
98. Cf. Jn 8, 42.
99. Jn 14, 9-10.
100. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 20.
101. Jn 14, 6.
102. 1 Co 1, 30.
103. 1 Co 1, 24.
104. 1 Co 1, 30.
105. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, III, 23.
106. Jn 14, 6.
107. Jn 11, 25.

masiado favorable a sí mismo, preguntemos al Padre. En efecto, Él mismo dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*[108]. El Padre dice al Hijo[109] *a nuestra semejanza,* ¿y tú afirmas que el Hijo de Dios no es semejante al Padre? 52. Juan expresa: *Queridos, somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando se revele seremos semejantes a Él*[110]. ¡Oh imprudente demencia! ¡Oh vergonzosa prevaricación! Somos hombres y en cuanto podemos, seremos *a semejanza* de Dios, ¿y nos atrevemos a negar que el Hijo de Dios sea semejante? 53. Así pues, el Padre dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*[111]. Yo entiendo, en verdad, que *al principio mismo*[112] del mundo escucho que existen el Padre y el Hijo, y veo una sola obra; oigo al que habla y reconozco al que actúa y ejecuta la creación. Pero también leo que el Padre y el Hijo son una misma imagen, una misma semejanza: esta semejanza no es de la diversidad, sino de la unidad. Luego, tú privas al Hijo de Dios exactamente de aquello que pretendes para ti, mientras verdaderamente tú no puedes ser a imagen de Dios, sino mediante la *imagen* de Dios.

El Hijo de Dios es eterno

8.54. Está claro, pues, que [el Hijo] es semejante al Padre y por eso el método para que también confesemos que es eterno es más fácil, puesto que quien es semejante al eterno, es también eterno. Porque si decimos que el Padre es

108. Gn 1, 26.
109. Se trata de una interpretación querida por Ambrosio; cf. *De fide*, I, 17, 111; *De Spir. Sanct.*, II, prol., 2; etc.
110. 1 Jn 3, 2.
111. Gn 1, 26.
112. Gn 1, 1.

eterno y a la vez negamos esto mismo al Hijo, estamos afirmando que no es semejante, pues lo temporal es distinto de lo eterno. El Profeta lo proclama eterno y el Apóstol también lo proclama eterno; y tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo están llenos de pruebas que proclaman eterno al Hijo. 55. Observemos el orden de la Escritura. Fue escrito en el Antiguo Testamento, por citar un texto entre muchos: *Antes de mí no ha existido otro Dios, ni después de mí lo habrá*[113]. No argumentaré nada, a ti mismo te pregunto: ¿Quién dice esto, el Padre o el Hijo? Cualquiera que sea tu respuesta, comprobarás que te ves atrapado en ella, o si lo prefieres, instruido. ¿Quién, pues, dice esto, el Padre o el Hijo? Si es el Hijo, *antes de mí* –dice– *no fue formado otro Dios*. Si es el Padre: *Después de mí* –afirma– *no lo habrá*. El uno no tendrá un Dios antes y el otro no lo tendrá después. Uno y otro se reconocen entre sí, el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre[114]. Cuando nombras al Padre también designas al Hijo, porque nadie es padre de sí mismo. Cuando nombras al Hijo también confiesas al Padre, porque nadie es hijo de sí mismo[115]. Así pues, ni el Hijo puede existir sin el Padre, ni el Padre sin el Hijo. En conclusión, siempre que hubo Padre, existió también Hijo.

56. *Así pues, en el principio existía el Verbo, y el Verbo existía en Dios y el Verbo era [existía como] Dios. Él existía en el principio en Dios*[116]. Afirma que existía en Dios; *existía*, *existía*, *era*, *existía*, hasta cuatro veces se repite *existía*. Por lo tanto, ¿en dónde el impío encuentra que no *existía*? También en otro lugar el apóstol Juan dice en su carta: *Lo que existía desde el principio*[117]. *Existía* se extiende a lo infinito; cualquier cosa que te pudieras imaginar: el Hijo *existía*.

113. Is 43, 10.
114. Cf. Jn 14, 9-11.
115. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 6.
116. Jn 1, 1-2.
117. 1 Jn 1, 1.

57. Ahora bien, nuestro pescador[118] rechazó con este breve pasaje a todos los herejes, pues lo que *existía en el principio*[119], no se incluye en el tiempo ni está precedido por un principio. Por lo tanto, que enmudezca Arrio. Así, lo que *existía en Dios* no se confunde como una mezcla, sino que se distingue por la absoluta perfección del Verbo junto al Padre, para que también guarde silencio Sabelio[120]. *Y el Verbo era Dios*, luego el Verbo no se encuentra en la dicción de una palabra, sino en la designación del poder celestial, para que sea rebatido Fotino[121]. Por el hecho de que verdaderamente *en el principio existía junto a Dios*, se demuestra la unidad inseparable de la eterna divinidad del Padre y el Hijo, para que se ruborice Eunomio[122]. Finalmente, puesto que se dice que *todas las cosas fueron hechas por Él*, también es designado autor del Antiguo y del Nuevo Testamento, para que Mani[123] no pueda tener motivo de tentación. De este modo, el buen pescador ha encerrado en una sola red a todos, para hacerlos inútiles para el engaño, aunque fueran inútiles como presa.

9.58. Dime, hereje, –el Emperador indulgente da su permiso para que me dirija a ti brevemente, no con el afán de conversar, ni con el placer de escuchar, sino para exponer mi pensamiento–; dime, repito, ¿ha existido algún tiempo, en que Dios omnipotente no era Padre y era Dios? «Yo no aludo al tiempo», dice [el hereje]. Respondes bien e inteli-

118. Aquí el pescador es Juan, anteriormente lo era Isaías; cf. HILARIO, *De Trinit.*, II, 13.

119. Jn 1, 1-3.

120. Para este autor el Verbo no era más que una manera de ser del Padre.

121. Afirmaba que el Hijo había tenido origen en la encarnación.

122. Defendía la absoluta distinción del Padre y respecto al Hijo.

123. Este autor propagaba la distinción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, llegando a afirmar que se debían a dos autores distintos.

gentemente. Si hablaras del tiempo, te refutarías a ti mismo, pues sería necesario que afirmaras que ha existido un tiempo antes del Hijo, cuando en realidad el Hijo es el autor y creador del tiempo. Por lo tanto Él no puede haber comenzado a existir después de su obra. Es necesario, pues, que confieses que el autor es anterior a su propia obra. 59. «No niego que el Hijo exista antes del tiempo», dice [el hereje]; pero cuando nombro al Hijo, manifiesto que el Padre es anterior, porque el Padre –añade–, es anterior al Hijo». ¿Qué significa esto? Niegas que existiera un tiempo anterior al Hijo, y sin embargo, no sé qué es lo que quieres que haya precedido al Hijo y que sea como propio del tiempo, a la vez que intentas demostrar que han existido no sé qué dificultades a la hora de engendrar; con ello das a entender que la generación del Padre es algo temporal. En efecto, si tuvo comienzo como Padre, entonces primero era Dios y después fue Padre. De esta manera, ¿cómo puede Dios ser inmutable? Si antes era Dios y después padre, ciertamente cambió por la añadidura de la generación.

60. Dios aleje esta insensatez. En verdad, nosotros hemos tratado esta cuestión para impugnar la impiedad de aquellos [herejes]. Una mente piadosa afirma la generación intemporal, de manera que afirme que el Padre es eterno con el Hijo y alegue que en ningún momento ha recibido cambio. 61. Hay que unir en la honra al Padre con el Hijo, a quien une la divinidad; la impiedad no debe separar a aquel que está asociado por la propiedad de la generación. *Rindamos honor al Hijo, para honrar también al Padre*[124], como está escrito en el Evangelio. La eternidad del Hijo es la señal de la majestad del Padre. Si el Hijo no existió desde siempre, entonces el Padre ha cambiado. Pero el Hijo existió desde siempre, luego tampoco ha cambiado el Padre,

124. Jn 5, 23.

porque es inmutable. Por lo tanto, vemos claramente que quienes quieren negar que el Hijo es eterno, pretenden enseñar que el Padre ha cambiado.

10.62. Admite ahora otra prueba, para que quede claro que el Hijo es eterno. El Apóstol dice que es *el poder de Dios y su divinidad son eternas*[125]. Ahora bien, el poder de Dios es Cristo, pues está escrito que *Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios*[126]. Luego, si Cristo es *el poder de Dios*, y el poder de Dios es *eterno*, también Cristo es eterno.

63. Pero no establezcas, hereje, la calumnia según la práctica del uso de la generación humana, ni la formes en base a nuestro modo de hablar. Ciertamente, no podemos contener en nuestras escuetas palabras la inmensa dignidad de la divinidad, cuya *grandeza no tiene límites*[127]. Ahora bien, si intentas definir la generación del hombre, admites tiempo. Pero la generación divina está por encima de todas las cosas; está patente en todo y sobrepasa todos los pensamientos y conocimientos. Así está escrito: *Nadie va al Padre sino por mí*[128]. Cualquier cosa que pienses acerca del Padre, aunque sea su eternidad, no puedes pensar nada acerca de Él, si no es por medio del Hijo, ni conocimiento alguno puede referirse al Padre sino mediante el Hijo: *Éste es* –dijo– *mi Hijo amadísimo*[129]. Dice, *es* [existe]. Lo cual significa que existe desde siempre. Por eso también David afirmó: *Para siempre, Señor, tu palabra está firme en el cielo*[130]. En efecto, lo que permanece no carece ni de sustancia ni de eternidad.

64. Me preguntas que, si es Hijo, ¿cómo puede no tener un Padre anterior a Él? Pero también yo te pregunto: ¿cómo y cuándo piensas que ha sido engendrado el Hijo? Para mí

125. Rm 1, 20.
126. 1 Co 1, 24.
127. Sal 144, 3. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 36; GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 29, 8; etc.
128. Jn 14, 6.
129. Mt 17, 5; Mc 9, 7.
130. Sal 118, 89.

es imposible conocer el secreto de la generación: la mente es insuficiente, la voz guarda silencio, no sólo la mía, sino también la de los ángeles[131]. Está por encima de las potestades, de los ángeles, de los querubines y serafines; *supera todo entendimiento*[132], porque está escrito: *La paz de Cristo que está por encima de todo conocimiento*[133]. Ciertamente, si la paz de Cristo *supera todo conocimiento*, ¿cómo no va a superar todo conocimiento una generación tan sublime? 65. Tu también debes llevar la mano a la boca; no es lícito indagar los misterios de arriba. Es lícito conocer que ha nacido, pero no es legítimo escudriñar cómo ha nacido. A mí no me está permitido negar aquello, y me da miedo preguntar esto. En verdad, si Pablo dice que es inefable lo *que oyó, cuando fue arrebatado al tercer cielo*[134], ¿cómo vamos a poder expresar nosotros, oírlo ni sentirlo, el secreto de la generación eterna?

66. En verdad, si me reclamas lo que está en consonancia con la generación humana, diciendo que el Padre es anterior, mira si los ejemplos aducidos de la generación terrena se pueden aplicar a la de Dios[135]. Si hablamos al modo humano, no podrás negar que las pasiones en la persona del padre son anteriores a las del hijo. Aquél se desarrolló antes, envejeció antes, se afligió y lloró antes. En efecto, si éste [hijo] es menor por la edad, aquél es más antiguo en la pasión; si éste llega a la edad de engendrar, aquel tampoco se ha librado del deseo de engendrar, aunque sea con pudor.

67. ¿Qué? ¿Te agradan los tormentos de las discusiones? Cuando oigas: *Hijo de Dios*, debes borrar el nombre o reconocer la naturaleza. Cuando oigas: *útero*[136], debes reconocer la realidad de una verdadera generación. Cuando oigas:

131. Cf. Hilario, *De Trinit.*, II, 9.
132. Flp 4, 7.
133. Ibid.
134. 2 Co 12, 4.
135. Cf. Atanasio, *Contra Arianos*, I, 23.
136. Sal 109, 3.

corazón[137], debes comprender la palabra. Cuando oigas: *diestra*[138], debes reconocer el poder. Cuando oigas: *boca*[139], deberás reconocer la sabiduría. Estos términos no pueden ser consideradas en la divinidad literalmente[140]: el Hijo es engendrado de modo incomprensible, el Padre engendra sin pasión y, además, engendra de sí mismo y antes de todo conocimiento, puesto que, como Dios verdadero, engendra al Dios verdadero. El Padre [lo] *ama con cariño*[141] y tú discutes; el Padre *se complace*[142], y tú, con los judíos, tienes odio; el Padre *honra*[143], y tú, con los gentiles, insultas.

11.68. Me preguntas, si puede no ser anterior el que es Padre. Yo te pido que me demuestres, cuándo el Padre ha sido anterior. Deduce dónde está la verdad: en el testimonio [de las Escrituras] o en el razonamiento [humano]. Si [dices que] en los testimonios de la Escritura y has admitido que [el Hijo] es *el poder eterno de Dios*[144], también leerás al que dice: *Israel, si quisieras escucharme, no tendrás para ti un dios nuevo, ni te postrarás ante un dios extranjero*[145]. Lo uno[146] significa su eternidad, lo segundo la propiedad de la sustancia no diferente, de modo que no creamos que el Hijo es posterior al Padre ni distinto de la otra divinidad. Pues, si es posterior al Padre, es más reciente, y si no es de una única divinidad, es extraño. Ahora bien, no es posterior, porque no es reciente, ni extraño porque ha nacido del Padre, pues *está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos*[147], como está escrito.

137. Sal 44, 2.
138. Ex 16, 5; Sal 117, 6; Is 48, 13.
139. Si 24, 2.
140. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Adv. Eunomium*, II, 5.
141. Jn 3, 35.
142. Mt 3, 17; 17, 5.
143. Jn 8, 54;12, 28; 13, 31-32; 17, 1-5.
144. Rm 1, 20.
145. Sal 80, 9-10.
146. Es decir que el Hijo es *el poder de Dios*.
147. Rom 9, 5.

69. Pero si [los herejes] le consideran extraño ¿por qué le adoran?, cuando está escrito: *No adorarás a un Dios extranjero*[148]. En cambio, si no lo adoran, que lo digan y todo habrá concluido, para que no decepcionen a nadie bajo la apariencia de religión[149]. Éstos son, en verdad, los testimonios de la Escritura o, si tienes otros, deberás manifestarlos.

70. Queda también por conocer, mediante argumentos humanos, dónde está la verdad, aunque, los argumentos suelen dejar lugar a los testimonios humanos. No obstante, hereje, argumenta como quieras. Según la costumbre –dices– que el que engendra es anterior al que nace. Sigue, pues, todas las huellas de la costumbre y si los demás aspectos coinciden, no me opongo a que supongas alguna coincidencia también en esto; pero si ninguno concuerda, cuando no coinciden los demás, ¿cómo pretendes que coincida esto solamente[150]? Ya que hablas como es la costumbre habitual, cuando fue engendrado del Padre, ¿fue niño? ¿Contemplaste al niño en la cuna llorando? ¿Ha tenido algunos progresos debidos a la edad? Si, pues, estuvo sometido a la debilidad de la generación, es necesario que no sólo en el nacimiento hubiera estado sometido a la debilidad, sino también durante su vida. 71. Pero, quizá llegues a tal grado de insensatez que no rechaces estas cosas respecto del Hijo de Dios, tú, que le valoras según la debilidad humana. Si no puedes negar que es Dios en cuanto al nombre, ¿por qué, sin embargo, pretendes demostrar que es hombre por razón de la debilidad? ¿Por qué, mientras pones en discusión al Hijo, razonas a favor del Padre, y mientras prejuzgas al Hijo

148. Sal 80, 10.

149. Es decir, bajo el nombre de «cristiano».

150. Es decir, la generación. Ya san Atanasio había afirmado que «Dios no es como nosotros, sino como Dios; ni crea como los hombres, sino como Dios; ni engendra como los hombres, sino como Dios» (ATANASIO, *Contra arrianos*, I, 23).

favoreces al Padre? 72. En efecto, si la generación divina estuviera sometida al tiempo, y esto se toma conforme a la generación humana, entonces el Padre llevaría en su vientre corporal al Hijo, portaría el peso durante diez meses[151]. Pero ¿cómo pudo haber proceso de generación sin otro sexo distinto? ¿Ves cómo no ha comenzado un proceso de generación normal y tú, en cambio, piensas que han existido los pasos acostumbrados para un parto material? Tú buscas el uso de la generación, yo el sexo; tú reclamas el tiempo, yo el proceso; tú discutes el fin, yo busco el comienzo. En efecto, el fin depende del principio, no deriva el principio del fin. 73. «Todo lo que ha nacido –se dice– tiene principio, y por lo tanto, puesto que es Hijo, tiene principio y comenzó a existir en el tiempo». Esto ha sido dicho por boca de aquellos [herejes]. Pero yo confieso que el Hijo ha nacido; lo demás, que es propio de la impiedad, lo aborrezco. ¿Hombre, ¿confiesas que el Hijo es Dios y le rodeas de una tal calumnia? ¡Dios aleje tal insensatez!

12.74. De nuevo objetan [los herejes]: «En efecto, no es Hijo, si no tiene lo que tienen los hijos». Que me perdone el Padre, que me perdone el Hijo, que me perdone el Espíritu Santo al desear emprender esta cuestión, movido por un piadoso sentimiento[152]. Ciertamente, el Padre existe y permanece siempre; también existen las criaturas por disposición divina. ¿Hay algo de ellas que no esté sujeto a los lugares, a los tiempos, a la creación o a alguna otra causa o autor? En verdad, nada. ¿Qué decir, pues? ¿ Tiene el Padre necesidad de alguna de estas cosas? Es impío afirmarlo. Pero, o dejas de atribuir a la divinidad lo propio de las criaturas, o bien, si insistes en compararlas, piensa a dónde llega tu impiedad y que –¡lejos de nosotros tal cosa!– hiere nuestros sentimientos.

151. Cf. Sb 7, 2.

152. *Pro pietate:* en favor de la piedad; para defender la verdadera religión.

75. En verdad, nosotros tenemos una piadosa respuesta[153]. Puesto que Dios es omnipotente, no necesita ninguna de aquellas cosas el Padre, que no tiene ningún cambio por sí mismo ni tampoco el progreso que, por el contrario, nosotros necesitamos, pues nuestra debilidad recibe perfección de cosas de ese género. En cambio, el que es omnipotente, ciertamente no es creado ni está limitado a una lugar y está mas allá del tiempo. Ciertamente, nada hay anterior a Dios; es más, decir que existe algo antes que Dios, aunque sea fuerte esta afirmación, es decir, afirmar que hay algo anterior a Dios. Por consiguiente, si esto es así, puesto que nada hay en Dios Padre de estas cosas que signifiquen progreso, porque es Dios, tampoco puede aplicarse al Hijo nada de esto, como si tuviera un principio o progresara, porque es «Dios verdadero de Dios verdadero»[154].

76. Luego, aunque no hallamos el proceso acostumbrado, presta tu asentimiento, arriano, acerca de la peculiaridad de la generación del Hijo. Admítelo, repito, y si no me crees a mí, ruborízate ante la palabra de Dios que dice: *¿A quién me habéis creído semejante?*[155]; y aún más: *Dios no es como un hombre*[156]. Pues si la actividad de Dios es peculiar, porque no obra cosa alguna con las manos ni pone la confianza en el esfuerzo ni se acaba con los días –*Pues Él habló, y fueron hechas las cosas; lo mandó y fueron creadas*[157]–, ¿por qué no vamos a creer que en el Hijo hay una especial generación, y que en sus obras reconocemos su peculiar creación? Ciertamente es justo reconocer que [el Padre] ha engendrado al Hijo de manera especial y única. ¡Tenga la gloria de una generación extraordinaria el que tiene la gracia de un poder extraordinario!

153. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 22.

154. Se trata de otra de las formulaciones doctrinales del concilio de Niccea.

155. Is 46 , 5.

156. Nm 23, 19.

157. Sal 148, 5.

77. No solo es admirable la generación de Cristo por parte del Padre, también es admirable su misma generación derivada de la Virgen[158]. Tú dices que aquella [del Padre] es semejante a nuestra concepción, y yo demuestro también que ésta proveniente de la Virgen es distinta de la nuestra; Es más, incluso yo te obligaré a que tú mismo lo reconozcas. Responde, ¿cómo ha nacido de María, de qué manera le ha llevado en el vientre virginal, cómo fue el parto sin el semen de varón, cómo ha podido quedar embarazada una virgen, cómo una joven ha podido ser madre y dar a luz sin que previamente haya experimentado la unión matrimonial, como esposa? Faltaba la causa, pero era engendrado un hijo. ¿Por qué fueron cambiadas las leyes del parto?

78. Por tanto, si en la Virgen no se dio el modo de la generación humana, ¿cómo investigas en Dios Padre la forma peculiar de una generación? Ciertamente el modo está en el sexo, porque el sexo está en la carne. Donde no hay carne, ¿por qué sigues buscando las debilidades de la carne? Nadie pone en discusión que Él es superior. Se te ha ordenado creer y no te está permitido discutir. Así está escrito: *Y creyó Abrahán en Dios*[159]. Y no solo la palabra [humana] es incapaz de explicar la generación del Hijo, sino también todas sus obras. Está escrito: *Todas sus obras se comprenden mediante la fe*[160]. Si las obras de Dios se comprenden mediante la fe, ¿cómo es que la generación se comprende sin la fe? Y ¿por qué discutimos lo que no vemos, quienes estamos obligados a creer en lugar de discutir lo que vemos?

13.79. Alguien se preguntará: «¿Cómo ha sido engendrado el Hijo?». Como eterno, como Verbo, como *esplen-*

158. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, II, 26.

159. Rm 4, 3. Gn 15, 6. Faller transmite la cita de Rm 4, 3, mientras que los Maurinos añaden «al cual se le reputó por justicia», del pasaje de Gn 15, 6.

160. Sal 32, 4.

dor de la luz eterna[161], porque el esplendor se manifiesta al tiempo de nacer. No es mío este ejemplo, sino del Apóstol[162]. No pretendas creer que hubo un solo instante en que existiera Dios sin sabiduría o luz sin esplendor[163]. Arriano, no valores las cosas divinas conforme a las nuestras, sino que debes creer las cosas divinas, allí donde no halles las humanas.

80. El rey pagano[164] vio en el fuego, con los tres jóvenes hebreos, la figura de un cuarto, como de ángel, y porque pensaba que estaba por encima de los ángeles[165], pensó que era el Hijo de Dios, del que no había leído, sino que creyó. También Abrahán vio a tres personas y adoró a uno[166]. 81. En el mote [Tabor] Pedro vio a Moisés y Elías con el Hijo de Dios y no se equivocó respecto a la naturaleza ni erró en el reconocimiento de la gloria. Al final no les preguntó a aquellos lo que debía hacer, sino a Cristo[167]; pues, aunque trataba de honrar a los tres, sin embargo esperaba el mandato de uno. No obstante, como estimó con ingenuidad que al menos con el número de tiendas se debía honrar a los tres, es corregido por la autoridad de Dios Padre, que dijo: *Éste es mi Hijo amado, escuchadle*[168]; esto es: «¿Por qué asocias a tu Señor con tus compañeros? *Éste es mi Hijo*, no es el Hijo Moisés ni Elías, sino *éste es mi Hijo*». El Apóstol se dio cuenta de la corrección, y *cayó al suelo*[169] sobrecogido por la voz del Padre y por el resplandor del Hijo, pero fue levantando por el Hijo, que está acostumbrado a levantar a los que caen[170]. [Pedro] ve a uno, ve al Hijo de Dios, porque los siervos se retiraron, para que solamente fuera visto

161. Sb 7, 26.
162. Cf. Hb 1, 3.
163. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 24.
164. Cf. Dn 3, 92.
165. Cf. Hb 1, 4.
166. Cf. Gn 18, 2-3; HILARIO, *De Trinit.*, IV, 25.
167. Cf. Mt 17, 3-4.
168. Mt 17, 5.
169. Ibid.
170. Cf. Sal 144, 14; 145, 8.

el Señor, que era el único denominado *Hijo*. 82. ¿Qué quiso pues, significar aquella visión, al demostrar la no equiparación de los siervos con Cristo, y manifestaba además un misterio, sino que deberíamos ver con toda claridad que la Ley y los profetas, en perfecta coincidencia con el Evangelio, revelaban que el Hijo de Dios, que habían anunciado, es eterno? Por eso también, nosotros, cuando oímos que el Hijo procede del vientre[171], que el Verbo viene del corazón[172], debemos entender que no ha sido modelado con manos, sino que ha nacido del Padre, y no ha sido obra de un artífice, sino que es descendencia del Padre.

83. Y por eso dice: *Éste es mi Hijo*[173]. No afirmó: «Éste es temporal», ni dijo: «Ésta es una criatura mía, una hechura mía, éste es siervo mío», sino: *Éste es mi Hijo*[174], que veis en la gloria. *Éste es el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*[175], el que se apareció en la zarza a Moisés[176], del cual dijo el mismo Moisés: *El que es me ha enviado*[177]. No es el Padre el que habló en la zarza ni en el desierto, sino que es el Hijo quien habló a Moisés[178]. Finalmente, de Él dijo Esteban: *Éste es el que estuvo en la asamblea del desierto*[179]. Éste es el que dio la Ley, el que habló a Moisés diciendo: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios Isaac, el Dios Jacob*[180]. Así pues, éste es el Dios de los patriarcas y el Dios de los profetas.

84. Por tanto, leemos que es el Hijo. Tu mente comprenda la instrucción, tu lengua lo confiese. Retira los argumentos, donde se requiere la fe. Guarde ya silencio[181] la

171 Cf. Sal 109, 3.
172 Cf. Sal 44, 2.
173 Mt 17, 5.
174 Ibid.
175 Ex 3, 6.15.
176 Cf. Ex 3, 14.
177 Ex 3, 14.
178 Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 38; HILARIO, *De Trinit.*, V, 21-22; etc.
179 Hch 7, 38.
180 Ex 3, 6; Mc 12, 26.
181 *Tacet*, según Faller, aunque es abundante el número de va-

dialéctica en sus mismas palestras. No busco lo que discuten los filósofos, indago lo que hacen. Se han quedado solos en sus palestras. Mira cuánto destaca la fe sobre los argumentos: los que discuten cada día son abandonados por sus compañeros, que discuten abundantemente; los que creen con sencillez aumentan cada día. No se da crédito a los filósofos, se cree a los pescadores[182]; no se da crédito a los dialécticos, sí se da a los publicanos[183]. Aquellos encadenaron el orbe con sus placeres y delicias; éstos lo liberaron con ayunos y sufrimientos. Por lo tanto, a muchos comenzó a seducirlos más la ofensa que el placer.

85. ¿En qué se diferencian los arrianos de los paganos? Los paganos afirman que los dioses se distinguen por el sexo y son diferentes por el poder; los arrianos dicen que la Trinidad es de diferente divinidad y de distinto poder. Aquéllos afirman de sus dioses un principio temporal, y éstos mienten al decir que Cristo ha comenzado a existir en el tiempo. ¿Acaso han sacado de la filosofía todo el color de su impiedad? Sin embargo, aquellos magnifican todo lo que veneran, mientras que éstos afirman del Hijo de Dios que es una criatura, cuando es Dios.

El Hijo de Dios no es una criatura

14.86. Noble Emperador, pienso que ha quedado claro que el Señor Jesús no es desemejante al Padre, ni pertenece al tiempo. Queda por refutar aquella afirmación sacrílega y que demostremos que el Hijo de Dios no es una cria-

riantes de este tipo; hemos preferido el *taceat* de los Maurinos.

182. Es decir, a los apóstoles.

183. El término «publicanos» significaba al cobrador de impuesto; Ambrosio alude sin duda al apóstol Mateo.

tura. En esto nos instruye la enseñanza de la presente lectura[184]. Hemos prestado oído a la ley, pues lo dice el Señor: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura*[185]. Quien afirma *a toda criatura* no excluye a ninguna. Y por eso, ¿dónde están los que llaman a Cristo criatura? Si fuera criatura, ¿acaso Él hubiera mandado que se predicara el Evangelio así mismo? En efecto, no es creatura, sino Creador, quien ordena a sus discípulos el ministerio de instruir a las criaturas. 87. Cristo no es una creatura, pues *la criatura fue sometida a la vanidad*[186], como dijo el Apóstol. Por lo tanto, ¿Cristo fue sometido a la vanidad? Y de nuevo el mismo apóstol [dice]: *Pues la creatura toda gime hasta el presente y sufre dolores de parto*[187]. Luego, ¿Cristo, que liberó nuestros gemidos de la muerte[188], gime y sufre dolores de parto? Y añade: *La creatura será liberada de la esclavitud de la corrupción*[189]. Vemos, por lo tanto, que hay una inmensa distancia entre la creatura y el Señor, porque la creatura es esclavitud, mientras que *el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*[190].

88. ¿Quién introdujo este error de llamar creatura al que creó todas las cosas, al que hizo todo? ¿Acaso el Señor se creó a sí mismo?[191] Ciertamente, si hemos leído que *todo se creó por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto existe*[192], ¿acaso se hizo a sí mismo? Si hemos leído –lo cual no se puede negar– que Cristo lo hizo *todo con sabiduría*[193], ¿es que puede parecer verosímil que la sabiduría se haya hecho

184. Claro indicio de que nuestro Autor se sirvió de algunos sermones para elaborar el presente tratado.

185. Mc. 16, 15.

186. Rm 8, 20 .

187. Rm 8, 22.

188. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 72.

189. Rm 8, 21.

190. 2 Co 3, 17.

191. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 21.

192. Jn 1, 3.

193. Sal 103, 24.

en sí misma? 89. Leemos que ha sido engendrado, porque el Padre dijo: *Yo te engendré desde el vientre, antes de la aurora*[194]. Leemos [en la Escritura] que el Hijo es *primogénito*[195], también leemos que es *unigénito*[196]; es *primogénito*, porque no hay nadie antes que Él, y es *unigénito*, porque no hay nadie después de Él. También leemos: *¿Quién narrará su generación?*[197]. Dice *generación*, no creación. ¿Qué se puede confrontar a tantas y tan grandes pruebas?

90. El Hijo de Dios manifiesta también la distancia que existe entre la generación y la gracia[198], cuando afirma: *Subo a mi Padre y Padre vuestro, a mi Dios y Dios vuestro*[199]. No dijo: «Subo a nuestro Padre», sino subo *a mi Padre y Padre vuestro*. Esta separación manifiesta la diversidad, porque es su genitor y creador nuestro. 91. Y añadió: *A mi Dios y Dios vuestro,* porque, aunque el Padre y Él sean *una misma cosa*[200], y Dios sea para Él Padre en virtud de la naturaleza, para nosotros Dios comenzó a ser Padre por medio del Hijo, no por derecho de la naturaleza, sino de la gracia. No obstante, aquí se ve que señalan las dos naturalezas de Cristo: la de la divinidad y la de la carne; la naturaleza divina que procede del Padre, y la de la carne que procede de la madre; la una es anterior a todo, y la otra proveniente de la Virgen. En fin, primero le declaró «Padre» como Hijo, después le llamó «Dios» como hombre. 92. En todas partes, cuando habla como hombre, le llama «mi Dios», como dicen los testimonios [de la Sagrada Escritura]: *Dios mío, Dios mío,* mírame; *¿por qué me has abandonado?*[201]. Y en otro lugar: *Desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios*[202].

194. Sal 109, 3.

195. Rm 8, 29; Col 1, 15.18; Hb 1, 6; Ap 1, 5.

196. Jn 3, 16.18; 1 Jn 4, 9; cf. Jn 1, 14.18.

197. Is 53 , 8.

198. Cf. ATANASIO, De incarn. ontra Arianos, 8.

199. Jn 20, 17.

200. Jn 10, 30

201. Sal 21, 2.

202. Sal 21, 11.

En el primer caso sufre como hombre, en el segundo pasaje es el hombre que sale del vientre de la madre. Así, cuando dice: *Desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios*, significa que aquel que desde siempre era su Padre, es su Dios desde que salió del seno de la madre.

93. Por lo tanto, una vez que hemos leído la generación de Cristo en el Evangelio, en el Apóstol y en los profetas, ¿cómo se atreven a decir que ha sido creado o hecho? En verdad, deberían reflexionar en dónde han leído que fue creado o fue hecho. En efecto, se ha indicado que el Hijo de Dios fue engendrado de Dios y nacido de Dios; que observen con toda diligencia en dónde han leído que fue hecho. Ciertamente Dios no fue hecho, sino que el Hijo de Dios nació Dios, pero después fue hecho hombre de María según la carne[203]. 94. Si a mí no me creen, que crean al Apóstol cuando dice: *Después de venir la plenitud de los tiempos, envió Dios a su propio Hijo, hecho de una mujer, hecho bajo la ley*[204].Afirma *Hijo suyo*, no común, no uno de muchos, sino el *suyo*. Cuando dice *suyo* señaló la propiedad de la generación eterna. A continuación afirmó que éste *fue hecho de una mujer*, de modo que la hechura no se aplique a la divinidad, sino al cuerpo asumido; y *ha sido hecho de una mujer* por haber recibido una carne, y *hecho bajo la ley*, por la observancia de la ley. Sin embargo, la generación celestial es anterior a la ley y esta generación es posterior a la ley[205].

15.95. Así pues, [los herejes] acostumbran a vanagloriarse sin motivo, pues está escrito: *Y Dios le ha hecho Señor y Cristo*[206]. Los no instruidos han de leerlo todo y así en-

203. Estas palabras son citadas por varios concilios ecuménicos: Éfeso (431), Calcedonia (451) y II de Constantinopla (553).

204. Ga 4, 4.

205. Este pasaje tuvo resonancia en los concilios. En los ecuménicos de Éfeso (431) y Calcedonia (451), Ambrosio fue bien considerado por los padres griegos, especialmente debido a este tratado.

206. Hch 2, 36.

tenderán. En efecto, está escrito: *Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús que vosotros habéis crucificado*[207]. No fue crucificada la divinidad, sino la carne. En verdad, esto pudo suceder, porque pudo ser crucificado. Así pues, el Hijo de Dios no es una producción[208]. 96. También hay que rechazar aquello, sobre lo que suelen calumniar [los herejes] y deben explicar en qué sentido se ha dicho: *El Señor me creó*[209]. No dijo: «El Padre me creó», sino *el Señor me creó*. La carne muestra al Señor, la gloria se refiere al Padre, nuestra persona creada confiesa al Señor y el amor reconoce al Padre. Por tanto, ¿quién ignora que se dice eso por motivo de la encarnación? Así pues, afirma que fue creado en cuanto certifica su condición de hombre, al decir: *¿Por qué tratáis de matarme a mí, que soy un hombre?*[210] Dice *hombre*, que fue crucificado, muerto y sepultado.

97. No se ha de dudar que puso como pretérito lo que sería futuro. Ésta era la costumbre de la profecía, pues las cosas futuras se dicen como presentes, o como pasadas. En fin, has leído en el salmo veintiuno: *Novillos pingues me han rodeado*[211]; y también habéis leído: *Se repartieron entre sí mis vestiduras*[212], que el evangelista manifiesta profetizado acerca de la Pasión[213]. En efecto, para Dios las cosas que son futuras, son presentes; y para quien todo lo conoce de antemano, el futuro se encuentra como ya realizado, conforme está escrito: *El que hizo las cosas que habrían de venir*[214]. 98. No es de extrañar, si dice que Él ha sido establecido

207. Ibid.

208. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 12.

209. Pr 8, 22. Se trata de la principal objección de los arrianos. Cf. *De fide*, III, 11, 82-91; Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 45.

210. Jn 7, 19; 8, 40. El texto transmite: ¿ Por qué queréis matar a un hombre, que os ha dicho la verdad?

211. Sal 21, 13.

212. Sal 21, 19.

213. Cf. Mt 17, 35.

214. Sal 45, 11.

antes de los siglos infinitos[215], pues has leído que fue predestinado *antes de los siglos*[216]. Esto se ve con toda claridad dicho respecto de la encarnación, como lo expresan los siguientes textos: *La Sabiduría* –se dice– *ha edificado una casa para sí, ha labrado siete columnas; ha hecho su matanza, ha mezclado su vino en la copa y ha dispuesto su mesa; y ha enviado a sus criados a convocar con gran voz, diciendo: «Si alguno es sencillo, véngase junto a mí»*[217]. ¿Acaso no vemos en el Evangelio que todas estas cosas se han cumplido después de la encarnación, cuando celebró los misterios de la cena sagrada, cuando envió a los apóstoles, y clamó con fuerte voz diciendo: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*[218]? Así pues, la secuencia corresponde con lo anterior, y vemos la sucesión de todos los acontecimientos de la encarnación narrados exactamente según la disposición de la profecía. 99. Muchos otros testimonios de este tipo podrían aducirse, para ver que lo dicho se refiere a la encarnación, pero no me ahogo entre libros, para que el tratado no resulte demasiado amplio.

16.100. Ahora pregunto a los mismos arrianos, si piensan que es lo mismo engendrado que creado[219]. Pues, si dicen que es lo mismo, no existe diferencia entre engendrar y crear. Así pues, como nosotros también hemos sido creados, no existe diferencia alguna entre Cristo y nosotros, y entre Cristo y los elementos materiales. Pero aunque [los arrianos] son necios no se atreverán a decir tal cosa. 101. Por último, para consentir a su insensatez lo que no es verdadero, si no hay diferencia en las palabras, como ellos piensan, ¿por qué no designan con un nombre más honroso al que veneran? ¿Por qué no se sirven de la pala-

215. Cf. Pr 8, 23.
216. 2 Tm 1, 9; Tt 1, 2.
217. Pr 9, 1-4.
218. Jn 7, 37.
219. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 48.

bra Padre? ¿Por qué rechazan lo que es propio de la honradez y asumen lo que es propio de la ofensa? 102. Ahora bien, si hay diferencia entre engendrado y creado, como yo pienso, cuando leemos engendrado, ciertamente no entendemos lo mismo por engendrado que creado. Digan pues, engendrado del Padre y procreado de la Virgen, o que digan de qué modo el Hijo de Dios es a la vez engendrado y creado. Una misma naturaleza, y especialmente la de Dios, no admite diversidad. 103. En verdad, habría que rechazar nuestra opinión; preguntemos a Pablo que, lleno del Espíritu de Dios y previendo estas cuestiones, habló en general contra los gentiles y en especial contra los arrianos, y dijo que serían condenados, según el juicio divino, quienes servían más a las criaturas que al Creador. En resumen, aquí tienes: *Dios los entregó a las apetencias de sus propios corazones, de manera que deshonraron los cuerpos entre ellos mismos; quienes cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la creatura en vez de al Creador, que es Dios bendito por los siglos*[220]. 104. Así pues, Pablo prohíbe que yo sea esclavo de una creatura, y advierte que hay que servir a Cristo; luego Cristo no es una creatura. También afirma: *Pablo, siervo de Jesucristo*[221]; y él, siervo bueno, que reconoce al Señor, él mismo nos prohíbe servir a una creatura. Por tanto, ¿cómo podría él servir a Cristo, si pensara que Cristo es una creatura? Así pues, [los arrianos] tienen que dejar de adorar al que llaman creatura, o deben dejar de llamar creatura al que simulan adorar, para que no cometan mayores sacrilegios con la apelación de adoradores. Es mucho más detestable el enemigo de casa, que el extraño, y mucho más grave el crimen que cometen contra Cristo, abusando del nombre de Cristo.

220. Rm 1, 24-25.

221. Rm 1, 1.

105. ¿Qué mejor intérprete de las Escrituras podemos encontrar que aquel doctor de los gentiles[222], *vaso de elección*[223], elegido entre los perseguidores[224], para que confesara a Jesús al que había perseguido? Pablo había leído a Salomón más que Arrio, y era conocedor de la Ley[225]. Así pues, porque la había leído, dice que Cristo no fue creado, sino engendrado. En efecto, había leído: *Pues Él habló y fueron hechas las cosas; Él lo ordenó y fueron creadas*[226]. ¿Acaso Cristo fue hecho con una palabra? ¿Por casualidad Cristo fue creado con una orden?

106. ¿De qué modo puede estar una creatura en Dios?[227]. En efecto, Dios es de naturaleza simple, no de una unida y compuesta, a la que nada se añade, sino que sólo tiene en su naturaleza lo que es divino, y aunque abarca todas las cosas[228], nunca es confuso, y aunque penetra todas las cosas, nunca es penetrado y está presente entero en todas partes al mismo tiempo, tanto en el cielo y en la tierra como en los confines del mar[229]; inalcanzable a la vista, inexplicable mediante las palabras, inestimable por la inteligencia, digno de seguir por la fe y de ser venerado por la religiosidad; de modo que debes saber que lo que conviene a Dios es todo lo más que se puede sentir, lo más noble por el decoro y lo más sublime por el poder. 107. Así pues, ya que el Padre se complace en el Hijo[230], tú debes creer que el Hijo es digno del Padre, y que el Hijo ha salido del Padre, como él mismo lo atestigua, al decir: *Yo he salido y vengo de Dios*[231]. Y en otra parte: *Salí de Dios*[232]. Quien ha procedido de Dios y ha salido de Dios, no puede tener ninguna otra cosa que no sea lo que es propio de Dios.

222. Cf. 1 Tm 2, 7.
223. Hch 9, 15.
224. Cf. Hch 9, 5.
225. Cf. Hch 22, 3.
226. Sal 32, 9.
227. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 17.
228. Cf. Jr 23, 24.
229. Cf. Sb 7, 22ss.
230. Cf. Mt 3, 17; 17, 5.
231. Jn 8, 42.
232. Jn 16, 27.

17.108. Así pues, no es sólo Dios, sino también verdadero Dios, verdadero de verdadero, y de tal modo verdadero, que Él mismo es la *verdad*[233]. Por lo mismo, si preguntamos su nombre, es la verdad; si buscamos la majestad propio de su naturaleza, es verdadero Hijo de Dios[234], hasta el extremo de que es suyo propio. Así está escrito: *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*[235]. En verdad, lo entregó según la carne; la propiedad es de la divinidad, la verdad es característica de la propiedad, la misericordia pertenece a la piedad y el ofrecimiento a la seguridad. 109. Pero para que no calumnien lo que está escrito: *El Padre lo entregó*[236], el Apóstol dice en otro lugar: *Paz de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, que se entregó a sí mismo por nuestros pecados*[237]; y en otra ocasión: *Como Cristo nos amó y se entregó a sí mismo a favor nuestro*[238]. Así pues, como no sólo lo entregó el Padre, sino que también se entregó Él mismo, resulta claro que hay una sola obra, y una sola es la voluntad del Padre y el Hijo.

110. Por tanto, fue engendrado, si buscamos la majestad de su naturaleza. Quien niega que haya sido engendrado, niega que sea propio [Hijo de Dios]; quien rechaza que sea propio [Hijo de Dios], le considera como a los demás. En cambio, si buscamos la peculiaridad de su generación, [vemos que] salió de Dios[239]. En efecto, según nuestra costumbre, «salir» es propio de lo que ya existe y parece que se ve venir fuera de un lugar más interior; esto es, del que

233. Jn 14, 6.

234. El uso del término latino *proprietas,* aquí usado en toda su significación, no lo podemos reflejar a veces en nuestra lengua , por lo que nosotros usaremos los términos de *particularidad, peculiaridad, específico.*

235. Rm 8, 32.

236. Ibid.

237. Ga 1, 3-4.

238. Ef 5, 2.

239. Cf. Jn 16, 27-28; 17, 8.

se dice «salir». Según esto, aunque sea con palabras humanas poco apropiadas, precisamos el carácter peculiar de la generación divina, de suerte que no se crea que [el Hijo] sale de un lugar, sino como «Dios de Dios», el Hijo del Padre, y no parezca que ha tenido comienzo en el tiempo, el que procede del Padre por el nacimiento, como dice el mismo que nació: *Yo salí de la boca del Altísimo*[240].

111. Pero, si no reconocen la naturaleza, si no dan crédito a las Escrituras, al menos que crean en las obras[241]. ¿A quién dice el Padre *hagamos* [al ser humano][242], sino al que reconoce que es su verdadero Hijo? ¿En quién reconocía su imagen, sino en el [Hijo] verdadero? No es lo mismo «adoptivo» que «verdadero», ni el Hijo hubiera dicho *somos uno*[243], si Él mismo no fuera [Dios] verdadero, y se comparara con el Verdadero. Por tanto, el Padre dijo: *Hagamos*, y quien habló es verdadero [Dios]. ¿Puede acaso no ser verdadero el que obró, y se puede negar al que actúa, lo que le atribuye el que habla? 112. Pero, si no supiera que es verdadero Hijo, ¿cómo le hubiera confiado la unidad de su voluntad y la veracidad de su obra?[244] En efecto, puesto que el Hijo hace las mismas cosas que el Padre, y el Hijo da la vida a los que quiere, como está escrito[245], el Hijo no es distinto por el poder y es libre por la voluntad. De este modo se salva la unidad, porque el poder de Dios es una propiedad de la naturaleza divina, y la libertad no consiste en diferencia alguna, sino que reside en la unidad de la voluntad.

113. Perturbados por la fuerza del mar un grupo de apóstoles, aunque todavía no pertenecían al grupo de los creyentes de corazón, cuando vieron que las aguas juguete-

240. Si 24, 3 (Vulgata).
241. Cf. Jn 10, 38.
242. Gn 1, 26.
243. Jn 10, 30; 17, 22.
244. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, V, 5.
245. Cf. Jn 5, 19-21.

aban bajo los pies del Señor, y los pasos firmes del Señor, que caminaba sobre el remolino alterado de las aguas[246], enseguida, tan pronto como [Jesús] subió a la barca que estaba zarandeada por las olas, observaron las aguas aplacadas y los elementos naturales sometidos, y al punto creyeron que era el verdadero Hijo de Dios, y lo manifestaron diciendo: *Verdaderamente es el Hijo de Dios*[247].

114. Esto mismo confiesa el centurión y otros que se encontraban con él, cuando se removieron los cimientos del orbe, en la pasión del Señor[248]. Y tú, hereje, ¿lo niegas? El centurión dice: *En verdad éste era Hijo de Dios*[249] . *Era*, dice el centurión, y el arriano afirma: ¡No era! Aquél, con la mano ensangrentada, pero de mente piadosa, afirma no sólo la verdad y la eternidad de la generación; en cambio, tú, hereje, niegas la verdad de la generación y le asignas un tiempo. ¡Ojalá ensangrentaras las manos antes que el alma! Pero no es inocente tu mano, y tu mente es asesina; puesto que de ti depende, lo expones a la muerte, porque lo consideras débil. Incluso lo que es más grave; aunque la divinidad no puede sufrir heridas, sin embargo, en cuanto te es posible, intentas matar en Cristo su majestad, no su cuerpo.

115. Así pues, no podemos poner en duda que es verdadero Dios, puesto que incluso los verdugos creyeron que era verdadero Hijo de Dios, y lo mismo confesaban los demonios[250], cuyos testimonios no son aducidos ahora, pero que son preferidos a tus afirmaciones sacrílegas. Hemos recordado algunos [testimonios bíblicos], para que sientas vergüenza; también aportamos refutaciones divinas, para que tú creas.

246. *Perturbados...* En este pasaje aparecen bastantes variantes según los manuscritos, como se puede comprobar en las notas que presenta el texto de Faller. Hemos preferido mantener el texto de Migne, Mt 14, 24.

247. Mt 14, 33.

248. Cf. Mt 27, 34.

249. Mt 27, 54.

250. Cf. Mt 8, 29; Mc 3, 11; Lc 8, 28; 4, 41.

116. El Señor proclama por medio de Isaías: *A mis servidores les será concedido un nombre nuevo, que será bendito en la tierra, y bendecirán al Dios verdadero y quienes juraren en la tierra, jurarán por el Dios verdadero*[251]. *Esto dijo Isaías* –afirma [la Escritura]– *cuando contempló su majestad*[252]. Esto se significa en el Evangelio, cuando dice que vio la majestad de Cristo y así habó de Él. 117. Ten en cuenta también lo que escribió el evangelista Juan en su carta, al decir: *Sabemos que el Hijo de Dios ha aparecido y nos ha dado inteligencia, para que reconozcamos la potestad y para que estemos en el verdadero Hijo suyo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna*[253]. Juan afirma que es verdadero Hijo de Dios y verdadero Dios. Luego, si es Dios verdadero, y no ha sido creado, no tiene nada engañoso ni falso, nada confuso y distinto.

Definición de los Padres respecto a la fe

18.118. «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido del Padre, no hecho, y de una misma sustancia con el Padre»[254]. 119. Así lo afirmaron nuestros Padres, conforme a las Escrituras, los cuales pensaron también que los dogmas sacrílegos debían ser insertados en los decretos, de modo que la misma perfidia de Arrio se descubriera por sí, para que no se ocultara maquillada de púrpura y coloretes. Realizan un maquillaje, quienes no se atreven a explicar lo que sienten. En rigor, la impiedad de los

251. Is 65, 15-16.
252. Jn 12, 41.
253. 1 Jn 5, 20.
254. Palabras del concilio de Nicea (325). De este concilio no se han conservado más documentos que la confesión de fe que conocemos, unos veinte cánones y una carta sinodal, y todo ello transmitido en las actas del Concilio de Calcedonia (451).

arrianos no se descubre a través de su exposición, sino que se detecta con la condena, de manera que quien por curiosidad desea conocerla, debe saber que, para que no caiga, ha sido condenada, antes incluso de que le sea explicada, con la finalidad de que crea.

Declaración por la que fue condenada la maldad de Arrio

120. *La Iglesia católica y apostólica condena a quienes afirman: Había un tiempo en que no existía, y antes de que naciera no existía, y a los que dicen que el Hijo de Dios fue hecho de la nada o de otra sustancia o «ousía», o que es mutable y variable*[255].

121. Has comprendido, noble emperador, que quienes afirman tales cosas, son condenados con justicia. Según he indicado más arriba de pasada, trescientos dieciocho obispos se reunieron en concilio no por las habilidades de nadie ni por ningún apaño, sino que, por el número de éstos y bajo los signos de su pasión y en su nombre, el Señor Jesús pretendía demostrar su presencia en el concilio. La cruz estaba representada en los trescientos obispos, y el nombre de Jesús en los dieciocho sacerdotes. 122. Esta condena tuvo lugar también con motivo de la primera profesión de fe en el concilio de Rímini[256], y después del concilio de Rímini la segunda condena. Una carta enviada al emperador Constancio da testimonio de la primera profesión de fe; los concilios que siguieron admitieron la corrección[257].

255. Palabras del concilio de Nicea; cf. Dz 54.

256. Parece una confusión cronológica de nuestro Autor, pues el concilio mencionado tuvo lugar en 359, después del mencionado Concilio de Nicea. Al respecto, cf. C. MORESCHINI, *o. c.*, p. 117, nota 6.

257. El asunto de la misiva al Emperador tiene resonancia en Jerónimo, Atanasio, Hilario, etc. Se nota que hubo un sometimiento

19.123. Luego, Arrio dice: «Hubo un tiempo en el que [el Hijo] no existía». En cambio, la Escritura afirma: *Existía*[258]. No dice, «no existía»; también Juan escribe: *En el principio existía el Verbo y el Verbo existía en Dios, y el Verbo era Dios. Él existía en el principio en Dios*[259]. He aquí cuantas veces dice *existía*, y nunca afirma «no existía». Por tanto, ¿a quién creemos? ¿A Juan que se reclina en el costado del Señor[260], o a Arrio que se revuelca entre sus desparramadas entrañas[261], y que nos permite reconocer que la maldad de Arrio fue semejante a la maldad del traidor Judas, a quien se le condenó con un castigo semejante? 124. En efecto, las vísceras de Arrio fueron esparcidas –vergüenza me da decir dónde–, y reventó por medio, tendido boca abajo, manchados aquellos sucios labios con los que había negado a Cristo. Reventó Arrio, como también afirma el apóstol Pedro respecto de Judas, *por haberse apoderado de un terreno con el fruto de la injusticia; cayendo de cabeza se reventó por medio y sus entrañas quedaron esparcidas*[262]. No fue una muerte fortuita, cuando a un sacrilegio parecido se le añadió el ejemplo de un castigo semejante, para que sufrieran el mismo tormento los que negaron y traicionaron al mismo al mismo Señor[263].

de los obispos al Emperador y bastantes destierros por no someterse. En cuanto al concilio de Nicea está claro que hay una fuerte tensión entre los obispos arrianos y no arrianos que podemos llamar católicos, según término usado por Ambrosio. Un grupo de obispos lleva las conclusiones a Constancio, con fuerte sometimiento. Quizás refiriéndose a este momento Jerónimo dijera aquello de que «gimió el mundo de verse arriano». En cuanto a la segunda corrección de que habla Ambrosio no sabemos con certeza en qué consistió.

258. Jn 1, 1.2.

259. Ibid.

260. Cf. Jn 13, 23.

261. Referencia a la muerte que tuvo Arrio; cf. ATANASIO, *Epist. ad Serap. de morte Arii*, 3, 1-3; etc.

262. Hch 1, 18.

263. El día antes de la rehabilitación en su puesto, muere Arrio

125. Vayamos a otras cuestiones. Arrio dice: «Antes de que naciera no existía», pero la Escritura afirma que todas las cosas existen por el Hijo. Así pues, ¿cómo concedió a otros el ser quien no existía? Además, el impío [Arrio] dice «cuando» y «antes»; ciertamente estas dos palabras expresan tiempo. Por tanto, ¿cómo puede decir que el tiempo no existe antes del Hijo, y quieren que las cosas que existen en el tiempo tengan su existencia antes, ya que las palabras «antes», «cuando» y «alguna vez no ha existido»[264] se refieren al tiempo?[265]. 126. Arrio dice, que el Hijo de Dios procede de la nada. Entonces ¿cómo ha sido engendrado el Hijo [de Dios] *del seno*[266] paterno? ¿Cómo se lee que la Palabra ha brotado desde el corazón[267], si no entendemos que –como está escrito– *ha salido*[268] desde el secreto más íntimo e incomprensible del Padre? Se puede ser hijo por adopción o por naturaleza. Nosotros decimos que somos hijos por adopción[269], pero Él lo es verdaderamente por la naturaleza. ¿Cómo puede proceder de la nada el que hizo todas las cosas de la nada?

127. No posee en sí al Hijo, quien ignora de dónde viene. Tampoco los judíos tenían al Hijo, porque no sabían de dónde procedía; y por eso les dijo el Señor: *Pero vosotros no sabéis de dónde vengo*[270]; y más abajo: *No me conocéis ni a mí ni a mi Padre*[271]. En efecto, quien niega que el Hijo

en 336. Ambrosio no da datos concretos. Quizás su fuente se base en escritores como ATANASIO, *Epist. Ad Serap. de morte Arii*, 3, 1-3; EPIFANIO, *Panarion*, 69, 10, 3; GREGORIO NACIANCENO. *Orat* 36, 1; citados por C. MORESCHINI, *o. c.*, p. 119, nota 1.

264. Expresiones utilizadas también por ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 13.

265. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 13.

266. Sal 109, 3.

267. Cf. Sal 44, 2.

268. Jn 8, 42.

269. Cf. Rm 8, 15.23; Ga 4, 5-7; Ef 1, 5.

270. Jn 8, 14.

271. Jn 8, 19.

procede del Padre, no conoce al Padre, del que procede el Hijo, ni conoce al Hijo[272], porque no conoce al Padre.

128. Arrio afirma: «De otra sustancia». ¿Qué otra sustancia podría igualarse al Hijo de Dios, para que de ella provenga el Hijo de Dios? O ¿cómo pueden criticarnos, porque decimos que en Dios hay una «ousía», en griego, o una «sustancia», en latín, cuando también ellos mismos, al decir que el Hijo de Dios procede de otra sustancia, confirman que existe la sustancia de Dios? 129. Ahora bien, si desearan hablar del término «sustancia» o «naturaleza divina», fácilmente serían rebatidos, porque con frecuencia la Escritura recuerda los términos «ousía», en griego, y «sustancia», en latín. Así, Pedro quiere que nosotros seamos hechos *partícipes de la divina naturaleza*[273], como leemos. Si dicen que el Hijo procede de otra sustancia, ellos mismos se refutan, no solo al declarar el término «sustancia», al que tienen miedo, sino también al comparar al Hijo con las creaturas, a las cuales ellos simulan que aventaja.

130. Arrio afirma que «el Hijo de Dios es una creatura, pero no como las demás»[274]. ¿Qué creatura es como las demás creaturas? El hombre no es ángel, la tierra no es cielo, el sol no es agua, la luz no es como las tinieblas. Ningún favor hizo, pues, anteponiéndola, sino que presentó el engaño de su impiedad en un tono desvaído para confundir a la gente sencilla. 131. Arrio dice que «el Hijo de Dios es mutable y variable». Si es mutable, ¿cómo Dios dijo: *Yo soy, yo soy y no cambio?*[275].

20.132. Verdaderamente ahora yo voy a proclamar aquel discurso profético que prometió Isaías iba a anunciar sobre el Señor, al decir: *¡Ay, yo soy un miserable y con el corazón*

272. Cf. 1 Jn 2, 23.
273. 2 P 1, 4.
274. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 19.
275. Ml 3, 6.

dolorido! Aunque tenga los labios inmundos y habite en un pueblo que tiene labios inmundos, he visto al Señor Sabaot[276]. Luego, si Isaías, que vio *al Señor Sabaot*, se llama miserable, ¿qué diré de mí, que, teniendo labios inmundos, me siento obligado a tratar sobre la generación de Dios? ¿Por qué me lanzo a hablar de aquellas cosas que temo, en tanto que David pide *la vigilancia de su boca*[277] respecto a lo que conoce? ¡Ojalá a mí también purifique con el fuego mis labios manchados *uno de los serafines*, que lleva, con las *tenazas*[278] de uno y otro Testamento, aquel carbón encendido que cogió del altar del Señor! 133. Ahora bien, aunque entonces el serafín descendió hasta el profeta de manera figurada, mientras que Tú, Señor, después que el misterio se nos reveló, viniste a nosotros en carne mortal, no por medio de un mensajero o por un delegado[279], sino por ti mismo. Y purifica mi conciencia de *mis faltas ocultas*[280], para que también yo, sin duda inmundo, pero ya limpio por tu misericordia, mediante la fe, pueda cantar el salmo davídico que dice: *Te entonaré salmos con la cítara, Dios de Israel. Se llenarán de gozo mis labios, cuando cante para ti y mi alma, que tú has rescatado*[281]. 134. Por eso Señor, abandonando a tus calumniadores y enemigos, vuélvete a nosotros y santifica los oídos del príncipe Graciano y de todos aquellos a cuyas manos llegue este librito. Dame unos oídos sordos, para que en ninguna parte queden las manchas de la perfidia escuchada; purifica pues, purifica mis oídos, no con agua de manantial ni del río ni del arroyo que corre entre susurros, sino con aquellos discursos que obran al modo de las aguas más diáfanas que la transparencia del agua, y más puras que nieve alguna; con aquellas palabras que dijiste:

276. Is 6, 5.
277. Sal 140, 3.
278. Is 6, 6.
279. Cf. Is 63, 9
280. Sal 18, 3.
281. Sal 70, 22-23.

Aunque vuestros pecados fueran como la púrpura, los volveré blancos como la nieve[282].

135. Hay también una bebida con la que acostumbraste a purificar las profundidades del alma; un vino no añejo ni de afamada vid, sino un vino nuevo traído desde el cielo a la tierra, exprimido de aquel racimo extraño[283], que como la uva cuelga de la vid, así estuvo Él en la carne, colgado del leño de la cruz. De este racimo es *el vino que alegra el corazón del hombre*[284], embriaga la sobriedad, exhala la borrachera de la fe y de la verdadera religión, e infunde la borrachera de la castidad. 136. Así, con este vino, Señor, Señor mío, purifica los oídos del alma augusta[285], del mismo modo que, embriagados los hombres de vino natural aman la quietud, rechazan el temor de la muerte, no perciben las ofensas, no ansían las cosas ajenas y se olvidan de las propias, así también, emborrachado con tu vino, estime él la paz, y seguro con el gozo de la fe desconozca la muerte de la infidelidad, exhiba la paciencia de la caridad, no sostenga los sacrilegios ajenos y anteponga la fe a sus familiares[286], como está escrito: Deja todas tus cosas *y luego ven y sígueme*[287].

137. Con este vino, Señor Jesús, anega también nuestros sentidos, para que te adoremos[288], y te veneremos como Creador de lo visible e invisible[289]. No puedes dejar, pues, de ser invisible ni de ser bueno, tú, que dotaste de esta condición incluso a tus obras.

282. Is 1, 18.
283. Cf. Nm 13, 24-25.
284. Sal 103, 15; cf. Ef 5, 18.
285. Es decir, del Emperador.
286. Quizás piense Ambrosio en los arrianos, y especialmente esté pensando en la emperatriz Justina
287. Mt 19, 21.
288. Cf. Ef 5, 18-19.
289. Recuerdo de la fórmula de fe nicena.

LIBRO SEGUNDO

Dedicatoria a Graciano

1. Noble emperador, pienso que en el libro anterior hemos dejado suficientemente claro que el Hijo de Dios es eterno, semejante al Padre, engendrado y no creado. Dimos por probado, mediante el testimonios de las Sagradas Escrituras, que el Hijo de Dios es verdadero Dios y es manifiesto también por los signos claros de su majestad. 2. Por lo tanto, aunque esos argumentos son sobradamente abundantes para la fe, como, las más de las veces, el curso de un río se estima por el caudal de su fuente, no obstante, para que brille más pura la fe, parece que debemos hacer una distinción en tres direcciones. En efecto, existen indicios evidentes, que muestran la peculiaridad de la naturaleza divina; otros manifiestan la semejanza del Padre y el Hijo, y también los hay, que expresan la transparente unidad de la divina majestad. Así, [los signos] propios de la naturaleza divina son: la generación, el ser Dios, Hijo y Verbo; lo son de la semejanza: el esplendor, el carácter [o impronta], el reflejo y la imagen; y de la unidad eterna son: la sabiduría, el poder, la verdad y la vida.

3. Estos signos caracterizan de tal modo al Hijo de Dios, que por ellos no sólo podrás conocer que el Padre es eterno y que el Hijo no es diferente de él. Así pues, la generación es propia del que *es*[1]; *Dios*[2] por ser eterno; al Padre

1. Ex 3, 14. 2. Rm 9, 5.

pertenece *el Hijo*; a Dios *el Verbo*[3]; *esplendor de la gloria; impronta de su sustancia*[4], *espejo de la majestad de Dios e imagen de su bondad*[5]; *la sabiduría*[6] proviene del que es sabio; *el poder*[7] del que es fuerte; *la verdad* del que es verdadero; *la vida*[8] de aquel que está vivo. Concuerdan, pues, los signos del Padre y del Hijo, con los que nadie puede dudar no sólo de que no discrepan entre sí, sino que también son propios de una única majestad. Nosotros expondríamos ejemplos de los nombres de cada uno de estos, si no nos viéramos obligados a abreviar nuestro discurso.

4. Sobre esos doce [nombres] se levanta la columna de la fe, como sobre doce piedras preciosas. En efecto, son aquellas preciosas piedras[9], sardónice, topacio y una esmeralda, crisolito y las demás piedras, con las que está entretejido el vestido del santo Aarón, esto es, de aquel que representa la figura de Cristo, es decir, del verdadero sacerdote; piedras engastadas en oro, que llevan grabados los nombres de los hijos de Israel; doce piedras sujetas entre sí. Pero, si alguien las separa y distancia, toda la estructura de la fe se desploma.

5. Por consiguiente, lo fundamental de nuestra fe es saber que el Hijo de Dios ha sido engendrado. Si no ha sido engendrado, tampoco es hijo. Y no es bastante decir Hijo, si no le añades también «Unigénito». Si es una creatura, no es Dios. Si no es Dios, tampoco es *Vida*[10], y si no es vida, tampoco es *Verdad*[11]. 6. Las tres prerrogativas, o sea, generación, Hijo y Unigénito, revelan principal y propiamente que el Hijo procede de Dios. 7. Las tres siguientes, esto es, Dios, Vida y Verdad, manifiestan su poder, por medio del

3. Jn 1, 1.
4. Hb 1, 3.
5. Sb 7, 26.
6. 1 Co 1, 2.
7. Rm 1, 20.
8. Jn 14, 6.
9. Cf. Ex 28, 17-21.
10. Jn 14, 6.
11. Ibid.

cual creó e hace subsistir la creatura. *En efecto, en Él vivimos, existimos y nos movemos*[12], como dice Pablo. Y por eso en aquellas tres [primeras] propiedades se manifiesta la singularidad del Hijo; en las otras se pone de manifiesto la unidad de operación del Padre y del Hijo. 8. El Hijo de Dios es denominado también *imagen*[13], *resplandor y carácter*[14], porque estas propiedades revelaron a la vez la incomprensible y escudriñable divinidad del Padre y han resaltado la manifiesta semejanza en el Hijo; vemos pues, que estas tres propiedades hacen referencia también a la semejanza [de naturaleza]. 9. Las restantes son: *el poder, la sabiduría y la justicia*[15], para que se pruebe la eternidad de la operación[16] con cada una de esas tres propiedades.

10. Esto es, pues, lo que significa aquella vestimenta adornada con piedras preciosas; éste es el manto del verdadero sacerdote; ésta la vestidura nupcial; éste el tejedor profético, que las sabe engastar perfectamente. Y de ningún modo este encaje es un trabajo inútil, del cual dice el Señor mediante el profeta: *¿Quién dio a las mujeres la sabiduría de la textura?*[17]. Y estas piedras de adorno tampoco son comunes, como leemos[18]. Ciertamente, todo en ello es perfección, cuando nada falta. Piedras pulidas[19] y engastadas de oro[20], esto es, con naturaleza intelectual, si nuestra inteligencia las coordina bien y el sentido natural las compagina con una razonable explicación. En fin, que no son piedras mediocres lo enseña la Escritura[21], pues cuando unos llevaban otras más sencillas, otros, los príncipes religiosos, llevaron estas piedras sobre sus hombros, mediante las cuales

12. Hch 17, 28.
13. Sb 7, 26.
14. Hb 1, 3.
15. 1 Co 1, 30.
16. Seguimos la variante de Faller: *operationis* por *operationibus*.
17. Jb 38, 36.
18. Cf. Ex 35, 27.
19. Cf. Ex 35, 28.
20. Cf. Ex 28, 20.
21. Ex 35, 20-27.

hicieron razonable la obra textil. Porque también es una obra textil la concordancia de los hechos con la fe.

11. Nadie piense que yo me equivoco porque arriba hice una distinción triple de cuatro miembros y posteriormente un cuádruplo de tres miembros. El atractivo de una buena obra agrada más, si aparece de diversas formas. Es buena obra también aquella que muestra el taller de composición del indumento sacerdotal[22], bien sea la ley o la Iglesia, que, como está escrito, *hizo dos vestidos para su varón*[23]: uno es el vestido del obrar y otro el de su manera de pensar, engarzando los hilos de la fe y de los hechos. Por eso, en otro pasaje leemos que guarneció de oro y después de jacinto y púrpura, añadiendo escarlata y lino[24]. De nuevo, en otro lugar, forma primero capullos con jacinto [escarlata] y otros elementos, y entrelaza por debajo oro[25], aunque el vestido sacerdotal es siempre uno, de modo que la variedad de la gracia y de la belleza, brillando con los mismos colores, resplandezca con la diversidad del orden. 12. Por eso, para que también se pueda obtener una exposición de la interpretación alegórica, no cabe duda que las expresiones del Señor, en las que reposa la fe[26], vienen designadas por el oro y la plata refinados. Así está escrito: *Las palabras del Señor son palabras sinceras; plata acrisolada por el fuego, separada de la ganga, siete veces purgada*[27]. Ahora bien, el jacinto tiene la semejanza del aire que aspiramos y del cual tomamos el aliento; la púrpura también representa el agua; por la escarlata se entiende el fuego, y la tierra por el lino, pues éste nace de la tierra. El cuerpo humano está constituido de estos cuatro elementos[28].

22. Cf. Ex 35, 25.
23. Pr 31, 22 ss.
24. Cf. Ex 39, 2-3.
25. Cf. Ex 39, 22-23.
26. Esta interpretación puede venir de ORÍGENES, *In Ex*, 13, 7.
27. Sal 11, 7.
28. Los elementos que componen el cuerpo son: aire, fuego, agua y tierra. No se trata de una invención de Ambrosio, sino que la idea se encuentra ya en los filó-

13. Por consiguiente, tanto si a la fe del espíritu, que va por delante, la agregas la actuación concorde del cuerpo, como si haces preceder los hechos y les asignas la fe como religioso acompañante de los mismos, éste será el ornamento del obispo, aquel otro será el manto del sacerdote[29]. 14. Así pues, es buena la fe cuando brilla con el hermoso adorno de las obras. Acerca de la cual, para concluir, éstas son las definiciones de las que no puede separarse: Si proviene de la nada, no es el Hijo; si es la creatura, no es Creador; si es hechura, no es Autor de todas las cosas; si aprende, no conoce con antelación; si recibe, no es perfecto; si progresa, no es Dios; si es distinto, no es imagen; si es por la gracia, no es por naturaleza; si está privado de la bondad, ¡es autor de la maldad!

Nadie es bueno, excepto Dios

1.15. Me encuentro sorprendido ante los demás argumentos, noble Emperador, y falto de fuerzas de cuerpo y alma. Hay algunos hombres, o mejor no hombres, sino revestidos de figura humana y por dentro de demencia bestial, que después de tan grandes y tan divinos beneficios, niegan que sea bueno el autor mismo de los bienes. 16. Dicen que está escrito: *Nadie es bueno, excepto Dios*[30]. Reconozco que está escrito; no hay error en la letra. ¡Ojalá no lo tuviera tampoco la interpretación arriana! La literalidad

sofos paganos y también en Orígenes.

29. «El uno... el otro, o bien esto... o bien». La división triple y cuádruple, y construcciones semejantes son frecuentes Ambrosio, y a veces las introduce casi por sorpresa. Se trata de nombres, conceptos, apoyos y a veces conclusiones rápidas, que resumen el sentido de su intención, según el discurso.

30. Mc 10, 18. Cf. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, IX, 15.

no es la culpable, sino el significado. Comprendo lo que dice el Señor, nuestro Salvador, pero tengamos en cuenta cuándo lo dice, a quién lo dice y con qué precaución lo dice. 17. Así, el Hijo de Dios habla en su condición de hombre[31] y se dirige a un escriba, o sea, al que había llamado ciertamente maestro bueno[32] al Hijo de Dios, pero le niega como Dios. Lo que él no cree, Cristo lo añade, para que crea que el Hijo de Dios no sólo como maestro bueno, sino también como Dios bueno. Pues, lo mismo que donde se dice que *Dios es uno*[33], y de ningún modo el Hijo de Dios está separado de la plenitud de la unidad, ¿cómo es posible que cuando se dice *solamente Dios es bueno*[34], se excluya de la plenitud de la divina bondad al *Unigénito*[35]? Es necesario, por tanto, que nieguen que el Hijo de Dios es Dios o que reconozcan que es el Dios bueno.

18. Y así, no dijo con circunspección celestial: «Nadie es bueno sino sólo el Padre», sino: *Nadie es bueno, excepto solamente Dios*[36]. En verdad, Padre es el nombre específico del que engendra; pero [la expresión] «solamente Dios» en modo alguno excluye la deidad de la Trinidad y por eso es alabada la naturaleza. La bondad, pues, está en la naturaleza de Dios, y en la naturaleza de Dios está también el Hijo de Dios, y por eso no se dice lo que es propio de la singularidad, sino de la unidad. 19. No se niega la bondad que proviene del Señor, sino que se refuta a un discípulo determinado. Pues, cuando el escriba había dicho: *Maestro bueno*, el Señor respondió: *¿Por qué me llamas bueno?*[37]. Es decir, al que tú crees que no es Dios, no es suficiente que le llames bueno. Yo no busco discípulos, que me crean más

31. Cf. Flp 2, 7.
32. Cf. Mc 10, 17; ATANASIO, *De incarn. contra Ar.*, 7; DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 15.
33. Mc 10, 18.
34. Ibid.
35. Jn 1, 18.
36. Mc 10, 18.
37. Mc 10, 17.18.

un maestro bueno, según la naturaleza humana, que un Dios bueno, según la naturaleza divina.

2.20. Pero yo no deseo que se haga uso de la prerrogativa de su naturaleza y del privilegio de su poder. No le llamemos bueno, si no lo merece. Si no lo merece por las obras, si no lo merece por los favores, renuncie al derecho de su naturaleza y que se someta a nuestro juicio. El que nos ha de juzgar no desdeña ser juzgado, para que sea justificado por sus palabras y venza cuando es juzgado[38]. 21. ¿Acaso no es bueno *quien me proporcionó todos los bienes*[39]? ¿Quizás no es bueno aquel que, cuando seiscientos mil judíos huían de sus perseguidores, dividió de repente el oleaje del mar Rojo, que separó con una mole singular de agua[40], para que el mar circundante protegiera a los fieles y, abatido el mar, sumergiera a los infieles[41]? 22. ¿No es bueno el que hizo del mar un camino sólido para los fugitivos, las piedras se humedecieran para los sedientos, con el fin de que se reconociera la obra del verdadero Autor, cuando el líquido se resecaba y las rocas se humedecían[42]? Para que reconozcas la obra de Cristo, el Apóstol dijo: *Aquella roca era Cristo*[43].

23. ¿Es que no es bueno, el que en el desierto, para que no viniera el hambre, alimentó con el pan del cielo a tantos miles de personas, sin la necesidad de elaborarlo y con el gozo del descanso[44]? Y además obró de tal modo que durante cuarenta años el vestido no se envejeciera, ni el calzado se gastara[45], mostrando así a los fieles la imagen de la futura resurrección; porque no perecerían ni la gloria de los

38. Cf. Sal 50, 6. *Porque aparezca tu justicia cuando hablas y tu victoria cuando juzgas,* dice literalmente la cita.
39. Sal 12, 6.
40. Ex 16, 6.
41. Cf. Ex 14, 21-28.
42. Cf. Ex 17, 1-7.
43. 1 Co 10, 4.
44. Cf. Ex 16, 4-36.
45. Cf. Dt 29, 5.

hechos brillantes, ni el esplendor de la virtud que lo irradia, ni el curso de la vida humana. 24. ¿Acaso no es bueno, quien hizo para nosotros de la tierra el cielo, a fin de que, como en el cielo –igual que un espejo–, los globos de las estrellas luminosas llenan de resplandor todo el orbe, así también los coros de los apóstoles, de los mártires y de los sacerdotes, como estrellas resplandecientes, iluminaran en todo el mundo?

25. Por lo tanto, no solo es bueno, sino también *pastor bueno*, esto es, no sólo es bueno para sí mismo, sino también para sus ovejas. En verdad, *el buen pastor da su vida por las ovejas*[46]. Él dio su vida en realidad para salvar la nuestra. En virtud del poder divino la entregó y la volvió a tomar como está escrito: *Tengo poder para dar mi alma y poder para recuperarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo mismo la entrego voluntariamente*[47]. 26. Ves la bondad, porque expuso su vida espontáneamente; ves el poder, porque la volvió a tomar, y ¿ tú niegas que sea bueno, cuando Él dijo de sí mismo en el Evangelio: *Si yo soy bueno, ¿por qué tu ojo no es bueno?*[48]. ¿Qué haces, desgraciado? ¿Niegas que sea bueno aquel de quien esperas las cosas buenas, por más que creas en Él? Niegas que es bueno quien nos concedió lo *que el ojo no vio, ni el oído oyó*[49]. 27. Me conviene que yo crea que es bueno; pues, *mejor es confiar en el Señor*[50]; me conviene reconocer al Señor, pues está escrito: *Confiad en el Señor, porque es bueno*[51]. 28. Conviene que yo considere como bueno al que ha de ser mi juez. En efecto, *el Señor es un buen juez para la casa de Israel*[52]. Luego, si el Hijo de Dios es juez[53], ciertamente, como Dios

46. Jn 10, 11.
47. Jn 10, 18.
48. Mt 20, 15.
49. 1 Co 2, 9.
50. Sal 117, 8.
51. Sal 117, 1.
52. Is 63, 7.
53. Cf. Jn 5, 22.27; Hch 10, 42.

es un juez bueno, también es juez el Hijo de Dios, y el Dios que es juez bueno, no es otro que el Hijo de Dios.

29. Pero puede que no des crédito a otros, y no creas al Hijo; escucha entonces lo que dice el Padre: *Brotó de mi corazón una palabra buena*[54]. Luego la Palabra es buena; ésta es Palabra de la cual está escrito: *Y la Palabra existía junto en Dios y la Palabra era Dios*[55]. Por tanto, si la Palabra es buena, y el Hijo es la Palabra de Dios, también el Hijo de Dios es Dios bueno, aunque no agrade a los arrianos. ¡Que se avergüencen alguna vez! 30. Los judíos *decían «es bueno»*[56]; aunque algunos decían que *no lo era*, sin embargo otros decían: *Es bueno*[57]; en cambio, ¿todos vosotros negáis que es bueno? 31. Es bueno, sin duda, el que perdona el pecado de una persona, ¿y no es bueno el que *quitó el pecado del mundo*? Respecto de Él se dijo: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*[58].

32. Pero ¿por qué dudamos? La Iglesia ha creído también que era bueno y lo reconoce, al afirmar: *Que me bese con los besos de su boca, porque tus pechos son mejores que el vino*[59]; y en otro lugar: *Tu paladar es como vino generoso*[60]. Así pues, nos alimenta con los buenos pechos de la ley y de la gracia, suavizando las preocupaciones de los hombres con las palabras venidas del cielo, y nosotros negamos que es bueno, siendo *imagen de la Bondad*[61], que manifiesta en sí mismo la efigie de la eterna bondad, como hemos indicado más arriba que está escrito, porque Él es *el espejo sin mancha, y la imagen de su bondad*[62].

54. Sal 44, 1.
55. Jn 1, 1,
56. Jn 7, 12.
57. Jn 7, 12.
58. Jn 1, 29.
59. Ct 1,1.
60. Ct 7, 9.
61. Sb 7, 26.
62. Ibid.

El Hijo de Dios es Dios verdadero y bueno

3.33. Pero ¿qué os parece a vosotros que negáis que el Hijo de Dios sea *Dios verdadero*[63] y bueno, cuando está escrito que *no hay sino un solo Dios? Pues aunque algunos sean llamados dioses*[64], ¿acaso contáis a Cristo entre aquellos, que son llamados dioses y no lo son, mientras que es una peculiaridad suya existir desde siempre y que fuera de Él no hay otro Dios bueno y verdadero, puesto que Dios está en Él, y también es una propiedad peculiar del Padre que no exista otro verdadero Dios después de Él[65], porque *hay un solo Dios*[66], y además no se debe confundir al Padre y al Hijo, como hacen los sabelianos, ni se debe separar al Padre y al Hijo, como hacen los arrianos? Ciertamente, el Padre y el Hijo son distintos en cuanto Padre e Hijo, pero no están separados en cuanto a la divinidad.

El Hijo de Dios es Dios omnipotente

4.34. Así pues, como el Hijo de Dios es verdadero Dios y bueno, también es Dios omnipotente. ¿Acaso esto también puede ponerse en duda? Arriba hemos dicho que habíamos leído que *su nombre es Señor omnipotente*[67]; luego, porque el Hijo es Señor, y Señor omnipotente, así también el Hijo de Dios es omnipotente. 35. Pero ahora pon tu atención en aquel texto del que no puedes dudar: *Mira que viene* –dice– *entre nubes*, y todo *ojo le verá, incluso aquellos que le ofendieron y por él harán duelo todas las tribus de la tierra. Sí, amén; Yo soy alfa y omega, dice el Señor Dios, el que*

63. Jn 17, 3; 1 Jn 5, 20.
64. 1 Co 8, 4-5.
65. Cf. Is 43, 10.
66. 1 Co 8, 6
67. Am 5, 27.

es, el que era y el que va a venir, el Todopoderoso[68]. Mas ¿a quién ofendieron y a quién esperamos que vendrá, sino al Hijo de Dios? Luego, el Dios y Señor omnipotente es Cristo. 36. Ten en cuenta otra cosa, noble Emperador, y atiende a Cristo que afirma: *Esto dice el Señor omnipotente: después de la honra me envió sobre las gentes que os saquearon, porque el que os toca, es como el que toca la pupila de su ojo. Porque he aquí que yo pongo mi mano sobre los que os saquearon, y os liberaré, y vendrán a ser botín los que os asolaron, y sabrán que el Señor omnipotente me envió*[69]. Así pues, el que habla es el Señor omnipotente, y el que envió es Señor omnipotente. Por tanto, la omnipotencia es propia del Padre y del Hijo, pero el Dios omnipotente es uno, porque la unidad es característica de la potestad.

37. Además, augusto Emperador, para que sepas que fue Cristo quien habló en la profecía y en el Evangelio, y como preanunciando el Evangelio, Él mismo también dice mediante Isaías: *Yo soy el que decía, aquí estoy*[70]; es decir, *estoy* en el Evangelio yo, *que hablaba*[71] en la ley. 38. Y añade en otra parte: *Todas las cosas que tiene el Padre son mías*[72]. ¿Qué se entiende por *todas*? No habló ciertamente de las cosas creadas, ya que éstas han sido hechas por el Hijo[73], sino de aquellas que el Padre posee, o sea: la eternidad, la majestad y la divinidad, que las posee por el nacimiento. Así pues, no podemos dudar en absoluto de que es omnipotente el que posee todo lo que el Padre tiene, porque está escrito: *Todas las cosas que tiene el Padre son mías*[74].

5.39. Y no temo que, aunque haya sido escrito acerca de Dios que es *bienaventurado y poderoso*[75], el Hijo de Dios

68. Ap 1, 7-8.
69. Za 2, 8-9.
70. Is 52, 6.
71. Ibid.
72. Jn 16, 15.
73. Cf. Jn 1, 3.
74. Jn 16, 15.
75. 1 Tm 6, 15.

tenga que ser separado de Dios porque la sagrada Escritura haya dicho que sólo Dios es poderoso; no ha dicho que sólo el Padre lo es, pues el mismo Dios Padre había afirmado sobre Cristo por medio del profeta: *Lo puse como ayuda sobre el poderoso*[76]. Por tanto, no sólo el Padre es poderoso, sino que también el Hijo de Dios es poderoso. En efecto, el Hijo también es alabado en el Padre.

40. ¡Ciertamente alguien podría demostrar qué es lo que el Hijo de Dios no puede hacer![77]. ¿Quién fue su ayudante cuando hacía el cielo? ¿Quién su ayudante cuando asentaba el mundo[78]? ¿Es posible que quien no tuvo necesidad de ayuda en la creación de los ángeles y las dominaciones[79], tuviera necesidad de alguien para liberar al hombre? 41. Dicen [los arrianos]: «Está escrito: *Padre, si es posible aleja de mí este cáliz*[80]. Y por esto, si es omnipotente ¿cómo duda acerca de su posibilidad?». Pero, puesto que he probado que es omnipotente, no se puede dudar respecto a la posibilidad. 42. «Son –dice [Arrio]– palabras de Cristo». Dices bien. Sin embargo, ten en cuenta cuándo y cómo las dice[81]. Asumió la condición humana y asumió también los sentimientos humanos. Y un poco más arriba tienes que *adelantándose un poco cayó rostro en tierra, orando y diciendo*: *Padre, si es posible*[82]. No habla como Dios, sino como hombre. ¿Podía ignorar Dios que algo fuera posible o imposible? ¿Hay algo imposible para Dios, cuando está escrito: *Ciertamente nada hay imposible para ti?*[83].

43. ¿De quién, pues, duda? ¿De sí mismo o del Padre? En verdad de aquel que dice «aleja», y duda con el estado

76. Sal 88, 20.
77. Pareece una ironía de nuestro Autor.
78. Cf, Jb 38, 4.
79. Cf. Col 1, 16.
80. Mc 14, 36.
81. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 54; HILARIO, *De Trinit.*, X, 9.30.37-38.
82. Mt 26, 39; Lc 22, 42.
83. Jb 10, 13; 42, 2.

de ánimo de un hombre. Por tanto, el profeta no piensa que haya algo imposible para Dios; el profeta no duda, ¿y tú crees que el Hijo duda? ¿Pones a Dios por debajo de los hombres al pensar que Dios duda acerca del Padre y se horroriza de la muerte? Luego Cristo siente temor, y ¡cuando Pedro no teme, Cristo teme! Pedro dice: *Yo daré la vida por ti*[84], y Cristo afirma: *Mi alma está turbada*[85]. 44. ¡Ambas cosas son verdaderas y llenas de razón, porque el que es inferior no teme; y que es superior muestra sentimientos de temor! Aquél, como hombre, desconoce la fuerza de la muerte, éste, como Dios, pero constituido corporalmente, muestra la fragilidad de la carne, para que la impiedad de aquellos que reniegan de la encarnación fuera excluida. Esto es lo que se ha dicho, pero Mani no creyó, Valentín lo negó y Marción lo consideró un fantasma. 45. Hasta tal grado era igual al hombre en sus sentimientos, que lo manifestaba con la realidad del cuerpo, y llegó a decir: *Pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú*[86], ya que es propio de Cristo querer lo que el Padre quiere e igualmente hacer lo que el Padre hace.

46. En este punto enmudece aquella cuestión vuestra que soléis formular, respecto a que el Señor dijo: *No sea como yo quiero, sino como quieres tú*[87]; y en otro lugar: *Para esto he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*[88].

6.47. Así pues –a la vez que interrumpimos brevemente la exposición completa de por qué dijo: *Si es posible*[89]–, demostraremos entre tanto que el Señor tuvo una voluntad libre. Hasta tal grado de impiedad habéis llegado que negáis que el Hijo de Dios tenga libre voluntad, pero además acostumbráis a negarle y a tener en menos incluso al Espí-

84. Jn 13, 37.
85. Jn 12, 27.
86. Mt 26, 39.
87. Ibid.
88. Jn, 6, 38.
89. Mt 26, 39.

ritu Santo, y no podéis negar que fue escrito: *El Espíritu sopla donde quiere*[90]. [La Escritura] dice: *Donde quiere*, no «donde se le ordena». Luego si el Espíritu sopla donde quiere, ¿cómo es posible que el Hijo no haga lo que quiere? Y ciertamente, el mismo Hijo de Dios dice en su Evangelio que el Espíritu tiene la facultad de inspirar donde quiere. ¿Acaso le confiesa superior [a sí mismo], porque al Espíritu le es legítimo, lo que a Él no le está permitido?

48. El Apóstol también dice que *todas estas cosas las hace un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular, como quiere*[91]. *Dice como quiere*; esto es, según su voluntad, no conforme a al acatamiento de una necesidad. El Espíritu distribuye no las cosas mediocres, sino las cosas que Dios acostumbra a realizar: la gracia *de las curaciones* y la capacidad *de hacer milagros*[92]. Por tanto, ¿el Espíritu distribuye *como quiere*[93], mientras que el Hijo de Dios no libera a quien quiere? Pero escucha también, cómo Él mismo hace lo que quiere. Así Dijo: *Lo he querido, Señor, para hacer tu voluntad*[94]; y en otro lugar: *Voluntariamente te ofreceré sacrificios*[95].

49. El santo apóstol Pedro supo que Jesús tenía en sí el poder de hacer lo que quería, y al verlo andar sobre las aguas le dijo: *Señor, si eres tú, mándame ir junto a ti sobre el agua*[96]. Pedro creyó que si Cristo lo ordenaba, la ley de la naturaleza podía ser cambiada, para someter las olas a los pasos humanos, y que pudiera darse la concordia de las cosas discordantes de la naturaleza. Pedro pide que Cristo ordene, no que Cristo ruegue; Cristo no rogó, sino ordenó y fue hecho[97]. ¿Y Arrio contradice?

90. Jn 3, 8.
91. 1 Co 12 , 11.
92. 1 Co 12, 9-10.
93. 1 Co 12, 11.
94. Sal 39, 9.
95. Sal 53 , 8.
96. Mt 14, 28.
97. Cf. Sal 32, 9; 148, 5.

50. ¿Qué significa el que el Padre quiera y el Hijo no? ¿O que el Hijo quiera y el Padre no quiera? El Padre vivifica a los que quiere, y *el Hijo también vivifica a los que quiere*[98], como está escrito. [Arrio,] di ahora a quiénes el Hijo hubiera dado la vida y a los que el Padre no querría vivificar. Ahora bien, como el Hijo resucita a los que quiere y la acción es única, verás que no sólo el Hijo hace la voluntad del Padre, sino que también el Padre hace la voluntad del Hijo. ¿Cómo puede tener lugar la acción de vivificar si no es por medio de la pasión del Hijo? En cambio la pasión de Cristo es voluntad del Padre. Por tanto, el Hijo vivifica a los que vivifica por la voluntad del Padre. Luego, existe una sola voluntad. 51. Pero ¿cuál es la voluntad del Padre, sino que Jesús viniera a este mundo y nos purificara de los pecados[99]? Escucha al leproso que dice: *Señor, si quieres puedes limpiarme*[100]. Responde Cristo: *Quiero*, y al momento tuvo lugar la curación. ¿Ves cómo el Hijo es dueño de su voluntad y la voluntad del Hijo es la misma que la del Padre? De modo que, cuando dijo: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[101], no hay duda que nada se excluye, ya que la misma voluntad que tiene el Padre es la que tiene también el Hijo.

7.52. Por tanto, donde hay una única acción hay una sola voluntad; en efecto, a la actuación de la voluntad en Dios sigue la consecuencia de su obrar. No obstante, una es la voluntad del hombre y otra la de Dios. En fin, para que comprendas que la vida está en la voluntad del hombre, porque tememos la muerte, sin embargo, la pasión de Cristo está en la voluntad divina, para que sufriera a favor nuestro. Así, cuando Pedro quiso apartar al Señor de la pasión, le dijo: *No comprendes las cosas que son de Dios, sino las*

98. Jn 5, 21.
99. Cf. 1 Tm 1, 15.
100. Mt 8, 2.
101. Jn 16, 15.

de los hombres[102]. 53. Asumió, por tanto, mi propia voluntad, mi propia tristeza. Con toda confianza nombro la tristeza, porque me estoy refiriendo a la cruz. Mía es la voluntad que dijo suya, porque en cuanto hombre asumió mi tristeza, y en cuanto hombre habló y por eso dijo: *Pero no sea como yo quiero sino como quieres tú*[103]. Mía es la tristeza que Él recibió con mi propio sentimiento, pues nadie que está a punto de morir salta de alegría. Padece angustia por mí, está triste por mí y sufre por mí[104]. Por tanto, sufrió por mí y en mí el que por sí mismo no tuvo nada de qué dolerse.

54. Sufres, pues, Señor Jesús, no por tus propias heridas, sino por las mías, no sufres tu muerte, sino nuestra debilidad, como dice el profeta: *Sufre por nosotros. Y nosotros,* Señor, *hemos pensado que estabas con dolores*[105], cuando tú no te dolías por ti, sino por mí. 55. ¿Y qué hay de sorprendente si sufrió por todos, quien lloró por uno? ¿Qué hay de extraño, si el que va a morir por todos nosotros siente angustia[106], si a punto de resucitar a Lázaro se deshace en lágrimas[107]? En verdad, incluso allí se conmueve por las lágrimas de la piadosa hermana[108], pues actuaba con profundo afecto[109], y [el Señor] actuó con un gran afecto, pues lo mismo que apartó la muerte de su propia muerte[110], sus golpes curaron heridas[111], de manera que su tristeza borró la nuestra. 56. Como hombre duda, y como hombre siente turbación. No se turba en su poder, no se turba su divinidad, sino que se turba su *espíritu*[112]; se turba conforme a la asun-

102. Mt 16, 23. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 57; HILARIO, *De Trinit.*, XI, 37ss.
103. Mt 26, 39.
104. Cf. AMBROSIO, *Exp. Ev. Luc.*, X, 56-57.
105. Is 53, 4.
106. Cf. Mc 14, 33.
107. Cf. Jn 11, 35.
108. Cf. Jn 11, 33.
109. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, I, 462.
110. Cf. 1 Co 15, 54-56.
111. Cf. Is 53, 5; 1 P 2, 24.
112. Jn 12, 17.

ción de la fragilidad humana. Y así, porque asumió un alma, también [asumió] las pasiones del alma. En efecto, puesto que era Dios, no podía turbarse o morir. Y así dice: *Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*[113]. Habla como hombre tomando consigo mis temores, porque cuando nos encontramos ante los peligros, pensamos que nosotros estamos abandonados por Dios. Como hombre se turba, como hombre llora y como hombre es crucificado. 57. De este modo, también el apóstol Pablo afirmó: Porque crucificaron la carne de Cristo[114]. Y en otro lugar el apóstol Pedro dice: *Ya que Cristo ha padecido según la carne*[115]. La carne, pues, ha padecido; en cambio, la divinidad esta libre de la muerte[116]. El cuerpo cedió a la pasión por la ley de la naturaleza humana. ¿Acaso la divinidad puede morir cuando el alma no puede morir? *Y no temáis* –dice– *a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma*[117]. Si pues el alma no puede morir, ¿cómo puede la divinidad?

El Hijo de Dios es señor de la majestad

58. Pero las palabras que se han leído: El Señor de la majestad ha sido crucificado[118], no pensemos que [tienen el sentido de que] ha sido crucificado en su majestad, sino que, puesto que Él mismo es Dios y hombre –Dios por la naturaleza divina y por la asunción de la carne, Jesucristo–, se dice que el Señor de la majestad fue crucificado, porque participa de la una y la otra naturaleza, esto es: de la humana y de la divina; y en la naturaleza de hombre soportó la pa-

113. Mt 27, 46; Sal 21, 1.
114. Cf. 1 Co 2, 8; 2 Co 13, 4.
115. 1 P 4, 1.
116. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 34.
117. Mt 10 , 28.
118. Cf. 1 Co 2, 8.

sión, de modo que indistintamente se pueda decir también «que el Señor de la majestad» es el que ha padecido, y como está escrito, *el Hijo del hombre, el que descendió del cielo*[119].

8.59. Así pues, por causa de la naturaleza humana tuvo dudas, angustias y resucitó; en efecto, resurgió lo que había caído. A causa de la naturaleza del hombre dice también aquello por lo que acostumbran a calumniarle, pues había dicho: *Voy al Padre, porque el Padre es más grande que yo*[120]. Pero, también se dice en otra parte: *Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y me voy al Padre*[121]. 60. ¿Cómo «va» sino por la muerte, y «viene» sino por la resurrección? Finalmente añadió, para señalar que Él había hablado de la encarnación: Y por lo tanto *os lo digo a vosotros, antes de que suceda, para que cuando tenga lugar creáis*[122]. Ciertamente hablaba de la pasión de su cuerpo y de la resurrección, por la cual comenzaron a creer los que antes dudaban. Pues, Dios, que siempre está en todas partes, no va de un sitio a otro. Como hombre que es, se traslada, y es el mismo que el que viene. En fin, dice en otro lugar: *Levantaos, vamos de aquí*[123]. Así pues, va y viene en lo que tiene de común con nosotros.

61. ¿Pero cómo puede ser Dios menor, si Dios es perfecto y pleno? En cambio, ¡es menor en cuanto a su naturaleza de hombre! ¿Y te admiras, si como persona humana, dijo que el Padre era mayor, quien como persona humana, dijo que era un gusano, no un hombre[124]? En efecto, dijo: *Yo, por el contrario, soy un gusano, no un hombre*[125]. Y en

119. Jn 3, 13.
120. Jn 14, 28. Cf. ATANASIO, *De incarn et contra Ar.*, 4; HILARIO, *De Trinit.*, IX, 53-57; etc.
121. Jn 16, 28. Faller no trae este pasaje, sino los Maurinos. Lo hemos mantenido porque parece que el texto hace referencia a él
122. Jn 14, 29.
123. Jn 14, 31.
124. Cf. *De fide*, V, 8, 108ss.
125. Sal 21, 7.

otro pasaje: *Era llevado como un cordero al degüello*[126]. 62. Si dices que era menor en eso, no lo puedo negar. Pero, para hacer uso de la palabra de la Escritura[127], no ha nacido menor, sino aminorado; esto es, fue hecho menor. Ahora bien, fue hecho menor, sino porque *siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo*[128]; de esta manera no perdió, en absoluto, lo que era, sino que asumió lo que no era, pues tomó *la forma de esclavo*[129]. 63. Finalmente, para que supiéramos que se había abajado por la asunción del cuerpo, David indicó que profetizaba acerca del hombre, diciendo: *¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes; el Hijo del hombre para que de él te cuides? Le has hecho poco inferior a los ángeles*[130]. Esto mismo interpretó el Apóstol, y dijo: *Y a quien fue hecho poco inferior a los ángeles, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor, por haber padecido la muerte, de tal modo que, alejado de Dios, gustó la muerte para bien de todos*[131]. 64. Por tanto, el Hijo de Dios no sólo fue hecho inferior respecto al Padre, sino también respeto a los ángeles. Pero si analizas esto, ¿ acaso crees tú que el Hijo es inferior en su naturaleza divina a los ángeles, que son sus siervos y sus ministros[132]? Así, al pretender afirmar que el Hijo de Dios es inferior a los ángeles, incurrís en impiedad, ya que anteponéis la naturaleza de los ángeles al Hijo de Dios. Pero, *no está el siervo por encima de su señor*[133]. En fin, incluso los ángeles le servían constituido en carne mortal, para que reconozcas que Él, a pesar de la naturaleza humana, en nada ha sido hecho inferior. Ciertamente Dios no pudo sufrir menoscabo en sí mismo, puesto que por lo que recibió

126. Is 53, 7.
127. Cf. Sal 8, 6; Hb 2, 9.
128. Flp 2, 6-7.
129. Ibid.
130. Sal 8, 5-6.
131. Hb 2, 9.
132. Mt 4, 11.
133. Mt 10, 24.

de la Virgen no se produjo en Él, ni aumento ni disminución de su poder divino.

65. Así pues, no es inferior según la naturaleza divina quien tiene la plenitud de la divinidad y de la gloria[134]. El ser mayor o menor es algo que suele apreciarse según los aspectos corporales: mayor en estatura, o por la corpulencia, o por la edad. Pero estos términos sobran, cuando se habla de cosas divinas. Vulgarmente suele llamarse mayor a quien educa a alguien y le instruye; pero en la sabiduría divina no cabe que sea formada por las enseñanzas de otra persona, pues ella misma constituye la fuente de todos los conocimientos. ¡Qué acertadamente lo expresó el Apóstol: *De tal modo que separado de Dios gustara la muerte en bien de todos*[135], para que no pensáramos que aquella pasión fue de la divinidad, y no de la carne!

66. Por lo tanto, si no han hallado cómo poder probar que el Padre es mayor, no calumnien con las palabras, sino que busquen una explicación de las mismas. Por tanto, yo les pregunto de qué modo creen que [el Padre] es mayor; si piensan que es mayor porque es Padre; pero aquí no se tiene en consideración la edad, ni el tiempo, ni la ancianidad del Padre, ni la niñez del Hijo; estas cualidades suelen hacer mayor al «padre». Por lo demás, «padre» e «hijo» son nombres de quien engendra y de quien ha nacido, que no parecen separar sino unir. En verdad, la piedad [filial] no va en detrimento de la naturaleza, ya que la afinidad no desune, concilia a los hombres entre sí. 67. Por lo tanto, si no pueden aducir ninguna cuestión acerca de la naturaleza, al menos que den crédito a los testimonios. Finalmente, que el Hijo no es inferior por ser Hijo, lo afirma el evangelista, quien afirma que, por ser Hijo, es igual al Padre, cuan-

134. Cf. *De fide*, I, 8, 55; II, 8, 73; IV, 11, 146.

135. Hb 2, 9.

do dice: *Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios*[136]. 68. No dicen esto los judíos, sino que es el evangelista quien lo atestigua, que *se hacía igual a Dios*, afirmando que Él era el mismo Hijo de Dios. Ciertamente, no fue puesto en boca de los judíos la expresión «por tanto queríamos matarle», sino que es el evangelista quien dice por su cuenta: *Por tanto, los judíos querían matarle.* Y explicó la causa por la que los judíos se habían movido a pedir su muerte: porque derogaba el sábado, como si fuera Dios, y también porque reclamaba para sí a Dios como su verdadero padre. De esta forma, no sólo se apropiaba de la divina majestad para quebrantar el sábado, sino que en nombre del propio Padre, se arrogaba para sí el derecho de la igualdad eterna.

69. El Hijo de Dios les respondió de modo acertadísimo, de manera que se demostrara que Él era Hijo de Dios, e igual [a Dios]; así dijo: *Cualquier cosa que hiciera el Padre, eso mismo también lo hace el Hijo del mismo modo*[137]. Así pues, el Hijo afirma y demuestra que es igual al Padre. Buena es la igualdad que excluye la diferencia de la divinidad y designa al Padre con el Hijo, de modo que éste sea igual al Padre. No se trata, pues, de una igualdad diferente ni exclusiva, porque nadie se dice igual consigo mismo. Por eso el evangelista interpretó que decir que Él era el verdadero Hijo de Dios, era lo mismo que hacerse *igual a Dios*[138].

70. Siguiendo este pensamiento, el Apóstol dijo: *No retuvo como una presa el ser igual a Dios*[139]. Ciertamente, una persona intenta robar lo que no posee. Así pues, como no consideraba robo la igualdad con el Padre, Él la poseía ya

136. Jn 5, 18.
137. Jn 5, 19.
138. Flp 2, 7.
139. Flp 2, 6.

en su propia sustancia como Dios y Señor. De ahí que añadiera: *Tomó la condición de siervo*[140]. En realidad, ser siervo es contrario a ser igual. Por tanto, es igual en cuanto a la forma de Dios, e inferior en cuanto se hace hombre y sufre la pasión como un hombre. Mas, ¿cómo la misma naturaleza podía ser inferior e igual? ¿En qué sentido lo que es inferior puede realizar las mismas cosas y del mismo modo que las hace el Padre? ¿Acaso puede ser idéntico el modo de obrar de dos fuerzas que son distintas? ¿El inferior puede obrar del mismo modo que el superior? ¿Puede existir un solo modo de actuar donde la sustancia es diversa?

71. Por tanto, admite [tú, arriano] que no se puede decir que Cristo sea inferior en cuanto a la divinidad. Él mismo dice a Abrahán: *Por mí mismo juré*[141]. Ahora bien, el Apóstol manifiesta que aquél que jura por sí mismo, no puede ser inferior. Dice así [Pablo]: *Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a otro superior por quien jurar, juró por sí mismo diciendo: «Te bendeciré con mis bendiciones y te multiplicaré con mi multiplicación»*[142]. Luego Cristo no tuvo otro superior y así juró por sí mismo. Además añadió perfectamente: *Pues los hombres juran por uno superior*[143], porque los hombres tienen a alguien superior, pero Dios no lo tiene.

72. Y, si [los arrianos] piensan que lo dicho puede referirse al Padre, lo demás no guarda coherencia. En efecto, ni el Padre fue contemplado por Abrahán, ni lavó los pies a Dios Padre[144], excepto aquel en que estaba la figura del hombre futuro. En fin, el Hijo de Dios dice: *Abrahán vio mi día y se regocijo*[145]. Por tanto, Abrahán vio al mismo que juró por sí mismo. 73. Y en verdad ¿cómo puede haber al-

140. Flp 2, 7.
141. Gn 22,16.
142. Hb 6, 13-14.
143. Hb 6, 16.
144. Cf. Gn 18, 1-8.
145. Jn 8, 56.

guien superior que por la naturaleza divina sea uno con el Padre[146]?. Ciertamente, lo que constituye una sola cosa no es desigual, mientras que entre el superior y el inferior existe una diferencia. Acerca del Padre y del Hijo nos instruye la presente enseñanza, porque ni el Padre tiene a nadie inferior ni el Hijo de Dios uno superior a sí mismo, dado que entre el Padre y el Hijo no hay ninguna diferencia de naturaleza divina, sino una sola majestad.

9.74. No temo, en verdad, aquello que [los arrianos] suelen objetar respecto a que el Hijo es inferior, porque fue enviado[147]. En efecto, si se enseña que no es inferior y que le corresponde igualdad de honor, puesto que *todos honran al Hijo lo mismo que al Padre*[148], queda claro que [el Hijo] no es inferior por el hecho de que haya sido enviado.

75. No repares, por tanto, en las deficiencias de la expresión humana, sino ¡intuye la claridad[149] de las palabras, cree en las obras! Ten en cuenta que nuestro Señor Jesucristo dijo en Isaías que había sido enviado por el Espíritu Santo[150]. Así pues, ¿acaso el Hijo es inferior por ser enviado por el Espíritu? También tienes escrito que el Hijo dice que fue enviado por el Padre y su Espíritu: *Yo soy* –dice– *el primero, y yo existo por siempre; mi mano fundamentó la tierra y mi diestra asentó los cielos*[151]; y más abajo: *Yo mismo le he hablado, le he llamado y le he hecho que venga y triunfe en todas sus empresas. Acercaos a mí y escuchad esto. No he hablado desde el comienzo en secreto. Cuando sucedió eso, allí estaba yo. Y ahora el Señor y su Espíritu me han enviado*[152]. Así pues, *el que hizo el cielo y la tierra*[153], ése mismo dice que fue enviado por el Señor y su Espíritu. Veis,

146. Cf. Jn 10, 30.
147. Cf. *De fide*, V, 7, 94-99.
148. Jn 5, 23.
149. Faller: *caritatem*, caridad, amor.
150. Cf. Is 48, 16.
151. Is 48, 12-13.
152. Is 48, 15-16.
153. Sal 123, 8.

pues, [arrianos,] lo que es la sencillez del lenguaje, no la afrenta de la misión. Él fue enviado por el Padre y también fue enviado por el Espíritu. 76. Y para que sepas que no hay ninguna diferencia en la majestad, incluso el Hijo envió al Espíritu, como Él mismo dijo: *Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de parte de mi Padre, el Espíritu de la verdad, que procede de mi Padre*[154]. Este mismo Paráclito también fue enviado por el Padre, como lo indicó anteriormente, cuando dijo: *Pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre*[155]. Observa la unidad, porque a quien Dios Padre envía, lo envía también el Hijo, y a quien envía el Padre lo envía igualmente el Espíritu. O si no quieren [los arrianos] que el Hijo sea enviado, porque leemos que el Hijo está a la diestra del Padre[156], ellos atribuirán al Padre lo que rechazan en el Hijo, a no ser que quizá inventen otro Padre u otro Hijo para ellos.

77. Acállense, pues, las cuestiones fútiles sobre las palabras, porque el Reino de Dios, como está escrito, no está en el convencimiento de la palabra, sino en la manifestación de la potestad[157]. Mantengamos la distinción entre la naturaleza divina y la humana. Sólo uno, el Hijo de Dios, habla en ambas, pues en la misma Persona existen las dos naturalezas; y aunque habla el mismo, no siempre habla del mismo modo. Debes tener en cuenta [arriano] en Él unas veces la gloria de Dios, otras las pasiones del hombre. Expresa las cosas que son divinas, como Dios, porque es la Palabra; expresa las cosas que son humanas, como hombre, porque hablaba según nuestra naturaleza.

78. *Éste es el pan vivo bajado del cielo*[158]. Aquí el pan es la carne, como Él mismo dijo: *Este pan, que yo daré, es*

154. Jn 15, 26.
155. Jn 14, 26.
156. Cf. Ex 15, 6; Sal 117, 16.
157. Cf. 1 Co 2, 4.
158. Jn 6, 50-51.

mi carne[159]. Éste es el que descendió [del cielo]; éste es *a quien el Padre santificó y envió a este mundo*[160]. Y ¿no es la literalidad misma [de la Escritura] la que nos enseña que la divinidad no necesitó de santificación, sino la carne? Y así, el mismo Señor dijo: *Yo me santifico a mí mismo por ellos*[161]; para que comprendas que se santifica en la carne por nosotros, y además santifica por la divinidad[162].

79. Éste es el mismo a quien el Padre envió, pero *nacido de mujer, nacido bajo la ley*[163], como afirmó el Apóstol. Éste es quien dijo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los pobres*[164]. Éste es el que dice: *Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir su voluntad, sabrá si mi doctrina es de Dios o hablo por mi cuenta*[165]. Por tanto, una es la doctrina de Dios, otra la de los hombres. Así pues, cuando los judíos, que buscaban su enseñanza según la carne, preguntan: *¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado?, Jesús respondió y dijo: «Mi doctrina no es mía»*[166]. En efecto, como enseñaba sin conocimiento de letras, parecía enseñar no como hombre, sino más bien como Dios, quien no había estudiado doctrina [alguna], sino que la encontró[167]. 80. En verdad, *encontró todos los caminos de la ciencia*[168], como antes se ha leído[169]. Y también se ha dicho del Hijo de Dios: *Éste es nuestro Dios y ningún otro es comparable a Él; encontró todos los caminos de la ciencia. Después apareció Él en la tierra y convivió entre los hombres*[170]. ¿Cómo no va a tener,

159. Jn 6, 52.
160. Jn 10, 36.
161. Jn 17, 19.
162. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 46.
163. Gl 4, 4.
164. Lc 4, 18; Is 61, 1.
165. Jn 7, 16-17.
166. Jn 7, 15-16.
167. Como sinónimo de posesión.
168. Ba 3, 37. *Disciplina* con el sentido de ciencia , saber.
169. Cf. *De fide*, I, 3, 28.
170. Ba 3, 36-38.

pues, toda la ciencia en virtud de su divinidad, quien *encontró todos los caminos de la ciencia*, antes de aparecer en la tierra? ¿Cómo puede ser inferior aquel de quien se ha dicho: *Ningún otro es comparable a Él*? En verdad, se llama incomparable al que no tiene parangón con nadie; ahora bien, es tan incomparable, que no puede ser antepuesto al Padre. Porque si [los arrianos] piensan que esto se refiere al Padre, no se librarán de la impiedad de Sabelio, puesto que atribuirán al Padre la asunción de la carne humana.

81. Analicemos las palabras que siguen: *El que habla por su cuenta* –dice [la Escritura]–, *busca su propia gloria*[171]. Observa la unidad que caracteriza al Padre y al Hijo. El que habla tiene que existir, pero lo que dice no puede proceder de sí mismo, pues en Él todo procede por naturaleza del Padre. 82. ¿Qué significa: *busca su propia gloria?* Es decir, no una gloria separada de la del Padre; pues, ciertamente, también el Verbo, que es Dios, tiene su gloria. Por eso dice: *Para que contemplen mi gloria*[172]. Pero aquella gloria del Verbo es la misma gloria del Padre, como está escrito: *El Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre*[173]. Así pues, el Hijo de Dios tiene su propia gloria por su condición divina, de suerte que es una misma la gloria del Padre y la del Hijo. No es inferior en el esplendor, porque una sola es la gloria; y no es inferior en la divinidad, porque en Cristo reside *la plenitud de la divinidad*[174].

83. «¿Y por qué –pregunta [el arriano]– está escrito: *Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo?*[175]. Quien dice eso, tiene necesitad de ser glorificado». ¿No has tenido vista nada más que hasta aquí, y no has leído lo que falta? En efecto, sigue: *Para que tu Hijo te glorifique*[176]. ¿Acaso tam-

171. Jn 7, 18.
172. Jn 17, 24.
173. Flp 2, 11.
174. Col 2, 9.
175. Jn 17, 1.
176. Ibid.

bién el Padre tiene necesidad de ser glorificado por el Hijo?[177].

10.84. Del mismo modo [los arrianos] suelen presentar la obediencia del Hijo como un obstáculo, porque está escrito: *Y en apariencia fue hallado como un hombre, y se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte*[178]. [El apóstol] puso por delante *hombre* y después dijo *hasta la muerte,* para que entendiéramos que la obediencia hasta la muerte no había sido propia de la divinidad, sino de la encarnación, en la cual tomó nuestras obligaciones y nuestros nombres. 85. Hemos aprendido, pues, que uno solo es el poder de la Trinidad, como también nos ha manifestado en la pasión misma. En efecto, El Hijo sufre mediante el misterio de su cuerpo; el Espíritu Santo se infunde en los apóstoles[179] y el Espíritu se confía en las manos del Padre[180]; también Dios Padre es señalado con gran voz. Hemos aprendido que la imagen del Padre y del Hijo es una, la semejanza es una, la santificación es una, y una es la santificación. Hemos comprendido que una sola es la operación, una sola la gloria, y también es una la naturaleza divina.

86. Por tanto, hay un solo y único Dios, como está escrito: *Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás*[181]. Un solo Dios; no que el Padre y el Hijo sean el mismo, como afirma el impío Sabelio, sino que la naturaleza divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es una sola. Y donde hay una sola divinidad, también hay una sola voluntad y una sola doctrina. 87. En fin, para que sepas que existe el Padre y que existe el Hijo y que una sola es la obra del Padre y del Hijo, escucha al Apóstol que dijo: *Que Dios mismo, nuestro Padre y nuestro Señor Jesús, dirija nuestro camino*

177. Cf. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, III, 12.
178. Flp 2, 7-8.
179. Cf. Jn 20, 23.
180. Cf. Lc 23, 46.
181. Dt 6. 13 ; Mt 4, 10.

hasta vosotros[182]. Habla el Padre y habla el Hijo, pero existe unidad de dirección, porque hay unidad de poder. Y así [se dice] en otro lugar: *El mismo Señor nuestro Jesucristo, y Dios nuestro Padre, que nos ha amado y que nos ha dado gratuitamente una consolación eterna y una esperanza dichosa en la gracia, consuele vuestros corazones y los afiance*[183]. ¡Cuán grande es esta unidad que manifiesta [el Apóstol], para que haya unidad de consolación, no pluralidad! Guarde, pues, silencio la perfidia, o si no es vencida por la razón, que sea doblegada por la bondad moral[184]. 88. Consideremos cuán honestamente ha obrado el Señor, que nos ha enseñado a nosotros no sólo la fe, sino también el modo de vivir. Así, constituido en forma de hombre, vivía sometido a José y a María[185]. ¿Acaso también fue inferior a los hombres porque se sometió? Una cosa es la piedad y otra el poder; ahora bien, no la piedad prejuzga al poder. Por eso puedes leer que estuvo sometido al Padre[186], es decir, en cuanto al cuerpo, con el que también estuvo sometido a una madre.

11.89. Obremos nosotros también honestamente, convenzamos a aquellos [arrianos] de lo que les conviene: supliquemos e *imploremos ante el Señor que nos hizo*[187]. No queremos vencer, sino sanar; no obramos mediante trampas, sino que amonestamos religiosamente. Muchas veces la bondad doblega a los que ni la virtud ni la razón han podido dominar. En fin, el Señor curó con aceite y vino al hombre que descendiendo desde Jerusalén cayó en poder de los ladrones[188], al que no habían curado con los más fuertes medicamentos de la ley ni con el rigor profético. 90. Que acudan a Él todos los que deseen ser curados[189], que acepten la

182. 1 Ts 3, 11.
183. 2 Ts 2, 16-17.
184. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 11.
185. Cf. Lc 2, 51.
186. Cf. 1 Co 15, 28.
187. Sal 94, 6.
188. Cf. Lc 10, 30-35.
189. Cf. Mt 11, 28.

medicina que nos trajo de parte del Padre preparada en el cielo con extractos inmortales. Esta medicina no nace de la tierra; toda la naturaleza es desconocedora de este preparado. Así, por disposición divina, asumió esta carne para manifestar que la ley de la carne estaba sujeta a la ley de razón[190]. Asumió la carne para vencer como hombre, quien instruía a los hombres.

91. ¿Qué me hubiera aprovechado, si, ejercitando su poder, me hubiera mostrado solamente su inviolable divinidad? O bien, ¿para qué habría recibido la carne, si no para que quedara patente que Él era tentado en virtud de una naturaleza débil como la nuestra? Debió ser tentado y padecer conmigo[191], para que yo supiera cómo vencer cuando soy tentado y escaparme cuando padezco junto con él. Venció mediante la continencia, venció por el desprecio de las riquezas, venció por la fe, aplastó la ambición, ahuyentó la intemperancia y apartó el placer. 92. Pedro conoció este medicamento y abandonó sus redes[192]; es decir, los instrumentos de ganancia y subsistencia, renunciando a la concupiscencia de la carne, como a una nave rota, en la que, cual desecho, se introducen cualesquiera de las muchas pasiones. Gran medicamento, pues, que no sólo borró la cicatriz de la antigua herida, sino que también cortó la causa de la pasión. ¡Oh fe, más rica que todos los tesoros! ¡Oh medicina, la más excelente para nuestras heridas y pecados!

93. Consideremos que a nosotros nos es útil creer rectamente. En efecto, a mí me es útil saber que Cristo asumió en mi favor mis propias enfermedades[193] y soportó los sufrimientos de mi cuerpo[194]; para mí, es decir, para todos los hombres, se hizo pecado[195]; por mí fue hecho maldito[196];

190. Cf. Rm 7, 23-25; 8, 1-4.7.
191. Cf. Hb 4, 15.
192. Cf. Mt 4, 20.
193. Cf. Mt 8, 17.
194. Cf. Is 53, 4.
195. Cf. 2 Co 5, 21.
196. Cf. Ga 3, 13.

por mí y en mí resultó súbdito[197] y sometido[198]; por mí se hizo cordero[199], vid[200], piedra[201], siervo[202], hijo de la esclava[203], ignoró por mí el día del juicio y también por mí fue desconocedor del día o de la hora[204].

94. Mas, ¿cómo podía desconocer el día, quien era el autor de los días y del tiempo? ¿Cómo podía ignorar el día del juicio, quien manifestaba el día y la causa del juicio futuro? Así pues, fue hecho maldito[205], no según la divinidad, sino conforme a la carne. Ciertamente está escrito: *Es maldito todo el que cuelga de un madero*[206]. Según la carne, sin duda, fue colgado y por ello fue maldito, ya que asumió nuestras maldiciones. Él lloró[207], para que tú, hombre, no llores más, y Él soportó las injurias, para que tú no sufrieras tu propia injuria. 95. ¡Gran remedio es tener consuelo gracias a Cristo! El soportó por nosotros estas cosas con gran paciencia, ¿y vamos a ser nosotros quienes no queramos llevar las cosas pacientemente por su nombre? ¿Quién, ansioso, no sabrá perdonar, cuando Cristo crucificado oraba por sus perseguidores[208]? ¿No ves que eso que tú consideras debilidades de Cristo, son tu fuerza? ¿Por qué le planteamos quejas sobre lo que son remedios para nosotros? Aquellas lágrimas nos lavan, aquellos llantos nos purifican, y aquella duda nos confirma, para que tú no pierdas la esperanza, si comienzas a dudar. Cuanto mayor es la injuria [que Él sufre], tanto más abundante debe ser la gratitud [hacia Él].

96. Pero hasta en medio de las injurias has de reconocer la naturaleza divina. Estaba colgado de la cruz y todos

197. Cf. Lc 2, 21.
198. Cf. 1 Co 15, 28.
199. Cf. Jn 1, 29.36.
200. Cf. Jn 15, 1.5.
201. Cf. Hch 4, 11; 1 P 2, 7-8.
202. Cf. Sal 115, 16.
203. Cf. Sb 9, 5.
204. Cf. Mt 24, 36; Mc 13, 32.
205. Cf. Ga 3, 13.
206. Dt 21, 23.
207. Cf. Lc 19, 41; Jn 11, 35.
208. Cf. Mt 27, 51-53.

los elementos le servían[209]: el sol desapareció, el día cayó, le rodearon las tinieblas oscuras[210], la tierra tembló[211], pero no tembló el que estaba colgado. ¿Qué otra cosa significan estos fenómenos sino la reverencia al Creador? Tú ves que está en la cruz, pero ¿no ves que concede[212] el reino de Dios? Tú lees que saboreó la muerte[213], pero ¿no lees también que invitó al ladrón al paraíso[214]? ¿Ves a las mujeres llorando junto a la tumba[215] y no ves a los ángeles haciendo guardia[216]? Tú lees lo que había dicho, y ¿no lees lo que hizo? Dices que el Señor había dicho a la mujer cananea: *No he sido enviado sino a las ovejas que se han perdido de la casa de Israel*[217]. ¡Y no dices que hizo por ella lo que le había pedido!

97. Por ello te conviene comprender que *enviado* no significa estar sometido a mandato de otro, sino que ha realizado su misión por propia iniciativa; de otro modo muestras que ha despreciado al Padre. En efecto, si como tú interpretas, ha venido a Judea un cumplidor de los preceptos paternos, para curar solamente a sus conciudadanos, y sin embargo libró antes a la hija de la región cananea, como leemos, no fue entonces un simple ejecutor de un mandato ajeno, sino que fue libre de una decisión voluntaria. Ahora bien, donde hay libertad, allí no existe prevaricación de la misión recibida.

98. Y no temas que desagrade al Padre lo que el Hijo hizo, pues Él mismo afirma: *Yo hago siempre lo que agrada al Padre*[218]. Y en otro lugar: *Las obras que yo realizo también las hará Él*[219]. ¿Cómo, pues, pudo desagradar al

209. Cf Mt 27, 51-53; 27, 45.
210. Cf. Lc 23, 44-45.
211. Cf. Mt 27, 51; Sal 75, 9.
212. Cf. Lc 23, 43
213. Cf. Hb 2, 9.
214. Lc 23 , 43: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*
215. Cf. Jn 20, 11-12.
216. Cf. Mt 28, 2ss.
217. Mt 15, 24.
218. Jn 8, 29.
219. Jn 14, 10.

Padre lo que Él mismo hizo a través del Hijo? *Un solo Dios* –como está escrito– *justificará la circuncisión a partir de la fe, y la falta de circuncisión por medio de la fe*[220]. 99. Lee todas las cosas, obsérvalas diligentemente; así hallarás que Cristo se ha manifestado, hasta el punto de que Dios pueda ser visto en un hombre. Y no interpretes maliciosamente que el Hijo se gloría del Padre, cuando oigas que el Padre se complace en el Hijo[221].

12.100. Pero si [los arrianos] no pueden ser doblegados, sometámoslos ante el juez. ¿Ante quién iremos ahora? Ciertamente a aquel que tiene poder para juzgar. ¿Acaso ante el Padre? Sin embargo, *el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo*[222]. En verdad, se lo concedió al engendrarlo, no por donación. ¡Mira cómo no ha querido que restes crédito a su Hijo, ya que te lo ha dado a ti como juez! 101. Veamos, por tanto, quién tiene mejor causa antes del juicio, si tú o yo. En verdad, es propio de un pleiteador inteligente tratar sobre todo de ganarse al juez para su causa. ¿Tú honras a un hombre, pero no a Dios? ¿Qué reconcilia a un acusador: la honra o la ofensa? Suponte que yo he pecado, que es lo nuestro: ¿acaso Cristo se ve ofendido en su honor por ello? Pecamos todos, ¿quién se granjeará el perdón, el que ofrece honores o el que derrama ofensas?

102. Pero si la razón no te mueve, que te conmueva al menos la misma visión del juicio. Levanta tus ojos hacia el juez, mira quién está sentado, con quién se sienta y dónde está sentado. Está sentado Cristo a la derecha del Padre. Y si no puedes comprender esto con los ojos, escucha al Profeta que afirma: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha*[223]. Por tanto, es el Hijo, quien está sentado a la dere-

220. Rm 3, 30.
221. Cf. Mt 17, 5.
222. Jn 5, 22.
223. Sal 109, 1.

cha del Padre. Dime ahora tú, que piensas que las cosas divinas deben ser comprendidas a partir de las mundanas, ¿acaso te parece inferior el que *se sienta a la derecha*? ¿Acaso es un agravio para el Padre el sentarse a la izquierda? ¿El Padre honra y tú piensas que es una ofensa? El padre prefiere que esto sea un ejemplo de piedad, ¿y tú lo consideras una imposición? *Resucitó de la muerte y está sentado a la derecha del Padre*[224]. 103. Pero «¡lo dijo el Padre!», afirmas tú. Ten presente también, cuando no es el Padre el que habla, sino que es el Hijo quien lo predice: *Ya pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la potestad*[225]. Y eso lo dijo respecto de la asunción del cuerpo. [El Padre] le dice: *Siéntate a mi derecha*[226]. En verdad, si preguntas por el trono eterno de la divinidad, cuando fue interrogado por Pilatos si Él mismo era el rey de los judíos, afirma: *Yo para eso he nacido*[227]. Por eso también Pablo advierte lo que es útil para nosotros: que debemos creer que Cristo se sienta *a la derecha de Dios*[228] no por un mandato ni por un favor, sino como hijo queridísimo[229]. Así, también tienes: *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a las cosas de arriba*[230]. Ciertamente, aspirar a las cosas de arriba es creer que Cristo, para sentarse, no obedece como a quien se le ordena, sino que es honrado como *Hijo predilecto*[231]. Por ello se refiere al cuerpo y dice: *Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies*[232]. 104. Ahora bien, si quieres llevar también esto al terreno de la calumnia, ya que el Padre dice: *ponga a tus enemigos*[233], ten en cuenta que también el Padre presenta al Hijo a los que éste debe le-

224. Rm 8, 34.
225. Mt 26, 64.
226. Sal 109, 1.
227. Jn 18, 37.
228. Rm 8, 34.
229. Cf. Mc 9, 7.
230. Col 3, 1-2.
231. Mc 9, 7.
232. Sal 109, 1.
233. Ibid.

vantar y vivificar. En verdad, dijo: *Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me ha enviado, no le atrae, y yo le resucitaré en el último día*[234]. ¿Y tú dices que el Hijo de Dios está sometido en razón de su debilidad, porque el Padre le presenta ante los que éste debe resucitar en el último día? ¿Te parece que el sometimiento consiste precisamente en que prepara el reino para el Padre, aunque éste lo ceda al Hijo, y que no hay lugar para la calumnia, puesto que el Hijo cede el reino al Padre[235], y nadie es preferido al Hijo? Todo esto son pruebas de piedad, pues el Padre lo cede al Hijo y el Hijo al Padre. De tal manera se lo ceden el uno al otro, que ni el que lo recibe toma algo ajeno a sí mismo, ni el que lo entrega lo pierde. 105. Además, el sentarse a la derecha no es ninguna preferencia, ni tampoco una ofensa el sentarse a la izquierda, porque la divinidad no conoce grado, ni se circunscribe a lugar alguno[236], ni está limitada por el tiempo. Los hombres pensamos estas cosas con estrechez de ánimo. No existe ninguna diferencia de afecto, ninguna incompatibilidad de unidad.

106. ¿Pero por qué divagamos tanto? Lo has andado todo, has conocido al juez, has observado a los ángeles[237] que le proclaman. Ellos lo alaban ¿y tú reprochas? Las dominaciones y potestades lo veneran ¿y tú calumnias? Todos sus santos lo adoran; no adora el Hijo de Dios ni tampoco el Espíritu Santo. Los serafines dicen: *Santo, santo, santo*[238]. 107. ¿Qué pretende la triple repetición de santidad bajo un mismo nombre? Si la repetición es triple, ¿por qué es una sola la alabanza? Si una sola es la alabanza, ¿por qué es triple la repetición, ¿si no porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno solo en santidad? No se dijo una vez,

234. Jn 6, 44.
235. Cf. 1 Co 15, 24-28.
236. Cf. Ambrosio, *De Spir. Sanct.*, I, 7, 81-82.
237. Cf. Is 6, 2ss.
238. Is 6, 3.

para no apartar al Hijo; no lo dice dos veces, para no pasar por alto al Espíritu Santo; no lo dice cuatro, para no juntarlos con las criaturas. Y para manifestar que la divinidad de la Trinidad es una sola, cuando dijo tres veces, *santo, santo, santo*[239], añadió en singular *Señor Sabaot*[240]. Así pues, el Padre es santo, el Hijo es santo y el Espíritu de Dios es santo. Por tanto, la Trinidad es adorada, no adora ella; la Trinidad es alabada, no alaba ella. Yo prefiero creer como los serafines y alabar a la Trinidad como todas las potestades y virtudes del cielo.

13.108. En consecuencia, veamos a continuación cómo pretendes ganarte al juez. Dime, pues, dime: «Yo pienso que tú, Cristo, no eres semejante al Padre»[241]. Y Él te responderá: Muestra, si puedes muestra, digo yo, en qué crees que no soy semejante». 109. Y también: «Yo considero, pues, que tú eres una criatura». Y Cristo responderá: «Si *el testimonio de dos hombres es válido*[242], ¿tú, al menos, no debiste creerme a mí y al Padre, que me declaró engendrado[243]?». 110. «Niego que seas bueno». Y él te replicará: «Hágase conforme a tu fe, y que yo no sea bueno para ti». 111. «Pienso que no eres omnipotente». Y Él mismo responderá: «Por tanto, no puedo perdonar tus pecados». 112. «Yo digo que estás sometido». Replicará a esto: «Entonces, ¿por qué pides la libertad y el perdón de quien piensas que está sometido como un esclavo?

113. Veo que tu argumentación se estanca. No insisto, porque yo mismo soy consciente de mis propios pecados. No rechazo el perdón, porque yo también deseo la indul-

239. Ibid.

240. Ibid. Cf. ATANASIO, *De incarn. et contra Ar.*, 10; AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, III, 21, 163.

241. Ambrosio se figura un hipotético diálogo entre un arriano y Cristo mismo.

242. Jn 8, 17.

243. Cf. Sal 109, 3.

gencia. Deseo conocer lo que pretendes. ¡Alega ante el juez tus deseos! No manifiesto tus culpas, sino que espero [que me digas] ya el conjunto de tus propósitos. 114. ¡Dinos, pues, lo que todos deseamos! Di, te repito: «Señor, hazme a imagen de Dios». Y Él también responderá: «¿A qué imagen [de Dios]? ¿A la que has negado?». 115. Di: «Hazme incorruptible». Ciertamente responderá: «¿Cómo puedo hacerte incorruptible, si tú, considerándome una criatura, quisiste que fuera susceptible de corrupción? *Los muertos resucitarán incorruptos*[244], y ¿tú dices que es corruptible el que ves que es Dios?». 116. Di: «Sé bueno para mí». Y te dirá: «¿Cómo exiges lo que niegas? Yo he querido que tu fueras bueno. Por eso dije: *Sed santos, porque yo soy santo*[245]. ¿Y tú pretendes negar lo que me pertenece? ¿Y tú esperas el perdón de los pecados? Ahora bien, nadie *puede perdonar los pecados, sino sólo Dios*[246]. Por tanto, ya que para ti no soy el verdadero y único Dios, tampoco puedo perdonar tus pecados».

117. El arriano podría decir esas cosas; y el discípulo de Fotino podría también decir: «Niego que tú seas Dios». Y el Señor replicaría: *«Dice el insensato en su corazón: no hay Dios»*[247]; ¿de quién piensas que se ha dicho esto, del judío, del gentil o del diablo? ¡De quienquiera que se hayan dicho, fotiniano, será más tolerable el que guardó silencio! En cambio tú has osado decirlo con tus palabras, de manera que te muestras más necio que el insensato. ¿Niegas, pues, que yo soy Dios, cuando he dicho: *Dioses sois, todos vosotros hijos del Altísimo?*[248].¿Y tú niegas que sea Dios, cuyas obras divinas contemplas alrededor?». 118. También Sabelio podría decir: «Yo pienso que tú mismo eres el Padre, el Hijo y el

244. 1 Co 15, 52.
245. Lv 11, 44; 19, 2; 1 P 1, 16.
246. Mc 2, 7; Lc 5, 21.
247. Sal 52, 1.
248. Sal 81, 6.

Espíritu Santo». Y el Señor responderá: «¿No oyes al Padre y al Hijo? ¿Acaso aquí hay alguna confusión? ¿No es la Escritura misma la que te enseña que el Padre confió el juicio al Hijo, y el Hijo es el que juzga[249]? ¿No me oíste decir: *Yo no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió*[250]?». 119. También Maniqueo puede afirmar: «Yo creo que el autor de nuestra carne es el diablo». Y le responderá: «Luego, ¿qué haces entre las criaturas celestiales? ¡Acude a tu creador! Yo quiero que estén conmigo los que me dio el Padre. Maniqueo, tú piensas que has sido creado por el diablo; apresúrate, pues, a ir a su estancia, donde hay fuego y azufre[251], donde no se apaga su fuego, para que jamás se extinga el castigo».

120. Dejo de lado otras monstruosidades de los herejes, no los nombres. ¿Cuál será el día del juicio y cuál será la forma de la sentencia? Responderá benévolamente aquel [Hijo de Dios] a todos estos: *«Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he molestado? ¿Acaso no te hice subir del país de Egipto y te libre de la casa de la servidumbre?*[252]. 121. Pero es poco haber sido liberado de Egipto y haber sido arrancado de la casa de la esclavitud; es más, que tú mismo te hayas entregado por nosotros. Dices, pues, ¿que no he cargado sobre mí todas vuestras ofensas? ¿Acaso no ofrecí mi cuerpo por todos? ¿No acepté la muerte, que no era una exigencia de mi condición divina, sino de vuestra redención? ¿Estas cosas no merecen una gratitud? Este fue el resultado que obtuvo mi sangre, como yo mismo había dicho por medio del profeta: *¿Qué utilidad hay en mi sangre, por la que he bajado a la corrupción?*[253]. Así pues, esto es lo que se consumó y soporté en favor vuestro, para que me negarais impíamente.

249. Cf. Jn 5, 22.
250. Jn 8, 16.
251. Cf. Is 66, 24; Mc 9, 48; Ap 14, 10-11.
252. Mi 6, 3-4.
253. Sal 29, 10.

Oración al Señor para suplicar el perdón de los pecados

122. No obstante, yo, ahora, Señor Jesús, aunque soy consciente por mí mismo de [haber cometido] graves pecados, sin embargo diré: «No te negué. Debes perdonar la fragilidad de la carne. Reconozco el delito; soy incapaz de rechazar los pecados: *Si quieres, puedes salvarme*[254], porque quien ha dicho estas cosas, también lo ha merecido. *No entables juicio con tu siervo, te lo suplico*[255]. No busco que me juzgues, sino que me perdones».

El juicio de Dios

14.123. ¿Cuál pensamos que ha de ser el juicio de Cristo? Yo lo sé. ¿Me refiero al que ha de juzgar? Es más, ya ha juzgado. Poseemos su pronunciamiento: *Que todos* –dijo– *honren al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre, que le ha enviado*[256]. 124. Si te desagrada la sentencia apela al Padre, ¡rescinde el juicio que el Padre entregó!»[257]. Di que tiene un Hijo distinto de Él. Te responderá: «¿Luego yo soy un mentiroso, pues dije al Hijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza?*»[258]. 125. Di también que creó [al Hijo]. Y te responderá: «¿Por qué has adorado a quien juzgabas una creatura?». 126. Di que engendró inferior al Hijo. Responderá: «Veamos, ¡valóralo!». 127. Di que no debías creerle. Responderá a esto: «¿No te había dicho: *Éste es mi hijo en quien me complazco, escuchadle*»[259]. ¿Qué significa escuchadle? Ciertamente al que dice: *Todo lo que tiene el Padre*

254. Mt 8, 2.
255. Sal 142, 2.
256. Jn 5, 23.
257. Cf. Jn 5, 22.
258. Gn. 1, 26.
259. Mt 17, 5; Mc 9, 7.

es mío[260]. Esto es lo que oyeron los apóstoles, como está escrito: *Los discípulos cayeron rostro en tierra, y temieron en gran manera*[261]. Si cayeron los que le habían creído, ¿qué harán los que le hayan negado? Pero Jesús los tocó[262] y los levantó; a vosotros os dejará postrados, para que no contempléis la gloria que [le] habéis negado.

128. Tengamos, pues, en cuenta que a quien el Hijo condena, también lo condena el Padre. Por eso debemos glorificar al Hijo como honramos al Padre[263], para que por medio del Hijo podamos llegar al Padre.

15.129. Yo, noble emperador, propuse estos argumentos de forma resumida, y los he presentado brevemente, más bien desaliñados que con claridad. Pues, aunque los arrianos los consideran inacabados, yo los considero apenas comenzados. Si todavía piensan que falta alguno, yo pienso que falta casi todo, pues a los incrédulos les falta todo, pero a los creyentes les sobra. En fin, una sola confesión de Pedro fue suficiente para la fe en Cristo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[264]. En efecto, basta saber que la generación divina no está dividida ni cambiada[265], ni es derivada ni creada.

130. Este punto también se expone en todos los libros de la Escritura, y todavía no lo dan crédito los impíos: *Fue embotado el corazón de este pueblo* –como está escrito–, *y endurecidos sus oídos y cegados sus ojos, no sea que vean con los ojos, oigan con los oídos y entiendan con el corazón*[266]. En verdad, según la costumbre de los judíos, los arrianos suelen cerrar sus oídos o sembrar tumultos cuantas veces oyen la palabra de la salvación. 131. Y ¿qué hay de extraño, si los impíos, que no suelen creer las palabras humanas,

260. Jn 16, 15.
261. Mt 17 , 6.
262. Cf. Mt 17, 7.
263. Cf. Jn 5, 23.
264. Mt 16, 16.
265. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, VI, 10.
266. Is 6, 10.

no dan crédito a las divinas? El Hijo de Dios decía, como tienes en el Evangelio: *Padre, glorifica tu nombre*[267]. Se oyó la voz del Padre que desde el cielo decía: *Le he glorificado y de nuevo lo glorificaré*[268].Lo escuchaban los infieles, pero no creían. Hablaba el Padre, respondía el Hijo, y los judíos afirmaban: *Ha sido un trueno; otros decían: Un ángel le ha hablado*[269]. 132. También [el apóstol] Pablo dice –como está escrito en los Hechos de los Apóstoles– que al ser llamado por Cristo a la gracia, aunque le acompañaban otros muchos, sólo él escuchó la voz del Cristo[270]. De tal modo, noble emperador, que el que cree, escucha, y escucha para creer. El que no cree no escucha, sino que ni quiere ni puede escuchar, para no creer.

133. Y ojalá que, en lo que de mí depende, quisieran oír para que creyeran: oír con buena caridad y mansedumbre, tratando de buscar lo verdadero, no rechazando la verdad. Así, está escrito que *no nos alarguemos con fábulas y genealogías interminables, que se prestan más a promover disputas que a la edificación de Dios, fundada en la fe. El fin de este mandato es la caridad que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera. Algunos, desviados de esta línea de conducta, han venido a caer en una palabrería, pretenden ser maestros de la ley, sin entender lo que dicen ni lo que afirman*[271]. En otro lugar, también el mismo Apóstol afirma: *Evita las discusiones necias y sin educación*[272].

134. El Apóstol dice que deben ser abandonados quienes siembran discusiones: los herejes, sobre quienes dice en otro lugar: *Algunos apostatan de la fe, entregándose a espíritus engañadores y a doctrinas diabólicas*[273]. 135. Y Juan ex-

267. Jn 12, 28.
268. Ibid.
269. Jn 12, 29.
270. Cf. Hch 22, 9.
271. 1 Tm 1, 4-7.
272. 2 Tm 2, 23.
273. 1 Tm 4, 1.

presa que los herejes son anticristos, designando por cierto a los arrianos[274], pues esta herejía comenzó después de todas las demás y recogió el veneno de todas ellas. Así como del anticristo fue escrito: *Porque abrió su boca para blasfemar contra Dios, su nombre y hacer la guerra a los santos*[275], así también éstos suprimen al Hijo de Dios, no respetaron a los mártires y, lo que quizá aquél no hará, falsificaron las divinas Escrituras[276]. Por lo tanto, *quien dice que Jesús no es Cristo, ése es un anticristo*[277]. El que niega al Salvador del mundo[278], niega a Jesús; el que niega al Hijo, niega también al Padre, pues está escrito: *Todo el que niega al Hijo, tampoco posee al Padre*[279].

Misiva de Graciano respecto de toda la obra y triunfo sobre los godos

16.136. Pero no debo, Emperador, entretenerte con más consideraciones, atento a la guerra y pensando en los trofeos victoriosos sobre los bárbaros[280]. Avanza protegido abiertamente con el escudo de la fe, y empuñando *la espada del espíritu*[281]; progresa hacia una victoria prometida en anteriores ocasiones y profetizada en los divinos oráculos. 137. En efecto, ya Ezequiel en aquel tiempo profetizó las guerras de los godos y nuestra futura devastación. Así está escrito: *Por eso profetiza, hijo del hombre y habla a Gog: «Esto dice el Señor : ¿No es verdad que aquel día, cuando mi pueblo Israel viva en paz, le pondrás en movimiento?*

274. Cf. 1 Jn 2, 18.
275. Ap 13, 6-7.
276. Cf. *De fide*, V, 16, 193.
277. 1 Jn 2, 22.
278. Cf. Jn 4, 42.
279. 1 Jn 2, 23.
280. Se trata de los godos, que habían entrado ya en 378 en el Imperio Romano y el 412 en Roma.
281. Ef 6, 16-17.

Vendrás de tu territorio, del extremo norte, y pueblos numerosos contigo, todos montados a caballo, una enorme asamblea, un ejército poderoso. Y subirás contra mi pueblo Israel, como un nublado que recubre la tierra[282], y lo que sigue

138. Gog es este godo, al que vemos que ya se ha puesto en camino, sobre el cual se nos promete una futura victoria, pues dice el Señor: *Saquearán a sus saqueadores, y harán botín de sus depredadores, dice el Señor. Aquel día yo daré a Gog,* –es decir, a los godos– *un lugar famoso, un sepulcro en Israel, repleto de multitud de hombres, que vinieron junto al mar; el que corta el paso a los viajeros, y allí será enterrado Gog, con toda su multitud y se llamará el valle de Hamon Gog y la casa de Israel los enterrará, para que la tierra sea purificada durante siete meses.*[283]

139. Y no hay duda, noble Emperador, que quienes hemos padecido la perfidia ajena de la herejía, vamos a encontrar en ti una ayuda de la fe católica. En verdad, es evidente que antes de esto precedió un motivo de indignación divina, de modo que la fidelidad quedó rota por primera vez en el Imperio Romano, allí donde se rompió la fidelidad a Dios.

140. No es agradable recordar la matanza de confesores. los suplicios, los destierros, las [ordenaciones] sacerdotales de impíos, los cargos entregados a traidores[284]. ¿Acaso desde las regiones de Tracia, por toda la ribera de Dacia, Misia y toda la Valeria de los Panonios no oímos que toda aquella frontera estaba atemorizada por los gritos sacrílegos y los movimientos de los bárbaros? ¿Qué puede ocasionarnos una

282. Ez 38, 14-16.

283. Ez 39, 10-12.

284. Está claro que se trata de alusiones al concilio de Rímini, y también a destierros de obispos –como Atanasio, Hilario, y muchos más– por parte de algunos emperadores.

vecindad tan funesta o de qué modo la causa romana podía estar segura con semejante protección? 141. Pero ya hemos lavado, Dios omnipotente, suficientemente con nuestro destierro y con nuestra sangre, las muertes de los confesores, los destierros de los sacerdotes, y tan indecible impiedad. Ya ha quedado suficientemente claro que quienes hubieran violado la fe en Dios no podían sentirse seguros. Vuélvete, Señor, y ayúdanos a mantener elevados los emblemas de tu fe.

142. Aquí no son las águilas militares, ni el vuelo de las aves, las que conducen un ejército, sino tu nombre, Señor Jesús, y tu culto; aquí no hay una región de infieles, sino la Italia que suele enviar confesores; la Italia, probada tantas veces, pero que no ha cambiado nunca; la que hace tiempo defendiste del bárbaro enemigo y ahora también la has reclamado. Ahora no hay aquí, por parte del Emperador, una postura indecisa, sino una fe firme.

143. Muestra entonces claramente un signo de tu majestad, para que el que cree que tú eres verdadero Señor de poder[285], y el guía de la milicia celestial[286], el que cree que tú eres el verdadero poder de Dios y la sabiduría[287], no temporal ni creada, sino sempiterna, como está escrito, el poder de Dios y la divinidad[288], confiando en el auxilio de tu majestad, merezca los trofeos de su fe.

285. Cf. Sal 45, 8-12.
286. Cf. Jos 5, 14.
287. Cf. 1 Co 1, 24.
288. Cf. Rm 1, 20

LIBRO TERCERO

Dedicatoria al emperador Graciano respecto a la finalidad de los libros III-V

1.1. Ya que me habías encomendado, benévolo Emperador, que escribiera algunas cosas acerca de la fe, para instruirte, y tú mismo me habías alentado, frente a mi indecisión, por ello, como si me encontrara asediado en tiempo de guerra, he escrito sólo dos pequeños libros[1], con los que te he mostrado algunos caminos y sendas de la fe. 2. Pero, puesto que la mente depravada de algunos[2], inclinados a suscitar disputas, me empuja a hacerlo con un estilo más rico; y por otra parte, la piadosa preocupación de tu clemencia, me invita a completar lo que resta, queriendo experimentar en muchas más materias lo que ya has experimentado en un número reducido de ellas. Por esta razón me he decidido a exponer un poco más ampliamente lo que anteriormente hemos dicho con brevedad, para que no parezca que, por desconfianza en la exposición, he preferido dejarlas de lado, antes que exponerlas con tranquilidad y confianza[3].

1. Alude a los dos anteriores libros.

2. Se refiere quizás a Paladio, obispo arriano de Dacia, que debió escribir un folleto en contra de Ambrosio.

3. Esta introducción puede ser el reflejo de una situación a la que habían llegado los dos personajes, después de dos años en los que es probable que hubieran mantenido una situación tensa. Pa-

3. Ya que hemos presentado anteriormente la comparación del nombre de la hidra y del litoral de Escila[4], cuando manifestamos que se debían vigilar con cautela los retoños semivivos de la maldad, o los célebres naufragios; si por el contrario alguien juzga que es ilícito el aspecto de la disquisición de este género, derivado de las fábulas poéticas, y como no encuentra en la fe nada que pueda vituperar, censura alguna cosa sobre el lenguaje, debe tener en cuenta que no solo las sentencias, sino también los versos de los poetas están insertados en las divinas Escrituras.

4. En efecto, ¿De dónde proviene la expresión: *Somos también de su linaje*[5], que Pablo se apropia instruido por el uso profético? Así, el discurso del lenguaje profético no rechaza a los gigantes[6] ni el valle de los titanes[7]. También Isaías nombró a las sirenas y a las hijas de los pájaros[8]; Jeremías recuerda, respecto a Babilonia, que *habitan en ella las hijas de las sirenas*[9], para mostrar a los babilonios que los halagos de la confusión del siglo deben ser comparados con las fábulas antiguas sobre la vida licenciosa, que, como en el litoral escabroso de esta vida, hacen resonar una canción dulce, pero mortífera, que parece seducir los espíritus de los jóvenes; también el sabio poeta griego [Homero] es inducido a salvar este escollo como rodeado por determinados lazos de su personal prudencia. Así se consideró difícil que, antes de la venida de Cristo, no pudieran escapar a los engañosos deleites del placer incluso los más fuertes.

rece que en este tiempo Ambrosio había escrito el tratado *De Spiritu Sancto* y se lo había dedicado al Emperador, con lo cual habrían hecho las paces y como respuesta Graciano le hace la sugerencia; cf. B. TIMOTHY, *A Ambrose and Gratian*, AtTard 1997. 165-174.

4. Cf. *De fide*, I, 6, 46-47.

5. Hch 17, 28. Alude al autor del siglo III a. C., ARATO, *Phaen*., 5.

6. Cf. Nm 13, 34; Jb 26, 5.

7. Cf. 2 S 5, 18.

8. Cf. Is 43, 20; 13, 21.

9. Jr 27, 39. Cf. AMBROSIO, *Expl. ps. XII*, 43, 75.

5. Pero si ya aquel poeta consideró el halago de los placeres del siglo perjudicial para la mente humana y expuesto a perecer en el naufragio, ¿qué debemos pensar nosotros, para quienes está escrito: *No os preocupéis de la carne para la concupiscencia*[10]; y en otro lugar: *Golpeo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que predicando a los demás, yo mismo sea considerado réprobo*[11]? 6. Puesto que Cristo no logró para nosotros la salvación mediante la lujuria, sino por el ayuno[12], ni ayunó para merecer gracia para sí, sino para instruirnos a nosotros; ni fue vencido por la debilidad del cuerpo hasta tener hambre, sino que hizo creíble el haber recibido un cuerpo experimentando hambre, para enseñarnos que Él había asumido no sólo un cuerpo, sino también las debilidades del cuerpo[13], conforme a lo que está escrito: *Porque tomó nuestras dolencias y soportó nuestras debilidades*[14].

2.7. Es propio del cuerpo, o sea, de nuestra naturaleza, el que tuviera hambre; es propio del cuerpo también que llorara y estuviera triste hasta la muerte[15]. ¿Por qué nuestras cosas son referidas a la naturaleza divina[16]? Es propio del cuerpo el que se diga que ha sido creado; así puedes leer: *Madre Sión, dirá el hombre, y el hombre ha sido creado en ella y el Altísimo en persona la estableció*[17]. *El hombre* –dice [la Escritura]– *ha sido creado*, no «Dios fue creado».

8. ¿Quién es a la vez *Altísimo* y *hombre*, si no el mediador de Dios y de los hombres: *Un solo mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús, hombre también, que se*

10. Rm 13, 14.
11. 1 Co 9, 27.
12. Cf. Mt 4, 2.
13. Cf. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 31.
14. Is 53, 4; Mt 8, 17.
15. Cf. Mt 4, 2; Jn 11, 35; Mt 26, 38.
16. Cf. Cf. ATANASIO, *Epist. ad Serap.*, II, 8.
17. Sal 86, 5.

entregó a sí mismo como rescate por nosotros?[18]. En verdad, esto pertenece a la encarnación, pues nuestra redención se realiza mediante la sangre, el perdón mediante el poder, y la vida mediante la gracia. Como *Altísimo* da, como *hombre* suplica. Lo uno es propio del Creador y lo otro del Redentor. Aunque distintos, los beneficios pertenecen a un mismo Autor; fue conveniente, pues, que el que nos creó nos redimiera. 9. Ahora bien, ¿quién puede negar que lo que tiene un profundísimo significado es Cristo? En efecto, quien piense de otro modo atribuirá el misterio de la encarnación a Dios Padre. Pero en esta cuestión no se puede dudar que Cristo es el Altísimo, puesto que incluso en otro lugar ha dicho del misterio de la pasión: *Lanzó el Altísimo su voz y la tierra fue removida*[19]. Y en el Evangelio puedes encontrar: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor, para preparar sus caminos*[20]. Por tanto, ¿quién es el Altísimo? El Hijo de Dios. Así pues, porque es Altísimo, Cristo es Dios.

10. Y cuando se dice que Dios es uno solo, el Hijo de Dios no se encuentra separado. Éste es, pues, el Altísimo, el único, como está escrito: *Para que sepan que tú tienes el nombre de Señor, tu solo Altísimo sobre toda la tierra*[21] .

11. Por esto también ha sido impugnado lo que los arrianos se han apropiado para calumniar, pues está escrito acerca de Dios: *El único que posee la inmortalidad y que habita en la luz inaccesible*[22]. En efecto, eso fue escrito acerca de Dios, porque el nombre [de Dios] es común al Padre y al Hijo. 12. Pues si dondequiera que leen «Dios» niegan que también se designe al Hijo, no sólo son impíos por negar

18. 1 Tm 2, 5-6. Cf. Cf. ATANASIO, *Epist. ad Serap.*,II, 7; GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 30 14; GREGORIO DE NISA, *Adv. Eunomium*, III, 1, 35; etc.

19. Sal 45, 7; cf. Sal 17, 14; Mt. 27, 50-51.

20. Lc 1, 76.

21. Sal 82, 19.

22. 1 Tm 6, 16.

el poder de la divinidad al Hijo, sino que parece que, con impiedad sabeliana, pretenden que el encarnado sea el Padre. Ciertamente, digan ellos cómo pueden entender del Padre, sin faltar a la piedad, las palabras que dijo el Apóstol: *En Él también habéis resucitado vosotros por la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos*[23]. Y que presten atención a las consecuencias en las que vienen a caer; pues [el Apóstol] prosigue: *Y cuando vosotros estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, nos vivificó juntamente con Él y nos perdonó todos nuestros delitos, cancelando la nota de cargo que había contra nosotros; la quitó del medio y la suprimió, clavándola en la cruz, despojándose de la carne*[24].

Cuando la Escritura dice «Dios», sin añadir «Padre» o «Hijo», a veces se refiere al Hijo

13. Por lo tanto, si se ha de entender que es Dios solamente el Padre, quien resucitó[25] la carne, y no el Hijo también, ¿de quién fue resucitado el *templo*[26]? Ciertamente, el que resucitó también vivificó, el que vivificó perdonó los delitos, el que perdonó los delitos tomó también el compromiso, el que tomó el compromiso lo clavó él mismo en la cruz, el que lo fijó en la cruz se despojó de la carne. Ahora bien, el Padre no se despojó de la carne, pues el Padre no se hizo carne, sino el Verbo, como leemos: *Se hizo carne*[27].

Veis, por lo tanto, que los arrianos, al separar al Hijo del Padre, corren el riesgo de afirmar que el Padre ha so-

23. Col 2, 12.

24. Col 2, 13-14. La cita ambrosiana no coincide exactamente con las palabras paulinas.

25. Cf. Col 2, 12-14.

26. Jn 2, 19.

27. Jn 1, 14.

portado la pasión. 14. Para nosotros es muy fácil afirmar que es obra del Hijo, pues Él mismo resucitó su cuerpo, como dijo: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*[28]. Y Él mismo nos *ha vivificado*[29] con su cuerpo. En efecto, *como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere*[30]. Y Él mismo perdonó los pecados, diciendo: *Tus pecados te quedan perdonados*[31]. Y Él mismo fijó el compromiso en la cruz, porque Él fue crucificado por el sufrimiento de su cuerpo. Y ningún otro se despojó de la carne sino el Hijo de Dios, que se vistió de la carne. Así pues, Él mismo indica que es Dios, quien realizó la obra de nuestra resurrección.

3.15. Por lo tanto, cuando lees «Dios», no separes al Padre y no separes al Hijo, porque la naturaleza divina del Padre y el Hijo es una y la misma. Tampoco debes hacer separación allí donde lees *el santo y el solo poderoso*[32]. En verdad, eso se ha dicho acerca de Dios, como tienes [en la Escritura]: *Te recomiendo ante Dios, que da la vida a todas las cosas*[33]. Pero también da la vida Cristo. Por tanto el nombre de Dios conviene al Padre y al Hijo, como conviene también el efecto de la operación. Continuemos lo restante: *Te recomiendo* –dice[el Apóstol]– *en la presencia de Dios, que da la vida a todas las cosas y en Cristo Jesús*[34]. 16. En «Dios» aquí es también el Verbo, como está escrito: *En Dios alabaré el Verbo*[35]. En Dios está el poder eterno. En el nombre de Dios, pues, se ha manifestado, según el Apóstol, la unidad de la naturaleza divina, pero en el nombre de Cristo se ha manifestado el misterio de la encarnación.

28. Jn 2, 19.
29. Col 2, 13.
30. Jn 5 , 21.
31. Lc 5, 20.
32. 1 Tm 6, 15.
33. 1 Tm 6, 13.
34. Ibid.
35. Sal 55, 11.

17. En fin, para manifestar que Pablo había hablado de la encarnación de Cristo, añadió: *Que ante Pilato rindió testimonio, una buena confesión, para que conserves el mandato sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, al que, a su debido tiempo, revelará el bienaventurado y único soberano, el rey de los reyes y el señor de los señores, el único que posee la inmortalidad y habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano, ni lo puede ver*[36]. Así pues, esto se escribió acerca de Dios, cuyo nombre y dignidad es verdaderamente común al Hijo.

18. ¿Por qué en este pasaje es separado el Hijo, cuando todas estas características también convienen al Hijo? O si no le convienen, ¡niega que sea Dios, para que puedas negar las cosas que son concomitantes con Dios! No puedes negar que es *bienaventurado*[37] quien da las bienaventuranzas. *Dichosos aquellos a quienes les han sido perdonadas sus culpas*[38]. No se puede negar que es bienaventurado, quien proporcionó una doctrina sana, como está escrito: *La cual es según el Evangelio del esplendor de Dios bienaventurado*[39]. No puede negarse que es poderoso aquel de quien el Padre dice: *Lo he puesto como ayuda sobre el poderoso*[40]. ¿Quien se atreve a desconfiar de su inmortalidad, cuando Él ha enriquecido a otros con la inmortalidad, como se ha escrito de la sabiduría de Dios: *Por medio de ésta tendré la inmortalidad?*[41].

19. Ahora bien, una es la inmortalidad de su naturaleza y otra la de la nuestra[42]. No han de compararse las cosas frágiles con las divinas. La sustancia de la divinidad es una sola y no sabe lo que es morir. De ahí que el Apóstol, sabiendo también que el alma y los ángeles son inmortales,

36. 1 Tm 6, 13.
37. 1 Tm 6, 15.
38. Sal 31, 1.
39. 1 Tm 1, 11.
40. Sal 88, 20.
41. Sb 8, 13.
42. Cf. DÍDIMO, *De Trinit*, III, 16.

manifestara[43] que solo Dios tiene la inmortalidad. En efecto, también el alma perece: *El alma que peque, ella misma morirá*[44]. Y tampoco el ángel es inmortal por naturaleza, pues su inmortalidad reside en la voluntad de su Creador.

20. No tengas esto como una cierta prevención, ya que no muere Gabriel, ni muere Rafael, ni Uriel[45]. También en ellos la capacidad de la naturaleza está sujeta al mal, pero no está sujeta la conducta. Ciertamente, toda creatura racional recibe cosas accidentales y está sujeta al juicio; y en lo accidental es donde se encuentra el castigo del juicio, y la corrupción y el progreso. Por eso dijo el Eclesiastés: *Porque toda su obra la emplazará Dios a juicio*[46]. Luego, toda creatura, aunque no muera o peque, es susceptible de corrupción y de muerte; y si no se inclina a los vicios en algunas circunstancias, es debido a la gracia y a la instrucción. Una es, pues, la inmortalidad que se otorga; otra la que existe siempre, sin capacidad de cambio.

21. Si se niega la divinidad inmortal de Cristo, ¿cómo según la carne *gustó la muerte a favor de todos nosotros*[47]? ¿Acaso será mejor Gabriel que Cristo, porque aquél no murió y éste sí? Ahora bien, *no es el siervo mejor que su señor*[48]; una es la debilidad de la carne, otra la eternidad de la divinidad; la muerte es propia de la condición carnal, la inmortalidad del poder [divino]. Porque si la divinidad hizo que *la carne no viera la corrupción*[49], pues estaba sujeta por naturaleza a la corrupción, ¿cómo es que la divinidad misma pudo morir?

22. En verdad, ¿cómo no va a habitar el Hijo la luz inaccesible, cuando el Hijo está *en el seno del Padre*[50], el Padre

43. Cf. 1 Tm 6, 16.
44. Ez 18, 20.
45. Cf. 4 Esd. Vis., I, 4, 1; II, 5, 20; IV, 10, 28. Este libro es considerado canónico por nuestro Autor.
46. Qo 12, 14.
47. Hb 2, 9.
48. Mt 10, 24.
49. Hch 2, 31.
50. Jn 1, 18.

es la luz y también el Hijo debe ser luz, *porque Dios es la luz*[51]? Además, si pensamos que hay otra *luz inaccesible*[52] fuera de la divinidad, ¿acaso esa luz es mejor que el Padre, y por ello no está en la luz, quien, como está escrito, permanece junto al Padre[53] y en el Padre[54]? Así pues, no separen [los arrianos] al Hijo, cuando leen que hay *un único Dios*[55], ni separen al Padre, cuando leen que hay un único Hijo[56]. 23. En la tierra no hay hijo sin padre, y ¿piensas [arriano] que hay Padre sin Hijo en el cielo? El Hijo esta en la carne –y cuando digo que está en la carne o en la tierra, hablo conforme al tiempo del Evangelio; *pero ahora ya no conocemos a Cristo según la carne*[57]–; luego el Hijo está en la carne y no está solo, según lo que está escrito: *Porque no estoy yo solo, pues el Padre está conmigo*[58]; ¿y piensas [arriano] que el Padre está solo en la luz? 24. Y para que no consideres que se trata de un mero argumento, acepta también este testimonio: *A Dios no le ha visto nadie jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre; Él lo ha contado*[59]. Si el Hijo está en el seno del Padre, ¿cómo va a estar solo el Padre? ¿Cómo lo puede decir quien no lo ve? Así pues, el Padre no está solo. 25. Acepta ahora que hay un único Padre y un solo Hijo. Es único el Padre, porque no hay otro; hay un solo Hijo, porque no existe otro Hijo; existe un solo Dios, porque la divinidad de la Trinidad es una sola.

4.26. Está suficientemente claro también que el único Dios no es Padre sin el Hijo, ni tampoco se concibe único Dios al Hijo sin el Padre.

51. 1 Jn 1, 5.
52. 1 Tm 6, 16.
53. Cf. Jn 1, 1-2.
54. Cf. Jn 10, 38.
55. Jn 17, 3; 1 Tm 6, 15-16.
56. Cf. Jn 16, 32; 8, 16.29.
57. 2 Co 5, 16.
58. Jn 16, 32.
59. Jn 1, 18.

Hay que entender que el Hijo de Dios «fue hecho» según la carne, no conforme a la generación divina

27. En qué consiste el «fue hecho» se aclara por boca del santo patriarca [David], cuando afirma: *Porque mi alma está repleta de males, y mi vida está al borde del infierno; he sido considerado entre los que bajan a la fosa; fui hecho como un hombre libre entre los muertos sin ayuda*[60]. Aquí dice: *Fui hecho como un hombre*, no «como Dios», y *mi alma está repleta de males*; se trata del alma, no de la divinidad. «Fue hecho» en aquello en que estaba sujeto a los infiernos, fue hecho en aquello en que era considerado entre los otros. Ciertamente, la divinidad rechaza [cualquier] semejanza de parangón. No obstante, en la misma carne sometida a la muerte, también debes advertir la majestad de la naturaleza divina en Cristo; aunque fue hecho *como hombre* y por ello también carne, sin embargo fue hecho *libre entre los muertos*, y libre *sin ayuda*. 28. Pero, ¿cómo se dice aquí que el Hijo se hizo a sí mismo *sin ayuda*, cuando antes se ha dicho: *Lo puse como ayuda sobre el poderoso*[61]? En verdad, también aquí debes distinguir las [dos] naturalezas. La carne necesita *ayuda*, la divinidad no. Es *libre*[62], porque no conoció las ataduras de la muerte, no fue prisionero de los infiernos, sino que actuó en los infiernos. Existe *sin ayuda*[63], porque sin mediación de mensajero ni de sustituto alguno, *el Señor salvó a su pueblo por sí mismo*[64]. Así pues, ¿cómo habría podido buscar ayuda para resucitar su propio cuerpo quien había resucitado a otros? 29. Y aunque también hubo hombres que resucitaron a muertos, no lo hicieron por su propio poder, sino en el nombre de Cristo. Una

60. Sal 87, 4-5.
61. Sal 88, 20.
62. Sal 87, 5.
63. Ibid.
64. Is 63, 9.

cosa es suplicar y otra ordenar; una cosa es merecer y otra conceder.

30. Así, Elías hizo resucitar, pero mediante la oración, no mediante un mandato[65]. Eliseo resucitó a un muerto, configurándose él mismo a un muerto[66], resucitó al contacto de su mismo cuerpo muerto[67], para que fuera el modelo que iba a venir, el cual enviado *en la semejanza de la carne*[68] humana, incluso estando en la sepultura resucitaría a los muertos[69]. 31. También Pedro, al curar a Eneas[70], dijo: *En el nombre de Jesús el Nazareno, levántate y anda*[71]; no habló en su propio nombre, sino en el de Cristo. Ahora bien, la expresión *levántate* es propia de quien ordena, mientras que la confianza es característica del mérito, no por la presunción del propio poder, sino por la actuación del nombre [de Cristo]; no por la autoridad de la orden dada. ¿Qué dicen, pues, los arrianos? Pedro ordena en el nombre de Cristo, y ellos no quieren que el Hijo de Dios hubiera ordenado, ¿sino que hubiera suplicado?

32. «Pero se ha leído que suplicó»[72]. Advierte la diferencia: suplica como Hijo del hombre y ordena como Hijo de Dios ¿Acaso no tributáis al Hijo de Dios lo que incluso el diablo también le dijo, y que vosotros con el mayor de los sacrilegios pretendéis negar? Dice el diablo: *Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan*[73]. El diablo dice «ordena» y vosotros decís «ruega». Él cree que la naturaleza de los elementos y de las cosas se convertirá en algo distinto, al ordenárselo el Hijo de Dios; vosotros creéis que, si el Hijo de Dios no suplica, no se cumple su vo-

65. Cf. 3 R 17, 21-22.
66. Cf. 4 R 4, 34-35. Se sobrepuso al cuerpo inerte del niño de la sunamita.
67. 4 R 13, 21.
68. Rm 8, 3.
69. Cf. Mt 27, 52-53.
70. Cf. Hch 9, 33-34.
71. Hch 3, 6.
72. Cf. Jn 11, 41-42.
73. Lc 4, 3.

luntad. El diablo piensa que hay que estimar al Hijo de Dios por su poder, vosotros por la debilidad. Son más tolerables las tentaciones del diablo que los argumentos de Arrio.

33. En cambio no te llama la atención que haya llamado *poderoso*[74] al Hijo del hombre, cuando has leído que *el Señor de la majestad*[75] fue crucificado. ¿Qué mayor poder hay que tener dominio sobre las potestades del cielo[76]? Ciertamente, dominaba a los tronos, dominaciones y ángeles[77]. Aunque *estaba entre fieras* –como está escrito– *y los ángeles le servían*[78], para que te des cuenta de que una cosa se refiere a la encarnación, otra a la potestad. Según la carne es tentado por las fieras, según la naturaleza divina es adorado por los ángeles.

34. Así pues, hemos comprendido que Cristo *fue hecho*[79] hombre y que esa expresión hay que referirla al hombre. Finalmente tienes en la carta de Pablo: *Aquél fue hecho del linaje de David. Según la carne,* en verdad, *fue hecho del linaje de David*[80], pero *en cuanto Dios* fue engendrado de Dios *antes de los siglos*[81].

5.35. Y no siempre la expresión «haber sido hecho» se refiere a la creación[82]. También está escrito: *Señor, tú has sido hecho nuestro refugio*[83]. Y también: *El que ha sido hecho mi salvación*[84]. No se declara la definición o propuesta de la creación, sino que se dice que *ha sido hecho mi refugio* y de nuevo se ha hecho mi salvación, como dijo también el Apóstol: *Al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención*[85]. «Hizo» para nosotros;

74. Sal 88, 20.
75. 1 Co 2, 8.
76. Cf. Ef 1, 21.
77. Cf. Col 1, 16.
78. Mc 1, 13.
79. Cf. Sal 87, 5.
80. Rm 1, 3.
81. Sal 73, 12.
82. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 63-64.
83. Sal 89, 1.
84. Sal 117, 14.
85. 1 Co 1, 30.

no afirma que ha sido creado por el Padre. En fin, cómo expresa que ha sido hecho para nosotros sabiduría lo declaró en los pasajes posteriores, cuando dice: *Pero nosotros hablamos de una sabiduría de Dios en el misterio, que estuvo escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, que ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Pues de haberla conocido, no hubieran crucificado al Señor de la majestad*[86]. Donde se manifiesta el misterio de la pasión, ciertamente no se proclama proceso alguno de la eterna generación. 36. Mi «sabiduría» es, pues, la cruz del Señor; mi redención es la muerte del Señor. De este modo hemos sido redimidos con una sangre preciosa, como dijo el apóstol Pedro: *Hemos sido rescatados con una sangre preciosa*[87]. El Señor, en cuanto hombre, nos rescató con su sangre; Él mismo, como Dios, nos ha perdonado los pecados.

37. Así pues, no pongamos asechanzas en las palabras, ni andemos a la caza de las trampas de las palabras[88]; de este modo, según los impíos, la palabra que leemos significa una cosa distinta de la que interpretamos, ya que nosotros no debemos interpretar lo que el sentido expresa, sino lo que la letra indica[89]. Así perecieron los judíos, pues desprecian el sentido profundo y siguen la literalidad de las palabras. *En efecto, la letra mata, pero el espíritu da vida*[90].

38. No obstante, entre dos graves sacrilegios, quizás sea más detestable el referir las cosas que son propias de la carne a la divinidad, más que referir a la letra las cosas que son del espíritu. Aquellos [judíos] temieron dar crédito a la carne en Dios, y por ello perdieron la gracia de la reden-

86. 1 Co 2 , 7-8.
87. 1 P 1, 18-19.
88. Cf. CICERÓN, *Pro Caecina*, 23, 65.
89. Este pasaje está aludiendo a la expresión *fue hecho*, anteriormente citada.
90. 2 Co 3, 6.

ción, porque rechazaron lo que es la causa de la salvación; éstos [arrianos] rebajan la majestad de la divinidad hasta las debilidades de la carne. Son detestables los judíos, porque crucificaron la carne del Señor; pero yo pienso que son más detestables quienes creyeron que la naturaleza divina de Cristo estaba sometida a la cruz. En fin, el que trataba constantemente con los judíos, afirmó: *Al hereje, después de una corrección, ¡evítalo!* [91].

39. Y no sin injuria del Padre refieren [los arrianos] con sacrílega interpretación las palabras *al que ha sido hecho sabiduría para nosotros*[92], a aquella inenarrable generación de Cristo, no sometida a ningún tiempo ni circunstancia. Pero además de injuria hecha al Hijo, es ofensa para el Padre[93], puesto que estos sacrílegos atentan contra el Padre, del cual fue escrito: *Dios será verdadero, mientras que todo hombre es mentiroso*[94]. Ahora bien, si piensan que estas palabras han sido dichas del Hijo, no prejuzgan ciertamente la generación, sino que también confiesan que es Dios y Dios verdadero, lo cual pretenden rechazar con la autoridad de este texto.

40. Resulta prolijo, si quisiera analizar una por una cuantas veces leemos la expresión *fue hecho,* no por la naturaleza, sino por la gracia. Así, dice también Moisés: *Ha sido hecho para mi ayuda y protección para la salvación*[95]. Y David afirma: *Sé para mí Dios protector y casa de salvación para ponerme a salvo*[96]. También Isaías dice: *Porque has sido hecho fortaleza para toda ciudad humilde*[97]. En verdad los santos no dicen a Dios «has sido creado», sino «has sido hecho» ayuda y protección para nosotros por tu gracia.

91. Tt 3, 10.
92. 1 Co 1, 30.
93. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 16.
94. Rm 3, 4.
95. Ex 15, 2.
96. Sal 30, 3.
97. Is 25, 4.

6.41. Por eso no hay que temer lo que los arrianos suelen urdir con torcida interpretación, al decir que el Verbo de Dios fue hecho, porque está escrito: *Lo que fue hecho en él, es vida*[98]. 42. En primer lugar, deben comprender que si la expresión *fue hecho* la refieren a la sustancia divina, se implican en las discusiones maniqueas. En efecto, los maniqueos objetan: Si *lo que fue hecho en él, es vida*, entonces hay algo que no fue hecho en Él, la muerte, de suerte que deducen de forma impía, que hay dos principios. Ahora bien, eso lo condena la Iglesia. 43. Después, ¿cómo pueden enseñar que eso es lo que ha proclamado el evangelista? La mayor parte de los doctos y los fieles, proclaman lo siguiente: *Todas las cosas han sido creadas en Él y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho*[99]; otros de este modo: *Todas las cosas fueron hechas en Él, y sin Él no fue hecho nada*; después añaden: *Lo que ha sido hecho* –y subrayan– *en Él*; o sea: Todo lo que ha sido hecho *está en Él*. Qué quiere decir *en Él*, lo enseña el Apóstol, al afirmar: *En Él existimos, vivimos y nos movemos*[100]; Y en otro lugar: *Todas las cosas han sido creadas en Él.*[101]

44. No obstante, como prefieran, si quieren referir a la sustancia del Hijo la expresión *fue hecho*, por ello no pueden calumniar al Verbo que es Dios, sin que calumnien también a Dios Padre, de quien se ha escrito: *Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que queden manifiestas sus obras, las cuales están hechas en Dios*[102]. Aquí leemos que las obras del hombre *están hechas en Dios* y, sin embargo no podemos referirlas a la sustancia divina, a no ser que reconozcamos que *han sido hechas por medio de Él mismo*[103], como

98. Jn 1, 3-4.

99. Ibid. Ambrosio destaca aquí las distintas puntuaciones del texto sagrado que la tradición cristiana ha transmitido.

100. Hch 17, 28.

101. Col 1, 16.

102. Jn 3, 21.

103. Jn 1, 3.

dice también aquel texto apostólico, porque *todas las cosas por Él y en Él fueron creadas, y Él mismo existe antes que todos y todas las cosas se mantienen en Él*[104]; o bien, como enseña el testimonio del presente pasaje[105], las virtudes con las que se adquiere el fruto de la vida eterna, las debemos considerar *hechas en Dios*; la castidad, la piedad, la religión, la fe, y otras parecidas, que han sido hechas *según la voluntad de Dios*[106]. 45. Como han sido hechas por la voluntad de Dios Padre, así también han sido hechas por la voluntad y el poder en Cristo, como leemos: *Creados en Cristo en orden a las buenas obras*[107]; y en el salmo: *Haya paz en tus muros*[108]; y en otro pasaje: *Todo lo has hecho con sabiduría*[109]. Afirma *lo has hecho con sabiduría*; no dice «hiciste la sabiduría». Así, puesto que *todo fue hecho con sabiduría*, sin embargo Cristo es la sabiduría de Dios[110], no ciertamente una cosa accidental, sino subsistente y permanente para siempre. Si la sabiduría fue hecha, lo sería en condiciones inferiores a todas las demás cosas, puesto que la sabiduría no pudo hacerse a sí misma. Por consiguiente, si la expresión *ha sido hecho* frecuentemente se refiere a alguna cosa, no a la naturaleza, también el haber sido creado hace referencia a una causa.

7.46. De todo ello entendemos que lo que está escrito en relación a la encarnación del Señor: *El Señor me creó como el principio de sus caminos, en orden a sus obras*[111] significa que Jesús el Señor fue creado de una virgen para redimir las obras del Padre. En efecto, no se puede dudar que esto ha sido referido respecto del misterio de la encarna-

104. Col 1, 16-17.
105. Cf. Jn 3, 21.
106. Col 4, 12.
107. Ef 2, 10.
108. Sal 121, 7.
109. Sal 103, 24.
110. Cf. 1 Co 1, 24.
111. Pr 8, 22. Cf. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 18ss.; GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 30, 2; GREGORIO DE NISA, *Adv. Eunomium*, III, 1, 15s.; etc.

ción, dado que el Señor había tomado la carne para librar «sus obras» de la esclavitud de la corrupción, para *destruir*, mediante la pasión de su cuerpo, *al que tenía el poder de la muerte*[112]. En verdad, la carne de Cristo existe por causa de las obras[113], mientras que la divinidad existe antes de las obras, porque *Él mismo es anterior a todas las cosas, y todas las cosas tienen en Él su consistencia*[114]. 47. Por tanto, no existe la divinidad a causa de las obras, sino las obras a causa de la divinidad, como declaró el Apóstol, al decir que todas las cosas existen en razón del Hijo de Dios. Así lo tienes [escrito]: *Convenía pues, que aquel por quien es todo y por causa del cual es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando, mediante la pasión al que iba a llevarlos a la salvación*[115]. ¿No expuso con toda claridad que el Hijo de Dios, que creó todas las cosas por su naturaleza divina, es el mismo que después asumió la carne y el sufrimiento de la muerte por la salvación del pueblo?

48. Por qué obras fue creado [al nacer] de la Virgen, lo manifiesta el mismo Señor, cuando en la curación de aquel ciego dice: *Conviene que yo cumpla en él las obras de aquel que me ha enviado*[116]. Y para que creyéramos que eso se decía referido a la encarnación, añadió: *Mientras estoy en este mundo, soy la luz del mundo*[117]. En efecto, como hombre *en este mundo* está por un tiempo, mas como Dios existe siempre. Finalmente, también en otra parte dice: *Y he aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*[118]. 49. Tampoco acerca del *principio*[119] puede quedar ninguna cuestión, pues cuando fue interrogado mientras vivía en la carne: *¿Tú, quien eres?*, respondió: *Desde el principio lo que estoy*

112. Hb 2, 14.
113. Cf. Pr 8, 22.
114. Col 1, 17.
115. Hb 2 , 10.
116. Jn 9, 3-4.
117. Jn 9, 5.
118. Mt 28, 20.
119. Pr 8, 22.

diciendo[120]. Esto no solo hace referencia a la eternidad de la naturaleza divina, sino también a la demostración de su poder. Según eso, también probó que Él era Dios eterno, porque Él mismo es *principio* de todo y autor de cada una de las virtudes, porque es cabeza de la Iglesia, según está escrito: *Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio, el primogénito de los muertos*[121].

50. Está claro, pues, que estas palabras se dijeron sobre la encarnación, pues, *el principio de sus caminos*[122], parece que debe ser referido al misterio de la asunción del cuerpo. Así pues, tomó la carne para allanarnos el camino del cielo. En fin, también afirma: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*[123]. Por último, para que sepas que el Padre omnipotente señalaba sus caminos al Hijo mediante la encarnación, encuentras en Zacarías que el ángel dijo a Josué, *ataviado de vestiduras sucias*: *Esto dice el Señor omnipotente: Si andas por mis caminos y guardas mis preceptos*[124]. ¿Cuál es aquel vestido sórdido, sino la asunción de la carne?

51. Por tanto, los «caminos» del Señor son como ciertas veredas de una vida buena, que son enderezadas por Cristo, quien dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[125]. Luego el camino que está en lo alto es el poder de Dios[126]. Cristo, pues, es nuestro camino, y un buen camino que ha manifestado a los creyentes los reinos del cielo. Ahora bien, los caminos del Señor *son caminos rectos*[127], como está escrito: *Enséñame, Señor, tus caminos*[128]. El camino es la castidad, el camino es la fe, el camino es la abstinencia. Ciertamente, exis-

120. Jn 8, 25.
121. Col 1, 18.
122. Pr 8, 22.
123. Jn 20, 17.
124. Za 3, 7.
125. Jn 14, 6.
126. Cf. 1 Co 1, 24.
127. Dn 3, 25; Os 14, 10.
128. Sal 24, 4.

te el camino de la virtud y también el camino de la iniquidad, pues está escrito: *Mira si es que hay en mí camino de iniquidad*[129]. 52. Por lo tanto, *el principio*[130] de nuestra virtud es Cristo: el principio de la integridad, el que enseñó a las vírgenes a no esperar la unión con los varones, sino a ofrecer la integridad de la mente y el cuerpo al Espíritu Santo mejor que al marido[131]. El principio de la privación es Cristo, *que se hizo pobre siendo rico*[132]; el principio de la paciencia es Cristo, *que, cuando era maldecido, no volvió injuria por injuria y cuando era azotado no respondió*[133]; el principio de la humildad es Cristo, *que tomó la figura de esclavo*[134], cuando era igual a Dios Padre por la majestad del poder. De él pues, recibe el principio toda clase de virtud. 53. Y por eso, para que aprendiéramos esta clase de virtudes: *Un Hijo se nos ha dado, cuyo principio está sobre sus hombros*[135]. Aquel principio es la cruz del Señor, el principado de la fortaleza, por el cual fue accesible para los santos mártires el camino hacia el sufrimiento del sagrado combate.

8.54. Conoció este principio Isaías, y por eso afirma: *Un niño ha nacido, un hijo se nos ha dado*[136]. Lo conocieron también los Magos y así, cuando vieron al niño en el pesebre, lo adoraron diciendo: *Un niño ha nacido*; al ver la estrella, decían: *Un Hijo se nos ha dado*[137]. Un don es propio de la tierra, y el otro un don del cielo. El uno y el otro son uno sólo y perfecto, sin cambio de la divinidad y sin disminución de la naturaleza humana. A uno adoraron y al mismo presentaron los dones, para manifestar que era el propio Señor del cielo, a quien ellos estaban contemplando en el pesebre.

129. Sal 138, 24.
130. Pr 8, 22.
131. Cf. 1 Co 7, 34.
132. 2 Co 8, 9.
133. 1 P 2, 23.
134. Flp 2, 7.
135. Is 9, 6.
136. Ibid.
137. Mt 2, 11.

55. Distingue los momentos de cada una de las expresiones: *Un niño ha nacido, un Hijo se nos ha dado*[138]. Aunque nació del Padre, sin embargo no nació por nosotros, sino que se nos ha dado, pues no es el Hijo por nosotros, sino nosotros por causa del Hijo[139]. Y no nació por nosotros, quien nació antes que nosotros y es el Creador de toda naturaleza[140]. Tampoco ahora nace por primera vez quien existía siempre, y *existía en el principio*[141]. Ahora bien, nace para nosotros lo que no existía, porque también el ángel, cuando habla con los pastores, dijo que había sido engendrado para nosotros, como tienes escrito: *Porque os ha nacido hoy en la ciudad de David un salvador, que es Cristo el Señor*[142] . Luego nació *para nosotros* lo que no existía, esto es, un niño de la Virgen, un cuerpo de María; en efecto, éste está después de nosotros, aquél [que existía] antes de nosotros. 56. Otros sostienen lo siguiente: *Un niño ha nacido para nosotros, un hijo nos ha sido dado*; es decir, quien era el Hijo de Dios, aquí de María, *un niño ha nacido para nosotros, y se nos ha dado*. Escucha al profeta quién ha sido dado: *Y danos tu salvación*[143]. Se nos da lo que está por encima de nosotros, se da lo que es propio del cielo, como también leemos respecto del Espíritu que *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*[144].

57. Pero mirad cómo este pasaje extingue muchas herejías: *Un niño ha nacido para nosotros*[145]; para nosotros, no para los judíos; para nosotros, no para los maniqueos; para nosotros, no para los marcionitas. El Profeta dice *para nosotros*; o sea, para los creyentes, no para los incrédulos[146]. Y

138. Is 9, 6.
139. Cf. Hb 2, 10.
140. Cf. Jn 1, 3.
141. Jn 1, 1-2.
142. Lc 2, 11.
143. Sal 84, 8.
144. Rm 5, 5.
145. Is 9, 6.
146. Cf. 1 P 2, 7.

ciertamente por su misericordia ha nacido para todos, pero el odio de los herejes hizo que no naciera para todos, quien había nacido para todos. En verdad, da órdenes incluso a la luz del día para que *salga sobre buenos y malos*[147]; ahora bien, no parece que salga para los que no ven.

58. Así pues, como el niño no ha nacido para todos, sino para los fieles; así tampoco el Hijo ha sido dado a los infieles, sino a los fieles. Se nos ha dado a nosotros, no a los fotinianos; en efecto, ésos dicen que el Hijo de Dios no se nos ha dado, sino que nació desde el principio entre nosotros. No [ha sido dado] a los sabelianos, pues ésos no quieren que el Hijo de Dios sea dado, ya que afirman que el Padre es la misma persona que el Hijo. Se nos ha dado a nosotros, no a los arrianos; ciertamente, éstos afirman que el Hijo no ha sido dado por causa de la salvación, sino enviado por su debilidad. No le admiten como asesor[148], pues piensan que no conoce las cosas futuras; no poseen al Hijo, a quien no consideran eterno, en tanto que del verbo de Dios está escrito *que existía en el principio*[149], y que *en el principio existía el Verbo*[150]. Finalmente, para volver al ejemplo propuesto: *En el principio* –se dice–, *antes de que hiciera la tierra, antes de que formara los abismos, antes de que surgieran las fuentes de las aguas, antes de todos los montes me engendró*[151].

9.59. Tal vez preguntes cómo he dicho yo que se han aplicado a la encarnación de Cristo las palabras: *El Señor me creó*[152], cuando la creación del mundo es anterior a la encarnación del Cristo. Pero ten en cuenta que es costumbre de las divinas escrituras utilizar futuros por pretéritos y hacer notar en Cristo su doble naturaleza la divina y la hu-

147. Mt 5, 45.
148. Cf. Is 3, 3.
149. 1 Jn 1, 1.
150. Jn 1, 1.
151. Pr 8, 23-25.
152. Pr 8, 22.

mana, para que nadie niegue ni su divinidad ni su humanidad. 60. Pues, lo mismo que tienes en Isaías: *Un niño ha nacido para nosotros y un hijo se nos ha dado*[153], así también aquí pone delante la creación de la carne y añadió después la proclamación de la divinidad, para que entiendas que no son dos Cristos, sino uno solo, que ha sido engendrado del Padre antes de los siglos y ha sido creado en tiempos más recientes, naciendo de una virgen, esto es: «Yo soy el que fue creado naciendo del ser humano, creado por un motivo[154], yo que he sido engendrado antes de los siglos».

61. Así pues, cuando iba a decir: *El Señor me creó*[155], anticipó: *Recordaré las cosas que existen desde los siglos*; y cuando iba a decir: *Me engendró*, anticipó de nuevo: *En el principio, antes de que hiciera la tierra, antes de todos los montes me engendró*[156]. Cuando dice *antes*, se entiende el pasado infinito sin ninguna limitación. Así, *antes de Abrahán*, dijo, *yo soy*[157]; en verdad, no después de Adán y *antes del lucero*[158], no ciertamente después de los ángeles. Ahora bien, cuando dice *antes*, no se refirió a nadie [en concreto], sino que todo lo tenía dentro de sí mismo[159]. En efecto, ésta es la forma de expresar la eternidad por parte de las Escrituras. Finalmente, en otro lugar encontrarás: *Antes que los montes fuesen hechos y fuese formado el orbe de la tierra, tú existes desde siempre y hasta*[160]. 62. Existe antes de todas las cosas y por causa de todas las cosas como engendrado, y está entre todas las cosas y por causa de todas, como creatura; nacido del Padre por encima de la ley, y hecho de María bajo la ley[161].

153. Is 9, 6.
154. Es decir, por la salvación del hombre; cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 56.
155. Pr 8, 22.
156. Pr 8, 21.23-25.
157. Sal 8, 58.
158. Sal 109, 3.
159. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 60.
160. Sal 89, 2.
161. Cf. Ga 4, 4.

Respecto a lo escrito: «Después de mí viene un hombre que fue hecho antes de mí»

10.63. Pero está escrito: *Detrás de mí viene un hombre que fue hecho antes de mí, porque existía antes que yo*[162]. Cómo dicen: «¡He aquí, el que existía fue hecho!». Analicemos las palabras mismas. *Después de mí* –dice– *viene un hombre*[163]. El que *viene* es un varón, el mismo que *fue hecho*. Ahora bien, [el término] *varón* es nombre que se refiere al sexo, pero el sexo no se puede atribuir a la divinidad, sino a la naturaleza humana. 64. Yo podría decir: *Existía* en el conocimiento ya antes del cuerpo, pero en la eternidad de su poder. Y también existía ya la Iglesia, y los santos estaban predestinados[164] *antes de los siglos*[165]. En cambio, yo no recurro a esto ahora, sino que afirmo que la expresión «haber sido hecho» no se refiere a la divinidad, sino a la naturaleza de la encarnación, como el mismo Juan afirma: *Éste es de quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre que fue hecho antes de mí*[166].

65. Así pues, después de haber presentado la doble sustancia en Cristo, como antes dije, para que comprendas ambas, la de la divinidad y la de la carne, en este lugar [el evangelista] comenzó hablando de la carne. En efecto, existe en las Sagradas Escrituras una costumbre de expresar con imprecisión que algunas veces comienzan por la naturaleza divina de Cristo y descienden hasta el misterio de la encarnación; otras veces comienzan por la humildad de la encarnación, y ascienden hasta la gloria de la naturaleza divina, como es frecuente en los profetas, en el Evangelio y en Pablo. Luego también aquí comenzó a hablar según esa co-

162. Jn 1, 30.
163. En este pasaje usamos el término *hombre* para traducir indistintamente los latinos *hominem* y *virum*.
164. Cf. Rm 8, 28-30.
165. 1 Co 2, 7.
166. Jn 1, 30.

nocida costumbre por la encarnación del Señor, para hablar después de su naturaleza divina; no para confundir las naturalezas humana y divina, sino para que pudiéramos distinguirlas. Pero los arrianos, como los taberneros judíos, *mezclan el agua con el vino*[167], porque confunden la generación divina con la humana, refiriendo a la divinidad lo que se ha dicho de la carne[168].

66. Y no temo yo lo que parece que han de objetar, porque en los anteriores pasajes no se lea *varón*. En efecto, está [escrito] de este modo: *El que viene después de mí*[169]. Pero observen también allí lo que ha anunciado: *Y el Verbo* –dice– *se hizo carne*[170]; y así no añadió «varón», porque ya había dicho «carne», por la que aquí entendemos varón, y por varón carne. Luego, porque había dicho, *el Verbo se hizo carne*[171], fue superfluo nombrar aquí el varón, a quien ya había señalado con la expresión de carne.

67. Con este ejemplo, también en los pasajes posteriores anunció *el Cordero* que quitaría *el pecado del mundo*[172], y para que reconocieras al que se había encarnado, al que antes había nombrado, afirma: *Éste es de quien yo dije: Después de mí viene un hombre, que fue hecho antes de mí*[173]; esto es: *Fue hecho hombre* –dijo–, *no Dios*. Pero para declarar que ése se había encarnado, el mismo que *existía antes de los siglos*[174], y para que no creyéramos que se trataba de dos hijos, dice: *Porque fue hecho antes de mí.* Ciertamente, si [la expresión] *fue hecho* se hubiera referido a la generación divina, ¿qué necesidad había de referirlo por tercera vez y reiterar lo que había dicho un poco más arriba? Pero ya que antes había referido el *detrás de mi viene un hom-*

167. Is 1, 22.
168. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 35; ID., *Epist. ad Episcopos Aegipti et Africae*, 17.
169. Jn 1, 15.
170. Jn 1, 14.
171. Ibid.
172. Jn 1, 29.
173. Jn 1, 30.
174. Si 24, 14.

bre que ha sido hecho antes de mí[175] a la encarnación, por eso añade: *Porque existía antes que yo*[176], pues se debía resaltar la eternidad de la divinidad. Y ésta es la causa de la preferencia, para que con razón parezca antepuesto el que es *el poder eterno*[177] del Padre.

68. Es tan atractiva la riqueza de esta interpretación espiritual, que nos permite alargarnos y divagar para acosar a los arrianos, los cuales quieren que el *fue hecho* de este pasaje se refiera, no al hombre, sino a la divinidad. ¿Cómo pueden seguir sosteniéndolo, cuando el Bautista ha dicho: *Detrás de mí viene un hombre que existía antes de mí*[178]; esto es, *ha sido hecho* superior a mis méritos, por encima de mi gracia, posterior por la edad de la carne y digno de veneración por el honor de la divinidad? [La expresión] *Detrás de mí viene* es propia del tiempo; y que *existía antes de mí* es característica de la eternidad. *Fue hecho antes de mí* es propio del honor, porque el misterio de la encarnación está por encima de la gracia humana.

69. De este modo expresó en las palabras siguientes lo que había querido afirmar anteriormente[179], al decir: *Detrás de mí viene un hombre a quien yo no soy digno de llevarle las sandalias*[180], y así manifiesta la excelencia de la dignidad, no la eternidad de la divina generación. Que esto se refiera principalmente a la encarnación, ya antes [el Señor] había anunciado el modelo de calzado místico en los hombres. Según la Ley se concedía al pariente más cercano o al hermano del difunto la unión con la mujer de éste, para que pudiera revivir la descendencia del hermano o del pariente[181]. Por eso, Ruth[182], aunque ella era extranjera, sin embargo, puesto que había tenido un marido judío que había dejado

175. Jn 1, 30.
176. Ibid.
177. Rm 1, 20.
178. Jn 1, 30.
179. Cf. Jn 1, 15.
180. Jn 1, 27.
181. Cf. Dt 25, 5-11
182. Cf. Rt 4, 7-8.

un pariente próximo, cuando fue vista por Booz en el momento en que cosechaba manojos de espigas en su mies con los que alimentaba también a su suegra, la amó y no pudo tomarla como esposa sino después de que ella hubiese desatado el calzado de aquel al que era entregada como esposa según la ley. 70. La historia es sencilla, pero los misterios son profundos; una cosa era lo que se hacía, mientras otra era lo que se significaba. En efecto, si forzamos el sentido a la literalidad, las palabras nos manifestarán una especie de pudor y horror, pues referimos a la costumbre de unión corporal el sentido y el significado. Ahora bien, se significaba el futuro de los judíos, *de entre los cuales proviene Cristo según la carne*[183], que daría la descendencia del pariente próximo, es decir, del pueblo muerto, con la semilla de la doctrina celestial, al cual confiaban el calzado nupcial de la unión con la Iglesia las prescripciones espirituales de la ley.

71. Moisés no es el esposo; ciertamente a él se dice: *Quita las sandalias de tus pies*[184], para acercarse a su Señor. No fue el esposo Josué, el hijo de Nun, pues incluso a él se dice: *Quítate las sandalias de tus pies*[185], para que por la semejanza del nombre no se creyera el esposo de la Iglesia. Ningún otro es el esposo, sino que sólo Cristo es el esposo, del cual dijo Juan: *El que tiene esposa es el esposo*[186]. Así pues, a aquellos se les quita el cazado, a éste no se le puede desatar, como dice Juan: *Yo no soy digno de desatar la correa de su calzado*[187]. 72. Por tanto, solamente Cristo es el esposo, a quien se une en matrimonio aquella esposa que viene de entre los gentiles[188], antes miserable y hambrienta,

183. Rm 9, 5.
184. Ex 3, 5.
185. Jos 5, 16.
186. Jn 3, 29.
187. Jn 1, 27.
188. Se refiere naturalmente a la Iglesia, pero observamos aquí y en otros pasajes la tendencia de Ambrosio a hacer interpretaciones alegóricas.

pero ahora rica con la cosecha de Cristo, que recoge las gavillas de una siega fecunda, y guarda en el seno intimo de su pensamiento los despojos de la palabra, para alimentar con nuevos manjares aquella viuda exhausta por la muerte del hijo, y a aquella mísera madre de un pueblo difunto, no abandonando la viuda desolada y buscando nuevos hijos[189]. 73. Cristo, pues, es el único esposo que no priva a la sinagoga misma de las gavillas de su mies[190]. ¡Ojalá no se excluyera ella misma! Tuvo a quiénes reunir por sí misma, pero como su pueblo está muerto, casi como menesterosa, por causa de la muerte de su hijo, reunía a través de la Iglesia las gavillas con quienes convivir. Estas gavillas serán llevadas entre cantos de alegría, como está escrito: *Al volver vendrán con alegría, trayendo sus gavillas*[191].

74. Qué otra persona tendría la osadía de pretender a la Iglesia como esposa para sí mismo, sino uno y sólo el que la llamó desde el Líbano, diciendo: *Ven hasta aquí desde el Líbano, esposa, ven hasta aquí desde el Líbano*[192]. O de qué otro pudo decir la Iglesia: *Su boca es dulcísima, y todo él un deseo*[193]. Y puesto que ya hemos tratado acerca del calzado de los pies, ¿a qué otro sino al Verbo de Dios encarnado conviene el dicho: *Sus piernas son como columnas de alabastro, asentadas sobre base de oro?*[194]. En efecto, solamente Cristo pasea en los ánimos y sube a la mente de los santos, en los que, como en estrados de oro y en suelos preciosos, quedaron adheridas las sólidas huellas del Verbo celestial. 75. Así queda claro que no solo el varón sino también la figura miran al misterio de la encarnación.

11.76. Por tanto, cuando se dice *fue hecho* no entendemos la sustancia de la divinidad, sino muchas veces de la

189. Cf. Rt 2, 1ss.
190. Cf. Rt 2, 8-9.
191. Sal 125, 6.
192. Ct 4, 8.
193. Ct 5, 16.
194. Ct 5, 15.

encarnación, y algunas veces también la causa de la encarnación. En verdad, si tú refieres estas palabras a la divinidad, entonces Dios también fue hecho para oprobio. Así tienes [escrito]: *Pero tú has rechazado, anonadado y repelido a tu Cristo*[195], y más adelante: *Se ha hecho el oprobio de sus vecinos*[196]; dice *vecinos*, no «ciudadanos, ni familiares, ni seguidores[197], porque *quien está unido al Señor es un solo espíritu con Él*[198]; quien es vecino no está unido. *Y fue hecho oprobio*, porque la cruz del Señor *fue escándalo para los judíos y necedad para los griegos*[199]. En efecto, para los sabios, por la misma cruz, ha sido hecho *más elevado que los cielos*[200], superior *a los ángeles*[201] y *fue hecho garante del mejor testamento*[202] el mismo que lo era del anterior[203]. 77. Mira cómo no rechazo estos testimonios, sino que los acumulo unos a otros. ¡Pero repara cómo *fue hecho!*

78. En primer lugar porque *después de llevar a cabo la purificación se sentó a la derecha de la majestad en las alturas, con una superioridad tanto mejor a los ángeles*[204] . Donde hay purificación, hay víctima; donde hay víctima, hay el cuerpo; donde hay cuerpo, hay ofrenda; donde hay don de ofrenda, allí hay sacrificio de pasión. 79. A continuación, *fiador de un mejor testamento*[205]: *Donde hay testamento se requiere que preceda la muerte del testador*[206], como está escrito más abajo. Ahora bien, la muerte no hace referencia a la eternidad de la divinidad, sino a la fragilidad humana. 80. Aquí se muestra también cómo *fue hecho más elevado que los cielos*[207], y lo explica. *Inmaculado* –dice–,

195. Sal 88, 39.
196. Sal 88, 42.
197. Cf. Ef 2, 19.
198. 1 Co 6, 17.
199. 1 Co 1, 23.
200. Hb 7, 26.
201. Hb 1, 4.
202. Hb 7, 22.
203. Cf. Hb 9, 15.
204. Hb 1, 3-4.
205. Hb 7, 22.
206. Hb 9, 16 .
207. Hb 7, 26.

apartado de los pecadores, fue hecho más elevado que los cielos, quien no tiene necesidad de ofrecer sacrificios todos los días, como los sumos sacerdotes que primero ofrecen el sacrificio por sus propios pecados y después en favor del pueblo, y esto lo hizo de una sola vez, ofreciéndose a sí mismo[208], como está escrito. Se dice que nadie fue hecho más elevado, sino el que en algo fue más humilde. Así, pues, *fue hecho más elevado*, porque se sentó a la derecha del Padre[209]; y fue hecho inferior a los ángeles porque se ofreció a la pasión[210]. 81. Finalmente, el mismo Apóstol dice a los filipenses: Que *haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte*[211]. ¡Mira en qué *fue hecho*! Semejante a un hombre –dice–, no en la potestad de Dios; y *se hizo obediente hasta la muerte*, para que tuviera en verdad la obediencia del hombre y el reino de la divinidad.

82. Así pues, ¿cuántos ejemplos más usaremos para demostrar que el *fue hecho* se refiere a la encarnación, y no a otra cosa? Ahora bien, la expresión «fue hecho» significa lo mismo que «fue creado»[212]. Así *habló y las cosas fueron hechas; lo ordenó y fueron creadas*[213].

«El Señor me creó»[214], *se refiere a la carne.*

También hemos mostrado más arriba, en el libro primero, que «creado» parece dicho acerca de la encarnación[215].

208. Hb 7, 26-27.
209. Cf. Hb 1, 3.
210. Cf. Hb 2, 9; 7, 27.
211. Flp 2, 7-8.
212. Vemos aquí un ejemplo magnifico que demuestra cómo Ambrosio a veces limita el significado de las palabras; admite perfectamente la equivalencia entre *hacer y crear*: «facere et creare».
213. Sal 148, 5.
214. Pr 8, 22.
215. Cf. *De fide*, I, 15, 96-99.

83. También el mismo Apóstol, al afirmar que no hay que ser esclavo de las creaturas, dio a entender que el Hijo no había sido creado por Dios, sino engendrado[216]. Y todavía, en otro lugar, para manifestar cómo debe entenderse en Salomón [la expresión] *el Señor me creó*[217], manifiesta lo que ha sido creado en Cristo

84. Así pues, resumamos de nuevo la sucesión de todo el capítulo. En efecto, así lo tienes: *Porque así como los hijos comparten la sangre y la carne, también él participó de ellas, para destruir con la muerte al que tenía el poder de la muerte*[218]. ¿Quién es el que quiso que nosotros participáramos de su carne y de su sangre? Sin duda, el Hijo de Dios. ¿Cómo fue hecho partícipe nuestro sino mediante la carne, y cómo disolvió nuestras ataduras sino por la muerte del cuerpo? En efecto, la aceptación de la muerte de Cristo se convirtió en la muerte para la muerte. Por tanto, [el Apóstol] propuso estas reflexiones respecto a la encarnación[219].

85. Veamos lo que sigue: *Porque ciertamente* –dijo–, *no asumió a los ángeles, sino a la descendencia de Abrahán. Por eso tuvo que asemejarse en todo a los hermanos, para ser misericordioso y sumo sacerdote, fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en aquello en que fue tentado, puede también ayudar a los que son probados. Por lo cual, hermanos santos, partícipes de una vocación celestial, considerad al Apóstol y sumo Sacerdote de nuestra fe, Jesús, que es fiel a su creador, como lo fue también Moisés en su casa*[220]. Estas son, pues, las palabras del Apóstol.

86. ¿Veis en qué [dice que Jesús] *ha sido creado*? En que *asumió la descendencia de Abrahán*, dice; ciertamente se re-

216. Cf. Ibid., I, 16, 103-105.
217. Pr 8, 22.
218. Hb 2, 14.
219. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 9.
220. Hb 2, 16 - 3, 2.

fiere a la generación del cuerpo. ¿En qué cosa *expió los pecados del mundo*, sino en el cuerpo? ¿En qué *sufrió*, sino en el cuerpo, como dijimos más arriba[221]: *Sufriendo Cristo, según la carne*[222]? ¿En qué fue *sacerdote*, sino en aquello que asumió de la clase sacerdotal? 87. En efecto, el sacerdote debe ofrecer algo y según la Ley[223] entrar en el Santo de los Santos mediante la sangre. Luego, como Dios había rechazado la sangre de toros y machos cabríos[224], convenía que este Sacerdote, como habéis leído, entrara en el Santo de los Santos, *mediante su sangre*, penetrando hasta lo más elevado del cielo[225], para que fuera una oblación eterna de nuestros pecados[226]. Así pues, sacerdote y víctima son el mismo; y también el sacerdocio y el sacrificio son propios de la condición humana. Ciertamente *fue llevado como cordero para ser inmolado*[227]; y era *sacerdote según el orden de Melquisedec*[228].

88. Por ello, cuando uno ve el proceso de la condición humana, no debe atribuirlo al derecho de la naturaleza divina. En efecto, tampoco aquel Melquisedec, mediante el cual Abrahán ofreció sus sacrificios[229], fue considerado por la Iglesia como un ángel, según la burla de los judíos, sino como un santo varón, sacerdote de Dios[230], que al ser figura del Señor[231], está descrito *sin padre, sin madre y sin descripción de su origen*[232], y es señalado «sin comienzo ni fin», para manifestar que iba a venir a este mundo el eterno Hijo

221. Cf. *De fide*, II, 7, 57.
222. 1 P 4, 1.
223. Cf. Ex 30, 10; Hb 9, 25.
224. Cf. Hb 9, 12-13.24.28.
225. Cf. Hb 4, 14.
226. Cf. Hb 10, 14.
227. Is 53, 7
228. Hb 5, 6.
229. Cf. Hb 7, 1ss.
230. Cf. Gn 14, 18.
231. Al respecto pueden verse los trabajos ya clásicos de G. BARDY, *Melchisédec dans la tradition patristique*, en «Revue Biblique», 35 (1926) 496-509; 36 (1927) 25-45, y M. SIMÓN, *Melquisédec dans la polémique entre Juifs et Chrétiens et dans la légende*, en «Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses» 17 (1937) 58-93.
232. Hb 7, 3.

de Dios, el cual también nació «sin padre», en cuanto a la encarnación, y «sin madre» por lo que se refiere a la generación divina y *sin descripción de su origen*, pues está escrito: *Su generación ¿quién la describirá?*[233].

89. Así pues, hemos recibido a aquel Melquisedec, sacerdote de Dios, en la figura de Cristo. Pero a aquél en figura, y a éste de verdad: la figura es la sombra de la verdad. A aquel, en nombre de una ciudad; a éste rey, la reconciliación de todo el mundo, porque está escrito: *Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*[234]; es decir, *la eterna divinidad*[235]. Ahora bien, si el Padre está en el Hijo como el Hijo en el Padre, no puede negarse la unidad de la sustancia y de la operación.

90. ¿Cómo, pues, pueden negar con razón, aunque lo pretendan, cuando está escrito: *El Padre que permanece en mí, Él mismo habla, y las obras que yo hago, Él mismo las hace?*[236]. No dijo: «También Él mismo las hace», para que no apreciases más la semejanza que la realidad de la operación. Pero al decir *las que yo hago Él mismo las hace*[237], dejó claro que debemos creer que la obra del Padre y la del Hijo es una sola. 91. En fin, cuando quiso que se entendiera la semejanza de las obras, no la unidad, afirmó: *El que cree en mí, hará también él las obras que yo hago*[238]. Pues bien, al interponer aquí [el adverbio] *también,* nos concedió la semejanza, pero negó la unidad natural. La obra del Padre y el Hijo es una sola, aunque no agrade a los arrianos.

12.92. Yo pregunto cómo pretenden que esté dividido el reino del Padre y el del Hijo, cuando el Señor había dicho, como antes manifestamos[239]: *Todo reino dividido contra sí*

233. Is 53 , 8; Hch 8, 33.
234. 2 Co 5, 19.
235. Rm 1, 20.
236. Jn 14, 10.
237. Ibid.
238. Jn 14, 12.
239. Cf. *De fide*, I, 3, 11.

mismo fácilmente será destruido[240]. 93. Así pues, para excluir el sacrilegio de la maldad arriana, también el mismo san Pedro afirmó un único poder supremo del Padre y del Hijo, diciendo: *Por tanto, hermanos procurad afirmar vuestra vocación y vuestra elección; obrando así nunca os equivocaréis, pues de esa manera se os dará amplia entrada en el reino eterno de Dios y de nuestro Salvador y Señor Jesucristo*[241]. 94. Ahora bien, si alguno piensa que sólo se ha dicho del poder de Cristo y esto lo acepta de tal modo que separa el poder del Padre y del Hijo, esa persona, no obstante, deberá reconocer el reino del Hijo y también que [ese reino] es eterno. Así pues, [los arrianos] no sólo introducen dos reinos divididos y además que están sujetos a extinción, sino también que no existe reino comparable con el de Dios, y aunque lo pretendan [los arrianos], no pueden negar que además sea también el reino del Hijo; por otra parte, se volverán contra su misma opinión, de modo que reconocerán que es uno mismo el reino del Padre y del Hijo, o, lo que es un sacrilegio, asignarán al Padre el derecho de un reino inferior, o, lo que es un contrasentido, reconocerán un reino igual al que dicen impíamente que es menor por su naturaleza divina. 95. Pero esto no cuadra, no es congruente, no concuerda. Que digan, pues, que el reino es uno solo, como lo decimos nosotros y lo probamos. Ahora bien, nosotros no lo probamos con nuestros argumentos sino con los testimonios divinos.

El reino del Padre y del Hijo es el mismo

13.96. En primer lugar, pues, incluso con otros ejemplos, debes entender que el reino de los cielos es también el reino

240. Mt 12, 25.

241. 2 P 1, 10-11.

del Hijo, pues, Él mismo afirmó: *En verdad, en verdad os digo que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir al Hijo del hombre en su reino*[242]. Luego no se puede dudar que existe el reino del Hijo de Dios.

97. Ahora bien, debes admitir que el reino del Hijo es el mismo que el del Padre: *En verdad os digo, que hay algunos entre los que están alrededor que no gustarán la muerte hasta que vean venir el reino de Dios en su poder*[243]. Hasta tal punto es uno solo el reino, que una sola es la recompensa, los mismo hombres, los mismos los méritos y uno mismo el fiador[244]. 98. ¿Cómo no va a ser el mismo reino, precisamente cuando el Hijo dijo de sí mismo: *Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre*[245]*?*. En verdad, lo que es propio del Padre por la propiedad de la majestad, eso mismo es también propio del Hijo por la unidad del esplendor. Por eso la Escritura indicó que el reino no es sólo del Padre, sino también del Hijo. 99. Admite ahora que donde dice «reino de Dios», no separa la potestad del Padre ni la del Hijo, porque tanto el reino paterno y el del Hijo se entienden en el solo nombre de [reino de] Dios, conforme tienes [escrito]: *Cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios*[246] . ¿Acaso negamos que los profetas estaban en el reino del Hijo, cuando al ladrón que decía: *Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*[247], le respondió el Señor: *Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso?*[248] ¿Qué es estar en el reino de Dios, sino desconocer la muerte eterna? Los que desconocen la muerte eterna ven *al Hijo del hombre venir en su reino*[249].

242. Mt 16, 28.
243. Mc 9, 1.
244. Cf. Hb 7, 22.
245. Mt 13, 43.
246. Lc 13, 28.
247. Lc 23, 42.
248. Lc 23. 43,
249. Mt 16, 28.

100. ¿Cómo puede no tener en su poder lo que entrega, cuando dice: *A ti te daré las llaves del reino de los cielos*[250]*?* Y ved la diferencia: el siervo abre, el Señor regala; éste por sí mismo, aquél por medio de Cristo. El criado recibe las llaves, el Señor ordena los poderes: una cosa es el derecho del que regala, otra el obsequio de quien dispensa.

101. Acepta ahora que uno solo es el reino, uno solo el poder del Padre y el Hijo. Tienes [escrito] en la carta a Timoteo: *Pablo, apóstol de Jesucristo, por mandato de Dios, nuestro Salvador, y de Cristo Jesús, nuestra esperanza*[251]. Evidentemente ha sido declarado un único reino el del Padre y el del Hijo, como afirmó el Apóstol Pablo, al decir: *Así, debéis saber que todo impúdico, avaro o inmundo, que es idolatría, no tiene la herencia en el reino de Cristo y de Dios*[252]. Luego uno sólo es el reino y una única la divinidad.

102. La ley, que ha probado que Dios es uno solo[253], dice también que hay un único Dios; también lo ha demostrado el Apóstol, diciendo acerca de Cristo: *Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente*[254]. Si, pues, conforme al Apóstol toda la plenitud de la divinidad está en Cristo corporalmente, o confiesan [los arrianos] una sola divinidad en el Padre y en el Hijo, o si desean separar la divinidad del Padre y el Hijo, cuando el Hijo posee toda la plenitud de la divinidad corporalmente, ¿qué es lo que piensan reservar de más al Padre, si por encima de la plenitud no existe nada más y la plenitud es la perfección? Por tanto, la divinidad es una sola.

103. Ya hemos dicho con anterioridad[255] que una era la imagen y una la semejanza. Resta que enseñemos también que el Padre y el Hijo tienen una única majestad.

250. Mt 16, 19.
251. 1 Tm 1, 1.
252. Ef 5, 5.
253. Cf. Dt 6, 4.
254. Col 2, 9.
255. Cf. *De fide*, I, 6, 43 - 7, 53.

La unidad de la majestad

No será difícil, puesto que el Hijo mismo ha dicho de sí: *Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad y todos los ángeles con Él, entonces se sentará en el trono de su majestad*[256]; he ahí expresada la majestad del Hijo. ¿Qué le falta a aquel, cuya majestad [los arrianos] no pueden negar que es increada? Luego existe la majestad del Hijo.

104. Admitan ahora [los arrianos] que no pueden dudar que la majestad del Padre y del Hijo es una sola. En efecto, el mismo Señor dijo: *Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ese se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su majestad, en la del Padre y en la de los santos ángeles*[257]. ¿Qué significa [la expresión] *y en la de los santos ángeles*, si no que también los siervos son honrados por la dignidad de su Señor? 105. Así pues, atribuyó su dignidad al Padre y al Hijo; no que los ángeles tengan igual participación con el Padre y el Hijo, sino que contemplan la gloria soberana de Dios. Ciertamente, los ángeles no poseen su propia majestad, como se ha leído respecto del Hijo: *Cuando se siente en el trono de su majestad*[258]; pero están presentes contemplando la gracia del Padre y del Hijo, con aquellos rostros con los que pueden o merecen verla. 106. En fin, las mismas palabras divinas se explican por sí solas, para que comprendas que aquella gloria del Padre y el Hijo no es común con los ángeles. Así tienes [escrito]: *Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad y todos los ángeles con Él*[259]; y para enseñar que la majestad es una sola y la gloria es una sola la del Padre y la del Hijo, Él mismo dice en otro libro: *También el Hijo del hombre se avergonzará de él, cuando venga en la gloria de su Padre*

256. Mt 25, 31.
257. Lc 9, 26.
258. Mt 19, 28.
259. Mt 25, 31.

con los santos ángeles[260]. Aquellos en actitud sumisa, éste en gloria; aquellos en séquito, éste en el trono; aquellos de pie, éste sentado. Para que hagamos uso de la palabra al modo humano [diremos]: éste juzga, aquéllos son siervos.

107. De modo admirable no puso por delante la majestad del Padre y sometió la suya y la de los ángeles, para que no pareciera que había establecido un cierto grado y orden de los superiores a los inferiores. Pero ya que el Padre no podía parecer inferior, puso delante [la expresión] *su majestad*, y añadió *del Padre y de los ángeles*[261], para que al nombrarse Él en medio, entre el Padre y los ángeles, no pareciera que había hecho desde los ángeles al Padre una especie de gradación ascendente –si así podemos expresarlo–, que comportase también un crecimiento para Él; o tampoco se creyese que había hecho una gradación descendente en cierto sentido desde el Padre a los ángeles, en la que habría tenido una cierta disminución. En efecto, nosotros confesamos una sola naturaleza divina del Padre y del Hijo, y no pensamos, como los arrianos, que el orden sea distinto.

El Hijo es de una única sustancia con el Padre

108. Ahora bien, respecto a la sustancia, augusto Emperador, ¿tendré que decir que la sustancia del Padre y la del Hijo es una sola, cuando hemos leído que el Hijo es la imagen de la sustancia del Padre[262], para que entiendas que no es distinto en nada del Padre en cuanto a la divinidad? 109. Conforme a esa imagen, ha dicho: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[263]. Por tanto no podemos negar que en Dios haya sus-

260. Mc 8, 38.
261. Lc 9, 26.
262. Cf. Sb 7, 26; Hb 1, 3; Col 1, 15.
263. Jn 16, 15.

tancia. Ciertamente, no puede carecer de sustancia, quien dio a otros el poseer una sustancia, aunque una sea la sustancia de Dios y otra [distinta] la de las creaturas; y tampoco puede existir sin sustancia el Hijo de Dios, por quien subsisten todas las cosas[264]. 110. Por eso también dice [la Escritura]: *Y no se te ocultaban mis huesos que has hecho en lo secreto, y la sustancia mía que has formado en las profundidades de la tierra*[265]. Aquellas cosas que *antes de la constitución del mundo*[266], o habían sido hechas en la impenetrable majestad, no podían estar ocultas al poder[267] y a la divinidad . Por lo tanto hemos leído [en la Escritura la palabra] sustancia.

14.111. Pero tú dirás que el término sustancia ha sido referido a la encarnación. Ya he demostrado yo que el término sustancia se lee [en las Escrituras] y no es para indicar los bienes recibidos en herencia, como decís vosotros. Si agrada aceptemos que la sustancia de Cristo ha estado de forma misteriosa *en lugares inferiores*[268]. En efecto, obró en los infiernos[269] para liberar las almas de los difuntos en el alma de su cuerpo, para romper las ataduras de la muerte y perdonar los pecados. 112. No obstante, ¿qué impide que entiendas que aquella era la sustancia divina, dado que Dios se encuentra así en todas partes, como le fue dicho: *Si subo hasta los cielos, allí estás tú; si desciendo a los lugares inferiores, estás presente*[270]?

113. En fin, en los pasajes siguientes declaró que el sentido de la palabra debe entenderse de la sustancia divina, cuando dice: *Informe me vieron tus ojos*[271], porque el Hijo no es el resultado de un trabajo, sino que el Verbo es engendrado del poder eterno. En efecto, dijo *akatérgaston,*

264. Cf. Col 1, 16-17.
265. Sal 138, 15.
266. Jn 17, 24.
267. Cf. Rm 1, 20.
268. Sal 138, 15.
269. Cf. 1 P 3, 19.
270. Sal 138, 8.
271. Sal 138, 16.

o sea, no hecho, increado: Verbo nacido del Padre sin el testimonio de criatura alguna. No obstante, también tenemos abundancia de otros testimonios acerca de [la palabra] *sustancia*. Señala en ese pasaje la sustancia corpórea, con tal que tú mismo confieses que el Hijo de Dios no es una obra, sino que su propia divinidad no ha sido hecha. 114. Sé que algunos dicen que el misterio de la encarnación es también «no hecho», porque no fue hecho mediante el uso de la unión de varón, porque el parto es de una virgen. Si, pues, muchos dijeron que en este pasaje el parto de María no fue una obra, ¿tú, arriano, te atreves a pensar que el Verbo de Dios es una obra? 115. ¿Pero sólo aquí leemos sustancia? ¿No dice [la Escritura] también en otra parte: *Las puertas de las ciudades fueron rotas, los montes cayeron y fue descubierta la sustancia?*[272]. ¿Acaso también aquí se refiere a una criatura? Algunos suelen decir que la sustancia se refiere al dinero. Por tanto, si haces referencia a este sentido, *cayeron los montes*[273], ¿para que distinguiera un patrimonio monetario?

116. Pero recordemos qué montes cayeron. Ciertamente, aquellos de los que se dijo: *Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: levántate y tírate al mar*[274]. Los montes son cimas que destacan. 117. Finalmente, en griego se dice: *Los reinos cayeron*[27] ¿Qué reinos son ésos sino los de Satanás, de quien dijo el Señor: *Cómo va a subsistir su reino*[27]? Nosotros entendemos que esos montes son los reinos del diablo. Por tanto, cayendo esos reinos del corazón de los fieles, queda manifiesto que Cristo, el Hijo de Dios, es de la sustancia del Padre. ¿Cuáles son aquellos *montes de bronce*, entre los cuales salen *cuatro carros*[277]?

272. Na 2, 7-8. Se refiere a la destrucción de Nínive.
273. Ibid.
274. Mt 17, 20; 21, 21.
275. Na 2, 7.
276. Mt 12, 26.
277. Za 6, 1.

118. Vemos que aquella *altura que se eleva contra la ciencia de Dios*[278], se derrumbó por la palabra del Señor, cuando el Hijo de Dios afirma: *¡Cállate y sal de él, espíritu inmundo!*[279]. Al respecto también el profeta dice: *¡Heme aquí junto a ti, montaña destructora!*[280]. 119. Así pues, *los montes cayeron*[281], y fue revelado que en Cristo estaba la sustancia divina, al decir los que le habían visto: *Verdaderamente es Hijo de Dios*[282]. En efecto, Él no ordenaba a los demonios con poder humano sino divino. También Jeremías dice: *Elevad sobre los montes un llanto y sobre los senderos desiertos un lamento, porque están abrasados, sin que haya hombres, y no recibieron la voz de la sustancia; desde las aves hasta los animales de carga se han espantado y han perecido*[283].

120. No pasa por alto tampoco [la Escritura] en otra parte, cuando exponía las debilidades de la condición humana para mostrar que había asumido la fragilidad de la carne y las pasiones de nuestro espíritu, que el Señor había dicho por el Profeta: *Recuerda, Señor, cuál es mi sustancia*[284], porque el Hijo de Dios hablaba en la naturaleza de la fragilidad humana. 121. Acerca de lo cual, para revelar el misterio de la encarnación, anteriormente había dicho: *Pero tú has rechazado, Señor, y como una nulidad has despreciado a tu Cristo, anulaste el pacto con tu siervo y has profanado sobre la tierra su santidad*[285]. ¿En qué sentido dijo *siervo*, sino en el de la carne? *Porque no consideró que era una rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre?*[286]. Así

278. 2 Co 10, 5.
279. Mc 1, 25; 5, 8.
280. Jr 28, 25.
281. Na 2, 7.
282. Mt 14, 33, Lc 4, 41.
283. Jr 9, 9.
284. Sal 88, 48.
285. Sal 88, 39-40.
286. Flp 2, 6-7.

pues, por haberme asumido a mí es «siervo», mientras que es «Señor» por su poder.

122. ¿Qué puedes decir de estas palabras: Porque ¿quién estuvo en la sustancia del Señor?[287], y en otro lugar: Porque si hubieran estado en mi sustancia y hubieran oído mis palabras y hubieran instruido a mi pueblo, Yo los habría alejado de sus maldades y de sus reuniones?[288]

15.123. ¿Cómo se atreven [los arrianos] a negar que no existe la sustancia de Dios? ¿Por qué piensan que hay que evitar el término «sustancia» que es el más común en las Escrituras, cuando ellos mismos al decir que el Hijo proviene de «otra sustancia» –o sea, que es «heteroúsion»[289]–, no niegan la sustancia que hay en Dios? 124. No rechazan el término, sino que rehuyen el significado de la palabra, porque no quieren que sea verdadero Hijo de Dios. En efecto, aunque no se pueda comprender el proceso de la generación divina con palabra humana, sin embargo los Padres juzgaron que su fe se debía indicar con esa palabra frente al «heteroúsion» [de los arrianos], siguiendo la autoridad del profeta que dice: *¿Quién estuvo en la sustancia del Señor y vio su Verbo?*[290]. Los arrianos aceptan el término «sustancia» en el sentido de su impiedad, pero rechazan y refutan el sentido que encierra según la piedad de los fieles. 125. Ahora bien, ¿qué otra razón hay, para que no quieran decir que el Hijo es «homoúsion» al Padre, si no es porque no quieren confesar que es verdadero Hijo de Dios? Como su maestro Eusebio de Nicomedia describió en una sus cartas, ala firmar: *Si decimos que es verdadero Hijo de Dios e increado, comenzamos a confesar que es «homoúsion» al Padre.* Cuando fue leída esta carta en el concilio de Nicea,

287. Jr 23, 18.
288. Jr 23, 22.
289. Cf. ATANASIO, *De synodis*, 54.
290. Jr 23, 18.

los Padres introdujeron dicho término en la exposición de la fe[291], porque vieron que [esta palabra] era objeto de temor para los adversarios, como si ellos mismos desenvainaran la espada y cortaran la cabeza de la nefanda herejía. 126. Por otra parte, en vano dicen que ellos evitan esta palabra por los sabelianos, y con ello muestran su ignorancia. En efecto, «homoúsion» significa para éstos[292] algo distinto que para ellos[293]. Con razón decimos nosotros que el Hijo es «homoúsion» al Padre, porque con esa palabra se indica la distinción de las Personas y la unidad de la naturaleza [en Dios].

127. ¿Acaso pueden negar que se lee [el término] «ousía», cuando también el Señor había llamado al pan «epioúsion»[294], y Moisés había escrito: «Hymeís ésesze moi laós perioúsios»[295]. Ahora bien, ¿Qué significa «ousía»? ¿De dónde proviene, si no de «aei oúsa»[296] porque permanece siempre? En efecto, Dios es el que existe y existe siempre, y por eso la sustancia divina se llama «ousía» porque permanece siempre. Así pues, también se denomina «epioúsios» al pan por que proporciona la sustancia de la virtud subsistente al alma y al cuerpo, derivada de la sustancia del Verbo, pues está escrito: *El pan sostiene el corazón del hombre*[297].

128. Guardemos, pues, las prescripciones de los antepasados, y no violemos con la osadía y temeridad de una persona ruda las marcas hereditarias. Aquel *libro sellado*[298], pro-

291. Se ve claramente que el término «homoúsion», el que más daño hizo a los arrianos, fue creado por ellos mismos y que el Concilio se lo apropió como la mejor expresión de lo que quería manifestar.

292. Es decir, los sabelianos.

293. Los arrianos.

294. Lit.: «suprasubstancial». Las Biblias modernas lo traducen por «cotidiano»: Mt 6, 11.

295. Ex 19, 5: «Vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos».

296. Lit.: «Siempre existente».

297. Sal 103, 15.

298. Ap 5, l.

fético, no se atrevieron abrirlo ni los ancianos, ni las potestades, ni los ángeles, ni los arcángeles; sólo a Cristo fue reservada la prerrogativa de abrirlo[299]. ¿Quién de nosotros se atreverá a romper los sellos del libro sacerdotal[300], sellado por los confesores y consagrado ya por el martirio de tantos? Los que fueron obligados a romper el sello de ese libro, sin embargo después lo sellaron de nuevo, una vez condenado el fraude; y quienes no se atrevieron a violarlo, acabaron siendo confesores y mártires. ¿Cómo podemos negar la fe de aquellos cuya victoria ensalzamos?

Los engaños de los arrianos

16.129. Que nadie tema, que nadie se aterrorice. Quien amenaza fortalece más a los fieles. Las caricias de los malvados están envenenadas, ¡ésas son las que hay que evitar, pues fingen predicar lo que niegan! Así fueron engañados también con anterioridad los que creyeron fácilmente, de modo que se encontraron con lazos de la herejía allí donde creían que estaba la fe[301].

130. *El que dice* –afirman– *que Cristo es una creatura igual que las demás, sea condenado*[302]. Lo oyeron los sencillos y creyeron. *El inocente* –como está escrito– *da crédito a toda palabra*[303]. Lo oyeron pues y creyeron, engañados por la primera impresión, y como pájaros atraídos por los manjares de la fe, no repararon en la trampa que se les había

299. Cf. Ap 5, 5.7.9.

300. Puede referirse a la exposición de la doctrina de Nicea, como sugiere Faller.

301. Esta maniobra de engaño puede referirse al Concilio de Rímini en 359, donde sin duda existieron problemas serios que desembocaron en múltiples destierros.

302. Se trata de uno de los cánones promulgados en el Concilio de Rímini (359).

303. Pr 14, 15.

tendido. Y así, mientras ellos perseguían la fe, caen atrapados en la trampa de un engaño perverso. Y por eso dice [el Señor]: *Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas*[304]; se recomienda la prudencia, para que la sencillez permanezca segura. 131. En efecto, existen serpientes de las que habla el evangelio, que deponen su antigua costumbre, para revestirse de otras nuevas, como está escrito: *Despojándose del hombre viejo con sus obras, y revistiéndose del hombre nuevo, según la imagen de quien le creó*[305]. Aprendamos pues, despojados de las costumbres del hombre antiguo, cuáles son los caminos de las serpientes según el Evangelio, para que igual que las serpientes sepamos guardar la cabeza y prevenir el engaño.

132. Habría sido suficiente afirmar: «El que diga que Cristo es una creatura, sea condenado». ¿Por qué mezclas, arriano, el veneno a una buena profesión de fe para contaminar todo el cuerpo? En efecto, al añadir *igual que las demás creaturas*, no niegas que Cristo es una creatura, sino que dices que es una creatura distinta. Dices que es una *creatura*, aunque afirmas que es superior a los demás. Además, Arrio, maestro de esta impiedad, afirmó que el Hijo de Dios «era una creatura perfecta, pero no como las demás creaturas». ¡Ya ves que se utiliza el lenguaje heredado de vuestro padre! Es suficiente decir que no es una creatura. ¿Qué necesidad había de añadir *pero no igual a las demás creaturas?* Aparta lo que está corrompido, no sea que se deslice el contagio: lleva veneno y ocasiona la muerte.

133. Además, alguna vez dices que Cristo es Dios. No obstante, di más bien que es Dios, verdadero Dios, para que le asignes la plenitud de la divinidad paterna[306]. En efecto, *hay quienes son llamados dioses tanto en el cielo como en la*

304. Mt 10, 16.
305. Col 3, 9-10.
306. Cf. Col 2, 9.

tierra[307]. Luego no hay que mencionar a Dios de un modo superficial, sino para afirmar del Hijo la misma divinidad del Padre, como está escrito: *Porque lo mismo que el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*[308]. Ciertamente, se la dio al Hijo mediante la generación, no como gracia a un indigente. 134. *Y le dio potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre*[309]. Observa lo que añadió, para que tú no te atrevas a calumniar basándote en las palabras: ¿Tú lees «el Hijo del hombre» y reprochas al que lo recibe? Por tanto, niegas que sea Dios, si no se le atribuyen al Hijo todas las cosas que son propias de Dios. Pero puesto que ha dicho: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[310], ¿por qué no reconoces que todo lo que pertenece a la naturaleza divina se halla también en el Hijo? En verdad, quien dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío* ¿qué excluye que no pueda tener?

135. ¿Por qué recuerdas, con mayor énfasis que con palabras fieles, que resucitó a los muertos, que atravesaba el mar a pie y que curó a personas enfermas? También proporcionó esta facultad a sus siervos. Más admiro yo esto en los hombres, porque *les concedió tan grande poder*[311]. Deseo oír algo respecto de Cristo, algo que sea peculiar de Él; [algo] que no pueda ser común con las cosas creadas, como que fue «engendrado», que es el «Hijo único» de Dios, que es «Dios verdadero de Dios verdadero» y que *está sentado a la derecha del Padre*[312]. 136. Donde quiera que leo que el Padre y el Hijo están sentados juntos, el Hijo siempre está sentado *a la derecha*. ¿Acaso es superior el Hijo al Padre? No decimos eso. Ahora bien, el amor de Dios honra y la iniquidad humana rechaza. El Padre sabía que surgirían

307. 1 Co 8, 5.
308. Jn 5, 26.
309. Jn 5, 27.
310. Jn 16, 15.
311. Mt 9, 8.
312. Rm 8, 34; Hb 1, 3.

cuestiones sobre el Hijo. Nos brindó un ejemplo de piedad que debíamos seguir para que no rechazáramos al Hijo, negándole el honor debido.

17.137. En una sola ocasión Esteban dijo que él había visto a Jesús, *de pie a la derecha de Dios*[313]. Aprende este detalle, para que a partir de él no plantees cuestión alguna. ¿Por qué se nos dice siempre que está sentado a la derecha y sólo en este pasaje se lee que está de pie? Está sentado como juez de vivos y muertos; está de pie como abogado de los suyos. Estaba, pues, de pie como sacerdote, cuando presentaba la ofrenda del buen mártir al Padre; estaba de pie como presidente, que ha de entregar el premio de un gran combate a un buen luchador. 138. Recibe también tú el espíritu de Dios como lo recibió Esteban, para que distingas estas cosas y digas como expresó también el mártir: *¡He aquí que veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios!*[314]. El que tiene *los cielos abiertos*, distingue *a Jesús a la derecha de Dios*[315]; el que tiene cerrados los ojos de la mente no ve *a Jesús a la derecha de Dios*. Confesemos, pues, *a Jesús [que está] a la derecha*, para que también el cielo se nos abra a nosotros; cierran para sí mismos el cielo, quienes profesan una fe distinta. 139. Si es cierto que algunos presentan la objeción de que el Hijo está de pie, deberán indicar que en este pasaje el Padre estaba sentado. En efecto, aunque se diga que el Hijo del hombre estaba de pie, sin embargo en este lugar no recordó [la Escritura] que el Padre estuviera sentado.

140. Ahora bien, para que se conociera más claramente que no había ninguna ofensa para el que estaba de pie, sino que manifestaba el poder, Esteban suplicaba al Hijo para que le encomendara mejor al Padre, diciendo: *¡Señor Jesús,*

313. Hch 7, 55.
314. Hch 7, 56.
315. Hch 7, 55.

recibe mi espíritu![316]. Y para que se manifestara que la potestad del Padre y del Hijo era la misma, repitió diciendo: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado*[317]. El Señor también dice esto mismo al Padre en su pasión[318] como Hijo del hombre, y esto es lo dice Esteban en su propio martirio al Hijo de Dios. Cuando se pide un mismo favor al Padre y al Hijo, se reconoce [en ellos] el mismo poder. 141. Y si pretenden que Esteban se hubiera dirigido al Padre, tienen que ver lo que dan a entender con su propio testimonio. Aunque a nosotros estas cosas no nos conmueven, no obstante, observen, quienes todo lo ponen en la letra y en su orden, que el Hijo fue suplicado antes. Por el contrario, nosotros, también según la interpretación de aquellos, mostramos la unidad de la majestad del Padre y del Hijo; Pues, cuando el Padre y el Hijo son suplicados, la igualdad de la súplica indica la unidad de operación. Ahora bien, si a ellos no les agrada que el Hijo sea llamado *Señor*, entonces veremos que tratan de negar también que sea Señor.

142. Ya que acabamos de presentar el triunfo de un mártir tan extraordinario, mitiguemos los afanes del combate, descansemos de este discurso de hoy. Acompañemos al santo mártir con alabanzas, como sucedía después de los grandes combates, ciertamente ensangrentado por las heridas del adversario, pero triunfador con los premios de Cristo.

316. Hch 7, 59.
317. Hch 7, 60.
318. Cf. Lc 23, 34.

LIBRO CUARTO

1.1. Cuando yo considero, noble Emperador, por qué razón el género humano se ha equivocado hasta tal punto que, ¡ay de mí!, la mayor parte de los hombres siguen doctrinas diferentes acerca del Hijo de Dios, en modo alguno parece extraño que la ciencia humana se haya equivocado al concebir las cosas superiores, sino que no ha prestado obediencia a las Escrituras. 2. ¿Qué tiene de insólito el que los hombres no hayan podido comprender con *la sabiduría del mundo*[1] el misterio *de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, en el cual se encuentran escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*[2], que *ni los ángeles*[3] pudieron conocer a no ser por revelación? 3. Pero, ¿quién ha podido seguir al Señor Jesús con su propia ciencia más que por la fe, al que penetra los infiernos[4] *desde las alturas*[5] del cielo, o al que asciende desde las profundidades hasta las mansiones celestiales, al que *se anonadó*[6] de repente para *habitar entre nosotros*[7], pero sin haber sido disminuido nunca, ya que el Hijo está siempre en el Padre y el Padre en el Hijo[8]?

4. También el precursor dudó acerca de Él[9], en cuanto representaba la figura de la sinagoga; dudó incluso el mismo

1. 1 Co 1, 20-21.
2. Col 2, 2-3.
3. Mt 24, 36.
4. Cf. Si 24, 8.45.
5. Sb 9, 17.
6. Flp 2, 7.
7. Jn 1, 14.
8. Cf. Jn 10, 38.
9. Cf. Mt 11, 2-3.

que estaba designado *para estar en la presencia del Señor*[10]. Hasta el punto de que, enviando a los discípulos, le pregunta: *¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?*[11]. 5. También los ángeles se sorprendieron del misterio celestial. Por eso, cuando el Señor resucitó y a quien el angosto lugar de un sepulcro apenas contenía, según la carne, y a quien se elevaba desde los lugares inferiores las alturas del cielo no podían comprender, e incluso las regiones celestes permanecían atónitas y no sabían qué pensar.

6. En efecto, venía el vencedor, rodeado de los trofeos recientes, *el Señor en su santo templo*[12], precedían los ángeles y los arcángeles, admirando el botín conseguido por la muerte. Y aunque sabían que nada podía añadirse a Dios por causa de la encarnación, pues todas las cosas están debajo de Él, sin embargo, al contemplar los trofeos de la cruz, *cuyo poderío está sobre sus hombros*[13], y los avales del eterno triunfador, como si las puertas del cielo no pudieran recibir al que habían dejado salir, aunque nunca sean capaces de contener su majestad, buscaban un acceso más amplio para el que regresaba: hasta tal grado no había perdido nada el que se había *anonadado*[14]. 7. No obstante, tuvo que prepararse un nuevo camino para el nuevo vencedor, pues el vencedor siempre es considerado como mayor y más destacado. Ahora bien, puesto que las puertas de la justicia[15] son eternas y las mismas del Antiguo y Nuevo Testamento, con las cuales se abre el cielo, no se cambian ciertamente, sino que se elevan[16], porque no es un hombre solo el que entraba, sino el redentor de todos.

8. Enoc había sido trasportado[17] y Elías fue arrebatado[18], pero *no está el criado por encima de su amo*[19]. En efecto,

10. Lc 1, 76.
11. Mt 11, 3.
12. Sal 10, 5.
13. Is 9, 6.
14. Flp 2, 7.
15. Cf. Sal 23, 7.
16. Cf. Sal 117, 19.
17. Cf. Cf. Gn 5, 24; Hb 11, 5.
18. Cf. 2 R 2, 11.
19. Mt 10, 24.

nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo[20]. Así también Moisés[21], aunque su cuerpo no haya aparecido en la tierra, sin embargo tampoco hemos leído que estuviera en la gloria del cielo, excepto después que el Señor, con la garantía de su resurrección, soltó los lazos del infierno y elevó [al cielo] las almas de los justos[22]. Así pues, Enoc fue trasportado y Elías arrebatado, ambos siervos[23], los dos con el cuerpo, pero no después de la resurrección; los ángeles no los habían visto con el botín de la muerte y con el triunfo de la cruz.

9. Por eso, al ver venir al Señor, el primero de todos y sólo él triunfador de la muerte, ordenaban a los príncipes que levantaran las puertas, diciendo con admiración: *¡Levantad las puertas, príncipes vuestros, y elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria*[24]. 10. Incluso entre los que estaban en el cielo, había quienes estaban atónitos, otros admiraban la nueva pompa, la nueva gloria, y por ello preguntaban: *¿Quién es ese rey de la gloria?*[25]. Pero puesto que los ángeles pueden progresar en conocimiento y capacidad de perfeccionamiento, poseen también la discreción de la virtud y la prudencia. En efecto, sólo Dios carece de progreso, porque es siempre eterno en cualquier clase de perfección. 11. Los que en verdad ya habían asistido al resucitado[26], los que ya le habían visto o ya le habían reconocido, decían: *El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla*[27]. 12. De nuevo una multitud de ángeles en formación triunfal precedían, cantando: *¡Levantad las puertas, prínci-*

20. Jn 3, 13.
21. Cf. Dt 34, 6.
22. Cf. Mt 27, 52-53; 1 P 3, 19.
23. Cf. Hb 3, 5.
24. Sal 23, 7. Sobre esta misma interpretación, cf. ORÍGENES, *In Math. Evang.*, XVI, 19; ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 41; DÍDIMO, *Comm. Psalm.*, 23; etc.
25. Sal 23, 8.
26. Cf. Mt 28, 2; Lc 24, 4; Jn 20, 11-12.
27. Sal 23, 8.

pes vuestros, y elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria![28]. 13. De nuevo, otros llenos de estupor decían: *¿Quién es ese rey de la gloria?*[29] *Le vimos, y no tenía hermosura, ni esplendor*[30]. Por tanto, si no es ése, *¿quién es este rey de la gloria?*[31].

14. Los que lo saben, responden: *El señor del poder, ése es el rey de la gloria*[32]. Así pues, el Señor de las potestades es el Hijo. ¿Y cómo pueden decir los arrianos que es débil aquel a quien creemos Señor de las potestades, igual que al Padre? ¿Cómo hacen distinción de poder los arrianos, cuando hemos leído que el Padre es Señor Sabaot y el Hijo es también Señor Sabaot? En efecto, también en este pasaje muchos códices sostienen que *el Señor Sabaot es el rey de la gloria*[33]; ahora bien, los intérpretes unas veces han llamado *sabaot* al Señor de las potestades, otras veces *rey*, y en otras *todopoderoso.* Así pues, ya que quien ascendió es el Hijo, el que asciende es también el Señor Sabaot; en consecuencia, el Hijo de Dios es omnipotente.

2.14a. ¿Qué haremos, pues? ¿Cómo subiremos al cielo? Hay allí potestades preparadas, príncipes ordenados, que guardan las puertas del cielo e interrogan al que sube. ¿Quién me admitirá si no proclamo que Cristo es omnipotente? Las puertas están cerradas, no se abren a cualquiera, no entra todo el que quiere, sino el que haya creído fielmente. La estancia imperial está custodiada. 15. Pero mira, un indigno entrará furtivamente, vamos a suponer; se ocultará a los príncipes de las puertas celestiales y se sentará a la cena del Señor. Pero cuando entre el Señor del banquete, al ver *a quien no está vestido con el traje nupcial* de la fe, *lo arrojará a las tinieblas exteriores, donde hay llanto y*

28. Sal 23, 9.
29. Sal 23, 10.
30. Is 53, 2.
31. Sal 23, 10.
32. Ibid.
33. Ibid.

rechinar de dientes[34], si no ha conservado la fe y la paz. 16. Conservemos, pues, la vestidura nupcial que hemos recibido y no neguemos a Cristo las cosas que le son propias, su omnipotencia, proclamada por los ángeles, señalada por los profetas y atestiguada por los apóstoles, como ya anteriormente hemos demostrado[35]. 17. Y tal vez el profeta no haya hablado solamente de las puertas de este cielo que pasará, porque el Verbo de Dios también penetra otros cielos, de los cuales se ha dicho: *Tenemos, pues, un Sumo Sacerdote, príncipe de los sacerdotes, que penetró los cielos, Jesús, el Hijo de Dios*[36]. ¿Cuáles son esos cielos, sino aquellos, de los cuales dice el profeta: *Los cielos narran la gloria de Dios*[37]? 18. En efecto, Cristo está a la puerta de tu mente; escucha al que dice: *Mira, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriera, entraré en su casa y cenaré yo con él y él conmigo*[38]. Y la Iglesia dice de Él: *La voz de mi amado llama a la puerta*[39].

19. Así pues, conforme al texto anterior está en pié, pero no está solo, sino que le preceden los ángeles que dicen: *¡Príncipes suyos, levantad las puertas!*[40]. ¿Qué puertas? Aquellas de las que en otro lugar dice: *Abridme las puertas de la justicia*[41]. Abre, pues, tus puertas a Cristo para que venga a ti; abre las puertas de la justicia, abre las puertas del pudor, abre las puertas de la fortaleza y la sabiduría. 20. Cree a los ángeles que dicen: *¡Alzaos, puertas antiguas!*[42], para que entre a ti *el rey de la gloria, el Señor Sabaot*[43]. Tu puerta es la armoniosa confesión de la voz fiel; tu puerta es el portón del Verbo, que el Apóstol pretende que le sea

34. Mt 22, 11-13.
35. Cf. *De fide*, I, 1, 7; 5, 39; II, 4, 34 - 7, 56.
36. Hb 4, 14.
37. Sal 18, 2.
38. Ap 3, 20 .
39. Ct 5, 2.
40. Sal 23, 7.
41. Sal 117, 19.
42. Sal 23, 7.
43. Sal 23, 10.

abierto, cuando dice: *Para que se me abra una puerta a la palabra, con el fin de anunciar el misterio de Cristo*[44].

21. Así pues, tu puerta debe abrirse a Cristo; y no sólo debe abrirse, sino también elevarse; además, si es eterna, no es perecedera[45], pues está escrito: *Y alzaos, puertas antiguas*[46]. El umbral de Isaías fue alzado, cuando un serafín tocó sus labios y vio al rey Señor Sabaot[47]. 22. Tus puertas serán alzadas si crees que el Hijo de Dios es eterno, omnipotente, imponderable, incomprensible; si crees que Él es quien conoce todas las cosas pretéritas y futuras. Mas si piensas, por el contrario, que tiene un poder y una sabiduría limitadas y que está sometido, no alzas las puertas antiguas. 23. Por tanto, sean alzadas tus puertas, para que Cristo no entre a ti en sentido arriano, como pequeño, débil y sometido, sino que venga *en forma de Dios*[48], entre con el Padre, ingrese tal cual es y traspasando el cielo y todas las cosas[49] te envíe el Espíritu Santo[50]. Te conviene creer que ascendió y *está a la derecha del Padre*[51]. Ciertamente, si le retienes con impía concepción entre las cosas terrenas y las creaturas, si no se aparta de ti, no ascenderá para ti, ni vendrá a ti el Paráclito, como Él mismo afirmó: *Porque, si no me fuere, no vendrá a vosotros [el Paráclito]; pero si me voy, os lo enviaré*[52]. 24. Por ello, si le buscas entre las cosas terrenas, como le buscaba María Magdalena, ten cuidado no sea que también a ti te diga: *No me toques, que todavía no he subido al Padre*[53]. En efecto, tus puertas son estrechas y no pueden recibirme; no se pueden alzar y yo no puedo entrar.

44. Col 4, 3.
45. Cf. ATANASIO, *De incarn. contra Ar.*, 25.
46. Sal 23, 7.
47. Cf. Is 6, 4-7.
48. Flp 2, 6.
49. Cf. Hb 7, 26; Ef 4, 10.
50. Cf. Sal 103, 30.
51. Mc 16, 19; Ef 1, 20.
52. Jn 16, 7.
53. Jn 20, 17.

25. *Por tanto, vete a mis hermanos*[54], esto es, a aquellas *puertas eternas*[55] que, cuando miran a Jesús, se alzan. «Puerta eterna» es Pedro, para quien *las puertas del infierno no prevalecerán*[56]; «puertas eternas» son Juan y Santiago, como *hijos del trueno*[57]; «puertas eternas» son las de la Iglesia[58], donde el profeta que desea anunciar las alabanzas de Cristo, dice: *Para que yo pregone todas tus alabanzas a la puerta de la hija de Sión*[59].

26. Grande es, en verdad, *el misterio de Cristo*[60], ante el cual también los ángeles quedaron atónitos; por tanto, debes venerarlo, y como siervo no debes negar nada al Señor. No es lícito ignorar; descendió para que tú creas. Si no crees, no ha descendido para ti, no ha padecido para ti: *Si yo no hubiera venido* –dijo–, *y yo no les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia, también odia a mi Padre*[61]. Ahora bien, ¿quién odia a Cristo, sino el que le rechaza? Lo mismo que es propio del amor atraer, así es propio del odio rechazar. El que odia remueve rencillas; el que ama acumula respeto.

Sobre la expresión: «La cabeza de todo hombre es Cristo, la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios»

3.27. Así pues, examinemos otras cuestiones de aquellos[62]. *Está escrito* –dicen–: *La cabeza de todo hombre es Cristo, la ca-*

54. Ibid.
55. Sal 23, 7.
56. Mt 16, 18.
57. Mc 3, 17.
58. Cf. Mt 16, 18.
59. Sal 9, 15.
60. Col 4, 3.
61. Jn 15, 22-23.
62. Ambrosio alude a los arrianos más radicales en la interpretación que hacían de este pasaje, o bien al concilio de Sirmio. Cf. ATANASIO, *De synodis*, 26.

beza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios[63]. Yo querría que me dijeran en esta cuestión, si quieren unir o desunir estos cuatro términos. Si quieren unir, y así dicen que Dios es la cabeza de Cristo, como el varón es la cabeza de la mujer, ved en qué dificultad vienen a caer. En efecto, si esta comparación es tomada como de cosas semejantes, y esos cuatro [términos], es decir, mujer, hombre, Cristo y Dios, son comparados como semejanza de una y la misma naturaleza, entonces la mujer y Dios comenzarán a ser de una misma naturaleza.

28. Pero si esto desagrada, aunque es sacrílego decirlo, que lo dividan como quieran. Así pues, si quieren que Cristo esté junto a Dios Padre, como está la mujer junto al varón, claramente dicen que Cristo y Dios son de la misma naturaleza, porque la mujer y el hombre son de la misma naturaleza en la carne[64], ya que lo que distingue está en el sexo. Como entre Cristo y Dios Padre el sexo no interviene, admitirán lo que lo único que hay entre el Padre y el Hijo reside en la naturaleza, lo mismo que negarán que lo diverso reside en el sexo. 29. ¿Les agradará esta división? ¿Acaso pretenden que la mujer, el hombre y Cristo sean de una misma sustancia y separan al Padre? ¿Les agrada, pues, esta división? Si es así, ved qué sucede. Es necesario no sólo que se declaren ellos arrianos, sino también fotinianos, porque declaran que Cristo es sólo hombre, a quien estiman unido tan solo a la naturaleza humana, o bien, aunque sea contra su voluntad, que se sumen a nuestra opinión, por la que religiosa y devotamente defendemos lo que ellos han pensado impíamente: Que Cristo, según la generación divina, es el poder de Dios[65], pero es de una misma naturaleza en la carne con todos los hombres, según la asunción de la carne, pues, salvada la gloria de su encarnación, tomó la verdadera, no la imagen de la carne.

63. 1 Co 11, 3.
64. Cf. Gn 2, 24; Ef 5, 31.
65. Cf. 1 Co 1, 24.

30. Sea, pues, *Dios la cabeza de Cristo*[66] según la condición humana. Por tanto, no dijo que «el Padre sea la cabeza de Cristo», sino *Dios es la cabeza de Cristo*, porque la divinidad, como creadora, es cabeza de la creatura. Y dijo bien *Dios es la cabeza de Cristo*, para significar la naturaleza divina de Cristo y la carne, esto es, la encarnación, en el nombre de Cristo; pero en Dios está la unidad de la divinidad y la grandeza del poder. 31. Y así realmente está claro que la expresión *Dios es la cabeza de Cristo* se dijo respecto a la encarnación, puesto que también *Cristo es la cabeza del hombre* se dijo según la encarnación del Verbo, como lo expuso el Apóstol notoriamente en otro pasaje, al decir: *Porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia*[67]. Y a continuación añadió: *Quien se entregó a sí mismo por ella*[68]. Así pues, Cristo es la cabeza de hombre según la encarnación, porque la entrega [de Cristo] fue hecha según la encarnación.

32. En consecuencia, *Dios es cabeza de Cristo*, cuando se trata de la *forma de siervo*, esto es, de hombre, no en cuanto a *la forma de Dios*[69]. Pero nada prejuzga al Hijo de Dios el que sea semejante a los hombres según la carne, quien es una cosa con el Padre en cuanto a la naturaleza divina. Ciertamente, con esta interpretación no se disminuye el poder, sino que se proclama la misericordia.

Sobre la cita: «Que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí»

33. ¿Quién puede negar piadosamente que la divinidad del Padre y el Hijo es única, cuando el mismo Señor, que

66. 1 Co 11, 3.
67. Ef 5, 23.
68. Ef 5, 25.
69. Flp 2, 6-7.

estaba a punto de consumar los mandatos, dijo a sus discípulos: *Que sean uno, como nosotros somos uno?*[70] Estas palabras fueron pronunciadas como testimonio de la fe, aunque sean distorsionadas como argumento de maldad por los arrianos. Así, aunque no intentan negar la unidad que tantas veces hemos leído en los textos, tratan de atenuarla, para que la unidad de la divinidad entre el Padre y el Hijo parezca lo mismo que la unidad de aprecio y fidelidad entre los hombres, aunque también la unidad de naturaleza entre los mismos hombres, proceda en sí de la comunión de naturaleza[71].

34. Por esto viene a resolverse del modo más sencillo lo que acostumbraron a objetar [los arrianos] acerca de la disminución de la unidad del Señor (con el Padre), pues está escrito: *El que planta y el que riega, son una misma cosa*[72]. Los arrianos no objetarían esto, si tuvieran un poco de sentido ¿Cómo pueden atreverse a negar que el Padre y el Hijo son una sola cosa[73], cuando Pablo y Apolo son una misma cosa por la naturaleza y por la fe? Sin embargo, no pueden ser una sola cosa en todo, porque las cosas humanas no pueden compararse con las divinas[74].

35. Así pues, Dios Padre es inseparable del Verbo, inseparable del poder e inseparable de la sabiduría por la unidad de la divina sustancia; y está en el Hijo, como frecuentemente está escrito[75]; es decir, no está como santificando al necesitado, ni como llenando al vacante, porque *el poder de Dios*[76] no está vacío[77]. Y tampoco el poder se aumenta con el poder, porque no hay dos poderes, sino uno solo; ni la

70. Jn 17, 22.
71. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 17.
72. 1 Co 3, 8.
73. Cf. Jn 10, 30; 14, 10-11.
74. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 21; HILARIO, *De Trinit.*, VIII, 5.
75. Cf. Jn 8, 16; 10, 30-31; 14, 10-11.
76. Rm 1, 20; 1 Co 1, 24.
77. Cf. 1 Co 15, 10.

divinidad recibe la divinidad, porque no son dos las divinidades, sino una sola divinidad. Nosotros también seremos una misma cosa en Cristo, mediante el poder recibido y que habita en nosotros[78].

36. Es común el término, pero la sustancia divina es diferente de la humana. Nosotros «seremos» uno; el Padre y el Hijo «son» uno; nosotros conforme a la gracia, el Hijo según la sustancia. Así, una tiene lugar por la unión; otra distinta es la unidad por la naturaleza. En fin, observa lo que ha prometido antes: *Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*[79]. 37. Piensa, pues, que no dijo «tú en nosotros y nosotros en ti», sino *tú en mí y yo en ti*, para separarse Él de las creaturas. Y añadió: *Y éstos estén en nosotros*[80], para que también aquí se distinga el poder del Padre y del Hijo respecto del nuestro, de modo que la unidad que nosotros tenemos en el Padre y en el Hijo no parezca que sea por naturaleza, sino por gracia; pero en cuanto a que el Padre y el Hijo son una sola cosa, no hay que creer que el Hijo recibió eso por gracia, sino que como Hijo lo posee por naturaleza[81].

Sobre el texto: «El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre»

4.38. De nuevo, los arrianos presentan otra dificultad, afirmando que no puede ser uno y el mismo el poder del Padre y del Hijo, porque el Hijo dijo: *En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino*

78. Al decir que *seremos*, Ambrosio está dando a entender que nuestra unidad no es la unidad de la sustancia.

79. Jn 17, 21.

80. Ibid.

81. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 22.

lo que ve hacer al Padre[82].Y así dicen que el Hijo no hizo nada por sí mismo ni puede hacer, sino lo que ve hacer al Padre. 39. ¡Previsora sabiduría divina la de los argumentos de los infieles! Ella insinuó cómo resolver la cuestión, al añadir lo siguiente: *Porque cualquier cosa que el Padre hiciere, eso mismo lo hace también el Hijo de modo semejante*[83]; ciertamente, eso es lo que sigue. ¿Por qué está escrito: El Hijo hace *eso mismo* y no «tales cosas», sino para que apreciaras en el Hijo la unidad, no la imitación de la obra paterna? 40. No obstante, para que discutamos también los argumentos de aquellos, deseo que respondan, si el Hijo ve las obras del Padre. ¿Las ve o no? Si las ve, entonces las hace. Si las hace, dejen de negar que es omnipotente, quien reconocen ellos que puede hacer todas las cosas que ha visto hacer al Padre.

41. Ahora bien, ¿qué significa *ha visto*? ¿Se trata de la utilización de los ojos del cuerpo? Pero si esto es lo que quieren decir del Hijo, deberán mostrar también que en el Padre se da la actividad corporal, para que el Hijo vea que el Padre está haciendo lo mismo que Él va a hacer[84]. 42. Mas, ¿qué significado tiene [la expresión] *el Hijo no puede hacer nada por sí mismo*[85]? Preguntemos y analicemos este problema. ¿Hay algo imposible para el poder y la sabiduría de Dios[86]? El Hijo de Dios es precisamente eso, pues no ha recibido poder ajeno, sino que lo mismo que Él es *la vida*[87], sin estar sometido a una acción vivificadora ajena, sino dando la vida a otros, porque Él es la vida, así también es la sabiduría[88], no como quien parece que recibe la sabiduría que no tiene, sino como quien hace

82. Jn 5, 19.
83. Ibid.
84. El mismo razonamiento se encuentra en Hilario de Poitiers, *De Trinitate,* VII, 17, como señala Faller.
85. Jn 5, 19.
86. Cf. 1 Co 1, 24.
87. Jn 14, 6.
88. Cf. 1 Co 1, 24.

de su propia sabiduría que otros sean sabios[89]. Así también es el poder de Dios[90], no como si por causa de la debilidad hubiera conseguido un aumento de poder, sino en el sentido de que Él mismo es el poder, que da vigor a los fuertes.

43. Así, cómo Él es poder lo dice casi con compromiso de juramento: *En verdad, en verdad os digo*[91], esto es, con toda fidelidad os digo. Luego, ¡hablas fielmente, Señor Jesús, y confirmas con cierta repetición de misterio que no puedes hacer nada, sino *lo que ves que hace el Padre*! Tú hiciste el mundo, y ¿acaso tu Padre hizo otro mundo, que tomaste como modelo? Así pues, es necesario que los impíos confiesen o que hay dos mundos, o que hay muchos, como afirman los filósofos, para que [los arrianos] se impliquen también en este error de los gentiles. Pero, si quieren seguir la verdad, que digan que tú obraste sin modelo alguno lo que has hecho.

44. Dime, Señor, ¿cuándo has visto al Padre, encarnado, andando sobre el mar[92]? Yo no lo sé; pienso yo que creer eso respecto del Padre es un sacrilegio, porque yo sé que sólo tú has asumido la carne. ¿Cuándo has visto al Padre en unas bodas cambiar el agua en vino[93]? En cambio, yo he leído que sólo tú, Hijo unigénito, has nacido del Padre; yo recibí que sólo tú has sido engendrado del Espíritu Santo y la Virgen, según los misterios de la encarnación. Luego estas cosas que recordamos que han sido hechas por ti, el Padre no las hizo, sino que sin ejemplar de la obra paterna, sólo tú has realizado la salvación del mundo con tu sangre, y sólo tú saliste inmaculado del vientre de la Virgen.

89. Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 30, 11.
90. Ibid.
91. Jn 5, 19.
92. Cf. Mt 14, 25-26.
93. Cf. Jn 2, 9-11.

45. Y para que no piensen que tan solo el misterio de la encarnación ha de ser exceptuado[94] –aunque digan: *El Hijo no puede hacer nada por su cuenta*[95], no excluyen nada, de manea que algún impío podría afirmar: «No puede hacer ni un mosquito», mofándose de la majestad del supremo poder con tan temeraria osadía y descarado lenguaje–, Señor Jesús, di qué tierra hizo el Padre sin ti. En efecto, ni el cielo hizo sin ti, como está escrito: *Por la palabra del Señor fueron asentados los cielos*[96]. 46. Pero tampoco hizo la tierra sin ti, pues está escrito: *Todas las cosas han sido hechas por Él, y sin Él no fue hecho nada*[97]. Así pues, si el Padre hizo algo sin ti, Verbo Dios, entonces no *fue hecho todo* mediante el Verbo, y el evangelista miente. Porque, si *fue hecho todo* mediante el Verbo y todas las cosas comenzaron a existir por ti, las que no existían, las que no viste hechas por el Padre, las hiciste por ti mismo. A no ser que admitamos, según aquellos pensamientos de la filosofía platónica preexistieran las ideas[98], que sabemos por los mismos filósofos que son irrisorias. Si, por el contrario, las hiciste por ti mismo, es absurda la afirmación de los impíos, que atribuyen progreso de conocimientos al Autor de todas las cosas, y quien de suyo posee la maestría de crear.

47. Porque, si niegan que el cielo o la tierra han sido hecho por ti, recapaciten los impíos a dónde se precipitan con su locura, cuando está escrito: *Perezcan los dioses, que no hicieron el cielo ni la tierra*[99]. ¿Perecerá, pues, arrianos, el que halló y redimió, *lo que había perecido*[100]?

5.48. Pero volvamos a nuestros propósitos. ¿En qué sentido *el Hijo no puede hacer cualquier cosa por sí mismo*[101]?

94. Dado que la encarnación es característica propia del Hijo, luego no la contempló hecha por el Padre.

95. Jn 5, 19.

96. Sal 32, 6.

97. Jn 1, 3.

98. Probable alusión al *Timeo* de Platón, anota Faller.

99. Jr 10, 11.

100. Lc 19, 10.

101. Jn 5, 19.

Analicemos qué es lo que no puede hacer. La imposibilidad de obrar se manifiesta de muchos modos[102]. Hay algo imposible por naturaleza, y hay algo posible mediante la naturaleza, pero imposible por la debilidad. En tercer lugar hay una cosa que es posible por la fuerza del cuerpo y el espíritu y a su vez es imposible por la impericia o impotencia; y existen también cosas que por definición no se pueden cambiar, bien por la estabilidad de un propósito inmutable o por la perseverancia de una voluntad constante y fidelidad de la amistad. 49. Pero, para que podamos advertir con mayor evidencia estas cosas, llevemos nosotros la discusión mediante ejemplos. No es posible que un ave adquiera algún conocimiento de la sabiduría o del arte; es imposible también que una piedra avance hacia una parte; en efecto, es imposible que se mueva una piedra, a no ser que sea movida por otro, ya que la piedra no puede moverse por sí misma y cambiar de lugar; tampoco un águila puede imbuirse de conocimientos humanos. He aquí un ejemplo de imposibilidad, cuya causa está en la naturaleza.

50. Tampoco es posible para quien es débil hacer las obras del que es fuerte; pero para éste es otra la causa de [su] imposibilidad: lo puede hacer por naturaleza, efectivamente, pero no lo puede hacer por enfermedad; luego para éste la enfermedad es la causa de la imposibilidad. Ésta es una segunda clase de imposibilidad, pues la debilidad del cuerpo impide la posibilidad de hacer. 51. Existe una tercera causa de imposibilidad, por la cual, aunque alguien pueda hacer algo por naturaleza y salud corporal, sin embargo no puede hacerlo por inexperiencia o impotencia, como un ignorante o esclavo.

52. De las mencionadas –dejando para más adelante la cuarta–, ¿qué causas de imposibilidad crees tú que convie-

102. Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 30, 10ss.

nen al Hijo de Dios? ¿Acaso es insensible por naturaleza e inmóvil como una piedra? Ciertamente, la piedra es ruina para los impíos, pero para los fieles es piedra angular[103]. Pero no es insensible aquel sobre quien se fundamentan los sentimientos fieles y devotos de las gentes que son sensibles[104]; no es una piedra inmóvil: *Pues bebían de la roca que les seguía y la roca era Cristo*[105]. Por tanto, la obra del Padre no era imposible para Cristo por la diferencia de naturaleza.

53. ¿Acaso pensamos que hay algo imposible para Él por debilidad? Ahora bien, no es débil el que curaba las debilidades de los demás con voz autoritaria. ¿Quizás parecía débil cuando ordenando al paralítico: *Toma tu camilla y anda*[106], y desempeñada el oficio de sanar, cuando incluso el enfermo suplicaba el remedio de la debilidad? ¿Acaso era débil *el Señor del poder*[107], cuando daba luz a los ciegos[108], levantaba a los que ya se doblan, resucitaba a los muertos, hecho medicina[109] se adelantaba a nuestros deseos, curaba a los que se lo pedían[110], y sanaba al contacto del borde de su túnica[111]? 54. A no ser que vosotros, impíos, juzguéis como debilidad, al ver sus propias heridas. Aquéllas eran ciertamente heridas del cuerpo[112], pero no había debilidad alguna en aquellas heridas suyas, de las que provenía la vida de todos. Por ello, también el profeta dice: *Y con su lividez hemos sido curados nosotros*[113]. ¿Acaso quien no era débil en la herida, lo era en la majestad? Yo pregunto, ¿cuándo era débil? ¿Cuando ordenaba a los demonios y perdonaba los pecados a los condenados[114]? ¿Quizás cuando rogaba al Padre?

103. Cf. Ef 2, 20; Lc 2, 34; 1 P 2, 6-8.
104. Cf. Ef 2, 21-22.
105. 1 Co 10, 4; cf. Ex 17, 5-6; Nm 20, 8-10.
106. Mc 2, 9.
107. Sal 23, 10.
108. Cf. Mt 11, 5; Sal 145, 8.
109. Cf. Jn 4, 50-53.
110. Cf. Mt 9, 20; 14, 36.
111. Cf. Mt 14, 36.
112. Cf. Jn 19, 34-37.
113. Is 53, 5.
114. Cf. Mc 1, 27; 2, 5.

55. En este lugar puede ser que [los arrianos] digan: ¿Cómo pueden ser *uno*[115] el Padre y el Hijo, cuando el Hijo unas veces ruega y otras ordena? Y son *uno*, tanto cunado ordena como cuando suplica. Ahora bien, ni cuando ordena está solo, ni cuando suplica[116] es débil. No está solo, porque cualquier cosa que realiza el Hijo, la hace también el Padre[117]; no es débil, porque aunque *fue hecho débil en la carne por nuestros pecados*, no obstante, como está escrito, ése era el *adiestramiento de nuestra paz en Él*[118], no la debilidad de su majestad.

56. En fin, para que sepas que suplica en la condición de hombre y ordena según la divinidad, en el Evangelio tienes que dijo a Pedro: *He rogado por ti, para que tu fe no desfallezca*[119]. Y al mismo al que antes le había dicho: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, [el Señor le responde]: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos*[120]. Por tanto, ¿el que por propia autoridad le daba el reino, no podía confirmar la fe de Pedro? Cuando le llama *piedra* le considera fundamento de la Iglesia. Analiza ahora cuándo suplica y cuándo ordena: suplica cuando manifiesta que va a padecer, y ordena cuando se cree el Hijo de Dios.

57. Ya hemos visto, por tanto, que hay dos clases de imposibilidad que sobran, porque *el poder de Dios*[121] no puede ser insensible ni débil. ¿Acaso pones claramente en tercer lugar que como inexperto no puede hacer nada sin maestro o como criado sin amo? Luego mentiste, Señor Jesús, tú dijiste que eras *Señor y Maestro*[122] y engañaste a tus discípulos, al afirmar: *Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y ha-*

115. Jn 10, 30.
116. Cf. Jn 8, 16.
117. Cf. Jn 14, 10.
118. Is 53, 5: «Él soportó el castigo que nos trae la paz».
119. Lc 22, 32.
120. Mt 16, 18-19
121. 1 Co 1, 24.
122. Jn 13, 13.

céis bien, lo soy[123]. Pero ya que eres la verdad[124], no podrías engañar sobre todo a quienes llamaste amigos[125]. 58. No obstante, si [los arrianos] te apartan del artífice como inexperto, veré yo, si a ti, esto es, *a la sabiduría de Dios*[126], dicen que te ha faltado la destreza. No pueden, pues, separar la unidad de sustancia entre ti y el Padre, pues es la ignorancia la que separa al artífice del inexperto, no la naturaleza. Ahora bien, no hay engaño en el Padre, ni en ti existe ignorancia, porque la sabiduría no es ignorante.

59. Luego, si en el Hijo no puede haber una naturaleza insensible, ni la debilidad ni la inexperiencia y la esclavitud pueden estar en Él, que consideren que el Hijo es *uno*[127] con el Padre por la naturaleza y por la majestad; y en cuanto al modo de obrar [del Hijo], no se diferencia del Padre por el poder, puesto que *todas las cosas que hace el Padre, esas mismas las hace el Hijo de modo semejante*[128]. En efecto, nadie puede hacer una cosa de forma semejante a otro, si no es el que no tiene desigualdad en el obrar y además tiene la unidad de la misma naturaleza.

60. Todavía pregunto yo qué significa lo que el Hijo no puede *hacer por sí mismo, sino lo que ha visto hacer al Padre*[129]. Y con algo de necedad, propongo algunos ejemplos de los más sencillos. Así, *me he hecho un necio, vosotros me habéis obligado*[130]. Pues, ¿qué mayor insensatez hay que discutir los argumentos sobre la majestad de Dios, argumentos *que son más cuestiones a propósito para promover disputas que para realizar el plan de Dios, fundado en la fe?*[131] Ahora bien, los argumentos deben responderse con

123. Ibid.
124. Cf. Jn 14, 6.
125. Cf. Jn 15, 14-15.
126. Cf. 1 Co 1, 24.
127. Jn 10, 30.
128. Jn 5, 19.
129. Jn 5, 19.
130. 2 Co 12, 11.
131. 1 Tm 1, 4.

argumentos; para ellos las palabras, para nosotros *el amor, que es propio de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe no fingida*[132]. Así pues, con el fin de refutar una proposición tan inepta, yo no me arrepiento tampoco de recurrir al ridículo.

61. Por tanto, ¿cómo «ve» el Hijo al Padre? Un caballo contempla una pintura que, por su misma naturaleza, no puede imitar. No, así no ve el Hijo [al Padre]. Un niño ve la obra de un hombre mayor, pero no puede imitarla. Tampoco así ve el Hijo. 62. Luego si el Hijo, como consecuencia del arcano misterio de la misma naturaleza que tiene en común con el Padre, puede invisiblemente ver y obrar, y mediante la plenitud de la divinidad[133], puede conseguir lo que quiere, ¿qué queda, sino que creamos que, por medio de la inseparable unidad de poder, el Hijo no hace nada, *sino lo que ha visto que hace el Padre*[134], porque por su incomparable amor el Hijo no hace nada por sí mismo, puesto que no quiere nada que el Padre no quiera? Mas esto no es propio de la debilidad sino de la unidad.

6.63. Ahora bien, el Hijo tampoco es rebelde, para que digamos también algo sobre la cuarta proposición. En efecto, el Hijo, que es *consejero*[135], no hace nada que no esté conforme con la voluntad del Padre. Es más, el Padre vio lo que hacía el Hijo y lo aprobó, porque todo *era muy bueno*[136]. Así lo tienes [escrito] en el Génesis: *Y dijo Dios: haya luz, y hubo luz, y vio Dios que la luz estaba bien*[137]. 64. ¿Acaso aquí dijo el Padre: «Hágase la luz como yo mismo la he hecho? Al contrario: «¡Hágase la luz que antes no había existido!». ¿Preguntó el Hijo qué luz tenía que

132. 1 Tm 1, 5.
133. Cf. Col 2, 9.
134. Jn 5, 19.
135. Is 9, 6; cf. *De fide*, III, 8, 58.
136. Gn 1, 31.
137. Gn 1, 3-4.

hacer? Más bien hizo la que quiso, como el Padre quiso, de tal modo que lo aprobara. Luego, se trata de una obra nueva del Hijo.

65. Si se critica, pues, en el Hijo, según la interpretación de los arrianos, que hace *lo que ha visto*[138], mientras que hizo lo que no vio[139] según las Escrituras, y dio el ser a las cosas que no existían, ¿qué dicen respecto del Padre que aprobó las cosas que vio, como si las cosas que iban a ser hechas no hubiera podido verlas antes?

66. Así pues, el Hijo ve la obra del Padre lo mismo que el Padre ve la obra del Hijo y no la alaba como una cosa extraña, sino que la reconoce como algo propio. *Todo lo que hiciera el Padre eso mismo también lo hace el Hijo del mismo modo*[140]. Para que pienses que la obra del Padre es idéntica a la del Hijo. El Hijo no hace nada, sino todo lo que el Padre aprueba, lo que Padre alaba, lo que el Padre quiere, porque [el Hijo] procede todo del Padre, no como una criatura que comete muchos errores, a la vez que frecuentemente disgusta la voluntad del autor por el deseo y la caída del pecado. Por lo tanto, el Hijo no hace nada que no agrade al Padre, porque la voluntad es una sola, el pensamiento es uno solo, y uno solo es el amor verdadero y uno solo el efecto de la operación. 67. Así pues, para que sepas que es propio del amor *que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre*[141], después de haber afirmado: *Lo que hace el Padre, eso mismo hace también el Hijo,* añadió: *Porque el Padre ama al Hijo.* Luego, lo que dijo la Escritura, sobre que *no puede,* lo refirió sin duda a la unidad del inseparable e indivisible amor[142].

138. Jn 5, 19.
139. Sin seguir un modelo preexistente; cf. *De fide*, IV, 4, 46.
140. Jn 5, 19.
141. Jn 5, 19-20.
142. Cf. *De fide*, IV, 5, 62.

68. Porque, si el amor es inseparable por naturaleza, como lo es en verdad, también la operación es inseparable por naturaleza, y es imposible que la obra del Hijo no coincida con la voluntad del Padre, cuando lo que realiza el Hijo también el Padre lo hace, y lo que hace el Padre, también el Hijo lo hace, y lo que dice el Hijo lo dice el Padre, como está escrito. *Mi Padre, que permanece en mí, él mismo habla y las obras que yo hago, él mismo las hace*[143]. Ciertamente, el Padre no ha creado nada sin su poder y sabiduría[144], como está escrito: *Hizo todas las cosas con sabiduría*[145]. Así pues, el Verbo Dios no hizo nada sin el Padre.

69. No hace nada sin el Padre, no se ofreció a la pasión sacrosanta sin la voluntad paterna como hostia saludable por todo el mundo; no resucitó a los muertos sin la voluntad paterna. Así, a punto de resucitar a Lázaro, *elevó los ojos a lo alto y dijo*: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Y ya sabía yo que tú siempre me escuchas, pero lo he dicho por la multitud que me rodea, para que crean que tú me has enviado*[146]; de esta manera, aunque hablaba en la persona del hombre, en la carne asumida, sin embargo, expresaba la unidad de la voluntad y operación paterna, pues el Padre oye todas las cosas y ve todo lo que el Hijo desea. El Padre ve también al Hijo que actúa, y oye lo que [el Hijo] quiere. Tanto es así que el Hijo no rogó; dijo que había sido escuchado. 70. Y no se puede pensar que el Padre no oye lo que el Hijo quiere. Además, para que sepas que siempre es escuchado por el Padre, no como siervo, ni como profeta, sino como Hijo dice: *Ya sabía yo que tú siempre me escuchas, pero lo he dicho por causa de esta multitud que me rodea, para que crean que tú me has enviado*[147].

143. Jn 14, 10.
144. Cf. 1 Co 1, 24.
145. Sal 103, 24.
146. Jn 11, 41-42.
147. Jn 11, 41.

71. Da gracias, pues, por nosotros, para que no creamos que el Padre y el Hijo son una misma Persona, cuando oímos hablar de la misma obra del Padre y el Hijo. Pues, para que conocieras que dio gracias no en cuanto era débil, sino que siempre reclamó para sí mismo el poder divino como Hijo de Dios, *exclamó: Lázaro, sal fuera*[148]. Ésta, pues, es la voz de quien manda, no de quien suplica.

7.72. Pero para volver a lo que decíamos arriba y concluir lo propuesto, el Hijo, en cuanto es Verbo, cumple la voluntad del Padre. Ésta es nuestra palabra, sin duda alguna, expresada y compuesta de sílabas y sonidos, y en verdad no discrepa de nuestro sentido y pensamiento, y las cosas que tenemos en nuestro interior, ésas las manifestamos con el testimonio, por así decirlo, del Verbo que actúa. Ahora bien, mi discurso no obra. Sólo es el Verbo de Dios, que no es pronunciable[149], ni lo que llaman «endiátheton»[150], sino el Verbo que obra, vive y cura[151].

73. ¿Quieres saber de qué clase de palabra se trata? Escucha al que dice: *Ciertamente, la Palabra de Dios es viva, fuerte y eficaz, y más aguda y afilada que una espada agudísima que penetra hasta donde se divide el alma y el espíritu, las articulaciones y la medula*[152]. 74. Tú has oído, pues, que el Hijo de Dios es el Verbo, ¿y le separas de la voluntad y del poder del Padre? Escuchas que vive, oyes que cura; pues no lo compares con nuestra palabra [humana]. Si nuestra palabra dice lo que no ha visto con la mirada, ni oye con los oídos y todavía dice cosas conocidas mediante ciertos secretos íntimos de nuestra naturaleza humana, ¿cómo

148. Jn 11, 43.
149. En el sentido de que «no puede ser sacado fuera».
150. Lit.: «inmanente».
151. En el presente pasaje, el término «verbum» responde a la *palabra* humana, y también al *Verbo* divino, como más abajo en el n. 86. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 35.
152. Hb 4, 12.

no ha de ser impío el que exige en el Verbo de Dios un cierto sentido de la vista corporal conforme a la divinidad, y unos oídos, y cree además que el Hijo *no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre*[153], cuando por la unidad de la misma sustancia –como hemos afirmado–, se da en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo el mismo querer, el mismo no querer y el mismo poder? 75. Y si los hombres, la mayor parte de las veces se ponen de acuerdo en dirigirse a un mismo objetivo, separados normalmente por la cualidad de sus sentimientos, ¿qué debemos pensar nosotros acerca del Padre y del Hijo de Dios, cuando la sustancia divina posee todo eso que la caridad humana solamente puede imitar?

76. Imaginémonos, no obstante, como quieren [los arrianos], que *el Hijo haga aquello que ve hacer al Padre*[154], casi como en un modelo. También esto a su vez es característica de su misma sustancia. En efecto, nadie puede completar la imitación de una obra ajena, a no ser el que posea la unidad de la misma naturaleza.

Afirman [los arrianos] que el Hijo no puede ser igual al Padre porque éste ha engendrado y el Hijo no

8.77. Augusto Emperador, es ridículo que algunos traten de usurpar esa expresión, con el fin de objetar que Dios Padre es distinto del Hijo; así, dicen que el Padre es omnipotente, porque engendró al Hijo, mientras que el Hijo no es omnipotente, porque no ha podido engendrar[155].

78. Pero mira cómo esa malvada impiedad, al igual que la dialéctica de los filósofos, se refuta por sí sola. En efec-

153. Jn 5, 19.
154. Ibid.
155. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 21.

to, en esta cuestión es necesario que admitan con su propia voz que el Hijo es coeterno con el Padre o, si atribuyen al Hijo un principio en el tiempo, es necesario también que atribuyan a su vez al Padre un principio de poder. De esta manera, cuando niegan que el Hijo es omnipotente, comienzan a afirmar –lo que es indigno de referir– que el Padre ha comenzado a ser omnipotente precisamente por causa del Hijo. 79. Ciertamente, si el Padre es omnipotente por la generación, entonces o el Hijo es coeterno con el Padre, porque si el Padre es siempre omnipotente, también el Hijo es sempiterno, o si hubo un momento en que el Hijo «no era» sempiterno, también hubo un momento en que el Padre «no era» omnipotente. Así, cuando pretenden decir que el Hijo ha comenzado a existir en algún momento, recaen en afirmar que el poder del Padre no existió siempre, sino que comenzó a partir de la generación del Hijo. De este modo, cuanto más quieren disminuir al Hijo de Dios, más le atribuyen, de modo que, contra lo que es lícito, parece que le declaran autor del poder paterno, mientras que el Hijo dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[156]; o sea, no las cosas que entregó Él mismo al Padre, sino las que recibió del Padre por derecho de generación. 80. Y por ello decimos que el Hijo es el poder sempiterno. Así pues, si *su divinidad y poder son eternos*[157], también su poder es eterno. Luego, el que rebaja al Hijo, rebaja al Padre[158], ofende a la piedad y viola la caridad. Honremos nosotros al Hijo, en el cual se complace el Padre[159]; agrada, pues, al Padre que el Hijo sea alabado, «en el cual Él mismo se complace».

81. Respondamos no obstante al propósito de aquellos [arrianos], para que no parezca que mediante una especie de epílogo, hemos esquivado la odiosidad de la cuestión. «El

156. Jn 16, 15.
157. Rm 1, 20.
158. Cf. Jn 5, 23.
159. Cf. Mt 3, 17; 17, 5.

Padre –dicen– engendró: el Hijo no engendró». ¿Qué argumentación de desigualdad hay en ello? En efecto, la generación es una peculiaridad del Padre[160], no del poder; también la piedad iguala, no separa. Y así, en el mismo uso de nuestra debilidad sabemos que sucede frecuentemente que también los débiles tienen hijos y no los tienen los más fuertes; los tienen los esclavos, y los señores no; los tienen los pobres, y no los tienen los poderosos. 82. Ahora bien, si dicen que es prueba de la debilidad el que los hombres deseen tener hijos y no puedan, aunque las cosas humanas no se han de comparar con las divinas, han de comprender, no obstante, que tener o no tener hijos entre los mismos hombres, no es propio del poder, sino de la naturaleza específica paterna, y no está en la potestad de nuestra voluntad el engendrar, sino en la cualidad del cuerpo. Pues si fuera propio del poder, ciertamente el más poderoso tendría muchos hijos. Luego, el tener o no tener hijos no es característica de poder.

83. ¿Acaso depende de la naturaleza? Si consideráis la debilidad de la naturaleza y recurrís vosotros a los ejemplos humanos, la naturaleza del padre es igual que la del hijo. Por lo tanto, o decís que es verdadero Hijo, y disminuís al Padre en el Hijo por la unidad de la misma naturaleza –como el Padre es Dios por naturaleza, así también el Hijo es Dios, aunque dice el Apóstol, que hay dioses que no lo son por naturaleza, sino que son llamados dioses[161]–; o bien, si negáis que es el verdadero Hijo, es decir, de la misma naturaleza, en consecuencia el Hijo no ha sido engendrado; y si el Hijo no ha sido engendrado, el Padre no ha engendrado.

84. Se deduce, según vuestra opinión, que Dios Padre no es omnipotente, porque no pudo engendrar, si no en-

160. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 29; GREGORIO NACIANCENO, *Orat.*, 29, 6.

161. Cf. 1 Co 8, 5; Ga 4, 8.

gendró al Hijo, sino que lo creó. Mas como el Padre es omnipotente, puesto que según vuestra opinión sólo el que engendra es omnipotente, en consecuencia el Padre engendró al Hijo, no lo creó. En verdad, hay que creerle más a Él que a vosotros. Él dijo: *He engendrado*[162], y lo repite con frecuencia, como testimonio de su generación.

85. En Cristo no hay, por tanto, ninguna debilidad de naturaleza ni de poder, porque no engendró, ya que la generación, como hemos dicho otras veces, no se refiere a la grandeza del poder, sino al carácter específico de la naturaleza. Porque, si el Padre es omnipotente porque tiene al Hijo, entonces pudo ser más omnipotente si hubiera tenido más hijos.

86. ¿Acaso su poder se debilitó en una sola generación? En efecto, yo voy a mostrar que Cristo tiene también hijos, a quienes engendra todos los días, pero con aquella generación, o mejor regeneración, que es propia de su poder, no de su naturaleza. La «adopción»[163] es característica del poder, mientras que la generación es de la naturaleza. Esto nos lo enseña la Escritura misma; en efecto, Juan dice: *Estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció; vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios, a quienes creen en su nombre*[164].

87. Hemos aprendido que es característica de su poder el hacernos hijos de Dios. En cambio, los oráculos divinos afirman que la generación es propiedad natural. Así dice la Sabiduría de Dios: *Salí de la boca del Altísimo*[165]; o sea, no a la fuerza, sino libre; no sometida a poder, sino nacida por una misteriosa generación, por privilegio de dominación y por de-

162. Sal 109, 3.

163. Cf. Rm 8, 15.23; Ga 4, 5; Ef 1, 5.

164. Jn 1, 10-12.

165. Si 24, 5.

recho de amor. Y así, a propósito de la misma Sabiduría, esto es, del Señor Jesús, en otro lugar dice el Padre: *Del seno, antes del amanecer, te engendré*[166]. 88. Esto ciertamente lo dijo, no para designar un vientre corporal, sino para mostrar la peculiaridad de la verdadera generación[167]. Pues, si la refieres a la generación corporal, entonces el Padre habría engendrado también con dolor y mediante concepción. Pero lejos de nosotros el tratar de medir a Dios por la debilidad del cuerpo. El *seno*[168] es en verdad el lugar arcano de la sustancia paterna, un secreto profundo, que ni los ángeles, ni los arcángeles, ni las potestades, ni las dominaciones, ni ninguna otra naturaleza creada ha podido penetrar. En efecto, el Hijo está siempre con el Padre y continuamente en el Padre[169]; «con el Padre», por la indisociable distinción de la Trinidad eterna; «en el Padre», por la unidad de la divina naturaleza

89. ¿Quién puede ser, pues, ese juez de la divinidad, que juzgue al Padre y al Hijo; a aquél, porque ha engendrado, y a éste, porque no ha engendrado? Nadie condena a su esclavo o criadita por el hecho de que no hayan engendrado; y ésos, ¿condenan a Cristo, porque no ha engendrado? Lo condenan en su pensamiento, cuando lo rebajan; así, el amor no se disminuye, ni el mérito se rebaja entre los esposos, porque no hayan engendrado. En cambio, ésos rebajan el poder de Cristo, porque no engendró.

90. Ellos dicen: «¿Por qué el Hijo no es Padre?». Sencillamente, porque el Padre no es Hijo. «¿Por qué el Hijo no ha engendrado?». Porque el Padre tampoco fue engendrado. Y el Hijo no es menos por el hecho de que no sea Padre, ni el Padre es menos sólo porque no sea Hijo[170]. Así

166. Sal 109, 3.
167. Cf. Atanasio, *Contra Arianos*, II, 36.
168. Sal 109, 3.
169. Cf. Jn 10, 30.38; 16, 32.
170. Cf. Atanasio, *Contra Arianos*, I, 22.

afirmó el Hijo: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[171]. Por tanto, la generación reside en la propiedad paterna, no en el derecho de la potestad.

91. La sustancia de la Trinidad es, por decirlo, indistinta de algún modo, pero a la vez distinta[172], incomprensible e inenarrable. Aceptamos la distinción *del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*[173], no la confusión; admitimos una distinción, no una separación; una distinción, no una pluralidad. Así pues, por un misterio divino y admirado aceptamos que el Padre permanece siempre, el Hijo permanece siempre y el Espíritu Santo permanece siempre. No son dos Padres, ni dos Hijos, ni dos Espíritus. Porque, *para nosotros no hay más que un solo Dios, Padre, del cual proceden todas las cosas y nosotros existimos en Él; y un solo Señor, Jesús, mediante el cual existen todas las cosas y por el cual existimos nosotros*[174]; y uno nacido del Padre, el Señor Jesús y, por ello, *unigénito*[175]; también un solo *Espíritu* Santo, como afirmó el mismo Apóstol[176]. Así lo hemos recibido, así lo hemos leído, así lo mantenemos. Conocemos la distinción, pero ignoramos el secreto; no indagamos las causas, guardamos los misterios. 92. Es algo indigno que, quienes no pueden disponer de su propia generación, se apropien la comprobación de la generación divina y reivindiquen el poder sobre la misma. Y también que nieguen que el Hijo es igual al Padre, ¡porque el Hijo no ha engendrado! Así, niegan que el Hijo sea igual al Padre, ¡porque tiene Padre! Si dijeran esto a propósito de los hombres, porque algunos quieren tener hijos y no pueden, lo juzgaríamos una ofensa; como

171. Jn 16, 15.

172. En el sentido de que es igual para el conjunto de las tres Personas divinas, pero es distinta en cada una de ellas.

173. Mt 28, 19.

174. 1 Co. 8, 6.

175. Ef 4, 4.

176. Cf. 1 Co 12, 11.

si entre dos personas de idéntica dignidad, al que no tiene hijos le dijéramos que no es igual al que los tiene. Así pues, digo que parece grave entre los mismos hombres el que alguien sea considerado inferior porque tiene padre. A no ser que piensen que Cristo, como constituido en hijo de familia, se doliera de que no estuviera emancipado del Padre y no tuviera la facultad de administrar el propio patrimonio. Pero Cristo no está entre las cosas sagradas, ya que destruyó las cosas sagradas del universo[177]. 93. No obstante, que respondan como quieran: ¿es verdadera generación, y es verdadero Hijo nacido de Dios Padre, es decir, de la sustancia del Padre o ha nacido de otra sustancia? Si dicen que «del Padre», esto es, de la única sustancia de Dios, estamos de acuerdo, porque afirman que el Hijo proviene de la sustancia del Padre; luego, si es de una misma sustancia, ciertamente lo es de un mismo poder [con el Padre]. Por el contrario, si el Hijo proviene de otra sustancia, ¿cómo el Padre es omnipotente y el Hijo no? ¿Qué es más importante, si Dios hizo al Hijo de otra sustancia, cuando también el Hijo nos hizo a nosotros hijos de Dios de otra sustancia? Por tanto, o el Hijo es de una sola sustancia con el Padre o es de una misma potestad con el Padre.

94. No interesa, pues, la cuestión que aquellos [arrianos] suscitan, porque no pueden hacer juicio sobre Cristo; es más, Él vence, cuando es juzgado. Los que presentan esta cuestión son dignos de su propio juicio. En efecto, si el Hijo no es igual al Padre, porque no engendró un hijo, quienes urden cuestiones de este tipo, si no tienen hijos, a su vez tendrán que admitir que deben ser preferidos sus criados

177. Se trata de un pasaje un tanto oscuro. Pensamos que es debido al cruce de dos ideas en la mente del autor. Las sugerencias de los distintos editores divagan sobre el término «sacra» del texto latino, pero no son convincentes.

antes que ellos, porque no pueden ser ellos mismos iguales a los que tienen hijos. Y si tienen hijos, no piensen que es mérito suyo, sino al derecho de tenerlos.

95. No tiene consistencia la cuestión de que el Hijo no puede ser igual al Padre, ya que el Padre engendró al Hijo, y el Hijo no engendró a nadie de sí mismo. En efecto, el manantial da origen al río, y el río por si mismo no da origen a la fuente; también la luz produce el esplendor, no el esplendor la luz, y la naturaleza del esplendor y la luz es una misma.

Contra lo que dicen [los arrianos]: «Hubo un tiempo en que no existía», y «Antes de que fuera engendrado no existía, o si existía, ¿por qué ha nacido?»

9.96. Por lo cual, como no han podido probar la desigualdad [de Cristo], partiendo de la objeción de la generación, deben entender que la calumnia divulgada de su cuestión ha sido también rechazada[178]. Están acostumbrados además a proponer esta cuestión[179]: «¿Cómo puede ser igual el Hijo al Padre? En efecto, si es hijo, antes de que fuera engendrado, no existía o, si lo era, ¿por qué nació?». ¡Y tienen la costumbre de negar que ellos son arrianos, mientras que ellos mismos proponen las cuestiones de Arrio! 97. Y así nos exigen una respuesta, para que, si decimos: «Existía antes de que fuera engendrado», puedan responder astutamente: «Luego, antes de que fuera engendrado fue creado, y no difiere de las demás creaturas, porque comenzó a ser

178. El razonamiento y la discusión de las cuestiones que propone Ambrosio en estos pasajes era muy común en la apologética de la época; cf., por ejemplo, ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 5.

179. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 5; Cf. HILARIO, *De synodis*, 84.

creatura, antes que Hijo»; y añaden: «¿Cómo nació el que existía? ¿Acaso porque era imperfecto, para hacerse más perfecto después?». Ahora bien, si respondemos que no existía, objetan al instante: «Luego, la generación proporcionó la existencia a quien antes de nacer no existía»; de este modo concluyen: «En consecuencia, hubo un tiempo en el que el Hijo no existía».

98. Pero, ya que proponen esta cuestión y quieren envolver la verdad con la oscuridad, que digan ellos si el Padre engendra en el tiempo o fuera del tiempo. Ciertamente, si dicen que [engendra] en el tiempo, lo que inculpan al Hijo se lo atribuyen al Padre, pues parecerá que el Padre ha comenzado a existir, porque no existía[180]; si [engendra] fuera del tiempo, ¿qué resta sino que ellos mismos resuelvan la cuestión que han propuesto? En efecto, al rechazar la generación temporal del Padre, deberán confesar igualmente que tampoco existe la generación temporal del Hijo. 99. Por tanto, si la generación del Hijo no ha tenido lugar en el tiempo, hay que pensar que nada ha precedido al Hijo, quien no ha existido después del tiempo. Si existiera algo antes que el Hijo, entonces no *son creadas en Él todas las cosas que están en el cielo y en la tierra*[181], y el Apóstol sería impugnado, ya que había escrito eso en su carta. Ahora bien, si no hubo nada antes de la generación, no comprendo por qué se llama posterior a quien nada le ha precedido.

100. Hay que añadir otra objeción de los arrianos, llena de impiedad, que encubre un engaño con el cual atenazan los sentidos y las mentes de las personas sencillas. En efecto, preguntan si todo lo que tiene fin ha comenzado en algún momento. Y si recibieran la contestación de que lo que tiene fin comenzó en algún momento, entonces vuelven a pre-

180. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 14.

181. Col 1, 16.

guntar si el Padre ha dejado de engendrar al Hijo. Cuando han obtenido nuestro asentimiento, continúan: «¿Luego, la generación tuvo comienzo?». Si tú no rechazas eso, parecerá que han conseguido lo que pretenden, puesto que si la generación tuvo un comienzo, habrá comenzado con el que nació, de tal modo que se diga que ha nacido el que antes no había existido, y por ello concluirán: «Luego, en algún momento el Hijo no existió».

101. Añaden otras tonterías, debidas a su locuacidad, diciendo: «Si el Verbo del Padre es el Hijo, también por eso se dice que es engendrado, porque es el Verbo. Ahora bien, si es el Verbo[182], no es una obra. *De muchos modos*[183] habló el Padre, luego engendró a muchos hijos, ya que no obró, sino que habló el Verbo». ¡Hombres insensatos¡ Como si no entendieran la diferencia que hay entre el lenguaje hablado[184] y *el Verbo de Dios que permanece siempre*[185], nacido del Padre; nacido, sí, no emitido[186], en el que no hay una sílaba, sino *la plenitud de la divinidad*[187] eterna y la vida sin fin.

102. Añaden otra impiedad más proponiendo que si el Padre engendró por su voluntad o forzado[188], de modo que si dijéramos que queriendo, parezca que confesamos que la voluntad es anterior a la generación y, por tanto, ellos puedan objetar que el Hijo no es coeterno con el Padre, a quien algo le habría precedido, o porque también Él mismo es una creatura, ya que está escrito: *Hizo todo lo que quiso*[189], cuando estas palabras no fueron dichas respecto al Padre ni al Hijo, sino que se mencionan acerca de las creaturas que el Hijo ha hecho; por el contrario, si respondiéramos que el

182. Es decir, «palabra».
183. Hb 1, 1.
184. Cf. *De fide*, IV, 7, 72.
185. 1 P 1, 23.
186. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 36.
187. Col 2, 9.
188. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 61.
189. Sal 113, 11.

Padre ha engendrado forzado, parecería que decimos que el Padre es débil.

103. Ahora bien, nada precede en la eterna generación, ni el querer ni el no querer. Luego, no diremos que el Padre lo quería o no lo quería, porque la generación no está en la posibilidad de la voluntad, sino que parece que está en cierto derecho y en cierta cualidad del misterio del Padre[190]. Así como un padre es bueno, no por voluntad o por necesidad, sino por algo superior, así tampoco es padre por voluntad ni por necesidad.

104. Ahora bien, supongamos que la generación resida en la voluntad de quien engendra, ¿cuándo dicen que ha existido esa voluntad? Si ha existido en el principio, si la voluntad es eterna, también el Hijo es eterno. Si la voluntad tuvo un comienzo, entonces al Padre no le agradó ser lo que era, pues cambió de estado; luego no estaba contento consigo mismo sin el Hijo, y comenzó a estar satisfecho en el Hijo. 105. En consecuencia, tenemos que decir: si tenía el deseo de engendrar según nuestra costumbre, entonces también tuvo las demás cosas, aquellas que suelen preceder a la generación conforme a la costumbre humana. Ahora bien, según nuestra práctica, el engendrar supone un deseo, no una voluntad. 106. Muestran, pues, su impiedad, quienes pretenden que la generación de Cristo haya tenido un comienzo, para que parezca que esa generación no es la del Verbo que permanece[191], sino el pronunciamiento de un discurso que fluye; además, introduciendo muchos hijos, niegan en Cristo la propiedad de la naturaleza divina, de modo que no sea considerado ni *unigénito*[192], ni *primogénito*[193], para que, finalmente, si se cree que ha tenido principio, también parezca que ha de tener fin.

190. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 62.

191. Cf. 1 P 1, 23.

192. Jn 1, 18.

193. Col 1, 15.

107. Pero en ningún momento tuvo principio el Hijo de Dios, quien *existía en el principio*[194], ni tendrá fin, quien es el principio y el fin de todas las cosas[195]. En efecto, siendo principio, ¿cómo recibió lo que tenía? Por otra parte, ¿cómo va a tener fin de sí mismo, cuando Él mismo es fin de todas las cosas, de manera que en ese fin permanezcamos sin fin? Ciertamente, la generación de Dios, puesto que no es temporal, no tiene tiempo ni en sí, ni antes de sí.

108. Así pues, la insulsa y fría cuestión de los arrianos no tiene lugar en las mismas creaturas. También esas mismas cosas, que son temporales, en algunos aspectos, parece que no tienen distinción de tiempo. Así, la luz engendra el esplendor y no se puede comprender que el esplendor sea posterior a la luz, o la luz anterior al resplandor, porque donde hay luz también hay esplendor, y donde hay esplendor allí también hay luz. Así pues, no puede existir luz sin esplendor, ni esplendor sin luz, porque la luz está en el esplendor y el esplendor está en la luz. De ahí que también el Apóstol dijera que el Hijo era resplandor de la gloria del Padre[196]; porque el resplandor de la luz del Padre es el Hijo, coeterno por la eternidad del poder e inseparable por la unidad de la claridad.

109. Por tanto, si nosotros no podemos comprender y diferenciar las cosas temporales y del espacio que vemos, a Dios, a quien no vemos y que está sobre todas las creaturas, ¿le podremos comprender en el arcano mismo de su generación?[197]. ¿Puedo yo separarlo del Hijo en el tiempo, cuando todo tiempo es obra del Hijo?

110. Dejen, pues, de afirmar, *y antes de que fuera engendrado no existía*. En efecto, *antes* es propio del tiempo, la generación [divina] es anterior al tiempo, y por eso, lo

194. Jn 1, 2.
195. Cf. Ap 1, 8.
196. Cf. Hb 1, 3.
197. Cf. *De fide*, IV, 8, 87-88.

que es posterior no es anterior. Tampoco la obra puede ser anterior al autor, ya que las mismas obras toman comienzo de su autor. Así pues, ¿cómo se puede pensar que el uso de la obra es anterior a su propio autor, cuando todo tiempo es obra, y toda obra ha recibido de su autor el que pueda existir?

111. Deseo también poner a prueba a quienes aparentan ser astutos, para que respondan a nuestras cuestiones quienes calumnian las cosas divinas y se alejan del inescrutable arcano de la generación celestial y plantean su pregunta con el ejemplo de la generación humana. Respecto del Hijo de Dios afirman que *antes de que fuera engendrado, no existía*, es decir, acerca de la sabiduría de Dios, del poder de Dios, del Verbo de Dios[198], cuya generación no conoció nada anterior a sí. Porque, si en algún momento, como pretenden los arrianos, el Hijo no existió –lo que no es digno de mencionar–, entonces no existió en algún momento la plenitud de la perfección divina, si después recibió el progreso con la generación[199].

112. No obstante, para que sepan cuán vana y fácil de resolver es su pregunta, aunque en ello no haya nada que se pueda aplicar ni a las cosas divinas ni a las humanas, sin embargo, mostraré que hubo hombres antes de que nacieran. Así tendrán que negar que Jacob fue santo antes de su nacimiento, el cual *suplantó al hermano*[200], cuando todavía estaba en el seno materno. Tendrán que alegar que Jeremías no existió antes de nacer, a quien se le dijo: *Antes de haberte formado yo en el vientre de tu madre, te conocí, y antes de que nacieses te santifiqué, y te constituí profeta entre las naciones*[201]. ¿Qué hay más evidente que el ejemplo de

198. Cf. 1 Co 1, 14; Jn 1, 1.

199. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 14.18.25.

200. Os 12, 3.

201. Jr 1, 5.

tan grande profeta, que fue santificado antes de que naciera, y fue conocido antes de que fuera formado?

113. ¿Qué diré acerca de Juan, cuya piadosa madre testifica que todavía dentro de las entrañas maternas conoció en espíritu la presencia del Señor, y lo demostró con júbilo, como recordamos que está escrito, cuando la madre dijo: *Mira, cuanto las palabras de tu saludo llegaron a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno*[202]*?* ¿Existía el que profetizaba o no existía? Pero ciertamente existía; en efecto, existía el que veneraba al Autor, existía quien hablaba en la madre. Finalmente, Isabel fue colmada del espíritu del Hijo y era santificada por el espíritu del Hijo de María. Así lees que *saltó de gozo el niño en su seno, y quedó llena del Espíritu Santo*[203].

114. Observa las características de cada palabra. Isabel oyó antes las palabras de María, pero fue Juan quien sintió antes la gracia del Señor. Las predicciones corresponden perfectamente a las predicciones, una señora a otra mujer y el aval a la garantía[204]. Las mujeres proclaman la gracia, los niños actúan desde dentro y dan inicio al misterio del amor mediante el progreso espiritual entre las [dos] madres con doble milagro, aunque con distinto honor; profetizan las madres con el espíritu de los niños[205]. ¿Quién es, pues, el autor de este milagro?¿No es el Hijo de Dios, que hizo que existieran los no nacidos?

115. Vuestra cuestión no puede estar en consonancia con las cosas humanas; ¿podrá estar conforme a los secretos divinos? ¿Qué significa la expresión *antes de que fuese engendrado no existía*? ¿Acaso el Padre toma algún tiempo para su concepción, de modo que los tiempos precedieran

202. Lc 1, 44.
203. Lc 1, 41.
204. Es decir, «el hijo al hijo».
205. Cf. Lc 1, 42-45.46-55; AMBROSIO, *Exp. Ev. Luc.*, II, 23.

al Hijo? O según la costumbre de la naturaleza femenina, ¿procuró el parto de su generación, de modo que la misma preparación fuera anterior al Hijo? ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué discutimos los secretos divinos? Yo he leído que la generación divina es una peculiaridad [del Padre], no un modo[206]. 116. Es un crimen indigno que algunos midan por sí mismos las cosas celestiales, y piensen que Cristo, como si fuera un eunuco, no pudo nacer, sino que fue hecho; o consideran al Padre como un eunuco, que adoptó un Hijo, al que no pudo engendrar.

Sobre el texto: «Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí»

10.117. Muchos también hacen una cuestión de lo que está escrito: *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí*[207]; así dicen ellos: ¿cómo va a ser igual al Padre el Hijo, quien afirmó que vive por el Padre?

118. Quienes proponen esta cuestión primero deben responder de qué género es la vida del Hijo, si es la que da el Padre a quien no la tiene[208]. Pero ¿cómo puede no tener vida en algún momento el que es la vida, como Él mismo dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida?*[209]. Ciertamente, es vida eterna, como también es *poder eterno*[210]. Así pues, por así decir, ¿en algún momento careció de vida? 119. Con-

206. Nuestro Autor repite los argumentos del comienzo de este capítulo: la fe consiste en creer que el Hijo ha sido engendrado por el Padre; queda de lado la cuestión de cómo fue posible dicha generación, pues Dios no ha querido revelarlo.

207. Jn 6, 57.

208. Cf. Dídimo, *De Trinit.*, III, 11.

209. Lc 14, 6.

210. Rm 1, 20.

siderad qué es lo que se ha leído hoy[211] acerca del Señor Jesús: *Que murió por nosotros, para que, tanto si velamos como si dormimos, vivamos juntos con Él*[212]. ¿La divinidad no es la vida de aquel cuya muerte es vida, cuando la divinidad es la vida eterna? 120. En verdad, ¿su vida no está puesta a disposición del poder del Padre? Pero recordó que ni siquiera la vida de su cuerpo había estado en poder de ningún otro, como está escrito: *Yo doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; este mandato he recibido de mi Padre*[213]. 121. ¿Cómo es posible pensar que su vida, según la divinidad, estuviera sometida al poder de otro, cuando esa vida, según el cuerpo, no estaba sometida a ninguna potestad ajena? En efecto, el poder habría sido ajeno, si no hubiera existido unidad de poder. Pero lo mismo que *dar la vida*[214] significa que es dueño de su poder y su libre voluntad; así también el hecho de que la entregara según el mandato[215] [del Padre], significa la unidad de la voluntad del Padre y la suya. 122. Por tanto, si el Hijo no recibió la vida a partir de momento alguno en el tiempo, ni la tiene supeditada a poder ajeno, veremos por qué motivo dijo: *Igual que el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre*[216]. Vamos a exponerlo como podamos; es más, que sea Él mismo quien lo exponga.

123. Así pues, considera lo que había anunciado antes. Dice así: *En verdad, en verdad os digo*[217]. Primero indica cómo debes escuchar: *Verdaderamente* –dice–, *verdadera-*

211. Este pasaje deja clara la estrecha relación que hubo entre el origen de este tratado y los sermones que debía pronunciar frecuentemente el Obispo de Milán.

212. 1 Ts 5, 10.

213. Jn 10, 17-18.

214. Jn 10, 17.

215. Cf. Jn 10, 18.

216. Jn 6, 57.

217. Jn 6, 53.

mente os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros[218]. En primer lugar anuncia que se refería a sí mismo como Hijo del hombre, ¿y tú piensas que lo que dijo de la carne y sangre del Hijo del hombre, hay que referirlo a la divinidad? 124. Después añade: *Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida*[219]. Oyes hablar de carne y oyes hablar de sangre; ¿conoces los misterios de la muerte del Señor y calumnias a la divinidad? Escucha lo que Él mismo dice: *Porque un espíritu no tiene carne y huesos*[220]. Ahora bien, cuantas veces recibimos nosotros los sacramentos, que se transforman en carne y sangre por el misterio de la plegaria sagrada, anunciamos la muerte del Señor[221]. 125. Por tanto, una vez declarado que Él hablaba según el Hijo del hombre, y después de pronunciar repetidas veces [las palabras] carne y sangre, a continuación añadió: *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí*[222]. ¿Cómo piensan, pues, que se debe tomar este texto? Ciertamente, se puede ver una doble comparación; la primera de este modo: *Igual que el Padre que me envió vive, también yo vivo por el Padre*; la segunda: *Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre*, así también *el que me come vivirá por mí.*

126. Si eligen la primera comparación, significa que «lo mismo que yo fui enviado por el Padre y descendí desde el Padre, así *vivo por el Padre*». Pero, ¿cómo ha sido enviado y de qué modo ha descendido, si no es como *Hijo del hombre*, según dijo anteriormente él mismo: *Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre*[223]? Luego

218. Ibid.
219. Jn 6, 55.
220. Lc 24, 39.
221. Cf. 1 Co 11, 26.
222. Jn 6, 57.
223. Jn 3, 13.

si fue enviado y descendió como *Hijo del hombre*, así también vive como *Hijo del hombre* por el Padre. Finalmente, quien le come como *Hijo del hombre*, también él mismo vive por el *Hijo del hombre.* Comparó, pues, el advenimiento completo de su encarnación.

127. Pero, si os agradó la segunda comparación, ¿acaso no deducimos la igualdad del Hijo con el Padre y su semejanza con el hombre de manera manifiesta? Pues ¿qué sentido tiene «como Él vive por el Padre, también nosotros vivimos por Él», sino que el Hijo vivifica al hombre lo mismo que el Padre vivificó la carne humana en el Hijo? *En efecto, como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo vivifica a los que quiere*[224], como el mismo Señor había dicho antes.

128. La igualdad del Hijo con el Padre se afirma también gracias a la unidad de acción vivificadora, puesto que el Hijo vivifica como el Padre. Por tanto, debes reconocer la vida y el poder eterno del Hijo. También se manifiesta nuestra semejanza con el Hijo y una cierta unidad con Él según la carne, pues del mismo modo que el Hijo de Dios ha sido vivificado por el Padre según la carne en cuanto hombre –además está escrito que Dios *resucitó a Jesucristo de entre los muertos*[225]–, así también nosotros como hombres somos vivificados por el Hijo de Dios.

129. Conforme a esta exposición, la gracia que se ofrece con largueza no sólo se refiere a la condición humana, sino que también es resaltada la eternidad de la divinidad; de la naturaleza divina, porque ella da la vida; en cambio, de la condición humana, porque ha sido vivificada en Cristo. 130. Pues, si se refieren ambas cosas a la naturaleza divina de Cristo, entonces resulta que el Hijo de Dios es comparado a los hombres, de modo que el Hijo viviría por el

224. Jn 5, 21. 225. Rm 8, 11.

Padre[226], lo mismo que nosotros vivimos por el Hijo de Dios. Pero el Hijo de Dios da *la vida eterna*[227], mientras que nosotros no podemos darla. Por lo tanto, en comparación con nosotros, Él no da la vida; los arrianos tendrán el premio de su fe, que consiste en no obtener la vida eterna por el Hijo.

131. Me agrada seguir adelante. En verdad, si a los arrianos les agrada referir este pasaje a la perpetuidad de la divina sustancia, deberán aceptar también una tercera exposición. ¿Acaso no parece evidente la afirmación de que igual que el Padre vive, así también el Hijo vive? Ciertamente, ¿quién no advierte que este pasaje debe ser referido a la unidad de vida, puesto que la vida del Padre y el Hijo es la misma? *Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*[228]. La *ha dado* en virtud de la unidad; la *ha dado* para no quitarla, *sino para ser clarificado en el Hijo*[229]; la *ha dado* para complacerse[230]; la *ha dado* no para que el Padre la guardara, sino para que el Hijo la poseyera[231].

132. En cambio, piensan [los arrianos] que se trata de una objeción el que haya dicho: *Yo vivo por el Padre*[232]. Evidentemente, si se refieren a la divinidad, el Hijo *vive por el Padre*, porque el Hijo procede del Padre; además *por el Padre*, porque *es de la misma sustancia que el Padre*; por el Padre, porque el Verbo ha brotado del corazón del Padre[233]; porque el Hijo ha procedido del Padre[234], porque ha sido engendrado en el seno paterno[235], porque el Padre es la fuente del Hijo, porque el Padre es la raíz del Hijo.

226. Cf. Jn 6, 57.
227. Jn 6, 54.58.
228. Jn 5, 26.
229. Jn 13, 31-32; 17, 1-5.
230. Cf. Mt 3, 17; 17, 6.
231. Cf. Hilario, *De Trinit.*, VIII, 16.
232. Jn 6, 57.
233. Cf. Sal 44, 1.
234. Cf. Jn 8, 42.
235. Cf. Sal 109, 3.

133. Pero quizás [los arrianos] digan: «Si tú piensas que la unidad del Padre y el Hijo es unidad de vida, porque el Hijo haya dicho: *Y yo vivo por el Padre*[236], ¿acaso hay unidad de vida entre el Hijo y los hombres, cuando el Hijo afirmó: *El que me come, también vive por mí*[237]*?* 134. Mejor aún, así como reconozco que la unidad de la vida celestial en el Padre y el Hijo es mediante la unidad de la divina sustancia, del mismo modo, excluido el privilegio tanto de la naturaleza divina como de la encarnación del Señor, yo confieso que tenemos la participación de la vida espiritual en el Hijo gracias a la unidad de la naturaleza humana. En efecto, *como el [hombre] celestial, así serán los celestes.*[238] En fin, lo mismo que nos sentaremos con Él a la derecha del Padre, no porque nos sentemos junto con Él, sino porque nos sentaremos en el cuerpo de Cristo[239] –de lo cual hablaremos ampliamente más adelante–[240], así también, digo yo, nos sentaremos en Cristo por la unidad con su cuerpo, lo mismo que también vivimos en Cristo por la unidad con su cuerpo. 135. Sin embargo, no sólo no temo que se haya escrito: *Yo vivo por el Padre*[241], sino que tampoco temería el que dijera «por el Padre». 136. En efecto, los arrianos suelen objetar además que dijera: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por Él*[242]. De esta manera, el Hijo no sólo fue glorificado a través del Padre, sino también por el Padre[243], pues está escrito: *Glorifícame, Padre*[244]; y en otra parte: *Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en Él, y Dios también le glorificará*[245]; pero también es

236. Jn 6, 57.
237. Ibid.
238. 1 Co 15, 48.
239. Cf. Ef 1, 20-23; 2, 6.
240. Cf. *De fide*, V, 5, 55 - 6, 88.
241. Jn 6, 57.
242. Jn 11, 4.
243. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 25
244. Jn 17, 5.
245. Jn 13, 31-32.

glorificado el Padre a través del Hijo y por el Hijo, porque la *Verdad*[246] ha dicho: *Yo te he glorificado en la tierra*[247]. 137. De modo que así como es glorificado a través del Padre, así también vive por el Padre. Por esta razón pensaron algunos que [el término griego] «doxa» significaba más una opinión que la gloria, y por eso lo interpretaron de este modo: *Yo te he glorificado en la tierra, completé la obra que me encomendaste, y ahora glorifícame, Padre,* esto es «dóxason», de modo que aquí significaría: «Yo infundí en los hombres una opinión de este tipo sobre ti, *para que conozcan que tú eres el Dios verdadero*[248], y tú confirma en ellos esta misma opinión acerca de mí, para que crean que yo soy tu Hijo y verdadero Dios».

No existe diferencia de poder, pues está escrito: «Del Padre proceden todas las cosas, y todo mediante el Hijo y nosotros también por Él»

11.138. Es ridículo que algunos establezcan una distinción de poder entre el Padre y el Hijo, partiendo de las palabras del Apóstol, pues está escrito: *Para nosotros, pues, hay un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y en él somos, y un solo Señor Jesús, mediante quien son todas las cosas, y nosotros también por Él*[249]. En efecto, afirman que no es pequeña la diferencia de la majestad divina, al decirse: *De Él son todas las cosas*, y *por medio de Él existen todas.* Pero no hay nada más claro que el hecho de que en este lugar, por evidente razón, se resalte que el Hijo es omnipotente; en efecto, del mismo modo que a partir de aquel existen todas las cosas, así también por medio de Él existen todas.

246. Jn 14, 6.
247. Jn 17, 4.
248. Jn 17, 3.
249. 1 Co 8, 6.

139. No se encuentra entre todas las cosas el Padre, a quien se dijo: *Pues todas las cosas te sirven*[250]; tampoco entre todas las cosas está el Hijo, porque *todo fue hecho por Él*[251], *todo subsiste en Él*[252], y *Él está por encima de todos los cielos*[253]. Por tanto, el Hijo no está entre todas las cosas, sino sobre todas ellas, quien *según la carne*[254] es de la estirpe de los judíos; igualmente *Dios bendito por los siglos está sobre todas las cosas*, cuyo *nombre está por encima de todo nombre*[255], y del cual se dice: *Todo lo sometió bajo sus pies*[256]. *Sometiendo todas las cosas, no quedó nada que no estuviera sometido a Él*[257], como afirmó el Apóstol. Ahora bien, si esto se ha dicho también según el misterio de la encarnación, ¿cómo podemos dudar de la incomparable majestad de la divina generación? 140. Así pues, no hay ninguna diferencia de poder entre el Padre y el Hijo. En fin, hasta tal grado no existe diferencia alguna de poder, que el mismo Apóstol dijo que todo procede del Hijo, mediante el cual existen todas las cosas, como tienes [escrito]: *Porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas*[258].

141. Si, pues, como piensan [los arrianos], tan solo el Padre viene indicado en estas palabras, no puede ser que sea el mismo y omnipotente, *porque todo procede de Él*[259], y no será omnipotente, porque *por medio de Él son todas las cosas*[260]. Por lo tanto, con su afirmación indicarán que el Padre no tiene poder y no es omnipotente o, con sus propias palabras y aunque sea en contra de su voluntad, reconocerán que el Hijo ciertamente es omnipotente. 142. Deberán elegir, pues, si piensan que aquí se habla del Padre. Si

250. Sal 118, 91.
251. Jn 1, 3.
252. Col 1, 16.
253. Ef 4, 10.
254. Rm 9, 5.
255. Flp 2, 9.
256. Sal 8, 8.
257. Hb 2, 8.
258. Rm 11, 36.
259. Ibid.
260. Ibid.

se habla del Padre, entonces también *todas las cosas fueron hechas por medio de Él*[261]; si se habla del Hijo, entonces *todas las cosas existen a partir de Él*[262]. Ahora bien, si todo existe por medio del Padre, nada hay que quitar ciertamente al Hijo; y si todo existe a partir del Hijo, de modo semejante se ha de entregar al Hijo.

143. Y para que no traten de ponernos trampas por el desliz de un solo versículo, repitamos todo el capítulo: *¡Oh abismo* –dice– *de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus designios e incomprensibles sus caminos! Pues, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? o ¿quién fue su consejero? o ¿quién le dio primero y se le retribuirá? Porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas. A Él la gloria por los siglos*[263]. 144. ¿De quién piensan que han sido dichas estas palabras, del Padre o del Hijo? Si piensan que del Padre, sin embargo el Padre no es la sabiduría de Dios[264], porque la sabiduría de Dios es el Hijo. ¿Qué hay, pues, que no pueda la sabiduría, de la cual esta escrito: *Aun siendo una, lo puede todo y permaneciendo dentro de sí, lo renueva todo*[265]? Así pues, no leemos que aumente, sino que permanece en sí misma; ya ves que, según Salomón, la sabiduría es omnipotente y permanente; también ves que es buena, porque está escrito: *La maldad no vence a la sabiduría*[266].

145. Pero volvamos a nuestro intento: *¡Cuán inescrutables* –dice [la Escritura], *son sus designios*[267]. Pues, si el Padre *concedió todo juicio al Hijo*[268], parece que [en este pasaje] señala al Hijo, que es el que juzga. 146. Además, para que sepas que se refiere al Hijo, no del Padre, añadió: *¿Quién*

261. Ibid.
262. Ibid.
263. Rm 11, 33-36.
264. Cf. 1 Co 1, 24.
265. Sal 7, 27.
266. Sal 7, 30.
267. Rm 11, 33.
268. Jn 5, 22.

le dio primero a Él[269]? En efecto, el Padre se lo dio al Hijo, pero se lo dio por derecho de generación, no como regalo de generosidad. Y de tal modo, que no se puede negar que el Hijo lo haya recibido del Padre, conforme a lo que está escrito: *Todo me ha sido entregado por mi Padre*[270]; y al añadir: *¿Quién le dio primero?*, no negó que el Hijo hubiera recibido eso del Padre por derecho de naturaleza, sino que declaró que no podía hablarse de un primero entre el Padre y el Hijo, porque, aunque el Padre lo concedió al Hijo, no se lo ha dado como si fuera alguien posterior a Él, pues la Trinidad es increada e incomprensible, tiene una sola eternidad y gloria, y no ha recibido ni tiempo ni medida de un anterior ni posterior[271].

147. Porque si pensamos que debemos seguir los códices griegos, los cuales tienen «tís prosédoken autó»[27] ves que a quien no se le puede añadir nada, no es distinto en absoluto. Por tanto, si todo este texto apostólico conviene especialmente al Hijo, vemos también que se ha de creer [dicho] del Hijo, porque *de Él procede todo*, como está escrito: *Porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas*[273].

148. Pero veamos, piensen [los arrianos] que todo esto se ha dicho a propósito del Padre. Entonces recordaremos que, como hemos leído, *todas las cosas provienen de Él*[274], así también *todas las cosas son a través de él*; porque, en verdad, la autoridad del Padre y el Hijo abarca a la totalidad de todas las creaturas. Y aunque arriba hayamos probado con un ejemplo paterno que el Hijo es omnipotente, sin embargo, puesto que los arrianos desean rebajar al Hijo, que piensen que también rebajan al Padre. En efecto, si el

269. Rm 11, 35.
270. Mt 11, 27.
271. Cf. *De fide*, I, 8, 55; II, 8, 65.73.
272. Es decir: «¿quién le dio?».
273. Rm 11, 36.
274. Ibid.

Hijo es débil, porque *todas las cosas han sido hechas por medio de Él*[275], ¿acaso no es también débil el Padre, ya que también todas las cosas existen por medio del Padre?

149. Pero para que comprendan que no hay ninguna distinción [entre el Padre y el Hijo], de nuevo demostraré que es propio de la misma persona que algo sea *de parte de ella*[276] o que algo sea *por medio de ella*[277], y mostraré que ambas cosas se han leído a propósito del Padre. Así tenemos: *Pues, fiel es Dios por medio del cual habéis sido llamados a la comunión con su Hijo*[278]. Consideren los arrianos lo que dice el Apóstol[279]. Somos llamados *por medio* del Padre y no surge motivo de discusión; ahora bien, somos creados *por medio* del Hijo ¿y esto lo consideran de menos importancia? El Padre llama *a la comunión con el Hijo*[280], y nosotros lo aceptamos religiosamente, como debemos. El Hijo ha creado todas las cosas ¿y piensan ellos que no hubo decisión de libre voluntad, sino el acatamiento de una operación coaccionada y servil? 150. No obstante, para que reconozcas más plenamente que no hay ninguna diferencia de potestad entre el Padre y el Hijo, ya que somos llamados por medio del Padre a la comunión con su Hijo, también procede del Hijo la misma comunión, como está escrito: *Pues de su plenitud hemos recibido todos*[281]; aunque según el texto griego del Evangelio debemos entender *a partir de* su plenitud[282]. 151. Pero he aquí que existe una comunión por *medio del* Padre, y una comunión *por parte* del Hijo, pero no son distintas, sino que se trata de una sola co-

275. Ibid.
276. 1 Co 8, 6.
277. Ibid.
278. 1 Co 1, 9.
279. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 23.
280. Ibid.
281. Jn 1, 16.
282. La diferencia proviene del significado que se de a la preposición priega «ek», que puede dar a entender una acción partitiva o también de procedencia.

munión, como dijo el mismo Juan en su carta: *Y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo*[283]. 152. Acepta también que la Escritura ha recordado que nosotros también teníamos una sola comunión, no sólo del Padre y el Hijo, sino también del Espíritu Santo: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo* –dice–, *el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*[284].

153. Ahora bien, yo pregunto en qué parece menor aquel, *mediante el cual* [fueron hechas todas las cosas], que aquel *a partir del cual* fueron hechas[285]. ¿Acaso porque se afirma que trabaja? Pero, también el Padre trabaja, porque es veraz quien afirma: *Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo*[286]. Así pues, los mismo que el Padre obra, también obra el Hijo. Por tanto, el que trabaja no está enfermo o débil, porque también trabaja el Padre; y por ello lo que es común al Hijo con el Padre o mediante el Padre, no conviene que sea puesto en un lugar inferior, para que los herejes no rebajen sobre todo al Padre criticando al Hijo.

154. Pero no es de poca importancia aquello que el mismo Juan dice en otro lugar, para rechazar las cuestiones de la perfidia arriana: *Si sabéis que Él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia, ha nacido de Él*[287]. Pero, ¿quién es justo, sino el Señor que amó la justicia[288]? O ¿a quién tenemos como garante de la vida eterna, como señalan los textos anteriores[289], si no tenemos al Hijo? Pues, si el Hijo de Dios nos ha prometido la vida eterna y Él mismo es justo, también hemos nacido de Él ciertamente. Ahora bien, si niegan que nosotros hemos nacido del Hijo por medio de la gracia, tampoco reconocerán que el Hijo sea justo.

283. 1 Jn 1, 3.
284. 2 Co 13, 13.
285. Ambrosio se refiere al Hijo y al Padre respectivamente.
286. Jn 5, 17.
287. 1 Jn 2, 29.
288. Cf. Hb 1, 9: Sal 44, 9.
289. Cf. 1 Jn 2, 25; Si 29, 20.

155. Es necesario, pues, que creas también que todas las cosas vienen de parte del Hijo de Dios, porque lo mismo que Dios es Padre de todas las cosas, así también el Hijo es autor y creador de todo. Por tanto, vemos que esta cuestión es insulsa, ya que, respecto al Hijo, conviene creer *que de Él, por Él y en Él son todas las cosas*[290]. 156. Hemos hablado de cómo son todas las cosas *a partir de* él y *mediante él*. Quién duda, pues, que todas las cosas están *en Él*, cuando en otra parte está escrito: *Porque en Él han sido fundadas todas las cosas en los cielos y en Él han sido creadas; Él existe antes que todo, y todo tiene su subsistencia en Él*[291]. Y según esto, tienes *a partir de Él* la gracia, al mismo que obra, y *en Él* está el fundamento de todas las cosas.

Sobre el texto que dice: «Yo soy la verdadera vid y mi padre es el labrador»

12.157. Los arrianos han tenido la costumbre de objetar, para hacer separación entre la divinidad del Padre y el Hijo, que el Señor dice en el Evangelio: *Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador*[292]; así indican que el labrador y la vid son de diversa naturaleza y que la vid está en poder del labrador[293].

158. De este modo, ¿queréis que, en lo que se refiere a la divinidad, el Hijo sea como la vid, para que sin cultivador no valga nada y pueda ser abandonada o rechazada, y establecéis una calumnia derivada del significado literal de las palabras, porque el Señor dijo que Él era la vid, signifi-

290. Rm 11, 36.
291. Col 1, 16-17.
292. Jn 15, 1.
293. Cf. ATANASIO, *De sent. Dion.*, 10; DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 8.

cando el misterio de su encarnación? No obstante, si os agrada que argumentemos según la literalidad de las palabras mismas, también yo reconozco, es más, lo afirmo, que el Hijo se denominó a sí mismo vid. ¡Ay de mí si negara el misterio de la salvación de todos!

159. ¿Cómo deseáis aceptar que el Hijo de Dios se ha denominado a sí mismo vid? Si aceptáis que se ha dicho según la sustancia divina, y así como entre el agricultor y la vid, así también creéis que hay la misma diferencia de divinidad entre el Padre y el Hijo, hacéis una doble ofensa al Hijo y una doble ofensa al Padre; al Hijo, porque, si según la naturaleza divina es inferior al labrador, es necesario, según vuestra afirmación, que se le considere inferior también al apóstol Pablo, porque también Pablo dijo que él era labrador, como tienes [escrito]: *Yo planté, Apolo regó, mas fue Dios quien dio el fruto*[294]. ¿Acaso queréis que Pablo sea mejor que el Hijo de Dios? Ahí tenéis una injuria. 160. La otra, porque si conforme a la sustancia de la generación eterna el Hijo es la vid, cuando dijo: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*[295], parecerá que nosotros poseemos la misma sustancia de la generación divina. Ahora bien, *¿quién es semejante a ti entre los dioses, Señor?*[296], como está escrito. Y de nuevo [se dice] en el salmo: *Porque ¿quién entre las nubes será comparable al Señor o quién se igualará al Señor entre los hijos de Dios?*[297]. 161. Y además rebajáis no sólo al Hijo, sino también al Padre. En efecto, si en el nombre de labrador está toda la prerrogativa del poder paterno, desde el momento en que Pablo es también labrador, vosotros ponéis a Pablo en el mismo plano que el Padre, en tanto que negáis esa igualdad al Hijo. 162. Además, puesto que está escrito: *Pero ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que*

294. 1 Co 3, 6.
295. Jn 15, 5.
296. Ex 15, 11.
297. Sal 88, 7.

da el incremento[298], vosotros colocaréis la cima de la majestad del Padre en ese nombre que consideráis débil. Ciertamente, si el que planta y el que riega no es nada, sino el que da el incremento, Dios, observad qué es lo que trata de urdir vuestra impiedad, pues también el Padre, con el nombre de labrador, será despreciado y habrá que buscar otro Dios, que dé incremento a la obra paterna. Por tanto, se muestran impíos cuando piensan que en cuanto al nombre de agrícola se ha de preferir la potestad de Dios Padre, porque en ese nombre hay una común unidad de denominación entre Dios Padre y el hombre.

163. ¿Qué tiene de extraordinario si, como pretendéis los herejes, anteponéis al Hijo, cuya sustancia divina no discrepa de la condición humana? En efecto, si pensáis que el Hijo fue llamado vid según la sustancia divina, no sólo le consideráis sometido a la corrupción y a la inseguridad de los elementos, sino también lo hacéis partícipe únicamente de la humana naturaleza, porque la vid y los sarmientos son de una sola naturaleza, de manera que parecerá que el Hijo de Dios no haya asumido la carne por el misterio de la encarnación, sino que Él haya recibido su principio de la carne. 164. Sin embargo, yo diré llanamente, que su carne, aunque con el nuevo misterio de la encarnación, posee, no obstante, una naturaleza semejante a la nuestra, y que éste es el misterio de nuestra salvación, no el comienzo de la generación divina. Es, pues la vid, porque soporta mis pasiones, puesto que la condición humana, antes frágil, pero ahora apoyada en Él, se fortaleció con los fecundos frutos de una renovada piedad.

165. En cambio, si te agrada el boato del labrador, querría que dijeras quién es aquel que habló en el Profeta: *Señor, dámelo a conocer, para que lo sepa. Entonces conocí sus ma-*

298. 1 Co 3, 7.

quinaciones. Y yo fui conducido como un cordero al sacrificio y no lo sabía. Contra mí tramaron un plan diciendo: Venid, echemos el leño en su pan[299]. En verdad, si el Hijo menciona el misterio de su encarnación futura –pues es impío que lo creas del Padre–, el Hijo es ciertamente el que dice arriba: *Yo te he plantado como cepa fructífera. ¿Cómo te has cambiado al amargor de una viña extraña?*[300]. 166. Así pues, también ves que el Hijo es labrador, de un mismo nombre con el Padre, de una misma operación, de una misma dignidad y de una misma sustancia. Luego, si el Hijo es el labrador y la vid, no hay duda que nosotros entendemos que es la vid conforme al misterio de su encarnación.

167. Pero no solo dijo en las palabras del Profeta que Él era la vid, sino también el sarmiento, cuando Moisés condujo los exploradores por orden de Dios al valle de los sarmientos[301]. ¿Cuál es ese valle, sino la humildad de la encarnación y la fecundidad de la pasión? Y yo pienso que el Hijo fue llamado *sarmiento*, porque de aquella viña, *trasplantada desde Egipto*[302], esto es, de la familia de los judíos, resplandeció el fruto provechoso para el mundo. Ciertamente, nadie puede referir el sarmiento a la generación divina, o quien lo refiera no le quedará otro remedio, si no es para que creamos que aquel sarmiento ha nacido de la vid. De esta manera el necio adscribe al Padre lo que censura en el Hijo.

168. Pero si ya no se puede dudar que el Hijo de Dios ha sido llamado vid según la encarnación, ved vosotros a qué misterio se refiere el Señor, cuando afirma: *Porque el Padre es más grande que yo*[303]. En efecto, como en los versículos anteriores dijo esas palabras, a continuación añade:

299. Jr 11, 18-19.
300. Jr 2, 21.
301. Cf. Nm 13, 24-25.
302. Sal 79, 9
303. Jn 14, 28.

Yo soy la vid verdadera y mi padre el labrador[304], para que comprendas en qué sentido el Padre es mayor, porque como en el campo el labrador es el que cultiva las vides, así el Padre es el cultivador de la carne del Señor. Esta carne pudo crecer con el transcurso de los años y retroceder por la pasión, para que todo el género humano pudiera verse protegido con la sombra de la cruz, abierta con los brazos saludables para proteger del ardor nocivo de los placeres mundanos.

304. Jn 15, 1.

LIBRO QUINTO

Carta dedicatoria a Augusto sobre los cinco libros acerca de la inseparable divinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y suspendida entre tanto una más amplia discusión sobre el Espíritu Santo

1. *¿Quién es el siervo fiel y prudente, a quien el Señor puso al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo? Dichoso aquel siervo a quien su Señor, al llegar, encuentra haciéndolo así*[1]. Este siervo no es un siervo vulgar, más bien debe ser destacado. Consideremos de quién se trata.

2. Es Pedro, elegido por decisión del Señor mismo, para apacentar el rebaño y que mereció escuchar por tres veces: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, apacienta mis ovejas*[2]. Así pues, nutriendo con el buen alimento de la fe el rebaño de Cristo, borró la culpa de la anterior caída. Por eso, durante tres veces le reitera que alimente al rebaño y por tres vez es interrogado si ama al Señor, para que confesara por tres veces al que por tres veces había negado antes de la crucifixión[3].

3. *Dichoso* también *aquel siervo*[4] que puede decir: *Os di a beber leche, no alimento sólido, pues todavía no lo podí-*

1. M 24, 45-46.

2. Jn 21, 15-17

3. Cf. Mt 26, 70-75. Sobre la simbología del número, cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, II, 10, 105; ID., *De sacr.*, II, 7, 20-22; ID., *Apol. David*, I, 9, 50.

4. Mt 24, 46.

ais soportar[5]. Sabe pues, a quien y de qué modo hay que alimentar. ¿Quién de nosotros puede hacer lo mismo? ¿Quién de nosotros puede decir en verdad: *Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles*[6]? 4. Además, tan solo aquél fue elegido[7] por Cristo para el cuidado del rebaño, para que sanara a los enfermos[8] y curara a los inválidos; aquél repelió al hereje lejos del rebaño a él confiado, inmediatamente después de una corrección[9], para que la sarna de una oveja errante no contaminara todo el rebaño con la herida de la serpiente. Ordena por lo demás evitar *las cuestiones necias y las discusiones*[10].

5. Así pues, ¿qué haremos nosotros, constituidos como habitantes inexpertos[11], en medio de la nueva cizaña[12] de la mies antigua? Si callamos, parecerá que cedemos; si discutimos, debemos temer que seamos considerados nosotros también carnales[13]. En efecto, así está escrito sobre estas cuestiones, *que engendran litigios: Un siervo del Señor no debe altercar, sino ser amable con todos, dispuesto a aprender, sufrido, y que enseñe con mansedumbre a los adversarios*[14]. Y en otro lugar: *Si alguno parece amigo de litigios, no es esa nuestra costumbre ni la de la Iglesia de Dios*[15]. Y por eso he decidido escribir algo, para que sin ruido, nuestros escritos respondan por nosotros a la impiedad de los herejes. 6. Por eso nos hemos decidido, noble Emperador, a escribir este quinto libro. En efecto, ya que al cuarto fue conveniente ponerle fin en aquella discusión acerca de la vid[16], para que no pareciera que habíamos aumentado demasiado aquel libro, con cierta aglomeración de cuestiones, en vez

5. 1 Co 3, 2.
6. 1 Co 9, 22.
7. Cf. Hch 9, 15.
8. Cf. Hch 20, 9-12; 28, 8-10.
9. Cf. Tt 3, 10.
10. Tt 3, 9.
11. Cf. 1 Cro 29, 15.
12. Cf. Mt 13, 24-30
13. Cf. 1 Co 3, 3.
14. 2 Tm 2, 23-25.
15. 1 Co 11, 16.
16. Cf. Jn 15, 1ss.

de llenarlo con el fruto de la vid espiritual; y, por otra parte, no era conveniente abandonar la vendimia no consumada de la fe, cuando restaba todavía una cantidad grande de cuestiones[17].

7. Explicamos, pues, en cinco libros la doctrina referente a la inseparable divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dejando aparte entre tanto una más amplia discusión sobre el Espíritu Santo, inducidos por la enseñanza de la lectura evangélica, para poner a interés en los afectos humanos los cinco talentos[18] de la fe, que nos han sido confiados, es decir, el capital de estos cinco libros, no sea que cuando venga el Señor y encuentre este dinero escondido en la tierra, me diga: *Siervo malo y perezoso, tú sabías que yo cosecho donde no siembro, y recojo donde no esparzo; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría tomado lo que era mío*[19]. O como está escrito en otro libro: *Y yo* –dice–, *al volver lo habría cobrado con los intereses*[20].

8. Perdonadme, pues, si a algunos molesta la audacia de este discurso más prolijo. La consideración del deber nos obliga a dar crédito a lo que hemos recibido: *Somos administradores de los misterios celestiales*[21]. Somos todos ministros, aunque no todos de igual manera, sino *cada uno* –dice [el Apóstol]–, *según lo que el Señor le dio; yo planté, Apolo regó, mas fue Dios quien dio el crecimiento*[22]. Así pues, cada cual debe esforzarse en obtener *la recompensa, según el trabajo, ya que somos colaboradores de Dios* –como dice el Apóstol– *y vosotros campo de Dios, edificación de Dios*[23].

17. Estas palabras reflejan la polémica que Ambrosio tuvo con el arriano Paladio y el lapso de tiempo que media entre la redacción del cuarto y el quinto libro.

18. Cf. Mt 25, 15.

19. Mt 25, 26-27.

20. Lc 19, 23.

21. 1 Co 4, 1.

22. 1 Co 3, 5.

23. 1 Co 3, 8-9.

¡Dichoso quien ve tales intereses de sus préstamos! ¡Feliz quien ve el fruto de su trabajo! Feliz también, *quien edifica sobre el fundamento de la fe a base de oro, plata y piedras preciosas*[24].

9. Vosotros, los que oís o leéis estas cosas, sois todo para mí; vosotros sois los intereses del que presta la palabra, no el dinero; vosotros sois los intereses del labrador y sois el oro, la plata y las piedras preciosas del constructor[25]. La cima de la labor sacerdotal está en vuestros méritos; el fruto de la tarea episcopal brilla en vuestras almas; el oro del Señor resplandece en vuestros progresos; se multiplica la plata, si conserváis las palabras divinas. En efecto, *las palabras de Señor son palabras sinceras, plata acrisolada al fuego, separada de la ganga, siete veces purgada*[26]; vosotros hacéis rico al prestamista, lleno de fruto al labrador y ponéis a prueba al arquitecto diestro[27]. No lo digo con arrogancia, pues lo que prometo no son tanto mis propios méritos, como los vuestros.

10. ¡Oh, si me estuviera permitido hablar de vosotros con seguridad algún día: *Señor, cinco talentos me entregaste, aquí tienes otros cinco que he ganado*[28], y mostrar los talentos preciosos de vuestras virtudes! *Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro*[29]. Estos son los cinco talentos, que el Señor manda poner a préstamo en sentido espiritual, o las dos monedas de bronce[30], el Antiguo y el Nuevo Testamento, que

24. 1 Co 2, 12.

25. Encontramos en esta expresión y en el conjunto de párrafo aspectos del lenguaje que parecen confirmar la opinión de aquellos autores que piensan que este libro tiene su origen en los sermones de Ambrosio. Aunque un poco más arriba dijera: «Y por eso he decidido escribir algo, para que sin ruido, nuestros escritos respondan por nosotros a la impiedad de los herejes», no impide pensar que su mesa estuviera llena de esquemas de homilías.

26. Sal 11, 7.

27. Cf. 1 Co 3, 10.

28. Mt 25, 20.

29. 2 Co 4, 7.

30. Cf. Lc 10, 35.

entregó el samaritano del Evangelio, para que curaran las heridas al que había sido despojado por los salteadores[31].

11. Y yo, hermanos, no estoy tan ansioso con mi súplica, como para que sea puesto al frente de muchas cosas[32]. Me basta la recompensa de vuestro progreso. ¡Ojalá no sea hallado indigno de lo que he recibido! Yo no exijo aquellas cosas, que están por encima de mí[33] y que deben ser entregadas a los que están por encima de mí; aunque acostumbres, Señor, a decir: *Pero yo quiero dar a este último lo mismo que a ti*[34]. El que sea merecedor que reciba el poder *sobre diez ciudades*[35]. 12. Sea ése como Moisés, que redactó los doce mandamientos de la Ley[36]; sea como Josué de Nun, que sometió a cinco reyes y aceptó la rendición de ciudades[37], para que representara el modelo del varón que vendría de su mismo nombre[38], por cuyo poder todos los placeres corporales serían vencidos, y convertidos los pueblos, para que siguieran más plenamente que sus antiguos afanes y deseos la fe de Jesucristo; sea aquel David, a quien chicas jóvenes salieron al encuentro cantando y diciendo: *¡Saúl triunfó sobre mil y David sobre diez mil*[39].

13. Para mí es suficiente el no ser arrojado a las tinieblas exteriores, como aquel que ocultó en la tierra de su carne, si así puede decirse, el talento que se le había confiado[40]; como el príncipe de la sinagoga y los demás príncipes de los judíos, que confiada a ellos la palabra de Dios[41], la enterraron en el humus de su cuerpo, y atentos a los placeres de la carne, sumergieron el préstamo celeste[42], como

31. Cf. Lc 10, 35.
32. Cf. Mt 25, 21.
33. Cf. Qo 7, 1.
34. Mt 20, 14.
35. Lc 19, 17.
36. Cf. Dt 4, 13.
37. Cf. Jos 10, 22-27.
38. Cf. ORÍGENES, *In Jesu Nave hom.*, 13, 1.
39. 1 R 18, 7.
40. Cf. Mt 25, 25-30.
41. Cf. Rm 3, 2.
42. Cf. Mt 25, 18.

en una cueva de su exaltado corazón[43]. 14. No tengamos, pues, escondido el dinero del Señor entre los escondrijos de la carne, o bien, ocultemos aquella mina en el pañuelo[44], sino, como buenos negociadores, con esfuerzo de mente y corazón, mantengamos el equilibrio con afecto tranquilo y ecuánime siempre, para que *la Palabra esté siempre pronta en tu boca y en tu corazón*[45]. 15. Esta Palabra de Dios es un precioso talento con el cual eres redimido; este es el dinero, que en la banca[46] de los espíritus debe ser estudiado, para que circule por toda la tierra frecuentemente el sonido[47] de los buenos dineros, mediante el cual se consigue la vida eterna. *Esta es pues, la vida eterna*, que nos da Dios Padre omnipotente, para que te conozcamos *a ti, solo Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo*[48].

Sobre el texto: «Para que te conozcan a ti, único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo»

1.16. Mas ahora deben darse cuenta los arrianos, cuán impíos son aquellos que cuestionan nuestras esperanzas y deseos. Y puesto que a partir de aquí acostumbran a vociferar más que los demás, diciendo que Cristo ha sido separado del solo y verdadero Dios, vamos a refutar, según nuestras fuerzas, sus impías interpretaciones. 17. En este lugar deben entender sobre todo los arrianos, a propósito de *solo*

43. Esta interpretación metafórica se encuentra también en la *Exp. Ev. Luc.*, VIII ,95: «Uno dice que él lo escondió en la tierra, dando a entender que había ocultado la razón, don que lleva impresa la imagen y la semejanza de Dios, en el escondrijo de los malos deseos, sepultándola en la fosa de la carne» (BAC 257, p. 529).
44. Cf. Lc 19, 20-21.
45. Rm 10, 8.
46. Cf. Lc 19, 23.
47. Cf. Rm 10, 18: Sal 18, 5.
48. Jn 17, 3.

y verdadero Dios[49], que objetan torcidamente, porque ésta es la utilidad, ésta es la recompensa de la perfecta virtud, éste el divino e incomparable regalo: que reconozcamos a Jesucristo con el Padre y no separemos al Hijo del Padre, como no lo separa la Escritura. Sirve más para [manifestar] la unidad que la distinción del poder divino el hecho de que el conocimiento del Padre y el Hijo nos proporciona un mismo premio y un mismo honor, pero esa recompensa no la podrá alcanzar sino el que haya reconocido al Padre y al Hijo[50]. Lo mismo que el conocimiento del Padre proporciona *la vida eterna*[51], así también el conocimiento del Hijo.

18. Por tanto, como el evangelista unió el Verbo con Dios Padre en una piadosa confesión de fe, diciendo: *En el principio el Verbo estaba junto a Dios*[52], así también aquí, al reproducir las palabras del Señor: *Que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero y al que tú has enviado Jesucristo*[53], unió al Padre y al Hijo en esta compenetración, para que nadie separe a Cristo, *verdadero Dios*, de la majestad del Padre. La compenetración nunca separa. 19. Y por ello, al decir: *Para que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero y al que has enviado Jesucristo*[54], no sólo destruye a los sabelianos, sino que también excluyó a los judíos, especialmente los que escuchaban cuando el Señor hablaba; para que no pensaran aquellos [sabelianos] que el Padre y el Hijo eran una misma persona, aunque no hubiera añadido *Cristo*; o bien, éstos, los judíos, no separaran al Hijo del Padre.

20.21. Pero yo me pregunto por qué no piensan los arrianos qué se ha de sobrentender y qué se ha de deducir de los pasajes anteriores que, aunque el evangelista anunció que

49. Jn 17, 3; 3, 36.

50. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 16; Cf. HILARIO, *De Trinit.*, III, 14.

51. Ibid.

52. Jn 1, 1.

53. Jn 17, 3.

54. Ibid.

el Padre *es solo Dios verdadero*, debemos entender también que Cristo es *solo y verdadero Dios*. Ciertamente, no fue expresado de otro modo, para que no pareciera que se mencionan dos dioses. Ahora bien, nosotros no hablamos de ningún modo de dos dioses[55], sino que confesamos que el Hijo es de la misma divinidad que el Padre.

22. Así pues, preguntemos en qué sentido los arrianos piensan que aquí ha sido hecha la separación de la divinidad: si niegan que Cristo sea *Dios* –pero no lo pueden negar–, o si niegan que sea *Dios verdadero*. Ahora bien, si mantienen que no es *verdadero* Dios, deberán decir si es falso o es Dios solamente en sentido impropio? En efecto, según las Escrituras, o es verdadero Dios, o Dios en sentido impropio, o falso; verdadero como el Padre, en sentido impropio como los santos, y falso como los demonios y los ídolos[56]. Digan, pues, con qué confesión designan [los arrianos] al Hijo de Dios, si piensan que ha tomado el nombre de Dios verdadero, pero en sentido impropio, o bien, si piensan que en Él tan solo hay una inspiración de la naturaleza divina. 23. No creo que digan que [Cristo] haya tomado falsamente el nombre de Dios, pues quedarían implicados en un crimen de impiedad; no querrán manifestar que a Cristo se le ha atribuido el nombre de Dios artificialmente como a los demonios o a los ídolos. Por el contrario, piensan que ha sido llamado Dios, porque tuvo un soplo de la divinidad[57], como lo tuvieron muchos santos varones[58] –a los que la Escritura *llama dioses, a los que se dirigía la palabra de Dios*[59]–, luego no le ponen por delante de los hombres, sino que piensan que debe ser comparado a los

55. Cf. *De fide*, I, 1, 6.10.

56. Cf. Sal 95, 5; 113, 4.

57. Ambrosio precisa muy bien: estar inspirado no es lo mismo que ser.

58. Cf. ATANASIO, *Epist. ad Serap.*, II, 4.

59. Jn 10, 35.

hombres; de modo que piensan ahora que Él es quien ha dado a los hombres el ser, como cuando dice a Moisés: *Mira que te he constituido como un dios para el Faraón*[60]; por eso también se afirma en un salmo: *Yo dije, vosotros dioses sois*[61].

24. El mismo Pablo excluye también esta opinión de los sacrílegos, y aunque dice: *Pues, aunque hay quienes son llamados dioses, bien en el cielo, bien en la tierra*[62], sin embargo, no afirmó: «son dioses», sino *aunque hay quienes son llamados*. Ahora bien, *Cristo* –como está escrito– *es el mismo ayer y hoy*[63]. Dijo «es», no sólo de nombre, sino también en la realidad. 25. Y fue bien escrito: *Es el mismo ayer y hoy*, para que la impiedad de los arrianos no pudiera encontrar lugar para establecer el sacrilegio. Éstos, leyendo en el salmo segundo que el Padre dice al Hijo: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*[64], observaron que dice *hoy* no «ayer», haciendo referencia a la eternidad de la divina generación, lo que se ha dicho acerca de la resurrección de la carne, como dice Pablo en los Hechos de los Apóstoles: *Y nosotros os anunciamos la promesa que fue hecha a nuestros padres, que Dios ha cumplido en nuestros hijos, resucitando a Jesucristo, el Señor, como está escrito en el salmo segundo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*[65] . Lleno, pues, del Espíritu Santo el Apóstol, para eludir aquella maldad, dice: *Ayer y hoy es el mismo por los siglos*; *ayer* por causa de la eternidad[66], *hoy* por la asunción del cuerpo.

26. Por tanto, existe Cristo y siempre; en efecto, el que *es*, existe siempre. Puesto que Cristo existe siempre, de Él dice Moisés: *El que es me ha enviado*[67]. Ciertamente, exis-

60. Ex 7, 1.
61. Sal 81, 6.
62. 1 Co 8, 15.
63. Hb 13, 8.
64. Sal 2, 7.
65. Hch 13, 32-33.
66. Cf. BASILIO DE CESAREA, *Adv. Eunomium*, II, 14-15; GREGORIO DE NISA, *Adv. Eunomium*, I, 346ss.; GREGORIO DE NACIANZO, *Orat.*, 29, 17.
67. Ex 3, 14.

tía Rafael, existía Gabriel, existían también los ángeles, pero «existir siempre» no se dice de ninguno de ellos en el mismo sentido, pues alguna vez no han existido. Ahora bien, Cristo, como leemos, *no fue «sí» y «no», sino que en él no hubo más que «sí»*[68]. De ahí que el existir verdaderamente es propio solamente de Dios, que existe siempre.

27. Luego, si no se atreven a llamar impropiamente Dios al Hijo, y decir que es un dios falso es una impiedad mayor, sólo resta que sea «Dios verdadero», no distinto, sino igual al verdadero Padre. Y puesto que justifica y santifica a los que quiere, no tomando de fuera, sino teniendo en sí la potestad de santificar, ¿cómo puede no ser «Dios verdadero»? Así, el Apóstol dijo que era verdadero, el que era Dios por naturaleza, según está escrito: *Cuando no conocíais a Dios* –dijo–, *servíais a los que en realidad no eran dioses por naturaleza*[69]; esto es, los que no podían ser verdaderamente dioses, no se les podía aplicar en absoluto por naturaleza esta prerrogativa.

2.28. En verdad, ampliamente hemos probado en los libros anteriores por los textos de las Escrituras que Cristo es *verdadero Dios*[70]. Luego, si Cristo, como se ha enseñado, es *verdadero Dios*, busquemos por qué razón pretenden separar al Hijo del Padre, cuando leen que *sólo* el Padre es *verdadero Dios*[71]. 29. Si afirman que *solo* el Padre *es verdadero Dios*, no pueden negar que el Hijo *solo la Verdad es Dios*, porque Cristo es *la verdad*[72]. ¿Acaso la verdad es menos que lo verdadero, cuando, según el significado de las palabras, verdadero se dice normalmente de la verdad, como sabio de la sabiduría y justo de la justicia? Nosotros no apreciamos esto entre el Padre y el Hijo, porque al Padre

68. 2 Co 1, 19.
69. Ga 4, 8.
70. Jn 17, 3.
71. Ibid.
72. Jn 14, 6.

no le falta nada, porque es Padre de la Verdad, y el Hijo, porque es la Verdad, es igual al Verdadero.

Cuando se dice «solo Dios», *se refiere también a Cristo*

30. Ahora bien, para que sepan que, cuando leen *solo* en el Evangelio, de ningún modo debe ser separado el Hijo del Padre, recuerden que en los profetas Dios ha dicho: *Yo solo desplegué los cielos*[73]. Y en verdad, no los extendió el Padre sin el Hijo, pues el Hijo mismo, que es la sabiduría de Dios[74], dice: *Cuando asentó los cielos, yo estaba con Él*[75]. Y Pablo confirma lo que se dice del Hijo: *Al principio, Señor, tú asentaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos*[76]. Por lo tanto, o el Hijo hizo el cielo, como el Apóstol quiso que se entendiera, y en verdad no sin el Padre *extendió Él solo los cielos*[77], o bien, como tienes en los Proverbios: *Con sabiduría fundó el Señor la tierra, consolidó también los cielos con inteligencia*[78], queda demostrado que ni el Padre solo, sin el Hijo, hizo los cielos, ni el Hijo sin el Padre. Sin embargo, se dice *solo*, quien extendió los cielos[79].

31. Con cuánta verdad se ha de entender con toda claridad esto del Hijo, que se dice *Él solo*, aunque se deba creer que nunca ha actuado sin conocimiento del Padre, como tienes escrito en otro lugar: *Extendiendo el cielo Él solo y andando sobre el mar como sobre un pavimento*[80]. Mas el Evangelio del Señor nos enseñó que no fue el Padre, sino el Hijo el que anduvo sobre las aguas, cuando Pedro le rogó diciendo: *Señor, mándame ir a ti, sobre las aguas*[81]. Pero

73. Is 44, 24.
74. Cf. 1 Co 1, 24.
75. Pr 8, 27.
76. Hb 1, 10.
77. Is 44, 24.
78. Pr 3, 19.
79. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 9; DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 16.
80. Jb 9, 8.
81. Mt 14, 28.

también la misma profecía lo atestigua; el santo Job profetizaba la venida del Señor, de quien dijo en verdad que habría de someter un gran monstruo marino[82]. Y así fue, porque en los últimos momentos, postrado [el Señor] por la pasión venerable de su cuerpo, golpeó y doblegó aquel funesto monstruo, es decir, el diablo[83].

32. Así pues, el Hijo es «verdadero y único Dios»; esta prerrogativa se atribuye al Hijo de Dios. De nadie, que haya sido creado, se puede decir propiamente que es único. Ciertamente, el que es parte de una común creación ¿cómo puede ser separado de los demás, como si fuese único? Así el hombre racional se encuentra entre todos los seres terrenos animados, pero sin embargo no es el único ser racional; en efecto, sabemos que hay obras de Dios racionales y celestiales; reconocemos como racionales a los ángeles y a los arcángeles[84]. Por lo tanto, si los ángeles son racionales, entonces no se puede decir que sólo el hombre es racional.

33. Pero dicen que el sol puede decirse único, porque no hay otro sol. Ahora bien, el mismo sol tiene muchas cosas comunes con las demás estrellas, pues recorre el cielo[85], es de aquella sustancia etérea y celeste, es una criatura, se encuentra entre todas las obras de Dios, está sometido a Dios con todas las cosas, con todas bendice a Dios[86] y con todas alaba[87]. Sin embargo, no se dice propiamente que es único, porque no está separado de los demás.

34. Así, pues, lo mismo que a la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la cual no existe sola entre las demás sino que está por encima de todas, no se le puede

82. Cf. Jb 3, 8.

83. Cf. Is 27, 1; Jn 12, 31; 16, 11.

84. Se trata de una idea muy extendida entre los autores cristianos de cultura helena, como san Justino, Atenágoras, Ireneo y Orígenes, entre otros.

85. Cf. Gn 1, 14-18.

86. Cf. Dn 3, 62; Sal 118, 91.

87. Cf. Sal 148, 3.

comparar ninguna criatura –para dejar de momento la discusión sobre el Espíritu Santo[88]–, como el Padre es llamado «solo Dios verdadero» y no tiene nada en común con las demás creaturas, así también es «solo» el Hijo, imagen de Dios[89] verdadero, «solo» a la derecha del Padre[90], «solo» la virtud y la sabiduría de Dios[91].

35. Así pues, solo el Hijo actúa como el Padre, conforme está escrito: *Todo lo que hago yo, Él lo hace*[92]. En efecto, cuando una sola obra es del Padre y el Hijo, se dice, bien del Padre, bien del Hijo, porque solo Dios ha obrado[93], lo mismo que cuando decimos *el Creador*, confesamos al Padre y al Hijo. Por tanto, cuando Pablo decía: *Quienes sirvieron a la creatura más que al Creador*[94], no negó al Padre como Creador, del cual provienen todas las cosas, ni al Hijo, *por quien todas estas cosas existieron*[95].

36. No parece ajeno del Hijo, pues está escrito: *El único que posee la inmortalidad*[96]. ¿Cómo no va a poseer la inmortalidad, quien posee *la vida en sí mismo*[97]? Ciertamente, la tiene en su naturaleza, en la sustancia, y la tiene no por una gracia temporal, sino por la sempiterna divinidad[98]; la tiene, no como un regalo, como si fuera un criado, sino como Hijo eterno, por la propiedad de la generación, y la posee como el Padre: *Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*[99]. Según *la tiene* –dice [la Escritura]–, *así la otorgó*. Has com-

88. Este inciso que repite más veces en los últimos libros, nos indica que tenía entre manos el tratado *Sobre el Espíritu Santo*, y tenemos indicios de que lo concluyó antes que el *De fide*.
89. Cf. Col 1, 15; 2 Co 4, 4.
90. Cf. Rm 8, 34; Hb 1, 3.
91. Cf. 1 Co 1, 24.
92. Jn 5, 19.
93. Cf. Is 44, 24.
94. Rm 1, 25.
95. 1 Co 8, 6.
96. 1 Tm 6, 16.
97. Jn 5, 25.
98. Cf. Rm 1, 20.
99. Jn 5, 26.

prendido antes[100] cómo se la ha dado, para que no pienses que es una largueza de la gracia, donde está el misterio de la generación. Dado que entre el Padre y el Hijo no hay ninguna diferencia de vida, ¿cómo se puede pensar que solo tenga la inmortalidad el Padre y no la tenga el Hijo?

37. De donde, comprendan [los arrianos] que en este lugar no hay que separar del Padre, solo Dios verdadero[101], al Hijo, porque no pueden probar que el Hijo no sea «solo y verdadero Dios», cuando especialmente aquí o se sobreentiende, como dijimos, que Cristo es *solo Dios verdadero*, o ciertamente se ha de entender una cosa referida a la divina naturaleza del Padre y el Hijo, y otra a la encarnación de Cristo, porque no hay un conocimiento perfecto, si no se confiesa que Jesucristo, según la eternidad, es verdadero Dios, Hijo unigénito de Dios, y según la carne, nacido de la Virgen[102]. De nuevo lo enseña el mismo evangelista en otro pasaje, cuando afirma: *Todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en la carne, es de Dios*[103]. 38. Finalmente, hasta qué punto no está fuera de lugar entender también el misterio de la encarnación en este pasaje, nos lo enseña el contexto de lo que leemos [en la Sagrada Escritura], que dice: *Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo*[104]. Así pues, recuerda que había llegado la hora y pide ser glorificado, ¿cómo es conveniente que se entienda que Él ha hablado si no es según la asunción de la carne? En efecto, la divinidad no tiene ningún momento fijado para sí conforme al tiempo, ni la luz eterna necesita glorificación. Por lo tanto, en la expresión *solo verdadero Dios*, el Padre, entendemos también que el Hijo de Dios es *solo verdadero*[105]

100. Cf. *De fide*, IV, 10, 131.
101. Cf. Jn 17, 3.
102. Alusión a la fórmula de fe promulgada por el Concilio de Nicea (325).
103. 1 Jn 4, 2.
104. Jn 17, 1.
105. Jn 17, 3.

según la unidad de la naturaleza divina, y reconocemos el misterio de la encarnación en el nombre de Jesucristo, que recibió naciendo de la Virgen[106].

39. Pero si, cuando leen que el Padre es *solo verdadero Dios*[107], desean separar al Hijo, entonces, cuando leen respecto de la encarnación del Hijo: *Éste es la piedra que fue rechazada por vosotros, los constructores, y que se ha convertido en piedra angular*[108]; y más adelante: *No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el que nosotros podamos ser salvados*[109], ¿piensan que el Padre debe ser apartado de la consecución del beneficio salvífico? Ahora bien, no hay salvación sin el Padre, ni hay *vida eterna* sin el Hijo.

3.40. Mas los arrianos afirman: «Si decís que el Hijo es *sólo Dios verdadero*[110] como el Padre, y reconocéis que el Padre y el Hijo son de una misma sustancia, vosotros introducís no un Dios, sino dos dioses, porque quienes son de una misma sustancia, no son un Dios, sino que parece que son dos dioses; de igual manera se dice dos hombres, dos ovejas o más. Pero el hombre y la oveja no se dicen dos hombres o dos ovejas, porque son un hombre y una oveja».

41. Esto dicen los arrianos y con esta hábil discusión se esfuerzan en atraer a las personas más sencillas. Pero si leemos las divinas Escrituras, hallaremos que la pluralidad afecta más a aquellos seres que son de sustancia distinta y separada, es decir, «heteroúsia»[111], y esto lo encontramos expuesto en los libros de Salomón, o sea, en aquel lugar en que dice: *Tres son las cosas imposibles de comprender y una cuarta que no conozco: el camino del águila que vuela, las huellas de la serpiente en la roca, las sendas del navío en el*

106. Cf. Lc 1, 31; 2, 21.
107. Jn 17, 3.
108. Hch 4, 11.
109. Hch 4, 12.
110. Jn 17, 3.
111. Lit.: «de otra substancia». Cf. *De fide*, III, 10, 124; ATANASIO, *De decretis Nicaenae synodi*, 23.

mar y los caminos del hombre en la juventud[112]. Ciertamente, el águila, el navío y la serpiente no son de un mismo género y naturaleza, sino de sustancia diferente y separada y, no obstante, son tres seres. En efecto, deben comprender que los argumentos de las Escrituras van contra ellos mismos.

42. Por lo tanto, al decir que la sustancia del Padre es distinta de la del Hijo y la naturaleza divina de ambos es distinta, ellos mismos están afirmando dos dioses. En cambio, cuando nosotros confesamos al Padre y al Hijo, afirmamos que son de una sola divinidad; no decimos que sean dos dioses, sino uno solamente. Y esto lo probamos con las palabras del Señor, porque allí hay muchos, donde hay diferencia de naturaleza, allí hay diferencias de voluntades y de operaciones. En fin –para que sean convencidos con sus propios testimonios–, se refieren dos hombres, porque aunque sean de una naturaleza por derecho de nacimiento, sin embargo, por el tiempo, el pensamiento, la obra y el lugar son diferentes. Y por ello no puede hablarse de un solo hombre con el significado y número de dos, porque donde hay diversidad no existe unidad. Ahora bien, cuando se habla de un único Dios, se señala la gloria y la plenitud del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

43. En fin, es tan firme la verdad de la unidad, que aun cuando se señala solamente la naturaleza de la generación, o de la carne humana, se indica un solo hombre de entre muchos, como está escrito: El *Señor es mi auxilio, no temeré lo que pueda hacerme el hombre*[113]; o sea, no una persona humana en particular, sino la carne y la fragilidad de la generación humana. Y añadió: *Bueno es esperar en el Señor que esperar en el hombre*[114]. Y aquí tampoco designó un hombre en especial, sino la condición humana en gene-

112. Pr 30, 18-19.
113. Sal 117, 6.
114. Sal 117, 8.

ral. Y tanto es así que enseguida añadió refiriéndose a muchos hombres: *Mejor es refugiarse en el Señor que confiar en los príncipes*[115]. Ahora bien, donde dice *hombre*, en lugar de naturaleza humana, como dijimos arriba, se señala la unidad común entre todos los hombres; y donde dice *príncipes*, hay una cierta distinción de diversos poderes.

44. Pero entre los hombres o en los hombres existe la unidad de alguna cosa: de amor, de ambición, de carne, de devoción o de fe. En cambio, la unidad general que abarca todas las cosas en sí, según la gloria de la divinidad, es propia de solo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. 45. De donde también el Señor, cuando designaba la diversidad recíproca de los hombres, que no tienen nada entre sí con lo que puedan pertenecer a la unidad de la sustancia individual, dijo: *Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero*[116]. Y al haber dicho antes: *El testimonio de dos personas es verdadero,* cuando aludió al testimonio suyo y del Padre, no afirmó: «Nuestro testimonio es verdadero, porque sea el testimonio de dos dioses», sino que dijo: *Yo soy quien da testimonio de mí mismo, y el que me ha enviado, el Padre, da testimonio de mí*[117]. Más arriba dice de modo semejante: *Si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy yo solo, sino yo y el que me ha enviado*[118]. Y así, tanto antes como después, se refería al Padre y al Hijo, y no mezcló la pluralidad, ni separó la unidad de la sustancia divina.

46. Es evidente, pues, que lo que es propio de una sola sustancia, no se puede separar, pues no se trata de una singularidad, sino de la unidad. La singularidad digo, que en griego se dice «monotes». La singularidad pertenece a la persona; la unidad a la naturaleza. Pero aquellos seres que son

115. Sal 117, 9.
116. Jn 8, 17.
117. Jn 8, 18.
118. Jn 8, 16.

de distinta sustancia, no sólo se dice que son uno, sino que también se acostumbra a decir que son varios, y aunque ya debería estar aclarado por el testimonio profético, no obstante, el mismo Apóstol lo declaró expresamente, al decir: *Porque, aunque algunos sean llamados dioses en el cielo o en la tierra*[119]. Ves, pues, que aquellos que son de distintas substancias y no de la realidad de una sola naturaleza, son llamados dioses. En cambio, el Padre y el Hijo, porque son de una misma sustancia, no son dos dioses[120], sino *un solo Dios Padre, del cual proceden todas las cosas, y un solo Señor Jesús, por medio del cual proceden todas las cosas*[121]. Afirma que hay *un solo Dios Padre* y *un solo Señor Jesús*. Y más arriba: *Un único Dios*[122], no dos dioses; y más abajo, *un solo Señor* y no dos. 47. Por tanto, se excluye la pluralidad, no se prescinde de la unidad. Pero del mismo modo que cuando leemos *Señor Jesús*, no separamos al Padre –como dijimos arriba[123]– del derecho de poder que le es común con el Hijo, así también, cuando leemos un *solo verdadero Dios*[124] el Padre, tampoco podemos separar al Hijo del derecho de ser solo Dios verdadero, lo cual es común al Hijo y al Padre.

48. Que digan por otra parte [los arrianos] qué otra cosa sienten, qué otra cosa juzgan cuando leemos: *Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás*[125]; si piensan que Cristo no ha de ser adorado y que no hay que ser siervo de Cristo. Porque si aquella mujer cananea, que le rindió culto[126], mereció alcanzar lo que suplicó, y el apóstol Pablo, que se declara siervo de Cristo al comienzo de la introducción de sus escritos[127], mereció ser *apóstol, no por los méritos de los*

119. 1 Co 8, 5.
120. Cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, III, 13, 92.
121. 1 Co 8, 6.
122. 1 Co 8, 4.
123. Cf. *De fide*, II, 5, 39ss.
124. Jn 17, 3.
125. Mt 4, 10: Dt 6, 13.
126. Mt 15, 25.
127. Cf. Rm 1, 1.

hombres o por un hombre, sino por Jesucristo[128], que digan lo que piensan que hay que hacer; si prefieren participar en la maldad, junto con Arrio, quien niega que Cristo sea *solo y verdadero Dios*[129], porque piensan que no se le debe adorar ni prestar culto; o por el contrario, prefieren estar del lado de Pablo, quien, dando culto y sirviendo[130] a Cristo con una sincera sumisión, ciertamente no negaba ni de palabra ni de pensamiento que Cristo fuera el *solo Dios verdadero*, a quien reconocía con acatamiento religioso.

Sobre lo que el Señor afirmó: «Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos»

4.49. Porque si alguien dijera que también el Hijo adora a Dios Padre, porque está escrito: *Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos*[131], que reflexione, cuándo, con quién y bajo qué pretexto lo dice.

50. En efecto, en los párrafos anteriores se dijo no sin motivo, que Jesús, *cansado del camino, se sentó*[132] y pedía de beber a la samaritana[133], porque hablaba según la carne humana, ya que según la divinidad no podía fatigarse ni sentir sed[134]. 51. Después, cuando la samaritana le hablaba como a un judío y pensaba que era un profeta[135], [Cristo], como un judío que explicaba en sentido espiritual los misterios de la ley, respondió: *Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros lo que conocemos*[136]. Dijo *nosotros*, es decir, se unió a los todos hombres. ¿Y cómo se une a los hombres, sino según la carne? Además, para manifestar que había respon-

128. Ga 1, 1.
129. Jn 17, 3.
130. Rm 1, 1.
131. Jn 4, 22.
132. Jn 4, 6.
133. Cf. Jn 4, 7.
134. Jn 4, 9.
135. Cf. Jn 4, 19.
136. Jn 4, 22.
137. Ibid.

dido según el misterio de la encarnación, añadió: *Porque la salvación viene de los judíos*[137]. 52. Pero inmediatamente después apartó los sentimientos humanos, afirmando: *Vendrá* –dice– *la hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre*[138]. No dijo «adoraremos», lo que sin duda hubiera dicho, si tuviera que soportar en sí mismo la participación de nuestra sumisión. 53. Pero, como hemos leído que los Magos le adoraron[139], debemos entender que no puede adorar como siervo y ser adorado como Señor por la misma naturaleza, sino más bien, que como hombre, entre los hombres, se dice que adora, y como Señor se dice que es adorado por sus siervos.

54. Muchas cosas, pues, hemos leído y creído respecto al misterio de la encarnación, pero en la misma debilidad de la naturaleza humana se puede contemplar la divina majestad. *Jesús, cansado por el camino*[140], con el fin de reanimar a los cansados[141]; *pide de beber*[142], quien proveerá; *tiene hambre*[143], el que entregará el alimento de la salvación a los hambrientos; muere, quien ha de vivificar; es enterrado, quien ha de resurgir; está suspendido del leño estremecedor[144], quien ha de confirmar a los temblorosos; cubrió el cielo de oscuridad[145], para dar la luz; hizo temblar la tierra[146], para asentarla; perturba los mares[147], para amansarlos; abre los sepulcros de los muertos[148], para manifestar que son la mansión de los vivos; es procreado de una Virgen[149], para que se crea que ha nacido de Dios; disimula que no cono-

138. Jn 4, 23.
139. Cf. Mt 2, 11. *Los Magos le adoraron*, según Faller; otros códices y PL transmiten: *María adoró*.
140. Jn 4, 6.
141. Cf. Mt 11, 28.
142. Jn 4, 7.13-14; 7, 37.
143. Cf. Jn 4, 31-32.
144. Cf. Lc 23, 43.
145. Cf. Lc 23, 44-47.
146. Cf. Mt 27, 51.
147. Cf. Mt 8, 24-26.
148. Cf. Mt 27, 52-53.
149. Cf. Mt 1, 20-23.

ce[150], para hacer entendidos a los que ignoran; se dice que adoró[151] como judío, para que sea adorado el verdadero Hijo de Dios.

Sobre las palabras: «Mi cáliz ciertamente lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a mí concederlo, sino que es para quienes está dispuesto por mi Padre»

5.55. Preguntan [los arrianos]: «¿Cómo el Hijo de Dios, solo Dios verdadero, puede ser semejante al Padre, cuando Él mismo dijo a los hijos de Zebedeo: *Mi cáliz ciertamente lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no me corresponde a mí concederlo, sino que es para quienes está dispuesto por mi Padre*[152]?».

En efecto, éste es vuestro argumento con el que pretendéis demostrar la desigualdad divina en Dios[153], mientras que en él deberíais venerar más la clemencia del Señor y adorar la gracia, si en verdad pudierais comprender los profundos secretos del poder y la sabiduría de Dios[154]. 56. En verdad, deberíais considerar lo que [la madre] pide *con los hijos*[155] y en favor de los hijos. La madre es ciertamente la más desmedida por el honor de los hijos, pero debe ser perdonada por la desmesura de sus deseos, y además madre de edad ya avanzada, religiosa por su celo, desconsolada a esa edad en que la preocupación de una robusta prole le podría proporcionar ayuda y aliento; además sufría con dolor que los hijos se alejaran de ella, y había preferido a su complacen-

150. Cf. Mc 13, 32.
151. Cf. Jn 4, 22.
152. Mt 20, 23.
153. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 29.
154. Cf. 1 Co 1, 24.
155. Mt 20, 20.

cia la recompensa de los hijos que seguían a Cristo. Éstos fueron llamados por el Señor a la primera indicación, como leemos: *Abandonadas las redes y el padre le siguieron*[156].

57. Ella, pues, más entregada al afán de la preocupación materna, insistía al Salvador, diciendo: *Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu reino*[157]. Aunque es un error, se trata de un error propio de la piedad. Las entrañas maternas no conocen la paciencia. Aunque ambiciosa en sus deseos, sin embargo, es merecedora de perdón la ambición que no es ávida de dinero, sino de gracia. No era una petición imprudente, ya que no miraba el bien propio, sino el de los hijos. ¡Tened en cuenta a una madre, fijaos en una madre!

58. Pero no hay por qué sorprenderse, si os parece grosero el afecto de los padres hacia los hijos, a vosotros que juzgáis el amor del Padre omnipotente para con el Hijo unigénito como de poco valor. El Señor del cielo y de la tierra se avergonzaba –para decirlo conforme a la adopción de la carne y las virtudes del alma–, se avergonzaba, repito, y haciendo uso de su misma palabra, se sentía confundido ante aquella madre que pedía por sus hijos al rechazar compartir con ellos su trono[158]. Vosotros discutís que el propio Hijo de Dios eterno unas veces está de pie como siervo, y otras veces sostenéis que es siervo, es decir, queréis que esté sentado no por la unidad de la majestad, sino por la disposición de Dios Padre, y negáis esto al verdadero Dios, al Hijo de Dios, lo que Él claramente no quiso negar a los hombres. 59. Tenía en consideración también el amor de la madre, la cual confortaba su avanzada vejez con la recompensa de los hijos, y aunque cansada, soportaba la ausencia de los hijos muy queridos.

156. Mt 4, 22.
157. Mt 20, 21.
158. Cf. Mt 20, 23.

60. Tened en consideración también a la mujer, esto es, al sexo más débil, al que el Señor todavía no había confirmado con la propia pasión. Prestad atención, digo, a la herencia de aquella primera mujer[159], Eva, que se transmite a todas en una ininterrumpida sucesión de inmoderada ambición, a la que el Señor todavía no había rescatado con su propia sangre; todavía no había purificado Jesús con su sangre la ambición desbordada[160] por los afectos de todas las cosas que va contra el derecho del honor divino. Esta mujer delinquía por causa del error hereditario[161].

61. ¿Y qué tiene de extraño, que una madre rogara en favor de sus hijos, pues es más tolerable que en amparo propio, cuando incluso los apóstoles mismos, como hemos leído, disputaban entre sí acerca de la precedencia[162]? 62. El médico de todos no debió herir a la mujer, abandonada y triste hasta en su espíritu, con la desaprobación sin consideración y denegando lo que ella solicitaba, de modo que se sintiera dolorida como de haber exigido con soberbia lo imposible. 63. Después, el Señor, que sabía que hay que honrar la piedad materna, respondió no a la mujer, sino a sus hijos, diciendo: *¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?* Y al responderle ellos: *Sí, podemos,* Jesús *les dice: Mi cáliz ciertamente lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no me corresponde a mí concederlo, sino que es para quienes está dispuesto por mi Padre*[163].

64. ¡Cuán paciente y lleno de compasión el Señor! ¡Qué profunda sabiduría y caridad¡ En efecto, queriendo manifestar que los discípulos pedían una cosa no superflua, sino

159. Cf. Gn 3, 5-6.

160. Cf. Gn 3, 5.

161. Manifiesta referencia a la transmisión hereditaria del pecado original. Cf. AMBROSIO, *Exp. ps. CXVIII*, 6, 21-22; ID., *De myst.*, 6, 32; ID., *De sacr.*, III, 1, 7; ID., *Inst. virg.*, 13, 84; ID., *De Spir. Sanct.*, III, 11, 74.

162. Cf. Lc 22, 24. Mt 20, 24-28.

163. Mt 20, 22-23.

la que no podían alcanzar, reservó la prerrogativa suya al honor del Padre, no temiendo que perdiera algo de su derecho, quien *no consideró una rapiña ser igual a Dios*[164]. Igualmente, amando a los discípulos, como tienes [escrito]: *Los amó hasta el extremo*[165], no quiso que apareciera que, quien es santo y bueno, había denegado lo que pedían aquellos a los que amaba; prefería disimular algo de su derecho, antes que ceder en la caridad. En efecto, *la caridad es paciente, servicial, no es envidiosa, no se engríe y no busca lo que es suyo*[166].

65. En resumen, para que comprendáis que no es por debilidad, sino por complacencia, lo que dijo: *No está en mi poder concedéroslo*[167], cuando los hijos de Zebedeo le ruegan sin estar la madre, Él no dijo nada respecto del Padre. En verdad, tienes [escrito]: *No me corresponde a mí concederlo, sino que es para quienes está dispuesto*[168]; así lo expuso el evangelista Marcos. Pero cuando la madre ruega a favor de los hijos, esto es, según Mateo: *No me corresponde a mí concederlo, sino que es para quienes está dispuesto por mi Padre*[169]. Aquí añade *por mi Padre*, ya que el afecto materno exigía mayor comprensión.

66. Pero si [los arrianos] piensan que al afirmar *para quienes está dispuesto por mi Padre*, o bien [Jesús] lo atribuyó más al Padre, o bien suprimió algo a sí mismo, deberán decir también si piensan que el Padre ha sido privado de algo cuando en el Evangelio el Hijo afirmó acerca del Padre: *El Padre no juzga a nadie*[170]. 67. Pues, si consideramos sacrílego creer que el Padre entregó al Hijo el poder de juzgar de modo que Él mismo no lo tuviera –lo tiene en

164. Flp 2, 6.
165. Jn 13, 1.
166. 1 Co 13, 4.
167. Mt 20, 23.
168. Mt 10, 40.
169. Mt 20, 23.
170. Jn 5, 22.

verdad, y la majestad divina no puede perder lo que posee por naturaleza–, también debemos considerar sacrílego que el Hijo no puede dar lo que los hombres pueden merecer, o que cualquiera creatura puede recibir, sobre todo cuando Él mismo había afirmado: *Yo voy al Padre y todo lo que le pidierais en mi nombre, yo lo haré*[171]. Por tanto, si el Padre puede conceder lo que el Hijo no puede, la *Verdad*[172] ha mentido y no puede hacer lo que en su nombre se pide al Padre. En verdad, por eso no dijo: *Para quienes está dispuesto por mi Padre*, con el fin de que se pida solamente al Padre, pues todas las cosas que se pidieran al Padre, manifestó que era Él quien las concedía. No dijo, pues, «cualquier cosa que me pidierais, lo haré, sino: *Cualquier cosa que le pidierais en mi nombre, yo lo haré*[173].

6.68. Quiero yo ahora saber si pidieron algo posible a la condición humana o a alguna creatura, o creen que es imposible lo que suplicaron la mujer de Zebedeo y los hijos. Si pidieron algo posible, ¿cómo es que no tuvo poder para otorgar el trono a su derecha o a su izquierda a los apóstoles, quien creó todas las cosas que no existían? ¿O cómo es posible que no pudiera juzgar acerca de los méritos de los hombres aquel a quien *el Padre le había entregado todo juicio*[174]? 69. Es sabido cómo había entregado al Hijo el poder de juzgar[175]; entonces, ¿cómo pudo recibirlo el Hijo como si estuviera necesitado, quien había creado todas las cosas de la nada[176]? Pero ¿no tenía ahora el derecho de juzgar a aquellos cuya naturaleza Él mismo había creado? El Padre había dado todo el poder de juzgar al Hijo: *Para que todos* –dice [la Escritura]– *honren al Hijo, como honran al*

171. Jn 14, 12-13.
172. Jn 14, 16.
173. Jn 14, 13.
174. Jn 5, 22. Por derecho de generación.
175. Cf. *De fide*, II, 12, 100.
176. Cf. Jn 1, 3.

Padre[177]. En verdad, no aumenta el poder del Hijo, sino que progresa nuestro conocimiento; ni tampoco se añade nada a la sustancia del Hijo, sino a nuestra utilidad, porque es conocido por nosotros, *para que con el conocimiento del Hijo de Dios tengamos la vida eterna*[178].

70. Así pues, como en el conocimiento del Hijo de Dios, el honor es de aquel, en tanto que nosotros tenemos el progreso, si alguien piensa que el poder de Dios[179] aumenta con ese honor, es necesario que crea que Dios Padre también puede ser aumentado por ese honor, porque Él también, lo mismo que su Hijo, es honrado con nuestro conocimiento, según está escrito, cuando el Hijo afirma: *Yo te he glorificado sobre la tierra*[180]. Luego, si era posible que se le pidiera algo, eso estaba ciertamente en el poder del Hijo.

71. No obstante, quienes piensan que es posible sentarse a la derecha de Dios, que muestren qué hombre o qué creaturas se sientan *a la derecha o la izquierda* de Dios. En efecto, el Padre dice al Hijo: *Siéntate a mi diestra*[181]. Por tanto, si alguno se sienta a la derecha del Hijo, el Hijo se encuentra en el medio, para hablar al modo humano, entre esa persona y el Padre. 72. Luego, estaba pidiendo una cosa imposible para el hombre. Ahora bien, no quiso decir que los hombres no pudieran sentarse junto a Él, sino ocultar su propia gloria divina, y que deseaba no divulgar antes de la resurrección. En efecto, también con anterioridad[182], cuando se había aparecido entre sus discípulos con Moisés y Elías, les había advertido que no dijesen nada de lo que habían visto. 73. Por tanto, si no era posible a los hombres y a las demás creaturas merecer lo que pedían, no debe pa-

177. Jn 5, 22-23.

178. Jn 17, 3. Se trata de una idea reiterativa en nuestro Autor.

179. Cf. 1 Co 1, 24.

180. Jn 17, 4.

181. Sal 109, 1.

182. Cf. Mt 17, 3-9.

recer que el Hijo tenga menos poder, porque no dio a los apóstoles lo que no dio el Padre a los hombres o a las demás creaturas. O que digan [los arrianos] a cuál de aquellos lo otorgó el Padre. Ciertamente, no se lo concedió a los ángeles, de quienes la Escritura afirma *que todos los ángeles estaban alrededor de su trono*[183]; por ello Gabriel dijo que él estaba de pie, como tienes [escrito]: *Yo soy Gabriel, el que estoy delante del Señor*[184].

74. Luego, no se lo concedió a los ángeles ni a los ancianos que adoran al que está sentado[185]. En efecto, aquellos no se sientan sobre el trono de la majestad, sino, como dijo la Escritura, *alrededor del trono*[186]. Realmente, hay otros veinticuatro tronos, como está [escrito] en el Apocalipsis de Juan: *Y sentados en veinticuatro tronos los ancianos*[187]. En el evangelio también el mismo Señor dice: *Cuando el Hijo del hombre se siente en su trono de majestad, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel*[188]. No dijo que podía dar a los apóstoles la participación en su trono, sino que aquellos otros tronos eran doce, que no obstante no debemos valorar por el acercamiento corporal, sino más bien, como un aumento de la gracia espiritual.

75. También en el libro de los Reyes, dice el profeta Miqueas: *He visto al Señor Dios de Israel sentado en su trono, y toda la milicia del cielo estaba de pie a su alrededor, a derecha e izquierda*[189]. ¿Cómo, pues, estando de pie los ángeles a derecha e izquierda del Señor Dios, estando de pie toda la milicia celestial, se van a sentar los hombres a la derecha o a la izquierda, a los cuales en premio de la virtud se les

183. Ap 7, 11.
184. Lc 1, 19.
185. Cf. Ap. 4, 10.
186. Ap 4, 4.
187. Ibid.
188. Mt 19, 28.
189. 1 R 22, 19.

promete la semejanza de los ángeles, como dice el Señor: *Seréis como ángeles en el cielo*[190]? Dice *como ángeles*, no «más que los ángeles». 76. Por tanto, si el Padre no dio más que el Hijo, tampoco el Hijo dio menos que el Padre. El Hijo, pues, no tiene menos poder que el Padre

77. No obstante, pensad que fuera posible a los hombres obtener lo que pidieran; ¿qué sentido tendría lo que dice: *El sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo*[191]? ¿Qué significa *cosa mía*? Anteriormente había dicho: *Mi cáliz lo beberéis*[192]; después dice: *No es cosa mía el concederlo*[193]. Tanto antes como después afirma *mío,* y no cambió. Así pues, las palabras de antes explican por qué dijo *mío*.

78. Preguntado por la mujer, en su condición de hombre, que permitiera sentarse a su derecha o a su izquierda a sus hijos[194], puesto que ella le había rogado como hombre, por eso también el Señor, casi como si sólo fuera hombre, respondió refiriéndose a su pasión: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*[195]. 79. Así pues, ya que hablaba de la pasión de su cuerpo, según la carne, quiso manifestar que nos dejaba según la condición de la carne un ejemplo y una semejanza a nosotros para soportar la pasión, pero que, según la condición humana, no concedía la participación del trono celeste. Esto es, pues, lo que dijo: *No es cosa mía*[196]; lo mismo que en otro lugar dijo: *Mi doctrina no es mía*[197]; no es mía –dice–, según la carne, porque las palabras divinas no son propias de la carne.

80. No obstante, reveló expresamente su comprensión hacia los discípulos a quienes amaba, cuando anunció: *¡Be-*

190. Mc 22, 30.
191. Mc 20, 23.
192. Ibid.
193. Ibid.
194. Cf. Mt 20, 21.
195. Mc 20, 22.
196. Mt 20, 23.
197. Jn 7, 16.

beréis ciertamente mi cáliz![198]. En verdad, ya que no debía darles lo que pedían, les propuso otra cosa que antes había recordado, para indicar lo que les iba a dar, más que lo que les iba a negar; de esa manera comprenderían que había faltado más la equidad de su petición que el deseo de generosidad del Señor. 81. *Mi cáliz* –dijo-, *ciertamente lo beberéis*[199]; esto es: la pasión, que es propia de mi carne, no la negaré, porque lo que he asumido de la naturaleza humana, lo podéis imitar. Os he dado la victoria sobre la pasión, la herencia de la cruz. *Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me pertenece a mí el concedéroslo*[200]. No dijo «no es mío el concederlo», sino: *No me pertenece a mí el concederlo a vosotros*[201]; o sea, afirma que no le falta el poder a Él, sino el mérito a las creaturas. 82. Entiéndelo de otro modo: *No me pertenece a mí el concederlo a vosotros*[202]; esto es: *No me pertenece a mí*, que he venido a enseñar la humildad[203], que he venido *no a ser servido, sino a servir*[204]; *no me pertenece a mí*, que cumplo la justicia, no practico el favor[205]. 83. Después, refiriéndose al Padre, añade: *Para quienes ha sido dispuesto*[206]; así, manifiesta también que el Padre no solía transigir a las peticiones, sino a los méritos, *porque Dios no hace acepción de personas*[207]. Por eso dice el Apóstol: *Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó*[208]. En efecto, no los predestinó antes de cono-

198. Mt 20, 23.
199. Ibid.
200. Ibid.
201. Ibid.
202. Ibid. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 29
203. Cf. Mt 11, 29.
204. Mt 20, 28.
205. Como sinómino de «favoritismo».
206. Mt 20, 23.
207. Hch 10, 34. Esta frase debe interpretarse en la misma línea que la anteriormente mencionada sobre el Hijo: «Cumplo la justicia, no practico el favor». En la mente de Ambrosio, el Padre y el Hijo son igualmente «Dios verdadero».
208. Rm 8, 29.

cerlos, sino que predestinó los premios de quienes conoció de antemano los méritos.

84. Con razón es reprendida la mujer, que no solo pidió cosas imposibles, sino que las pidió con un cierto privilegio especial[209] a aquel Señor, que con voluntaria generosidad había dado, no a los dos apóstoles, sino a todos los discípulos, incluso sin una súplica especial, lo que pensaba que debía darse a los santos, como está escrito: *Os sentareis también vosotros en doce tronos, para juzgar a la doce tribus de Israel*[210].

85. Así pues, aunque pensemos que era posible lo que había pedido, no hay lugar a poner reparos. Sin embargo, cuando yo he leído que los serafines estaban de pie[211], ¿cómo puedo pensar que los hombres estén sentados *a la derecha o a la izquierda*[212] del Hijo de Dios? El Señor está sentado sobre los querubines, como tienes [escrito]: *Tú, que estás sentado entre querubines, muéstrate*[213]. ¿Cómo podrán sentarse los apóstoles sobre los querubines? 86. Y esto lo deduzco, sin embargo, no por mi conocimiento, sino por oráculo de la boca del Señor. En efecto, el mismo Señor, en los últimos momentos, encomendando los apóstoles al Padre, dice: *Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que tú me has confiado*[214]. Ciertamente, si hubiera juzgado que el Padre tenía intención de conceder el trono divino a los hombres, hubiera dicho: «Quiero que donde yo me siento, también ellos se sienten conmigo». Pero dijo: *Quiero que estén conmigo*, no «que se sienten conmigo», y *donde yo*, no como yo. 87. Después sigue: *Para que contemplen mi gloria*. No dijo aquí tampoco «para que tengan

209. Para algunos autores, la madre de los Zebedeos era Salomé (cf. Mc 15, 40), hermana de la madre de Jesús, a quien seguía cuando estaba en Galilea.

210. Mt 19, 28.

211. Cf. Is 6, 2.

212. Mt 20, 23.

213. Sal 79, 2.

214. Jn 17, 24.

mi gloria», sino para que la *contemplen*, pues el criado ve, mientras que el señor posee, como lo enseñó también David, al afirmar: *Para que vean la voluntad del Señor*[215]. También el mismo Señor en el Evangelio lo manifestó, diciendo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*[216]. Dice *verán*, no que se sentarán con Dios *sobre los querubines*[217].

88. Por lo tanto, que [los arrianos] dejen de considerar las cosas más viles refiriéndolas a la divinidad del Hijo de Dios, para que no piensen también otras más viles respecto del Padre. Pues quien piensa equivocadamente del Hijo no puede pensar acertadamente del Padre, y el que tenga una opinión equivocada del Espíritu Santo, tampoco puede pensar bien del Hijo[218]. En efecto, donde hay una sola dignidad y una sola gloria, hay una sola caridad y una sola majestad; la disminución es común, cualquier cosa que estimes que se debe disminuir a uno [de los tres]; ya no existirá más, por lo tanto, la plenitud, que tú separas y divides en partes.

Sobre las palabras: «Los has amado como me amaste a mí»

7.89. Ahora bien, noble emperador, existen quienes se esfuerzan en disminuir el amor del Padre y del Hijo, al tratar de negar esa unidad de la divina sustancia, porque está escrito: *Y los has amado como me amaste a mí*[219]. Cuando dicen esto, ¿qué otra cosa hacen, sino introducir una cierta igualdad comparativa entre el Hijo de Dios y los hombres? 90. ¿Es que los hombres pueden ser amados por Dios como

215. Sal 26, 4.
216. Mt 5, 8.
217. Sal 79, 2.
218. Cf. *De fide*, II, 11, 114-118; ATANASIO, *Epist. ad Serap.*, I, 1-2.
219. Jn 17, 23.

el Hijo, en quien se complació el Padre[220]? El Hijo complace al Padre por sí mismo, nosotros complacemos [al Padre] por medio del Hijo. En verdad, aquellos en quienes vio Dios a su Hijo *a su imagen*[221], a esos los atrae mediante el Hijo a la gracia de ser hijos suyos[222], de modo que mediante la Imagen somos a imagen [de Dios][223], y así también por medio de la generación del Hijo somos llamados a la adopción[224]. Uno es, pues, el amor eterno de la naturaleza y otro el de la gracia.

91. Por otra parte, si hacen problema, porque está escrito: *Y los has amado como me amaste a mí*[225], reflexionen si es una comparación la que se hace[226], e igualmente deberán pensar también si se ha dicho a modo de comparación lo siguiente: *Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre, que está en los cielos*[227]; y en otro lugar: *Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto mi Padre, que está en los cielos*[228]. Porque, si Él, conforme a la plenitud de su majestad, es perfecto, y nosotros somos perfectos según el progreso de la virtud que tenemos, también el Hijo es amado por el Padre conforme a la plenitud del amor que permanece siempre; sin embargo, el progreso de la virtud en nosotros se hace merecedor del amor de Dios. 92. ¿Ves, pues, qué gracia tan grande ha concedido Dios a los hombres, y tú pretendes destruir el natural e indivisible amor del Padre y el Hijo, y discutes todavía sobre las palabras, donde observas la unidad de la majestad?

93. Observa de quién es el afecto con que Cristo habla en todo este pasaje. Ciertamente, obtienes al mismo que afir-

220. Cf. Mt 3, 17; 17, 5.
221. Gn 1, 26-27.
222. Cf. Ef 1, 5.
223. Cf. Col 1, 15-16; 3, 9-11.
224. Cf. Ga 4, 5.
225. Jn 17, 23.
226. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 19.
227. Lc 6, 36.
228. Mt 5, 48.

ma: *Glorifícame, Padre, con aquella gloria que tenía junto a ti antes de que el mundo existiese*[229]. Advierte cómo habla conforme a los sentimientos del primer hombre, pues con esa petición reclama para nosotros lo que al hombre le había sido concedido en el paraíso antes del pecado, como también se lo recordó al ladrón, prometiéndole la reconstitución de la antigua glorificación, cuando se encontraba en los momentos de la pasión: *En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*[230]. Ésta es la glorificación *antes de que el mundo existiese*. Ahora bien, dice *el mundo* en lugar de *los hombres*, conforme tienes [escrito]: *Mirad cómo todo el mundo se ha ido tras él*[231]; y en otro lugar: *Para que este mundo conozca que tú me has enviado*[232]. 94. Y además, para que supieras que el Hijo Dios es «Dios grande»[233], salvador y omnipotente, añadió una prueba de su majestad, diciendo: *Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío*[234]. Es decir, lo posee *todo*, ¿y tú consideras la expresión *ha sido enviado* como una ofensa? 95. Y si no entiendes que *ha sido enviado* según la carne, como dijo el Apóstol[235], y si de una simple palabra creas un prejuicio, para afirmar que los inferiores suelen ser enviados por los superiores, como es costumbre, ¿qué respondes al hecho de que el Hijo haya sido enviado a los hombres? Ciertamente, si piensas que es menor quien es enviado, menor naturalmente que aquel por el que es enviado, comprende también que el menor ha enviado al mayor, y los mayores han sido enviados a los menores. Así, también Tobías envió al arcángel Rafael[236], y un ángel fue enviado a Balaan[237], e incluso el Hijo de Dios a

229. Jn 17, 5.
230. Lc 23, 43.
231. Jn 12, 19.
232. Jn 17, 23.
233. Cf. Tt 2, 13.
234. Jn 17, 10.
235. Cf. Rm 8, 3; 1, 3.
236. Cf. Tb 9, 1-2.
237. Cf. Nm 22, 22.

los judíos[238]. 96. ¿Acaso también era menor el Hijo de Dios que los judíos a los que era enviado? En efecto, de Él está escrito: *Finalmente les envió a su Hijo único*[239]. Observa también que antes nombró a los siervos, después nombró a su Hijo, para que sepas que el Hijo unigénito de Dios, según el poder de la divinidad, no tiene denominación ni participación común con los siervos. Es enviado para que sea reverenciado, no para que sea equiparado a los criados.

97. Y ciertamente añadió *mío*, para que no se creyera que había enviado uno de muchos, ni de naturaleza despreciable o de algún poder inferior, sino un [Dios] verdadero de uno verdadero e imagen de la sustancia del Padre[240].

98. No obstante, admitamos que sea menor el enviado que aquel por quien es enviado; entonces, ¿Cristo es menor que Pilatos, porque Pilatos *le envió a Herodes*[241]? Ahora bien, el modo de hablar no prejuzga el poder; la Escritura dice que quien había sido enviado por el Padre, dice que fue enviado por el gobernador romano. 99. Por tanto, si pensamos rectamente sobre el Hijo de Dios, lo que es digno de Él, entonces debemos entender que fue enviado precisamente para que, por el incomparable e inenarrable secreto de la majestad profunda del Verbo de Dios, se diera a conocer a nuestra mente, según nuestra capacidad no sólo cuando él se anonadó[242], sino también cuando vivió entre nosotros, como esta escrito: *Porque habitaré en medio de ellos*[243]. También tienes en otro lugar que Dios dijo: *Venid, bajemos allá y confundamos su lenguaje*[244]. En verdad, Dios no descendió de lugar en momento alguno, pues dice: *Yo lleno el cielo y la tierra*[245]; pero en cuanto parece descender,

238. Cf. Mt 15, 24.
239. Mt 21, 37.
240. Cf. Col 1, 15; Hb 1, 3.
241. Lc 23, 7.
242. Cf. Flp 2, 7.
243. 2 Co 6, 16.
244. Gn 11, 7.
245. Jr 23, 24.

si el Verbo de Dios penetra nuestros sentimientos, como dice el Profeta: *Preparad el camino al Señor, enderezad sus sendas*[246], de modo que, como Él prometió, vendrá con el Padre y establecerá su morada con nosotros[247]. Es evidente pues, cómo viene a nosotros el Hijo.

8.100. Así, es evidente también en qué sentido [Cristo] llama *Señor*, al que reconoció como Padre. En efecto, dice: *Yo te reconozco a ti, Padre, Señor del cielo y de la tierra*[248]. La Sabiduría le nombra primero Padre suyo, después le llamó Señor de la creación[249]. Así pues, no hay soberanía donde existe la verdadera descendencia, como lo manifiesta el mismo Señor en su Evangelio, al decir: *¿Qué pensáis de Cristo? ¿De quién es Hijo? Y le dicen: De David. Jesús les pregunta: ¿Cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice: «Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra»?* Y añadió: *Si pues, David, movido por el Espíritu, le llama Señor, ¿cómo pudo ser hijo suyo? Y nadie era capaz de responderle palabra*[250].

101. ¡Con cuánta cautela se mostró el Señor por causa de los semiarrianos para defender la fe también con este testimonio! En efecto, no dijo «el Espíritu le llama Señor», sino que David dijo *movido por el Espíritu*, para que de quien es hijo según la carne[251], es decir, de David, también se le creyera Dios y Señor según su divinidad. ¿Ves, pues, por qué el nombre de afecto está separado del [nombre] de Señor?[252] 102. Y en verdad, con razón llamó el Señor a su Padre, Señor de cielo y tierra[253], para que tú, cuando lees

246. Is 40, 3; Mt 3, 3.
247. Cf. Jn 14, 23.
248. Mt 11, 25.
249. Cf. Atanasio, *Contra Arianos*, II, 50.
250. Mt 22, 42-46.
251. Cf. Rm 1, 3.
252. Otros editores transmiten el término «dominio» en lugar de «Señor» y por el contexto posterior se explica perfectamente que podemos inclinarnos por cualquiera de las dos opciones.
253. Cf. Mt 11, 25.

«Padre» y «Señor», entiendas Padre del Hijo y Señor de la creación. En un nombre se encuentra la prerrogativa de la naturaleza, en el otro la autoridad del poder. Pero *tomando la forma de siervo*[254], le denomina Señor en cuanto toma sobre sí mismo la condición de siervo: igual en *la forma de Dios*[255], siervo en cuanto a la condición del cuerpo. La condición servil es propia de la carne, mientras que la condición de poderío es propia de la divinidad. Por ello también dice el Apóstol: *Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la gloria*[256], es decir, *Dios* que asume la naturaleza humana, pero *Padre* de la gloria. Dios no tuvo dos hijos, Cristo y la gloria; en absoluto. Luego, si Cristo es el único Hijo de Dios, en verdad Cristo es la gloria. ¿Qué es lo que niegas a quien es la gloria del Padre? 103. Luego, si el Hijo es la gloria y el Padre también es la gloria, porque *el Padre de la gloria*[257] no puede ser otra cosa que gloria, no hay división de glorias, sino que una sola es la gloria. Así pues, la gloria hace referencia a la propiedad característica de la naturaleza, mientras que el dominio hace referencia a la condición servil del cuerpo que había sido asumido. Ciertamente, si la carne está también sometida al alma del justo, como está escrito: *Castigo mi cuerpo y lo someto a esclavitud*[258], cuánto más estará sujeta a la divinidad, de la cual se dice: *¡Porque todas las cosas te sirven!*[259]. 104. Con una sola argumentación el Señor excluyó a los sabelianos, a los fotinianos y a los arrianos. Pues, cuando dice «el Señor» con «el Señor», Sabelio queda excluido, porque éste quiere que el Padre sea el mismo que el Hijo[260]. Queda excluido Fotino[261], porque «el Señor» que «juzga según la carne» no podía

254. Flp 2, 7.
255. Flp 2, 6.
256. Ef 1, 17.
257. Ibid.
258. 1 Co 9, 27.
259. Sal 118, 91.
260. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, IX, 26-27.
261. Cf. *De fide*, I, 1, 6; 8, 57.

ser el rey David, sino el que es Dios. En efecto, está escrito: *Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás*[262]. ¿Acaso el profeta podía mantener pensamientos contrarios a la ley, él que gobernaba bajo la ley? Queda eliminado Arrio, porque oye decir que el Hijo *está sentado a la derecha del Padre*, de manera que, si se razona al modo humano, él mismo se destruye y derrama el veneno de su sacrílega discusión sobre sí mismo, cuando intenta interpretar la desigualdad del Padre y el Hijo según la costumbre humana, desviándose en uno y otro caso de la verdad, pues antepone al que ha hecho inferior y confiesa que es superior el que está sentado a la derecha [del Padre]. Se excluye también a Mani. Ciertamente, [Cristo] no niega que Él sea el hijo de David *según la carne*[263], puesto que cuando los ciegos gritaban: *Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros*[264], Él se alegró por su fe, se detuvo y los curó[265]. Pero [Cristo] niega que eso sea propio de su eternidad y que solamente sea nombrado por los herejes hijo de David.

105. En verdad, es Hijo de Dios contra Ebión[266]; es Hijo de David contra los maniqueos[267]; es Hijo de Dios contra Fotino[268]; es Hijo de David contra Marción; es Hijo de Dios contra Pablo de Samosata; es Hijo de David, contra Valentín; es Hijo de Dios contra Arrio y contra Sabelio, herederos del error pagano; es el Señor de David contra los judíos, quienes, al ver en la carne al Hijo de Dios, creían con un odio impío que tan solo era un hombre. 106. Pero según la fe de la Iglesia, uno y el mismo es el Hijo de Dios Padre y de David, porque el misterio de la en-

262. Dt 6, 13: Mt 4, 10.

263. Rm 1, 3.

264. Mt 20, 30.

265. Cf. Mt 20, 32-34.

266. En realidad esta persona no existió. En cambio, los ebionitas, secta judeo cristiana, creían que Cristo era sólo hombre; cf. TERTULIANO, *De carn. Christi*, 18.

267. Cf. *De fide*, II, 5, 44.

268. Cf. Ibid., I, 1, 6; 8, 57; etc.

carnación de Dios es la salvación de toda creatura, conforme a lo que está escrito: *Porque apartado de Dios gustó la muerte en favor de todos*[269]; o sea, que toda creatura, sin que la divinidad tenga que sufrir nada, sería redimida con el precio de la sangre del Señor, como aparece en otro lugar: *Toda creatura será liberada de la servidumbre de la corrupción*[270].

107. Una cosa es que sea nombrado Hijo según la sustancia divina, otra cosa según la asunción de la carne. Así, conforme a la generación divina el Hijo es igual a Dios Padre, y según la asunción del cuerpo es siervo de Dios Padre, porque tomó, dice, *la forma de esclavo*[271]; no obstante, uno y el mismo es el Hijo. Por el contrario, para el santo patriarca David, él es Señor, conforme a su gloria, mientras que según la serie o proceso de la descendencia es el hijo, no perdiendo nada[272], sino adquiriendo para sí el derecho de nuestra adopción.

108. Y no sólo por la descendencia de David recibió la servidumbre en la persona de hombre, sino también de su mismo nombre, como tienes [escrito]: *Hallé a David mi siervo*[273]; y en otro lugar: *He aquí que yo os enviaré a mi siervo*[274]. *Su nombre es Oriente*[275]. Y el mismo Hijo dice: *Así dice el Señor, quien me plasmó desde el seno materno para siervo suyo, y me dijo: Cosa grande es para ti ser llamado Hijo mío. Mira que yo te he puesto como alianza de mi estirpe para ser luz de las gentes, para que tú seas la salvación hasta los confines de la tierra*[276]. ¿A quién se dice esto, sino a Cristo, ¿*que siendo de condición divina se anonadó y tomó la figura de esclavo*[277]? ¿Qué cosa sig-

269. Hb 2, 9.
270. Rm 8, 21.
271. Flp 2, 7.
272. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, II, 27.
273. Sal 88, 21.
274. Za 3, 8.
275. Za 6, 12.
276. Is 49, 5-6.
277. Flp 2, 6-7.

nifica en la *condición divina*, sino *en la plenitud de la divinidad*[278]?

109. Comprende, por tanto, qué significado tiene *tomó la figura de esclavo*[279], es decir, la plenitud de la perfección humana, la plenitud de la obediencia. Y por eso dice en el salmo treinta: *Y has puesto mis pies en campo abierto; de todos mis opresores me he hecho oprobio; tu semblante ilumine a tu siervo*[280]. El hombre es llamado siervo en el cual fue ungido[281], fue llamado siervo el hombre en el cual fue santificado[282], fue llamado siervo en el que fue creado[283], en el que fue hecho bajo la ley, fue hecho de la Virgen[284]. Y para decirlo de forma resumida, fue llamado siervo en lo que tiene madre, como está escrito: *Oh Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo y el hijo de tu esclava*[285].

110. ¿Quién *está humillado totalmente*[286] sino Cristo, que vino para salvar a todos por la obediencia? *Así como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores muchos, así también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos*[287]. Quién tomó *la copa de la salvación*[288], ¿Cristo *el príncipe de los sacerdotes*[289], o David, que ni siquiera tuvo el sacerdocio ni soportó la pasión? ¿Quién ofreció *el sacrificio de alabanza*[290]? 111. Pero si esto es poco, ten en cuenta otro pasaje: *Guarda mi alma, porque yo soy santo*[291]. ¿Acaso decía David esto de sí mismo? En cambio, lo afirma quien dice: *Pues no abandonarás mi alma al infierno, ni dejarás que tu santo contemple la corrupción*[292].

278. Col 2, 9.
279. Fp 2, 7.
280. Sal 30, 9.12.17.
281. Cf. Lc 4, 18; Hb 1, 9.
282. Cf. Jn 10, 36; 17, 19.
283. Cf. Pr 8, 22.
284. Cf. Ga 4, 4.
285. Sal 115, 7.
286. Sal 115, 1.
287. Rm 5, 19.
288. Sal 115, 13.
289. Hb 7, 26-27
290. Sal 115, 17.
291. Sal 85, 2.
292. Sal 15, 10.

112. Así pues, el mismo que dice lo uno y lo otro también añadió: *Salva a tu siervo*[293]; y más abajo: *Da el poder a tu siervo, y al hijo de tu esclava*[294]. Y en otra parte, es decir, en Ezequiel: *Pondré al frente de ellos un solo pastor, y los apacentará mi siervo David; él será su pastor y yo, el Señor, seré para ellos su Dios; y David, mi siervo, príncipe entre ellos*[295]. Ciertamente, David, hijo de Jesé[296], ya había fallecido. Por tanto, se refiere a Cristo, que fue hecho por nosotros *hijo de la esclava*[297], según la condición de hombre[298]. En efecto, según la divina generación no tiene madre, sino Padre, ni es fruto de un vientre corporal[299], sino del poder eterno de Dios[300].

113. Mas cuando leemos aquello que dijo el Señor: *Aún no se ha cumplido mi tiempo*[301], y también: *Ya poco tiempo voy a estar con vosotros y marcho a aquel que me envió*[302] y *ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre*[303], debemos referirlo al misterio de la encarnación. Pero cuando leemos: *Y Dios ha sido glorificado en él y Dios le ha glorificado*[304], ¿qué discusión puede haber ahí, donde el Hijo es glorificado por el Padre, y el Padre es glorificado por el Hijo? 114. Después, para que se manifestara la fe de la unidad, y la unión de la Trinidad, también dice que Él tenía que ser glorificado por el Espíritu, como tienes [escrito]: *El me dará gloria, porque recibirá de lo mío*[305]. Luego, incluso el Espíritu Santo glorifica al Hijo de Dios. ¿Cómo, pues, dijo Él mismo: *Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada*[306]? Por tanto, ¿la glorificación del Hijo no vale

293. Sal 85, 2.
294. Sal 85, 6.
295. Ez 34, 23-24.
296. Cf. 1 S 16, 1.
297. Sal 85, 16.
298. Cf. Flp 2, 7.
299. Cf. Lc 1, 42.
300. Cf. Rm 1, 20.
301. Jn 7, 8.
302. Jn 7, 33.
303. Jn 13, 31.
304. Jn 13, 31-32,
305. Jn 16, 14.
306. Jn 8, 54.

nada? Es sacrílego decirlo, a no ser que lo refieras a la carne, porque el Hijo hablaba en calidad de hombre, pues en comparación con la divinidad la gloria de la carne no vale nada. 115. Dejen pues de objetar impíamente lo que se vuelve contra su maldad. En verdad, no lo niego, está escrito: *Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre*[307]. Pero vean lo que está añadido: *El hijo del hombre ha sido glorificado*[308], y vean también lo que sigue: *Y Dios fue glorificado en Él*[309]. Yo tengo una justificación referente al Hijo del hombre, y aquel [hereje] no la puede tener referente al Padre, porque el Padre no asumió la carne. Yo tengo una excusa y no hago uso de ella; aquel [hereje] no la tiene y calumnia. O se me permite entenderlo en el sentido más simple[310], o que se me permita referir a la carne las cosas propias de la carne. Una mente piadosa distingue las cosas que se leen según la peculiaridad de la carne. y distingue la divinidad; una mente sacrílega confunde y refiere a la divinidad lo que se ha dicho según la humildad de la carne.

9.116. Por el contrario, según la costumbre judía, los arrianos se convierten en falsos e indecentes intérpretes de las palabras divinas, hasta el punto de decir que uno es el poder del Padre, otro el del Hijo y otro el del Espíritu Santo, porque está escrito: *Id, pues, y hacer discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[311], y por fuerza de las palabras establecen una diferencia del poder divino[312]. 117. En cambio, aunque yo haya reivindicado este mismo testimonio en los libros anteriores[313], en favor de la unidad de la majestad y del nombre, no obstante, si de aquí [los arrianos] hacen una di-

307. Jn 13, 31.
308. Ibid.
309. Ibid.
310. Ambrosio trata de explicar los pasajes: «Ahora el Hijo del hombre es glorificado», etc.
311. Mt 28, 19.
312. Cf. BASILIO, *Adv. Eunomium*, III, 2 y 5.
313. Cf. *De fide*, I, 1, 8-10.

ficultad, puedo aseverar con testimonios de muchos pasajes de las Escrituras que primero fue nombrado el Hijo y después fue mencionado el Padre. Así pues, porque se ha dicho antes el nombre del Hijo, por la conveniencia de las palabras, según un determinado criterio –como quieren los arrianos–, ¿el Padre es segundo después del Hijo? ¡En absoluto, digo; jamás! La fe ignora ese ordenamiento, desconoce una honra distinta entre el Padre y el Hijo. No he leído ni escuchado ni encuentro ninguna diferencia de grado en Dios. No he encontrado en ninguna parte la distinción de un segundo Dios ni de un tercero. He leído «primero» y he escuchado «primero y único» [Dios][314].

118. Si exigimos una escrupulosa observación del orden, entonces ni el Hijo debe estar sentado *a la derecha del Padre*[315], ni debió decir que él era el primero[316] y el principio[317]. Hubiera hecho mal el evangelista que comenzó antes por el Verbo que por el Padre, cuando dice: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios*[318]. Ciertamente, conforme al orden del uso humano, debió mencionar primero al Padre. Tampoco conoció el orden el Apóstol, que dice: *Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para el evangelio de Dios*[319]; y en otro lugar: *La gracia de nuestro señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo*[320]. Si nosotros seguimos el orden de las palabras, en primer lugar puso al Hijo y en segundo lugar al Padre. Pero el orden de las palabras se altera con frecuencia, y por ello no se debe cuestionar el orden o el grado, a Dios Padre o a su Hijo, ya que según la divinidad no existe división alguna de la unidad.

314. Cf. Is 43, 10-11; 45, 14; etc.
315. Rm 8, 34; Ef 1, 20.
316. Cf. Ap 1, 17; 2, 8; 22, 13.
317. Cf. Jn 8, 25; Ap 1, 8; 22, 13.
318. Jn 1, 1.
319. Rm 1, 1.
320. 2 Co 13, 13.

10.119. Finalmente, para manifestar que ellos no son cristianos, dicen que no se debe creer en Cristo, afirmando que está escrito: *El que cree en mí no cree en mí, sino en el que me ha enviado*[321]. Yo esperaba esta confesión. ¿Por qué jugabais conmigo con ciertos rodeos de palabras? Yo sabía que tenía una disputa contra los paganos, pero aquellos se convierten y vosotros no os convertís. Aquellos sí creen, el misterio cristiano está salvado, en tanto que vosotros habéis perdido lo que habíais recibido, y ni siquiera tal vez habíais aceptado, sino que lo habéis fingido.

120. Fue escrito, dicen: *El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado*[322]. Pero observad lo que sigue y de qué modo quiere ser contemplado el Hijo de Dios. Sigue así: *El que me ve a mí, ve al que me ha enviado*[323]; o sea, que el Padre es contemplado en el Hijo. Expuso, pues, lo que antes prometió, esto es, que cree en el Hijo quien reconoce al Padre. En efecto, el que ignora al Hijo no conoce al Padre, pues *todo el que niega al Hijo no tiene al Padre; el que confiesa al Hijo, posee al Hijo y al Padre*[324].

121. Ahora bien, ¿qué significa *no cree en mí*[325]? Significa que «no se ha de creer en aquello que contempláis corporalmente, ni tan solo en el hombre al que veis». Afirmó, pues, que no se había de creer tan solo en el hombre, sino que debes creer que el mismo Jesucristo es Hijo de Dios y hombre a la vez. Por lo cual dice lo uno y lo otro: *Pero yo no he venido por mi cuenta*[326]; y en otro lugar: *Yo soy el principio, el que os estoy hablando*[327]. Como hombre no vino por sí mismo; como Hijo de Dios no tiene el principio del hombre, sino *que soy* –dice– *ese principio que os está ha-*

321. Jn 12, 44.
322. Ibid.
323. Jn 12, 45.
324. 1 Jn 2, 23.
325. Jn 12, 44.
326. Jn 7, 28.
327. Jn 8, 25.

blando[328], y no son cosas humanas, sino divinas las que yo he dicho. 122. Y no es lícito pensar que haya negado que se deba creer en Él, cuando Él mismo ha dicho: *Para que todo el que crea en mí, no permanezca en las tinieblas*[329]; y en otro lugar: *Ésta es la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna*[330]; y también: *Creed en Dios, y creed también en mí*[331]. 123. En consecuencia, nadie puede recibir al Hijo sin el Padre, sólo porque leemos *el Hijo*. El Hijo posee al Padre, pero no un padre temporal, no como consecuencia de la pasión, no por la concepción ni como por una gracia. Yo he leído generación, no concepción. Y el Padre dice *engendré*[332], no dice «he creado», y el Hijo no llama creador suyo a Dios, según la eternidad de la divina generación, sino que le llama Padre. 124. Habla también de sí mismo, o en la persona de hombre, o en la majestad de Dios; unas veces bien reclamando para sí la unidad de la divinidad con Dios Padre, bien otras asumiendo la fragilidad de la carne humana, o diciendo que Él no tiene su doctrina, o que no busca su voluntad[333], o que su testimonio no es verdadero, o diciendo que sí es verdadero. En efecto, Él mismo dijo: *Si yo diera testimonio de mí mismo mi testimonio no sería válido*[334]; y Él mismo más adelante afirma: *Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero*[335].

125. ¿Cómo *no es verdadero*[336] tu testimonio, Señor Jesús, si a aquel que creyó, aunque colgado en la cruz, en medio de los suplicios por los delitos que había cometido, le despojó de los merecidos de un ladrón, y consiguió los

328. Jn 8, 26.
329. Jn 12, 46.
330. Jn 6, 40.
331. Jn 14, 1.
332. Sal 2, 7; 109, 3.
333. Cf. Jn 5, 30.
334. Jn 5, 31.
335. Jn 8, 14.
336. Jn 5, 31.

premios de un inocente[337]? 126. ¿Acaso fue engañado Pablo, quien al creer, recibió la vista que había perdido antes de creer[338]? 127. ¿Quizá se equivocó también Josué, de Nun, que reconoció al guía de la milicia celestial? Pero tan pronto como creyó, al momento venció, el que fue digno de triunfar en el combate de la fe. No sacó a la batalla huestes cargadas de bronce[339], ni de arietes, ni de las restantes máquinas de guerra, sino que con el sonido de las siete trompetas sacerdotales, echó por los suelos las defensas de los muros enemigos. De este modo, con el sonido de la trompeta y las ínfulas del sacerdote puso fin a una guerra cruel[340]. 128. Vio esto la cortesana[341] y la que desconfiaba de conseguir la salvación en la destrucción de su ciudad, porque la fe había vencido, levantando el signo de la fe y el estandarte de la pasión del Señor, ató los lazos escarlata en la ventana, para que brillara una especie de sangre mística que habría de redimir al mundo. Así, en el exterior de los muros el nombre de Josué estuvo al lado de los que luchaban hasta la victoria; en el interior, la imagen de la pasión del Señor, con los que corrían riesgo para obtener la salvación. Como Rahab[342] comprendió el misterio celestial, por eso dice el Señor en el salmo: *Yo cuento a Rahab y a los babilonios entre los que me conocen*[343].

129. ¿Cómo pues, no es *verdadero*[344] tu testimonio, Señor, si no es conforme a la fragilidad de los hombres? Ciertamente, *todo hombre es mentiroso*[345]. 130. Por lo tanto, para manifestar que hablaba según la condición del hombre,

337. Cf. Lc 23, 41-43.

338. Cf. Hch 9, 18.

339. Cf. Virgilio, *Aen.*, VII, 703; IX, 463.

340. Cf. Jos 5, 13-6, 21.

341. Cf. Jos 2, 18-21; 6, 22-25; Orígenes, *In Jesu Nave hom.*, III, 5.

342. Rahab es el nombre de la cortesana.

343. Sal 86, 4.

344. Jn 5, 31.

345. Sal 115, 16.

afirma: *El que me ha enviado, el Padre, da testimonio de mí.*[346]. Pero el testimonio conforme a la divinidad es verdadero, como Él mismo dijo: *Y mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a dónde voy, en tanto que vosotros no sabéis de dónde vine y a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne*[347]. Así pues, no juzgan según la divinidad, sino según la naturaleza del hombre, quienes piensan que a Cristo le faltó ciencia para dar testimonio.

131. Por tanto, cuando oigas: *El que cree en mí, no cree en mí*[348], y también: *El Padre que me ha enviado, Él mismo me ha dado el mandato*[349], habrás comprendido a qué se refiere. Después manifestó cuál era «el mandato», diciendo: *Entrego mi vida, para después recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo*[350]. Comprendes cómo se dice para manifestar que era libre para entregar y recuperar la vida, como Él mismo dijo: *Tengo poder para entregarla y poder para después recuperarla. Este mandato recibí de mi padre*[351]. 132. Bien sea que se trate de «un mandato», bien sea que, como algunos códices latinos presentan, se trate de «un precepto», es concedido no según la divinidad, sino según la encarnación, para afrontar la victoria de la pasión.

11.133. ¿Acaso vamos a rebajar al Hijo de Dios a un grado tan grande de humildad que no sepa hacer ni decir otra cosa que lo que ha oído, y pensemos que tiene limitada la facultad de decir y hacer, porque esté escrito: *Pues yo no he hablado por mi cuenta*[352]; y más abajo: *Como me ha dicho el Padre, así hablo yo*[353]? Ahora bien, estas palabras se han de referir a la obediencia de la carne o a la fe en la unidad. Mu-

346. Jn 8, 18.
347. Jn 8, 14-15.
348. Jn 12, 44.
349. Jn 12, 49.
350. Jn 10, 17-18.
351. Jn 10, 18.
352. Jn 12, 49.
353. Jn 12, 50.

chas personas, más instruidas, aceptan que «el Hijo oye» y que el «Padre dice algo al Hijo», en razón de la unidad de la naturaleza[354]. En efecto, parece que el Hijo ha oído lo que sabe que el Padre quiere, gracias a la unidad de la voluntad. 134. Por eso se manifiesta que no se trata de una facultad del cuerpo humano, sino de una voluntad inseparable. Ciertamente, expresa aquí que alguna de las palabras no haya sido oída, sino la unidad de voluntad y poder, que existe en el Padre y en el Hijo. La cual también existe en el Espíritu Santo, como recordó en otro lugar, diciendo: *Pues no habla por su cuenta, sino que dice lo que ha oído*[355], para que supiéramos que lo que dice el Espíritu lo dice el Hijo, y lo que dice el Hijo lo dice el Padre, porque la forma de pensar y de actuar de la Trinidad es única. Como el Padre se deja ver en el Hijo[356], no ciertamente en aspecto corporal, sino en la unidad de la divinidad, así también el Padre habla en el Hijo no mediante una voz temporal ni con sonido corporal, sino por la unidad de la operación[357]. Finalmente, cuando afirmó: *El Padre, que permanece en mí, Él habla, y las obras que yo hago, Él mismo las hace*[358], añade: *Creedme, porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no creed por las mismas obras*[359].

135. Ésta es nuestra interpretación en consonancia con el orden de las divinas Escrituras. Por el contrario, los arrianos, que prefieren no pensar de Dios las cosas que son dignas, que sean refutados con un ejemplo apropiado a sus méritos, para que no lo juzguen todo carnalmente, cuando ellos mismos vean de modo no corporal las obras de su padre, el diablo, como el Señor manifestó de sus compañeros, los judíos, al decir: *Y vosotros hacéis lo que visteis que hace vuestro padre*[360]. En verdad, no es ya que hayan visto actuar al

354. Cf. *De fide*, IV, 10, 131.
355. Jn 16, 13.
356. Cf. Jn 12, 45; 14, 9.
357. Cf. *De fide*, I, 3, 22; III, 11, 90; IV, 6, 68.
358. Jn 14, 10.
359. Jn 14, 11-12.
360. Jn 8, 38.

diablo, argumentan, sino que han cumplido sus arbitrariedades, en las cuales el diablo obra maliciosamente el pecado sin ser visto. Esto lo hemos dicho, según el Apóstol[361], por la necedad de los malvados.

El Hijo de Dios no es una creatura

136. Por lo demás, con los ejemplos de las Escrituras se ha probado[362] con toda suficiencia que se refiere a la unidad de la majestad divina, el hecho de que «el Padre habita en el Hijo»[363], y que todas las cosas que «ha dicho el Hijo parece que las ha oído el Padre»[364]. Pero ¿con qué otras pruebas podemos comprender la unidad de la majestad, si no con las mismas atribuciones que se refieren al Padre y al Hijo? En efecto, ¿qué puede decirse más excelente que lo que el Apóstol dijo: *Que el Señor de la majestad había sido crucificado*[365]? 137. Por tanto, el Hijo es también el Dios y el Señor de la majestad. Pero no una majestad sometida a las creaturas. Así pues, el Hijo no es una creatura.

138. El Hijo es *imagen de la sustancia*[366] paterna. Ahora bien, toda creatura es distinta de la suprema sustancia, pero el Hijo no es distinto de Dios Padre. Luego, el Hijo no es creatura.

139. El Hijo *no consideró una rapiña el ser igual a Dios*[367]; es así que ninguna creatura es igual a Dios y el Hijo es igual a Dios. Luego, el Hijo no es creatura.

140. Toda creatura es mutable, pero el Hijo de Dios no es mutable; luego, el Hijo de Dios no es creatura[368].

361. Cf. 2 Tm 3, 9.
362. Cf. *De fide*, II, 7, 58 - 13, 121; III, 12, 92 - 13, 107.
363. Cf. Jn 14, 10.
364. Cf. Jn 8, 26.
365. 1 Co 2, 8.
366. Col 1, 15; Hb 1, 3.
367. Flp 2, 6.
368. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, I, 35-36; 51-52.

141. Toda creatura recibe los accidentes del bien y el mal según la capacidad de su naturaleza, y ella misma siente la disminución. En cambio, al Hijo de Dios nada puede añadirse o quitarse de su divinidad. En consecuencia, el Hijo de Dios no es creatura.

142. *Dios someterá toda su obra a juicio*[369]. Pero el Hijo de Dios no es sometido a juicio, porque es Él quien juzga[370]. Luego, el Hijo de Dios no es creatura[371].

143. Finalmente, para que entiendas la unidad [del Padre con el Hijo], al hablar el Salvador respecto de las ovejas, afirma: *Y nadie puede arrebatarlas de mi mano. El Padre que me las ha dado, es más grande que todos; y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre, somos uno*[372]. 144. El Hijo vivifica de igual manera que el Padre. *Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así el Hijo vivifica a los que quiere*[373]. El Hijo vivifica lo mismo que el Padre, y de ese modo los conserva el Hijo como el Padre. Por ello, quien no es distinto por la gracia, ¿cómo lo puede ser por el poder? Tampoco el Hijo, como el Padre, permite que se pierdan. Y de este modo, para que nadie crea que son dos dioses o introduzca una diferencia de poder, dijo que era uno solo con el Padre[374]. ¿Cómo puede decirse que es creatura? Así pues, el Hijo de Dios no es creatura. 145. No es lo mismo reinar que servir. Además, Cristo no sólo es Rey[375], sino también Hijo del Rey[376]. Luego, el Hijo de Dios no es siervo. Ahora bien, toda creatura es sierva[377], pero el Hijo de Dios no es siervo, puesto que de los siervos hace hijos de Dios[378]. Por lo tanto el Hijo de Dios no es creatura.

369. Qo 12, 14.
370. Cf. Jn 5, 22.
371. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, II, 6.
372. Jn 10, 28-30.
373. Jn 5, 21.
374. Cf. Jn 10, 30.
375. Cf. Mt 21, 5; 25, 34-40; 27, 11.
376. Cf. Sal 71, 2.
377. Cf. Sal 118, 91.
378. Cf. Ga 4, 3-7.

12.146. Así, presentó de modo divino aquella parábola del rico, que *fue a una tierra lejana a recibir el reino y volver*[379], describiéndose a sí mismo según la sustancia de la naturaleza divina y la asunción de la carne. En efecto, Él mismo, siendo rico según la plenitud de la divinidad[380], se hizo *pobre por nosotros, siendo rico*[381], Rey eterno[382] y primogénito del Rey eterno[383], marchando a un país lejano[384], conforme a la encarnación del cuerpo, y habiendo entrado en los caminos del hombre como en un camino lejano, vino a este mundo, para prepararse un reino de nosotros.

147. Vino Cristo, por tanto, a esta tierra, a recibir el reino[385] de nosotros, a quienes nos dice: *El reino de Dios está dentro de vosotros*[386]. Éste es el reino que Cristo recibió[387], o sea, el que entregó al Padre. Pero, ¿cómo recibió el reino quien era rey sempiterno? Así, vino el Hijo del hombre *a recibir el reino y volver*[388]. Los judíos no quisieron recibirle; de ellos dijo: *Los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí, y matadlos*[389].

Sobre las palabras: «Mas cuando todas las cosas estuvieren sometidas a Él, entonces también Él estará sometido a quien sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas»

148. Sigamos el orden de las Escrituras. Aquel que viene entregará el reino a Dios Padre. Y *cuando haya entregado el reino, entonces él mismo se someterá a quien sometió*

379. Lc 19, 12.
380. Cf. Col 2, 9.
381. 2 Co 8, 9.
382. Cf. Lc 1, 33.
383. Cf. Sal 2, 7; 109, 3; Lc 1, 32.
384. Cf. Mc 13, 34.
385. Cf. Lc 19, 12.
386. Lc 17, 21.
387. Cf. Lc 19, 12; 1 Co 15, 24.
388. Ibid.
389. Lc 19, 27.

todas las cosas, para que Dios sea todo en todas las cosas[390]. Si como Hijo del hombre, el Hijo de Dios recibe el reino, también entregará como Hijo del hombre lo que recibió. Si lo entrega como Hijo del hombre, también como Hijo del hombre reconocerá la sumisión; en verdad, por la condición de la carne, no por la majestad de la divina naturaleza. 149. ¿Y tú le reprochas, para ofenderle, que Dios le haya sometido todas las cosas, cuando oyes que el Hijo del hombre entrega el reino a Dios[391] y, como dijimos en los libros anteriores[392], tú puede leer: *Nadie viene a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae, y yo lo resucitaré en el último día*[393]? Si seguimos el sentido literal, mira y advierte aun más la unidad de la honra, pues el Padre lo somete al Hijo, y el Hijo lo entrega al Padre. Di tú, ¿qué es más meritorio, atraer o resucitar? Según el modo de vivir de los hombres, ¿acaso no es propio del siervo el atraer, mientras que el poder no es característica del que resucita? Pero el Hijo también atrae al Padre y el Padre atrae al Hijo; el Hijo resucita y también el Padre[394]. Alejen, pues, incongruencias de sacrílega separación donde hay unidad de poder. 150. ¡Que el Hijo entregue su reino al Padre[395]! No se pierde para Cristo el reino que entrega [al Padre], sino que aumenta. Nosotros somos el reino, pues se nos dice: *El reino de Dios está dentro de vosotros*[396]. Y primero somos reino de Cristo, después del Padre, porque está escrito: *Nadie va al Padre, si no es a través de mí*[397]. Mientras estoy de camino, soy de Cristo; cuando llegue, seré del Padre; pero siempre por medio de Cristo y en todas partes bajo Cristo.

390. 1 Co 15, 28.
391. Cf. 1 Co 15, 24.
392. Cf. *De fide*, II, 12, 104.
393. Jn 6, 44.
394. Cf. Jn 5, 21.
395. Cf. 1 Co 15, 24.
396. Lc 17, 21.
397. Jn 14, 6.

151. Es bueno estar en el reino de Cristo, para que Cristo esté con nosotros, como Él mismo dice: *Y he aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*[398]. Pero, es mejor estar con Cristo: *El morir y estar con Cristo es con mucho lo mejor*[399]. Mientras estamos en este mundo, apremiados por el pecado[400], Cristo está con nosotros, para que *por la obediencia de uno solo, muchos sean constituidos justos*[401]. Y si yo llegara a evitar el pecado de este mundo, comenzaré a estar con Cristo[402]. Dice además: *Volveré de nuevo y os tomaré conmigo*[403]; y más abajo: *Quiero que donde yo esté, estén ellos conmigo*[404].

152. Por tanto, ahora estamos bajo el reino de Cristo, mientras nos ocupamos en el obrar y en el hacer[405], mientras estamos en *la forma de siervo*[406], que Él asumió al anonadarse; pero cuando veamos su gloria[407], la que tuvo *antes de que el mundo existiese*, estaremos en el reino de Dios, en el que se encuentran los patriarcas y los profetas, de quienes se ha escrito: *Cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y todos los profetas en el reino de Dios*[408], de modo que ya disfrutemos de un más pleno conocimiento de Dios. 153. Pero el Padre también reina en el reino del Hijo, y a su vez en el reino del Padre también reina el Hijo, porque el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre[409], y en el que habita el Hijo, habita también el Padre, y en donde habita el Padre, también el Hijo, como Él mismo dice: *Yo y el Padre vendremos y haremos morada en él*[410]. Así pues, lo mismo que hay una sola casa, hay también un solo reino. Y hasta tal

398. Mt 28, 20.
399. Flp 1, 23.
400. Cf. Rm 3, 9; 7, 14; Ga 3, 22.
401. Rm 5, 19.
402. Cf. Flp 1, 23.
403. Jn 14, 3.
404. Jn 17, 24.
405. Cf. Gn 2, 15.
406. Flp 2, 7.
407. Cf. Jn 17, 5.
408. Lc 13, 28.
409. Cf. Jn 14, 10-11.
410. Jn 14, 23.

punto es uno solo el reino del Padre y el Hijo, que lo que entrega el Hijo, lo recibe el Padre[411], y lo que el Padre recibe, el Hijo no lo pierde. Luego, hay unidad de poder en un solo reino. Nadie, pues, separe la divinidad entre el Padre y el Hijo.

13.154. Y si el Padre y el Hijo tienen el único nombre de Dios, y un solo derecho, siendo el Hijo de Dios *verdadero Dios*[412] y Rey eterno[413], el Hijo de Dios ciertamente no está sometido por lo que se refiere a la divinidad. Consideremos, pues, noble emperador, cómo debemos entender que está *sometido*[414].

155. En efecto, ¿de qué manera está *sometido* el Hijo de Dios? ¿Como una criatura a la vanidad[415]? Ahora bien, es impío pensar semejante cosa acerca de la sustancia divina. 156. ¿Acaso como toda creatura está sujeta al Hijo de Dios, porque igualmente está escrito: *Todo lo has puesto bajo sus pies*[416]? Pero Cristo no está sometido a sí mismo. 157. ¿Quizás como la mujer al varón, pues leemos: *Las mujeres estén sujetas a sus maridos*[417]? Y en otro lugar leemos: *La mujer aprenda la instrucción en silencio, con toda sumisión*[418]. Pero también es sacrílego comparar el varón al Padre, o la mujer al Hijo de Dios. 158. ¿Acaso como dijo Pedro: *Sed sumisos a toda institución humana*[419]? Pero Cristo no está sometido de ese modo ciertamente. 159. ¿O como Pablo escribió: *Sed sumisos a Dios Padre los unos a los otros en el temor de Cristo*[420]? Ahora bien, el Hijo no está sometido ni a su propio temor ni al de otro Cristo, porque Cristo no hay más que uno. Tened en consideración la fuerza de sus palabras, por-

411. Cf. 1 Co 15, 24.
412. Jn 17, 3; 1 Jn 5, 20.
413. Cf. Jn 18, 37; 1 Tm 1, 17; Ap 15, 3.
414. 1 Co 15, 28. Cf. DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 20.
415. Cf. Rm 8, 20.
416. Sal 8, 8: Hb 2, 8.
417. Ef 5, 22.
418. 1 Tm 2, 11.
419. 1 P 2, 13.
420. Ef 5, 20-21.

que nosotros estamos sometidos al Padre, cuando honramos a Cristo. 160. ¿Cómo, pues, debemos entender *sometido*? Revisemos todo el pasaje apostólico, para que se vea que nada ha sido sustraído con engaño o tomado furtivamente. *¡Si nosotros* –dijo– *solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de compasión de todos los hombres! Mas ahora, Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicia de los que murieron*[421]. Comprendéis que la discusión trataba acerca de la resurrección de Cristo. 161. *Porque, como por un hombre ha entrado la muerte* –dijo [el Apóstol], *también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos son vivificados en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicia, luego los que son de Cristo, los que creyeron en su venida; después llegará el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya destruido todo principado, dominación y potestad. Conviene, pues, que Él reine, hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies. En último lugar será destruida la muerte enemiga. Ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Si bien cuando dice que todo está sometido, es evidente que exceptúa al que sometió todo a Él. Cuando hayan sido sometidas a Él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquel que ha sometido a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todas las cosas*[422]. Esto también es lo que dice el mismo Apóstol a los hebreos: *Mas al presente no vemos todavía que le esté sometido todo*[423].

Hemos tomado el conjunto del pasaje apostólico. 162. ¿Cómo, pues, decimos que el Hijo está sometido? Los sabelianos y marcionitas dicen que esta futura ha de ser la su-

421. 1 Co 15, 19-20.
422. 1 Co 15, 21-28.
423. Hb 2, 8.

misión de Cristo a Dios Padre, puesto que el Hijo se confundirá en el Padre[424]. Luego, si esa es la sumisión del Verbo, en el sentido de que el Verbo Dios se confunda en el Padre, entonces todas las cosas, que estén sometidas al Padre y al Hijo, se confundirán con el Padre y el Hijo, con la finalidad de que *Dios sea todo en todas* las creaturas. Ahora bien, es absurdo decir eso. Ciertamente, la sumisión no viene por la reinserción; en efecto, unas cosas son las que se someten: las cosas indudablemente que han sido creadas; y otra distinta, aquel al que se hace la sumisión. ¡Que guarden, pues, silencio aquellos intérpretes de tan malvada fusión!

163. Ojalá callaran también aquellos que, al no poder probar que se confunden el Verbo de Dios y la *sabiduría de Dios*[425], atribuyen a la naturaleza divina la debilidad de la sumisión, diciendo que está escrito: *Cuando hayan sido sometidas a Él todas las cosas, entonces también el Hijo estará sometido*[426]. 164. Vemos pues que la Escritura recuerda que todavía no está sometido, sino que estará sometido. Luego, el Hijo no está ahora sometido a Dios Padre. Por consiguiente, ¿en qué sentido decís que el Hijo está sometido? Si decís que en su naturaleza divina, en ella no hay ni siquiera desobediencia, porque es uno mismo con el Padre, y no está sometido, porque no es siervo, sino el Hijo único del Padre. Así también, cuando creaba el cielo, cuando asentaba la tierra y ejercitaba el poder y el amor. No hay, pues, ninguna sumisión servil en la divinidad de Cristo. Por tanto, si no hay ninguna sumisión, su voluntad es libre.

165. Y si suponen esa sumisión del Hijo, porque hace todas las cosas según la voluntad del Padre[427], deberán aprender que eso mismo es un argumento del poder único,

424. Cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, II, 6, 53.
425. 1 Co 1, 24.
426. 1 Co 15, 28.
427. Cf. Jn 5, 30; 6, 38.

porque hay unidad de voluntad, que no tuvo comienzo en el tiempo, sino que existía siempre[428]. Donde hay unidad perpetua de voluntad, no existe ciertamente la debilidad de la sumisión temporal. En efecto, si estuviera sometido por naturaleza, permanecería siempre sometido.

Ahora bien, cuando se dice que debe estar sometido un tiempo, por la economía aceptada[429], esa sumisión no puede ser de una debilidad perpetua, sobre todo cuando el poder eterno de Dios[430] no puede cambiar su estado conforme al tiempo, ni el derecho de potestad le puede venir a Dios Padre según el tiempo. En verdad, si el Hijo cambiara en algún momento, para someterse según la naturaleza divina, entonces también [cambiaría] Dios Padre, si en algún momento tuviera más poder, al tener sometido al Hijo según la naturaleza divina, y hay que pensar que según vuestra interpretación, ahora tendría menos poder.

166. Pero ¿qué culpa cometió el Hijo, para que se pueda creer que se hizo merecedor de estar sometido después según su naturaleza divina? ¿Acaso se apropio el derecho de sentarse a la derecha del Padre según la carne, y contra la voluntad del Padre exigió para sí la prerrogativa del trono paterno? Ahora bien, Él mismo dice: *Mas yo hago siempre lo que le agrada a Él*[431]. Luego, si el Hijo complace en todo al Padre, ¿por qué se ha de someter al que antes no estaba sometido?

167. Veamos, pues, que aquella sumisión no es la de la divinidad, sino nuestra sumisión en el temor de Cristo, llena de gracia y plena de misterio[432]. Examinemos de nuevo las palabras apostólicas: *Cuando hayan sido sometidas a Él*

428. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, XI, 30.

429. Lit.: «dispensación aceptada». Cf. HILARIO, *De Trinit.*, XI, 49.

430. Cf. Rm 1, 20.

431. Jn 8, 29.

432. Cf. Jn 1, 14.

todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquel que ha sometido a Él todo, para que Dios sea todo en todas las cosas[433]. Luego, ¿qué decís? ¿No están todas las cosas sometidas a Él? ¿No están sometidos los coros de los santos ni los ángeles, que le servían cuando estaba en el mundo[434], ni los arcángeles, que fueron enviados a María como mensajeros de la venida del Señor[435], ni toda la milicia celestial[436], ni los querubines y serafines, ni los tronos, dominaciones y potestades[437], que veneran y alaban? 168. ¿En qué sentido estarán sometidas todas las cosas? En efecto, de la manera que dijo el mismo Señor: *Tomad sobre vosotros mi yugo*[438]. No soportan el yugo los altivos, sino los humildes y mansos. Ésta no es una sumisión claramente vil, sino gloriosa para los hombres: *Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los seres del cielo, de la tierra y de los infiernos, y toda lengua proclame que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre*[439]. Así pues, antes no estaban *sometidas todas las cosas*[440], porque no habían recibido *la sabiduría de Dios*[441]; todavía no llevaban dócilmente sobre la cerviz de la mente, por decirlo de algún modo, el yugo del Verbo[442]. *Pero a los que le recibieron les dio el poder de hacerse Hijos de Dios*[443], como está escrito.

169. Alguno afirma: «Ahora bien, si Cristo está ya sometido, ¿por qué han creído muchos?». En absoluto, porque la sumisión de Cristo no está en pocos sino en todos. En efecto, del mismo modo que si en mí *la carne tiene deseos contra el espíritu y el espíritu contra la carne*[444], no me

433. 1 Co 15, 28.
434. Cf. Mt 4, 11.
435. Cf. Lc 1, 26ss.
436. Cf. Lc 2, 13.
437. Cf. Col 1, 16.
438. Mt 11, 29.
439. Flp 2, 10-11.
440. 1 Co 15, 28; Hb 2, 8.
441. 1 Co 1, 24; 2, 7.
442. Cf. Mt 11, 29. ATANASIO, *De incarn. contra Ar.*, 20.
443. Jn 1, 12.
444. Ga 5, 17.

parece que yo esté sometido, aunque sí esté sometido en parte; así también, porque toda la Iglesia es un mismo cuerpo de Cristo[445], todo el tiempo que el género humano está dividido, también dividimos a Cristo[446]. Así pues, todavía no está sometido Cristo, porque no tiene todavía todos los miembros sometidos. Cuando seamos no muchos miembros, sino un solo espíritu[447], *entonces incluso él mismo estará sometido, para que* por su sumisión *Dios sea todo en todas las cosas*[448].

170. No obstante, como todavía Cristo no está sometido[449], así tampoco es perfecta la obra del Padre, pues el Hijo de Dios ha dicho: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que me envió, y completar su obra*[450]. ¿Qué problema hay para que se realice en mí la sumisión del Hijo, en quien es imperfecta la obra del Padre, porque yo mismo no soy perfecto? Por tanto, yo, que hago que la obra del Padre no sea perfecta, ¿yo mismo hago que el Hijo esté sometido? Y esto no es una ofensa, sino una gracia, porque, si nos sometemos, la ventaja es nuestra, no de la divinidad; de modo que, sometidos a la ley, también lo estamos a la gracia. Porque anteriormente, como dijo el mismo Apóstol: *La sabiduría era enemiga de la carne contra Dios, pues no está sometida a la ley*[451]; pero ahora ya se encuentra sometida por medio de la pasión de Cristo.

14.171. No obstante, para que nadie desacredite, ved qué es lo que la Sagrada Escritura divinamente inspirada[452] ha evitado con cautela. En efecto, nos muestra en qué estará

445. Cf. Ef 1, 22-23.
446. Cf. 1 Co 1, 13.
447. Cf. 1 Co 12, 12-13.
448. 1 Co 15, 28.
449. Cf. Hb 2, 8.
450. Jn 4, 34.
451. Rm 8, 7. El texto paulino dice textualmente: «Puesto que la tendencia de la carne es enemiga de Dios, ya que no se somete –y ni siquiera puede– a la Ley de Dios».
452. Cf. AMBROSIO, *De Spir. Sanct.*, III, 16, 112.

sometido Cristo a Dios, cuando enseña en qué le estarán sometidas todas las cosas. Y por eso dice: *Mas al presente no vemos todavía que le esté sometido todo*[453]. Pues *vemos a Jesús hecho poco inferior a los ángeles, por la pasión de la muerte*[454]. Muestra, pues, que es inferior por causa de haber asumido la carne. ¿Qué dificultad hay para que signifique la sumisión en la asunción de la carne, por la cual someterá a sí mismo todas las cosas[455], mientras en la misma carne Él está sometido a Dios Padre?

172. Consideremos, por tanto, su sumisión. Dice: *Padre mío, si quieres, aparta de mí esta copa, pero no se haga mi voluntad sino la tuya*[456]. Luego, esa sumisión será según la asunción de la naturaleza humana, porque, pues así hemos leído: *Y apareciendo en su porte como un hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte*[457]. Por tanto, la sumisión es propia de la obediencia, la obediencia de la muerte y la muerte por la asunción de la naturaleza humana. Esa sumisión es propia de la naturaleza humana. De ningún modo, pues, la debilidad es propia de la naturaleza divina, sino que ésta es una economía propia del amor [de Dios].

173. Mira que no temo las propuestas de aquellos [arrianos]. Ellos objetan que ha de someterse a Dios Padre. Yo leo que estuvo sometido a su madre, María, porque está escrito respecto de José y María: *Y estaba sometido a ellos*[458]. Si piensan esto, ¡que digan que la divinidad estaba sometida a los hombres!

174. No lo presupone, pues, el hecho de que se diga que fue *sometido*[459], como tampoco lo prejuzga el hecho de que

453. Hb 2, 8
454. Hb 2, 9.
455. Cf. 1 Co 15, 28.
456. Lc 22, 42.
457. Flp 2, 7-8.
458. Lc 2, 51.
459. 1 Co 15, 28.

se lea que es *siervo*[460], porque también se afirme que fue crucificado[461], y que también se declare que fue muerto. Quien vivía, cuando moría, reinaba, cuando era sometido, y resucitaba, cuando era enterrado. Unas veces se manifestaba sometido a la potestad humana[462], otras se declaraba *Señor de la eterna majestad*[463]. Estaba sometido al juez y como juez eterno reclamaba para sí *el trono a la derecha de Dios*[464]. Finalmente, está escrito: *Dentro de poco veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder*[465]. Era azotado por los judíos[466] y mandaba sobre los ángeles[467]. Había nacido de María bajo la ley y existía antes de Abrahán[468] por encima de la ley; era venerado en la cruz por parte de la naturaleza, pues el sol se oscureció, la tierra tembló[469] y los ángeles enmudecieron. Así pues, los elementos temieron al contemplar su la pasión de aquel, y ¿pudieron ellos contemplar su generación? Y en el que no soportaron ver la sumisión del cuerpo, en Él ¿soportaron ver la sumisión de la venerable naturaleza?

175. Pero como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen una única naturaleza, ciertamente el Padre no puede estar sometido a sí mismo. Y por ello, el Hijo no estará sometido en lo que es uno con el Padre[470], para que por la unidad de la divinidad no parezca que también el Padre está sometido al Hijo. Luego, lo mismo que en aquella cruz no estaba sometida *la plenitud de la divinidad*[471], sino nuestra debilidad, así también, más tarde, *el Hijo estará sometido*[472] al Padre ciertamente en la participación de nuestra natura-

460. Cf. Flp 2, 7.
461. Cf. 2 Co 13, 4.
462. Cf. Hb 5, 8; Flp 2, 8.
463. 1 Co 2, 8.
464. Rm 8, 34.
465. Mt 26, 64.
466. Cf. Mt 26, 67.
467. Cf. Mt 4, 11.
468. Cf. Jn 8, 58.
469. Cf. Mt 27, 51; Lc 23, 45.
470. Cf. Jn 10, 30.
471. Col 2, 9.
472. 1 Co 15, 28.

leza, para que, sometidos los halagos de la carne, las riquezas no dominen al corazón, ni la ambición ni el placer, sino que *Dios sea todo*[473] para nosotros, en cuanto podemos entender, y vivamos a su imagen y semejanza[474].

176. Así pasó, pues, el beneficio de la especie a la totalidad, pues en su carne sometió la naturaleza de toda carne humana. Y *por eso* –según el Apóstol–, *del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, debemos llevar también la imagen del hombre celeste*[475]. Pero esto no puede suceder, si no es a través *del hombre espiritual*[476]. Despojándonos, pues, de *todas las cosas*, es decir, de las que leemos: *Ira, hostilidad, maledicencia y palabras groseras*[477], y como se dice más abajo: *Despojándonos del hombre viejo con sus obras, revistámonos del hombre nuevo, que se renueva en el conocimiento, conforme la imagen de aquel que le ha creado*[478].

177. Y para que supieras por qué, cuando dice *para que Dios sea todo en todas las cosas*[479] no separa tampoco a Cristo de Dios Padre, el mismo Apóstol dice a los colosenses: *Donde no hay varón o mujer, judío o griego, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino Cristo es todo en todos*[480]. Luego, también cuando dice a los corintios: *Para que Dios sea todo en todos*[481], comprendió no solamente la unidad sino también la igualdad de Cristo con Dios Padre, porque tampoco el Hijo está separado del Padre, y de modo semejante a como el Padre *obra todo en todos*[482], así también el Hijo. Por tanto, si Cristo también obra todo en todos, ciertamente no está sometido en la majestad de la divinidad, sino en nosotros. No obstante ¿cómo está sometido en nosotros, si no

473. Ibid.
474. Cf. Gn 1, 26.
475. 1 Co 15, 49.
476. Ef 3, 16.
477. Col 3, 8.
478. Col 3, 9-10.
479. 1 Co 15, 28
480. Col 3, 11.
481. 1 Co 15, 28.
482. 1 Co 12, 6.

es en aquel modo, en que fue hecho inferior a los ángeles[483], es decir, en el misterio de su cuerpo? Sin embargo, todavía no se ve *que todo le esté ya sometido*[484], que desde su comienzo ciertamente servían a su Creador.

178. Y si preguntas cómo está sometido en nosotros, Él mismo lo manifiesta, cuando afirma: *Estaba en la cárcel y vinisteis a verme, estaba enfermo y me visitasteis; lo que hicisteis a uno de estos más humildes, lo hicisteis conmigo*[485]. Oyes que dice que está «enfermo» y no te conmueves; oyes que está «sometido» y te inquietas, mientras que está «enfermo» en lo que fue «sometido», y en lo que *fue hecho pecado y maldición por nosotros*[486].

179. Así pues, lo mismo que fue *hecho pecado y maldición* no por sí mismo, sino *por nosotros*, así también estará *sometido* en nosotros, no por sí, sino por nuestra causa; no está *sometido* en su naturaleza eterna ni tampoco es maldito en la naturaleza eterna. Ciertamente, *es maldito todo el que está colgado de un madero*[487], porque tomó nuestras maldiciones, y también está *sometido*, porque Él mismo tomó nuestra sumisión, pero con la asunción de la forma de siervo[488], no en la majestad de Dios; de modo que mientras Él se presentaba como partícipe de nuestra debilidad en la carne, nos hacía partícipes de la naturaleza divina[489] por su poder. No porque tengamos esta participación natural con la generación celestial de Cristo o aquella sea la sumisión de la divina naturaleza en Cristo, sino porque –como dijo el Apóstol–, gracias a aquella carne que es para nosotros la garantía de nuestra salvación[490], nos sentaremos en las alturas[491], aunque ciertamente no estando sentados[492]; así

483. Cf. Hb 2, 9.
484. Hb 2, 8.
485. Mt 25, 36.40.
486. 2 Co 5, 21.
487. Ga 3, 13; cf. Dt 21, 23.
488. Cf. Flp 2, 7.
489. Cf. 2 P 1, 4.
490. Cf. Ef 1, 14.13
491. Cf. Ef 2, 5-6.
492. Cf. Ef 2, 6.

también, mediante la asunción de nuestra naturaleza, se dice, que Él está *sometido* en nosotros.

180. ¿Quién hay tan necio, que piense para sí, como dijimos arriba[493], que es merecedor de un venerable trono a la derecha de Dios Padre, cuando le ha sido conferido por la igualdad de poder con el Padre y de la generación suprema, aunque le haya sido entregado a Cristo por el Padre según la carne? Los ángeles adoran, ¿y tú, con presunción sacrílega, ansías el trono de Dios[494]? 181. Está escrito, dirás: *Que cuando estábamos muertos por los pecados, nos vivificó juntamente con Cristo, por la gracia del cual habéis sido salvados y juntamente con Él nos resucitó, y juntamente con Él nos hizo sentar en las regiones celestiales en Cristo Jesús*[495]. Reconozco que esta escrito, pero no que Dios consienta que [los hombres] se sienten a su derecha, sino que *se sienten en Cristo*[496], porque Él es *el fundamento*[497] de todas las cosas, y Él *es la cabeza de la Iglesia*[498], en quien mereció la naturaleza de todos nosotros, según la carne, la prerrogativa del trono celeste. La carne, pues, está en Cristo Dios, y la naturaleza del género humano, que es común a todos los hombres, es honrada por Cristo Dios en su carne. 182. Por tanto, lo mismo que nosotros nos sentamos en Él por la participación de la naturaleza corporal, así también Él, que por la asunción de nuestra carne *fue hecho maldito*[499] por nuestra causa, aunque sin duda, la maldición no caiga en el bienaventurado Hijo de Dios[500], así también, digo, por la obediencia de todos Él estará sometido en nosotros, cuando el pagano haya creído, cuando el judío haya reconocido al que crucificó, cuando el maniqueo haya adorado al que cree que

493. Cf. *De fide*, V, 6, 71-76.
494. Cf. Is 14, 13-14.
495. Ef 2, 5-6.
496. Ef 2, 6.
497. 1 Co 3, 11.
498. Col 1, 18; Ef 5, 23.
499. Ga 3, 13.
500. Cf. Rm 9, 5.

no vino en la carne[501], cuando Arrio haya confesado al omnipotente, a quien negó, cuando al final se encuentre en todos[502] *la sabiduría de Dios, la justicia, la paz*[503], el amor y la resurrección. Cristo, pues, por sus obras y las diversas clases de virtudes estará sometido al Padre en nosotros; cuando hayan sido eliminados los vicios y deje de existir el pecado, *un solo espíritu* en todos y con un solo sentimiento de todos los pueblos habrá comenzado *a estar unido a Dios*[504]; entonces Dios será *todo en todas las cosas*[505].

15.183. Así pues, resumamos brevemente la conclusión de toda la solución. La unidad de poder excluye la opinión de una sumisión ofensiva. La destrucción de las potestades y la victoria obtenida sobre la muerte[506], no disminuye en absoluto el poder del triunfador[507]. La obediencia realiza la sumisión, y Cristo asumió la obediencia. Una obediencia hasta la cruz[508], y una cruz hasta la salvación. Por tanto, donde hay una obra, allí está también el autor de la obra. Así pues, cuando todas las cosas estén sometidas a Cristo por la obediencia de Cristo[509], de manera que en su nombre todos doblen la rodilla[510] –ahora, puesto que no todos creen, no nos parecerá que todos están sometidos[511]–; entonces, cuando todos crean y cumplan la voluntad de Dios, *Cristo será todo en todos*[512]. Cuando *Cristo sea todo en todos*, entonces *Dios será todo en todas las cosas*[513], porque el Padre permanece siempre en el Hijo[514]. ¿Cómo, pues, se puede acusar de debilidad a quien redimió a los débiles[515]?

501. Cf. *De fide*, II, 5, 44.
502. Cf. 1 Co 1, 24.
503. Rm 14, 17.
504. 1 Co 6, 17: Sal 72, 28.
505. 1 Co 15, 28.
506. Cf. 1 Co 15, 24-26.
507. Cf. Col 2, 15.
508. Cf. Flp 2, 8.
509. Cf. Flp 2, 10.
510. Cf. Hb 2, 8.
511. Cf. Rm 10, 16.
512. Col 3, 11.
513. 1 Co 15, 28.
514. Cf. Jn 14, 10.
515. Cf. Rm 5, 6.

184. Y para que no atribuyas eso a la debilidad del Hijo, porque esté escrito que Dios *le ha sometido todas las cosas*[516], comprende que también Él mismo había sometido todas las cosas a sí mismo. En efecto, está escrito: *Pero nosotros tenemos nuestra mansión en el cielo, de donde esperamos como salvador al Señor Jesús, quien transfiguró este cuerpo de nuestra debilidad, para que llegue a ser un cuerpo glorioso como el suyo, por el poder que tiene de someter todas las cosas a sí*[517]. Así pues, te has dado cuanta que Él mismo puede someter todas las cosas a sí, ciertamente en virtud de la operación de la divinidad. 185. Comprende ahora que recibe todas las cosas sometidas, según la carne, como está escrito: *El que ha obrado en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos, sobre todo principado, potestad, virtud, dominación y todo nombre, que se menciona, no sólo en este mundo, sino también en el futuro, y todo lo sometió bajo sus pies*[518]. Así pues, todas las cosas sometidas le son entregadas según la carne, y conforme a la cual resucitó de entre los muertos. 186. Y justamente se interpreta según el alma humana y la razonable sumisión del Señor, pues está escrito *¿No será sometida mi alma a Dios*[519]*?* Dijo *alma* no «divinidad»; *alma* no «majestad». Y para que supiéramos que el Señor habló por el profeta sobre la asunción de la naturaleza humana, añade: *¿Hasta cuándo atacaréis a un hombre*[520]?, conforme a lo que dice en el Evangelio: *¿Por qué queréis matarme a mí , que soy un hombre?*[521]. Y añadió: *En verdad quisieron rechazar mi estimación, corrieron exhaustos de sed, con su boca bendecían y en su corazón maldecían*[522]. En efecto, los judíos, cuando Judas les entregó el precio, no quisie-

516. 1 Co 15, 27.
517. Flp 3, 20-21.
518. Ef 1, 20-22.
519. Sal 61, 2.
520. Sal 61, 4.
521. Jn 7, 19; 8, 40.
522. Sal 61, 5.

ron recibirlo[523], corriendo con la sed de la demencia, porque rechazaron la gracia de la bebida espiritual.

187. Esta es la interpretación de la piadosa sumisión. Así pues, como esto era el cometido de la pasión del Señor, ciertamente estará sometido en aquella pasión que soportó en favor nuestro. Preguntamos, ¿por qué? *Porque, ni los ángeles, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni creatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús*[524]. Vemos, pues, por lo mencionado, que no queda exceptuada ninguna creatura, sino que viene enumerada toda creatura existente entre esas que hemos nombrado antes. 188. Igualmente hay que tener en cuenta que, como anteriormente dijo: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?*[525], añade a continuación: *Ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús*[526]. Vemos, pues, que el amor de Dios es el mismo que el de Cristo; en resumen, no puso sin razón el amor de Dios, *que está en Cristo Jesús*[527], para que no entendieras que el amor de Dios está separado del de Cristo. No hay nada que el amor separe, nada que *la divinidad sempiterna*[528] no pueda, nada que oculte la verdad[529], nada que engañe la justicia, nada que supere a la sabiduría.

16.189. Debemos saber, por tanto, que son detestables aquellos que recuerdan estas cosas y que han sido condenados por el Espíritu Santo. En efecto, ¿a qué otros condena especialmente el profeta si no a los arrianos, que dicen que el Hijo de Dios no conoce[530] *los tiempos y los años*[531]?

523. Cf. Mt 27, 3-4.
524. Rm 8, 38-39.
525. Rm 8, 35.
526. Rm 8, 38-39.
527. Ibid.
528. Rm 1, 20.
529. Cf. Jn 14, 16; 1 Co 1, 30.
530. Cf. Mt 24, 36; Mc 13, 32.
531. Hch 1, 7.

Ciertamente, no hay nada que Dios ignore. Ahora bien, si Cristo es Dios , también Cristo es altísimo, pues *Él es Dios por encima de todas las cosas*[532]. 190. Mirad cómo el bienaventurado David detesta semejante clase de hombres que niegan conocimiento al Hijo de Dios. Así tienes [escrito]: *No soportan los trabajos de los hombres y no son azotados con los hombres. De este modo su soberbia los aprisionó, fueron cubiertos por su impiedad e iniquidad, su malicia brotó como de la grasa y pasaron a las maquinaciones del corazón*[533]. En verdad, condena a esos que piensan que las cosas que son divinas se han de valorar por la disposición del corazón. En efecto, Dios no está sujeto a disposición ni orden, cuando vemos también que esas mismas cosas, que son de uso común de los hombres y del acontecer del género humano, no siempre suceden conforme a determinada disposición de una acostumbrada razón, sino que la mayor parte de las veces acontecen según secretos y ocultos misterios. 191. *Maquinaron* –dice [la Escritura]– *y pregonaron la maldad, expresaron su iniquidad contra el Excelso, pusieron en el cielo su sabiduría*[534]. Vemos, pues, que los condena como reos de impío sacrilegio, porque se arrogan para sí mismos la disposición del misterio celestial por la semejanza con la naturaleza humana. 192. Y dijeron: *¿Cómo lo supo Dios, si toda la sabiduría está en el Altísimo*[535]? ¿Acaso no pregonan constantemente estas cosas los arrianos, que no puede existir toda la ciencia en Cristo, porque Él mismo –dicen– manifestó que no conocía ni el día ni la hora[536]? ¿Quizás no dicen: *Cómo lo supo*[537], quienes recuerdan que Él no pudo saber si no lo que había visto y oído[538], y trasladan a la de-

532. Rm 9, 5.
533. Sal 72, 5-7.
534. Sal 72, 8-9.
535. Sal 72, 11.
536. Cf. Mc 13, 32.
537. Sal 72, 11.
538. Cf. Jn 5, 19.30; 14, 10.

bilidad, mediante una interpretación sacrílega, aquellas cosas que miran a la unidad de la divina naturaleza?[539].

Sobre las palabras: «Pero nadie conoce el día ni la hora, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre»

193. En efecto, está escrito dicen [los arrianos]: *Pero nadie conoce el día ni la hora, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre*[540].

En primer lugar, los códices griegos antiguos no ponen que *ni el Hijo* sabe. Pero no hay que admirarse, si falsearon esto, quienes interpolaron las divinas Escrituras. La razón por la que parece que se añade se pone de manifiesto cuando se aprovecha para la interpretación de tan grande sacrilegio[541] .

194. No obstante, pensemos que esa expresión hubiera sido escrita por los evangelistas[542]. Ciertamente, el nombre de Hijo puede tener un doble significado, pues también se dice «Hijo del hombre», para que parezca que Él desconocía el día del juicio futuro según la ignorancia propia de la asunción de nuestra carne[543]. Ahora bien, ¿cómo podría ignorar el día el «Hijo de Dios», cuando en Él se encuentran escondidos los *tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios*[544]?

195. Pero yo pregunto si habría tenido el conocimiento por naturaleza o por accidente; pues todo conocimiento se

539. Cf. *De fide*, IV, 4, 38 - 7, 76.

540. Mt 24, 36; Mc 13, 32.

541. El problema surge, porque la frase *ni el Hijo* no aparece en algunos códices griegos, y que los autores arrianos aprovechan para argumentar sus opiniones.

542. Cf. Mc 13, 32.

543. En esta exégesis Ambrosio parece estar siguiendo a ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 43.

544. Col 2, 3.

tiene, bien por naturaleza, bien por accidente. En verdad, toda ciencia deriva de la naturaleza o del aprendizaje. Por naturaleza se tiene el conocimiento del correr, para el caballo y del nadar, para el pez; en efecto, eso lo realizan antes de aprender. Por aprendizaje se tiene a su vez el nadar, para el hombre, pues si no lo hubiera aprendido no lo hubiera podido saber. Luego, como en muchos seres animados se da por naturaleza, porque hacen y saben lo que no han aprendido, qué piensas del Hijo de Dios, ¿tiene el conocimiento por naturaleza o por aprendizaje? Si lo posee por aprendizaje, entonces no ha nacido como «sabiduría»[545] y comenzó a ser progresivamente perfecto, y no lo hubiera sido siempre. Mas, si tiene el conocimiento por naturaleza, ciertamente era perfecto desde el principio; y «procedió del Padre»[546] perfecto y por ello no careció de la presciencia de las cosas futuras.

196. Por tanto, no ignoró el día, pues no es propio de la *sabiduría de Dios*[547] saber parcialmente e ignorar en parte[548]. En verdad, ¿cómo puede ignorar en parte quien hizo todas las cosas, cuando supone menos el saber que el hacer? Así, sabemos muchas cosas que no podemos hacer, y no las conocemos todas del mismo modo, sino que *las conocemos en parte*[549]. Un campesino conoce la fuerza de los vientos y el curso de las estrellas de un modo, el timonel de otra manera y un habitante de la ciudad de otra forma. Aunque no todos conocen todas las cosas, sin embargo dicen que las conocen. Pero sólo las conoce con claridad quien hizo todas las cosas. Conoce el timonel a qué hora de la noche se acerca la estrella Arturo[550], qué amaneceres

545. Cf. 1 Co 1, 24.
546. Cf. Jn 8, 42.
547. 1 Co 1, 24.
548. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 42.
549. 1 Co 13, 9.
550. Se trata de la principal estrella de la constelación del Boyero y la cuarta en orden de luminosidad de todo el cielo.

de Orión[551] debe observar; sin embargo, no tiene conocimiento de las conexiones de las Pléyades[552] y de las demás estrellas, del número o de los nombres, como aquel *que cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre*[553], y al cual, ciertamente, no le falta el poder para completar su obra.

197. ¿Cómo queréis que el Hijo de Dios haya creado estas cosas? ¿Acaso como [el sello de] un anillo que no siente lo que imprime? En cambio, el Padre lo hizo *todo con sabiduría*[554]; es decir, lo hizo todo por medio del Hijo, que es *la fuerza y la sabiduría de Dios*[555]. Así pues, conviene a la sabiduría conocer las capacidades y las causas de sus obras. Y por ello, el Creador de todas las cosas, no puede ignorar lo que hizo y desconocer lo que Él mismo concedió. Luego, conoció el día que Él mismo hizo.

198. Ahora bien, dices que ¡conoce el presente e ignora el futuro! Aunque sea una proposición impertinente, no obstante, para darte una respuesta satisfactoria según la Escritura, entiende que no solo creó las cosas pasadas, sino también las futuras, como esta escrito: *El que hizo las cosas que han de venir*[556]. Y en otra parte dice la Escritura: *Por medio de Él también hizo los siglos* y que es *resplandor de su gloria e impronta de su sustancia*[557]. Los siglos son, pues, las cosas pasadas y las futuras. ¿Cómo, pues, fueron hechas las cosas que son futuras, si no es porque el poder operativo y la ciencia abarcan el número de todos los siglos? Lo mismo que *nombra las cosas que no existen como si existieran*[558], así también hizo las cosas que son fu-

551. Es una estrella supergigante, entre las más grandes conocidas y la segunda en orden a su luminosidad.

552. Conjunto de estrellas muy jóvenes.

553. Sal 146, 4.

554. Sal 103, 24.

555. 1 Co 1, 24.

556. Is 45, 11.

557. Hb 1, 2-3.

558. Rm 4, 17.

turas[559], como si ya existieran, porque no se tiene en cuenta que no existan, sino que necesariamente son futuras porque manda que existan. Luego, quien hizo las cosas futuras, por el hecho de ser futuras, las conoció. 199. Si esto se debe creer referente a los siglos futuros, mucho más se ha de creer lo referente al día del juicio, porque el Hijo de Dios tiene conocimiento de ese día, como de algo que ya ha sido hecho por Él, pues está escrito: *El día permanecerá según disposición tuya*[560]. No sólo dijo «permanece» sino también que *permanecerá*, para que *por su disposición* sean gobernadas las cosas que han de suceder. Así pues,¿no va a conocer lo que Él mismo dispuso? *El que plantó el oído, ¿no va a oír? El que formó el ojo, ¿no va a ver?*[561].

200. Ahora bien, veamos que no sea una cosa tan grande que pueda sobrepasar a su Creador. Y, no obstante, elijan [los arrianos], si piensan que se trata de una cosa tan grande y superior a todas las demás o, por el contrario, si se trata de lo más pequeño y desechable. Si dicen que es lo más pequeño y desechable, no hay problema en que, según nuestra costumbre de hablar, ignore las cosas viles y pequeñas. En efecto, dado que es más propio del poder el conocer las cosas que son más grandes, parece que no entraña desprecio el ignorar las cosas pequeñas. Así, el Hijo ha sido liberado de un verdadero agobio; no ha sido defraudado en su poder de conocer[562]. 201. Pero si piensan que lo más grande y excelente es conocer el día del juicio, tendrán que mostrar que [el conocer el día del juicio] es mejor y más excelente para Dios Padre. Ahora bien, el Hijo conoce a Dios Padre, como Él mismo afirma: *Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera re-*

559. Cf. Is 45, 11.
560. Sal. 118, 91.
561. Sal 93, 9.
562. Nótese la ironía de Ambrosio.

velar[563]. Pregunto yo, ¿*conoce al Padre* e ignora un día? Además, ¿ creéis que revela al Padre y no puede manifestar el día [del juicio]?

202. En consecuencia, ya que establecéis determinadas categorías, de modo que preferís el Padre al Hijo, y el Hijo a Espíritu Santo, decidme si el Espíritu Santo conoce el día del juicio pues nada se ha escrito acerca de Él en este lugar[564]. Sin duda, lo negáis. Y ¿qué sucede si digo que el Espíritu Santo lo ha conocido? En efecto se puede leer: *Mas a nosotros Dios nos lo ha revelado por medio de su Espíritu; el Espíritu ciertamente, lo sondea todo, hasta las profundidades de Dios*[565]. Ciertamente, quien *sondea las profundidades de Dios,* como Dios conoce el día del juicio, también el Espíritu lo conoce. En efecto, conoce todo lo que Dios conoce, como lo declara el Apóstol, al decir: *¿Qué hombre conoce las cosas que son del hombre, sino el espíritu que está en él. Del mismo modo nadie conoce lo intimo de Dios, sino el Espíritu de Dios*[566]. Tened en cuenta, pues, no sea que, al negar que el Espíritu Santo conoce, neguéis también que el Padre conoce, porque *las cosas que son de Dios las conoce también el Espíritu de Dios*[567]; en cambio, las cosas que no conoce el Espíritu de Dios, ciertamente no son de Dios, o confesando que el Espíritu de Dios conoce, lo que negáis que el Hijo de Dios conoce, prefiráis el Espíritu Santo al Hijo de Dios, en contra de vuestra afirmación. En verdad, esta vacilación no es sólo sacrílega, sino también inconveniente.

563. Mt 11, 27.

564. Con esta concreción parece que Ambrosio deja claro que sí se ha escrito del Espíritu Santo en otro lugar, dando a entender que antes de acabar este tratado *Sobre la fe*, habría publicado su *Tratado del Espíritu Santo*. Sobre la doctrina, cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 44; HILARIO, *De Trinit.*, IX, 69; DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 22.

565. 1 Co. 2, 10.

566. 1 Co 2, 11.

567. Ibid.

203. Ahora vamos a considerar de qué manera se adquiere conocimiento y mostraremos que el Hijo de Dios ha dado pruebas de que conoce el día [del juicio].

En efecto, que sabemos lo manifestamos con el tiempo, en un lugar, con unos signos, a unas personas o en un determinado orden. ¿Cómo, pues, no pudo conocer el día del juicio, quien expresó la hora del juicio, el lugar, los signos y las causas? 204. Además, así tienes [escrito]: *En aquella hora, quien esté en la terraza no baje a recoger los enseres, y el que esté en el campo del mismo modo no vuelva atrás*[568]. Por tanto, conocía los resultados de los peligros futuros hasta el punto de indicar el modo de protegerse a quienes se encontraran en peligro.

205. ¿Acaso el Señor podía ignorar el día, quien dijo de sí mismo, que *el Hijo del hombre era Señor del sábado*[569]? 206. En otro pasaje indicó también el lugar, mientras los discípulos le mostraban las diferentes partes del templo[570]; así les dice: *¿Veis todo eso? En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida*[571]. 207. Preguntado también por los apóstoles acerca de las señales, respondió: *Mirad, no os dejéis engañar, porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: «Yo soy el Cristo»*[572]. Y más abajo dijo: *Habrá grandes terremotos en todos los lugares, peste y hambre, y sucederán cosas espantosas y habrá grandes señales del cielo*[573]. Así pues, también manifestó las personas y los signos. 208. Se pone de manifiesto por el testimonio de la lectura del Evangelio[574], porque dice que el ejército iba a asediar Jerusalén, o que se iban a cumplir los tiempos de las gentes y en qué orden. Por tanto, conocía todas las cosas.

568. Lc 17, 31.
569. Mt 12, 8.
570. Cf. Mt 24, 1.
571. Mt 24, 2.
572. Lc 21, 8.
573. Lc 21, 11.
574. Cf. Lc 21, 20-24.

17.209. Pero investiguemos por qué motivo no quiso señalar el momento exacto[575]. Si buscamos, encontraremos[576] que no es por ignorancia, sino por sabiduría. Ciertamente, a nosotros no nos aprovechaba el saberlo, puesto que, mientras desconocemos el momento preciso del juicio futuro, apartaremos la costumbre de pecar como establecidos siempre en vigilancia y colocados como ante un espejo de la virtud, para que el día del Señor no nos sorprenda en nuestros vicios[577]. En efecto, no aprovecha el saber, sino el temer lo que sobrevendrá; así está escrito: *No te engrías, mas bien teme*[578].

210. Ahora bien, si hubiera señalado expresamente el día, parecería que había prescrito las pautas de la vida, para una sola época de los hombres, la que fuera cercana al día del juicio, mientras que el justo habría estado menos atento o el pecador más seguro en los días anteriores. En verdad, si el adúltero no teme el castigo cotidiano, no puede apartarse del deseo de adulterar, ni el ladrón abandonaría las cuevas de las montañas donde es asediado, si no tiene conciencia que el peligro es inminente para él en todo momento. Además, para la mayoría [de los hombres] la impunidad es un acicate y el temor una constante preocupación.

211. Por eso he afirmado que el conocer el día no aprovechaba[579]; incluso es más provechoso el ignorar, porque siendo ignorantes temeremos, para que, prestando atención nos corrigiéramos, como Él mismo dice: *Estad preparados, porque no conocéis en qué hora el Hijo del Hombre ha de venir*[580]. Pues el soldado, si no conoce que el combate es inminente, no prepara la defensa en el campamento. 212. De

575. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 48.
576. Cf. Lc 11, 9.
577. Cf. 1 Ts 5, 2-4.
578. Rm 11, 20.
579. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 49.
580. Mt 24, 44.

ahí que en otro lugar, digo, preguntado el Señor por los apóstoles, quienes ciertamente no pensaban como Arrio, sino que creían que el Hijo de Dios conocía las cosas futuras –pues, si no lo hubieran creído, nunca hubieran preguntado–, entonces, al preguntarlo cuándo establecería el reino de Israel, no respondió que no lo sabía, sino que dijo: *A vosotros no os toca conocer el tiempo y los años que ha fijado el Padre con su poder*[581]. Ten en cuenta lo que ha dicho: *A vosotros no os toca conocer.* Repasa de nuevo: *No os toca a vosotros,* dijo, «no a mí», pues no hablaba conforme a su perfección divina, sino según el progreso del cuerpo humano y de nuestro espíritu. Por eso dijo: *A vosotros,* no «a mí». 213. En este sentido continuó el Apóstol: *En lo referente al tiempo y al momento, hermanos, no tenéis necesidad de que os escribamos*[582]. Así pues, ni el mismo Apóstol, ciertamente siervo de Cristo[583], dijo que conocía el momento, sino que no era necesario adoctrinar al pueblo que siempre debe estar provisto de auxilios espirituales, para que *el poder de Cristo*[584] sirva de protección en cada uno. Cuando el Señor dice respecto de los tiempos que *el Padre los puso en su poder*[585], no puede ser excluido de la ciencia paterna el que no es privado del poder, puesto que el poder viene de la sabiduría y de la fuerza [de Dios], pues ambos los tiene Cristo[586].

214. Pero vosotros preguntáis por qué motivo no lo negó a los discípulos, como si lo supiera y no quisiera decirlo; en cambio había dicho que ni los ángeles ni el Hijo lo sabían[587]. Os preguntaré yo también, ¿por qué dijo Dios en el Génesis: *Bajaré, pues, para ver según el clamor que*

581. Hch 1, 7. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 48.

582. 1 Ts 5, 1. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 50

583. Cf. Rm 1, 1.

584. 2 Co 12, 9.

585. Hch 1, 7.

586. Cf. 1 Co 1, 24; ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 46.50.

587. Cf. Mc 13, 32.

vine a mí, si serán destruidos, si no, para conocerlo[588]. Por qué razón dice la Escritura acerca del Señor: *Bajó el Señor a ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres* [589]. ¿Por qué dice también el Profeta en el salmo respecto del Señor: *Miró con detenimiento el Señor desde los cielos a los hijos de los hombres, por ver si hay un sensato, alguien que busque a Dios*[590]? Como si allí no descendiera Dios y aquí el Señor no mirara, o ignorara las obras y los méritos de los hombres.

215. En el evangelio según Lucas también tienes [escrito] que el Padre dice: *¿Qué haré? Enviaré a mi Hijo queridísimo, tal vez lo respeten*[591]. En cambio, según Mateo y según Marcos tienes [escrito]: *Envió a su Hijo único, diciendo: «Respetarán a mi Hijo»*[592]. En un libro dice *tal vez lo respeten*, y duda como si no lo supiera, pues este modo de hablar es propio del que duda. En los otros dos libros [evangélicos] dice *respetarán a mi Hijo*, esto es, confirma la reverencia que deberán tener. 216. Pero no es propio de Dios dudar ni engañarse. En efecto, duda quien ignora lo que es futuro, pero se engaña quien predice una cosa y resulta otra. Ahora bien, ¿qué hay más evidente que lo que tiene la Escritura respecto a que el Padre dice una cosa acerca del Hijo, y la misma Escritura refrende que sucedió otra? Él dijo: *Respetarán a mi Hijo*, pero el Hijo fue maltratado, azotado, crucificado, muerto[593] y padeció los tormentos más graves, según la carne, que los infligidos por aquellos siervos que habían sido enviados antes que Él[594]. ¿El Padre engañó, ignoró o no pudo socorrer al Hijo? Pero el Verdadero[595] no

588. Gn 18, 21. Cf. HILARIO, *De Trinit.*, IX, 63; DÍDIMO, *De Trinit.*, III, 22.
589. Gn 11, 5.
590. Sal 52, 3.
591. Lc 20, 13.
592. Mt 21, 37; cf. Mc 12, 6.
593. Cf. Mt 26, 67-68; 27, 27-50.
594. Cf. Mt 21, 35-36.
595. Cf. Ap 3, 7

puede engañar, pues está escrito: *Fiel es Dios, que no miente*[596]. ¿Como pudo ignorar el que conoce todas las cosas[597]? O ¿qué no pudo hacer el que lo puede todo? 217. No obstante, si bien lo ignoró o no pudo –vosotros consentís más fácilmente en decir que el Padre lo había ignorado, antes que admitir que el Hijo lo sabía–, mirad que precisamente por ello el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre; así, lo mismo que el Padre, también el Hijo -lo diré conforme a vuestra ignorancia– o no conoce todas las cosas o no puede todas las cosas. Ciertamente, no soy avaro ni deseoso de las alabanzas del Hijo, hasta el punto de atreverme a decir que el Hijo puede más que el Padre, pues no introduzco ninguna diferencia de poder entre el Padre y el Hijo.

218. Pero quizás digáis que el Padre no había hablado así, sino que el Hijo se había equivocado respecto al Padre. Por ello, ¿inculpáis no sólo al Hijo de debilidad, sino también de sacrilegio y mentira? Ciertamente, si no dais crédito al Hijo acerca del Padre, no le creáis tampoco respecto de sí mismo. Efectivamente, si quiso engañar, porque dijo que el Padre había dudado, como si no conociera lo que había de suceder, también quiso engañarnos acerca de sí mismo, porque dijo que Él no conocía las cosas futuras; y es mucho más tolerable para el pudor que pusiera la excusa de la ignorancia, porque lo hizo con miras a sí mismo; mucho peor hubiera sido que pareciera engañar en sentido inverso a las promesas hechas, porque lo hubiera dicho refiriéndolas al Padre. 219. Pero ni se engaña el Padre ni el Hijo miente, sino que esa es la costumbre en las Sagradas Escrituras, como lo atestiguan los anteriores y otros muchos ejemplos, donde parece que Dios ignora lo que conoce[598]. También con esto se demuestra la unidad de la divi-

596. 1 Co 1, 9 ; Ti 1, 2.
597. Cf. Dn 13, 42.
598. Cf. Hilario, *De Trinit.*, IX, 64.

nidad y la unidad de decisión en el Padre y en el Hijo, pues si Dios Padre disimula las cosas que conoce, igualmente el Hijo –también en esto es *imagen de Dios*[599]– disimula que no conoce las cosas que le son conocidas.

18.220. Hemos explicado que el Hijo de Dios no ha ignorado las cosas futuras. Si [los arrianos] reconocen esto, también yo explicaré por qué motivo dijo Él que ni los ángeles ni el Hijo tienen conocimiento sino sólo el Padre[600]. Yo reconozco incluso en este lugar el gran amor y gracia hacia sus discípulos, lo cual debe ya ser conocido por todos por la frecuencia con que tienen lugar estos gestos. Efectivamente, el Señor, inclinado hacia sus discípulos con encarecido amor, prefiere aparentar que desconoce lo que sabía, antes que negarlo a los que le pedían aquellas cosas, pues juzgaba inútiles de conocer; prefiere instruirnos para nuestro provecho, antes que dar pruebas de su poder.

221. Hay muchos[601] que no tan tímidos como yo –en efecto, prefiero temer profundamente, antes que saber[602]–, pues hay muchos intérpretes, que confiados en eso que está escrito: *Jesús progresaba en edad, sabiduría y ciencia, ante Dios y ante los hombres*[603], dicen confidencialmente, que según la divinidad [Cristo] no pudo ignorar las cosas futuras, pero que dijo ignorarlo según la asunción de nuestra condición humana, como Hijo del hombre antes de la cruz. Así, cuando habla del «Hijo» no se refiere a otro distinto, pues el mismo es el Hijo de Dios nuestro Señor, y el hijo de la Virgen. Mas con ese término[604] de doble significado, informa nuestro afecto, para que como Hijo del hombre, según la asunción de nuestra ignorancia o del progreso, se

599. Col 1, 15; 2 Co 4, 4.
600. Cf. Mc 13, 32.
601. Cf. ATANASIO, *Contra Arianos*, III, 43.
602. Cf. Rm 11, 20.
603. Lc 2, 52.
604. Es decir, el de «Hijo».

creyera que todavía no tenía pleno conocimiento de todas las cosas, pues a nosotros no nos es posible conocer las cosas futuras. Por tanto, la condición por la que parece ignorar es la misma por la que progresa; pero ¿cómo puede progresar conforme a la naturaleza divina, quien *posee la plenitud de la divinidad*[605]? O también, ¿qué significa que el Hijo de Dios no conoce, cuando decía: *Por qué pensáis mal en vuestros corazones*[606]? ¿Cómo no iba a conocer aquel de quien la Escritura dice: *Pero* Jesús *conocía sus pensamientos*[607]?

222. Otros[608] pueden expresarse de ese modo. En cambio, para volver a lo anterior, yo volveré al texto que había propuesto[609], pues está escrito que el Padre dijo: *Tal vez respeten a mi Hijo*[610] –lo cual ciertamente pienso que ha sido dicho para esta finalidad, pues, ya que el Padre hablaba a propósito de los hombres, debía parecer que el Padre hablaba con sentimientos humanos–, incluso pienso que mucho más que el Hijo, que *había conversado con los hombres*[611], y se comportó como hombre, recibió la carne humana y también tomó nuestro modo de ser, de manera que afirmaba que no conocía por nuestra ignorancia, no porque Él mismo ignorase algo. Aunque fue visto hombre[612] en la realidad de un cuerpo, sin embargo, era la *vida*, era la *luz*, y *salía de él un poder que curaba*[613] las heridas de los enfermos con la autoridad de su majestad.

223. Así pues, podéis observar que vuestra cuestión ha sido resuelta, porque las palabras del Hijo se refieren a la

605. Col 2, 9.

606. Mt 9, 4.

607. Lc 6, 8.

608. Puede ser que nuestro Autor esté pensando en Atanasio, como es frecuente en este escrito; pero el Obispo de Milán se aparta de la exégesis ofrecida por el Alejandrino.

609. Cf. *De fide*, V, 17, 215.

610. Lc 20, 13; Mt 21, 37.

611. Ba 3, 39.

612. Ibid.

613. Jn 14, 6; 1, 9; Lc 6, 19.

asunción de la íntegra condición humana y también respecto al Padre; eso se ha escrito para que dejéis de calumniar al Hijo. 224. Nada pues, ha existido que el Hijo de Dios haya ignorado, porque nada ha existido que haya ignorado el Padre. Ahora bien, si el Hijo no ha ignorado nada –como hemos concluido–, que digan en qué quieren que parezca que es inferior al Padre. Si Dios engendró un Hijo inferior, le daría concedería menos; si le concedió menos, quiso menos o pudo menos; pero el Padre no es débil ni envidioso, porque antes del Hijo no hay ni voluntad[614] ni poder. ¿En qué es inferior quien posee todo lo que tiene el Padre[615]? Efectivamente, el Hijo recibió del Padre todas las cosas por derecho de generación, y reflejó[616] totalmente al Padre en la gloria de su majestad.

225. Insisten [los arrianos] en que está escrito: *Porque el Padre es más grande que yo*[617]. Pero también esta escrito: *No consideró como presa codiciable el ser igual a Dios*[618]; Y está escrito también: *Que por esto los judíos querían matarle,* pues *se hacía igual a Dios*[619], al decir de sí mismo que era Hijo de Dios[620]. Y aún más, está escrito: *Yo y el Padre somos uno*[621]. Leen «uno solo», no leen «muchos». ¿Acaso puede ser menor e igual por la misma naturaleza? Ahora bien, una cosa se refiere a la divinidad y otra a la carne. 226. ¿Dicen [los arrianos] que es inferior? Pregunto yo, quién lo ha medido, quién hay de corazón tan exaltado, que ponga ante su tribunal a Dios Padre y al Hijo, para dilucidar la precedencia. *No está mi corazón exaltado, ni mis ojos altaneros*[622], dice David. ¿El rey David temió exaltar el corazón en las cosas humanas y nosotros nos exaltamos contra la se-

614. Cf. *De fide*, IV, 8, 81-85.
615. Jn 16, 15.
616. Cf. Hb 1, 3; Col 1, 15.
617. Jn 14, 28.
618. Flp 2, 6.
619. Jn 5, 18.
620. Cf. Jn 19, 7.
621. Jn 10, 30.
622. Sal 130, 1.

cretos divinos? Así pues, ¿quién juzga acerca del Hijo de Dios? ¿*Los tronos, las dominaciones*, los ángeles, *las potestades*[623]? Ahora bien, los arcángeles obedecen y alaban, los querubines y los serafines son ministros y alaban. ¿Quién, pues, juzga acerca del Hijo de Dios, mientras lees que el mismo Padre, que conoce al Hijo, no juzga? *Nadie conoce al Hijo sino el Padre*[624]. *Conoce* –dice–, no «juzga»; una cosa es conocer y otra juzgar. El Padre tiene la ciencia en sí; el Hijo no tiene poder sobre sí. Y nuevamente: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*[625], y Él mismo conoce al Padre como el Padre le conoce a él.

227. Pero afirmas que dijo que era «menor»[626]. También dijo que era *piedra*[627]. Tu dices más al respecto y le calumnias impíamente; yo digo menos sobre Él y lo expongo con piedad. Tú dices que es inferior y reconoces que está sobre los ángeles; yo digo que es *inferior a los ángeles*[628] y no lo disminuyo, porque no discuto la divinidad, sino que proclamo la misericordia.

Súplica a Dios omnipotente

19.228. Ahora, Padre omnipotente, dirijo mis palabras a ti con lágrimas. Yo te proclamo ciertamente inaccesible, incomprensible e inestimable[629], pero no me atreveré a considerar inferior a tu Hijo. Efectivamente, he leído que Él es resplandor de la gloria y la imagen de tu sustancia[630], y temo, que al decir que es una imagen inferior de tu sustancia, pa-

623. Col 1, 16; cf. 1 P 3, 22; 1 Ts 4, 16; Lc 1, 26ss.
624. Mt 11, 27.
625. Ibid.
626. Cf. Jn 14, 28.
627. Mt 21, 42; cf. Hch 4, 11; 1 P 2, 6-8.
628. Hb 2, 9.
629. Cf. 1 Tm 6, 16; Jr 32, 19; Jb 36, 26.
630. Cf. Hb 1, 3.

rezca que estoy nombrando una sustancia inferior a la tuya, cuya imagen es el Hijo, puesto que la plenitud de tu divinidad está en el Hijo[631]. He leído con frecuencia y creo voluntariamente que tú, el Hijo y el Espíritu Santo, eres inmenso, incircunscrito, inestimable e indescriptible. Y como no puedo examinar, no puedo dar una valoración. 229. Aunque yo quisiera medirte con espíritu y audacia temeraria ¿cómo –pregunto– podría medirte? El profeta vio una cuerda de medir[632], con la que el ángel medía Jerusalén. Ahora bien, medía el ángel, no Arrio; medía a Jerusalén, no a Dios. Y quizás el ángel no podía medir a Jerusalén, pues era un hombre; en definitiva, así tienes: *Levanté mis ojos y miré: y era un hombre que tenía en sus manos una cuerda de agrimensor*[633]. Era *un hombre*, porque mostraba la figura del cuerpo que iba a asumir. Él mismo era el hombre de quine se ha dicho: *Vendrá detrás de mí un hombre a quien yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia*[634]. Por tanto, es Cristo quien en figura mide Jerusalén, ¡Arrio [mide] a Dios! 230. También *Satanás se transfigura en ángel de luz*[635]. ¿Qué hay de extraño que Arrio imite a su patrón, para apropiarse de lo que no es lícito? Le es lícito hacer lo que su padre el diablo[636] no hizo por sí mismo; con un sacrilegio más intolerable [Arrio] presume tener la ciencia de los secretos divinos y los arcanos de la generación divina[637]. En efecto, el diablo reconocía que el Hijo de Dios era verdadero Dios[638], ¡Arrio lo niega!

231. Por tanto, si no puedo medirte, Padre omnipotente, ¿podré discutir acerca del secreto de tu generación sin cometer un sacrilegio? ¿Acaso podré afirmar que hay algo

631. Cf. Col 2, 9.
632. Ez 2, 1.
633. Za 2, 1.
634. Jn 1, 30.27.
635. 2 Co 11, 14.
636. Cf. Jn 8, 44.
637. Cf. *De fide*, IV 8, 87-88.
638. Cf. Mc 3, 11-12.

mayor o menor entre ti y tu Hijo, cuando el mismo que nació de ti, afirmó: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[639]. *¿Quién me ha constituido juez o distribuidor*[640]? Acerca de las cosas humanas esto mismo dice el Hijo, ¿y nosotros reivindicamos para nosotros la separación entre el Padre y el Hijo, y el derecho a juzgar? Una buena piedad rechaza a los jueces incluso en el reparto del patrimonio, ¿y nosotros nos vamos a convertir en árbitros para dividir entre ti y tu Hijo la majestad de la sustancia increada?

232. *Esta generación* –dijo– *es una generación malvada; busca una señal y no se le dará otra señal que la del profeta Jonás*[641]. En verdad, se le concede una señal, no de la divinidad, sino de la encarnación. Por eso, lo que va a decir lo refiere a la encarnación: *Pide para ti una señal*[642]. Y como él dijera: *No la pediré, ni tentaré al Señor*[643], se le respondido: *He aquí que una doncella concebirá en su seno*[644]. Así pues, no podemos contemplar la señal de la divinidad. ¿Buscaremos la medida? ¡Ay de mí, miserable! Impíamente nos atrevemos a discutir sobre aquel a quien no podemos dirigir con dignidad una plegaria[645].

233. Sin embargo, veré lo que hacen los arrianos. Si yo dijera que tú, Padre, eres superior a todos, ya te he comparado de modo ofensivo con las obras; pero si digo que eres superior al Hijo, como Arrio afirma, he hecho impíamente un juicio. Tal afirmación hará referencia a ti, ya que no se puede hacer preferencia alguna sin comparación, y nadie puede ser preferido, excepto el que antes ha sido juzgado. 334. No nos está permitido juzgar en nombre del cielo[646], y hacer juicio de Dios ¿es lícito? En

639. Jn 16, 15.
640. Lc 12, 14.
641. Lc 11, 29.
642. Is 7, 11.
643. Is 7, 12.
644. Is 7, 14
645. Cf. Rm 8, 26.
646. Cf. Mt 5, 34.

cambio, sólo a tu Hijo has dado el poder juzgar todas las cosas[647].

235. Juan tenía miedo bautizar la carne del Señor; Juan trataba de impedirlo, cuando decía: *Soy yo el que debe ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí?*[648]. ¿Y yo voy a someter a mi juicio a Cristo?

Moisés rechaza el sacerdocio[649] y Pedro declina la deferencia ordenada en el misterio [salvífico][650]. ¿Arrio *explora hasta las profundidades de Dios*[651]? Ahora bien, ¡Arrio no es el Espíritu Santo! En cambio, a Arrio y a todos los hombres se les dice: *No busques las cosas superiores a ti*[652].

236. Moisés tenía prohibido ver el rostro de Dios[653]. ¿Arrio mereció ver lo secreto? *Moisés y Aarón están entre sus sacerdotes*[654]; Moisés, que aparece con el Señor en la gloria[655]; por ello, ese Moisés vio tan solo en apariencia la espalda de Dios[656]. ¿Arrio comprende a Dios totalmente *cara a cara*[657]? En cambio, [la Escritura] afirma que nadie *puede ver mi rostro y seguir viviendo*[658].

237. También Pablo dice de algo menos importante: *En parte conocemos y en parte profetizamos*[659]. Arrio dice: «¡Conocí del todo a Dios, no en parte!». Luego, ¿Pablo es inferior a Arrio, y el que es *vaso de elección*[660] conoce sólo en parte, mientras el que es vaso de perdición[661] lo conoce todo? *Conozco* –dice [el Apóstol]– *a un hombre, si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, que fue*

647. Cf. Jn 5, 22.
648. Mt 3, 14.
649. Cf. Ex 3, 11.
650. Cf. Jn 13, 6-8.
651. 1 Co 2, 10
652. Si 3, 22. Lit.: «No busques lo que te es demasiado difícil».
653. Cf. Ex 33, 20-23.
654. Sal 98, 6.
655. Cf. Mt 17, 3.
656. Cf. Ex 33, 23.
657. Ex 33, 11.
658. Ex 33, 20.
659. 1 Co 13, 9.
660. Hch 9, 15.
661. Cf. Jn 17, 12.

arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables[662]. Pablo, raptado hasta el tercer cielo, no se conocía a sí mismo. Arrio, revolcado en el estiércol[663], ¿conoció a Dios? Pablo dice de sí mismo: *Dios lo sabe*[664]. Arrio dice de Dios, ¿yo le conozco?

238. Pero Arrio no fue raptado al cielo, porque ha seguido a quien presumía de las cosas divinas con una jactancia condenable, cuando decía: *Asentaré mi trono, subiré sobre las nubes y seré semejante al Altísimo*[665]. Lo mismo que aquél dijo: *Seré semejante al Altísimo*, así también Arrio quiere que parezca semejante a él mismo el Hijo de Dios Altísimo, a quien no venera en la majestad de la divinidad eterna, sino que es medido conforme a la debilidad de la carne.

662. 2 Co 12, 2-4.

663. Sobre la muerte de Arrio, cf. *De fide*, I, 19, 124.

664. 2 Co 12, 3.

665. Is 14, 13-14.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Proverbios

Eclesiastés

Cantar de los Cantares

Sabiduría

Eclesiástico

Isaías

Hechos de los Apóstoles

2 Corintios

Gálatas

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICES

Editorial Ciudad Nueva

Índice de autores de la colección BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

Agustín de Hipona
Ambrosio de Milán
Andrés de Creta
Atanasio
Basilio de Cesarea
Casiodoro
Cesáreo de Arlés
Cipriano
Cirilo de Alejandría
Cirilo de Jerusalén
Cromacio de Aquileya
Diadoco de Fótice
Dídimo el Ciego
Epifanio el Monje
Evagrio Póntico
Germán de Constantinopla
Gregorio de Nisa
Gregorio Magno
Gregorio Nacianceno
Gregorio Taumaturgo
Hilario de Poitiers
Jerónimo
Juan Crisóstomo
Juan Damasceno
León Magno
Máximo el Confesor
Minucio Félix
Nicetas de Remesiana
Nilo de Ancira
Orígenes
Padres Apostólicos
Pedro Crisólogo
Rufino de Aquileya
Teodoreto de Ciro
Tertuliano

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.